



La buena esposa
Meg Wolitzer

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

Meg Wolitzer

La buena esposa

Traducción
Enrique de Hériz

ALBA

A Ylene Young

Capítulo primero

CUANDO DECIDÍ ABANDONARLO, aquel momento en que pensé «ya está bien», estábamos a 10.000 metros por encima del mar, volando a toda velocidad pero con una extraña sensación de quietud y tranquilidad. «Igual que nuestro matrimonio», podría haber dicho. Pero ¿qué sentido tenía arruinarlo todo en ese momento? Ahí estábamos, en medio del esplendor de la primera clase y cautelosamente distanciados de la ansiedad; no había turbulencias, el cielo estaba brillante y pensé que entre nosotros quizá iba sentado algún agente de seguridad aérea disfrazado de anodino pasajero, tal vez picoteando cacahuets grasientos de un plato o cautivado por la prosa zombi de la revista de la compañía aérea. Ya nos habían servido alguna bebida antes de despegar y estábamos los dos francamente colocados, con las bocas a medio abrir y las cabezas echadas hacia atrás. Las mujeres de uniforme recorrían el pasillo arriba y abajo con sus cestas, como una flota de Caperucitas Rojas sexualizadas.

—¿Quiere un aperitivo, señor Castleman? —le preguntó una morena, inclinándose sobre él con unas tenacillas en la mano. Al ver cómo sus pechos se deslizaban hacia delante para retraerse después, noté que el antiguo mecanismo de la excitación empezaba a zumbar en él como un afilador de cuchillos, una visión de la que he sido testigo mil veces en todas estas décadas—. —¿Señora Castleman? —me propuso entonces la mujer, como si se le ocurriera de repente, pero la rechacé.

No quería ni sus galletas saladas, ni ninguna otra cosa.

Íbamos directos hacia el final de nuestro matrimonio, hacia el momento en que conseguiría arrancar de un tirón las dos clavijas del enchufe, para separarme del marido con el que llevaba viviendo tantos años. Volábamos hacia Helsinki, Finlandia, un lugar en el que no se piensa nunca, salvo que uno esté escuchando

a Sibelius o tumbado sobre el banco ardiente y húmedo de una sauna, o comiéndose un cuenco de reno asado. Ya habían distribuido los aperitivos, habían servido las bebidas y, a mi alrededor, las pantallas de vídeo empezaban a encenderse. En ese momento, no había ningún pasajero concentrado en la muerte, como lo habíamos estado antes, cuando, envueltos en el trauma del rugido y del olor a combustible, y en el coro distante de las Furias atrapadas en el motor, la mente de todos los pasajeros –Clase Turista, Business y Los Pocos Escogidos– se había convertido en una deseando que el avión se alzara en el aire, como cuando el público de un mago une su voluntad para que se doble la cucharilla que este sostiene.

Es verdad que la cucharilla siempre se dobla, curvando el tallo como los tulipanes de flor pesada. Y aunque los aviones no siempre alcanzan el vuelo, el de aquella noche sí lo hizo. Las madres con niños pequeños repartieron libros de colorear y bolsitas de plástico llenas de ganchitos, con su sedimento polvoriento en la parte inferior; los hombres de negocios abrieron sus portátiles y esperaron a que las pantallas dejaran de parpadear. Si era verdad que iba en el avión, el fantasmagórico agente de seguridad comió algo, estiró las piernas y encajó el arma bajo el cuadrado que formaba una manta acrílica electrizada, y nuestro avión se alzó en el aire hasta que permaneció suspendido a la altitud deseada. Fue entonces cuando por fin decidí abandonar a mi marido. Para siempre. Con seguridad. Al cien por cien. Nuestros tres hijos quedaban lejos, muy lejos, y nada me haría cambiar de idea, nada iba a asustarme.

Me miró de repente, se fijó en mi cara y dijo:

–¿Qué te pasa? Pareces un poco... No sé.

–No. No pasa nada –contesté–. Nada de lo que merezca la pena hablar ahora, en cualquier caso.

Como la respuesta le pareció suficiente, volvió a su plato de aperitivos y retuvo el breve regüeldo que le inflaba los carrillos como si fuera una rana. Resultaba difícil inquietar a ese hombre; tenía todo lo que se puede necesitar.

Joseph Castleman era uno de esos hombres que dominan el mundo. Ya saben a qué me refiero: ese tipo de hombre que se convierte en un anuncio de sí mismo, esos gigantes sonámbulos que vagan por la tierra tumbando a los demás: hombres, mujeres, muebles, pueblos. ¿Qué más da? Son dueños de todo, de

mares y montañas, de volcanes temblorosos, de ríos que se estremecen con delicadeza. Ese tipo de hombre admite muchas variedades: Joe pertenecía a la versión del escritor, un novelista bajo, energético, de vientre abultado, que casi nunca dormía, que adoraba comer quesos cremosos, beber whisky y vino, líquidos que usaba para tragar esas pastillas que impedían que los lípidos de su sangre se solidificaran como las gotas de la fritura de ayer; el hombre más entretenido que he conocido, alguien que no tenía ni idea de cómo cuidar de sí mismo, o de nadie, y que debía buena parte de su estilo al *Manual de higiene personal y buenas maneras de Dylan Thomas*.

Ahí estaba, sentado a mi lado en el vuelo 702 de Finnair, y cada vez que la morena le ofrecía algo lo aceptaba, todas las galletitas, los frutos secos ahumados, las esponjosas toallitas desechables enrolladas como si fueran la Torá, que desprendían vapor. Si la seductora mujer de las galletas se hubiera desnudado hasta la cintura y le hubiese ofrecido un pecho, metiéndole el pezón en la boca con la firme autoridad de una comandante láctea, él lo habría aceptado sin preguntar nada.

Por regla general, los hombres que dominan el mundo son sexualmente hiperactivos, aunque no necesariamente con sus esposas. En la década de 1960, Joe y yo nos lanzábamos sobre cualquier cama en cualquier momento, a veces incluso durante un cóctel; instalábamos una barricada ante la puerta de la habitación y luego escalábamos la montaña de abrigos. La gente aporreaba la puerta para recuperarlos, y nosotros nos reíamos y siseábamos para pedir silencio e intentábamos subirnos las cremalleras y encajar la ropa en su sitio antes de dejarlos entrar.

Llevábamos tiempo sin eso, aunque quien nos hubiera visto en aquel avión que volaba hacia Finlandia habría dado por hecho que estábamos contentos, que por las noches aún nos toqueteábamos los cuerpos maduros.

—Oye, ¿quieres otra almohada? —me preguntó.

—No, odio estas almohadas de juguete —contesté—. Ah, no te olvides de estirar las piernas como te dijo el doctor Krentz.

Quien nos viera allí —Joan y Joe Castleman, de Weathermill, Nueva York, ocupando los asientos 3A y 3B— sabría exactamente por qué viajábamos a Finlandia. Incluso podría envidiarnos: a él por todo el poder envasado al vacío

en su cuerpo voluminoso y grueso; a mí por tener acceso a él las veinticuatro horas del día, como si un escritor famoso y brillante fuera una tienda de abastos para su esposa, un lugar en el que ella pudiera meterse de vez en cuando para tomar un Gran Trago de un intelecto asombroso, y de ingenio y emoción.

La gente solía pensar que éramos una «buena» pareja y supongo que lo fuimos hace mucho, pero mucho tiempo, más o menos cuando se hizo el primer boceto de los dibujos murales en las paredes desnudas de las cuevas de Lascaux, cuando aún no se habían trazado los mapas de la tierra y todo parecía esperanzador. Pero pronto pasamos de la gloria y el amor propio de cualquier pareja joven al estanque lleno de algas verdes que suele conocerse delicadamente con el nombre de «la otra vida». Aunque ahora tengo 64 años y soy prácticamente tan invisible para los hombres como el revoloteo de una mota de polvo, en otro tiempo fui una muchacha rubia, de grandes pechos y esbelta, dotada de una cierta timidez que atrajo a Joe hacia mí como si fuera un pollo hipnotizado.

No presumo de nada: a Joe siempre lo atrajeron las mujeres, de cualquier clase, desde el mismo momento en que llegó al mundo en 1930 a través del túnel de la matriz de su madre. Lorna Castleman, la suegra a quien nunca conocí, era demasiado gorda, sentimentalmente poética, posesiva, y quería a su hijo con la exclusividad de una amante. (Algunos de los hombres que dominan el mundo, en cambio, fueron ignorados durante la infancia; pasaban la hora de la comida en el patio del colegio sin un triste sándwich.)

No solo Lorna lo quería, también sus dos hermanas con quienes compartía piso en Brooklyn, junto con Mims, la abuela de Joe, una mujer con la complexión de un reposapiés cuya aspiración a la fama se basaba en su capacidad de cocinar un «pecho de ternera increíble». Su padre, Martin, un inútil que siempre estaba suspirando, murió de un infarto en su zapatería cuando Joe tenía siete años, dejándolo cautivo de aquella peculiar colonia femenina.

Un caso típico fue el modo en que le dijeron a Joe que su padre había muerto. Acababa de llegar a casa del colegio y, al encontrar la puerta abierta, entró directamente. No había nadie, algo inusual para un hogar en el que siempre había una mujer u otra, siempre encorvadas y atareadas como los duendecillos del bosque. Joe se sentó a la mesa de la cocina y se comió el bizcocho amarillo de la merienda con ese estilo lunático y estupefacto propio de los niños, con una

constelación de migas en los labios y en la barbilla.

Al poco se abrió de nuevo la puerta de entrada y aparecieron un montón de mujeres. Joe escuchó su llanto, sus narices que sonaban con estrépito, y luego en la cocina se apiñaron en torno a la mesa. Tenían los rostros inflamados, los ojos inyectados en sangre, los peinados deshechos. Había sucedido algo grande, lo sabía, y en su interior se despertó el sentido del drama, de un modo casi placentero al principio, aunque eso cambiaría de inmediato.

Lorna Castleman se arrodilló junto a la silla que ocupaba su hijo, como si fuera a declararse.

—Ay, mi niño valiente —le dijo en un susurro ronco, toqueteándole los labios con un dedo pegajoso para retirar las migas—, nos hemos quedado solos.

Y bien solos estaban; las mujeres y el niño. Él estaba solo por completo en aquel mundo femenino. La tía Lois era una hipocondríaca que se pasaba los días en compañía de una enciclopedia doméstica de Medicina, enfrascada en los nombres sensuales de las enfermedades. La tía Viv, provocativa y siempre obsesionada con los hombres, dándose la vuelta a menudo para mostrar la pálida extensión de su espalda, revelada entre las mandíbulas abiertas de una cremallera recorrida. Mims, la abuela anciana y minúscula, estaba en medio de todo, mandando en la cocina, desensartando del pecho de ternera el termómetro especial para guisos como si fuera Excalibur.

A Joe le tocaba deambular por el piso como si fuera la única persona que había sobrevivido a un accidente que ni siquiera recordaba, en busca de los demás supervivientes olvidadizos. Pero no había ninguno: él era eso, el niño querido que al fin se haría mayor y se convertiría en uno de esos traidores, una de esas ratas empapadas de colonia. A Lorna la había traicionado la muerte de su marido, llegada sin aviso ni preámbulo. A la tía Lois la traicionaba su propia falta de sentimientos, pues nunca había sentido nada por un hombre; si acaso, y de lejos, por Clark Gable, con sus amplias espaldas y aquellas orejas salidas a las que una podía agarrarse mientras hacía el amor. A la tía Viv la habían traicionado legiones enteras: hombres dormilones, sexys, juguetones, que llamaban a la casa a todas horas o le escribían cartas desde sus lugares de destino en el extranjero.

Las mujeres que rodeaban a Joe estaban furiosas con los hombres, e insistían en ello, aunque también insistían en el hecho de que él se libraba de esa furia. A él

lo querían. Aquel crío pequeño y brillante, con sus genitales como frutas de mazapán, sus ricitos de niña, su precoz habilidad para la lectura y, desde la muerte de su padre, su repentina dificultad para dormir por la noche, apenas era un hombre todavía. Pasaba ratos dando vueltas en la cama, intentando invocar pensamientos relajantes sobre el béisbol, o sobre las gratas y brillantes páginas de sus cómics, pero siempre terminaba imaginándose a su padre, Martin, sentado en una nube en el cielo y sosteniendo con tristeza un par de zapatos sin sacarlos siquiera de la caja.

Al fin, hacia la medianoche, Joe se rendía al insomnio, se levantaba, iba al oscuro salón y jugaba solo a las tabas encima de la alfombra. De día, se sentaba en aquella misma alfombra al pie de las mujeres mientras ellas se quitaban las zapatillas. Mientras escuchaba sus eternas epopeyas atropelladas, se dio cuenta de que, de un modo tácito, era él quien dirigía aquel cotarro, y que siempre sería así.

Cuando por fin Joe abandonó el hogar, se sintió a la vez enormemente aliviado y educado por completo. Ya conocía algunas cosas de las mujeres: sus suspiros, sus prendas íntimas, sus miserias mensuales, su afán por el chocolate, la acidez de sus comentarios, sus espinosos rulos rosas y la caducidad de sus cuerpos, como ya había podido constatar con todo lujo de detalles. Eso era lo que le esperaba si algún día caía en manos de una mujer. Se vería obligado a contemplar cómo mudaba, cambiaba y se colapsaba con el tiempo; sería incapaz de evitar que eso ocurriera. Claro, tal vez ahora fueran deseables, pero algún día se convertirían en poco más que cocineras de pechos de ternera. De modo que escogió olvidar lo que sabía, fingir que aquel conocimiento nunca había penetrado en su cabeza, pequeña y perfecta, y abandonó aquel vodevil de mujeres para montarse en el crujiente tren que transporta a la gente de los barrios menores hasta el caos emocionante del único barrio que cuenta de verdad: Staten Island.

Solo es una broma.

Manhattan, 1948. Joe se alza entre los vahos del metro y traspone las puertas de la Universidad de Columbia, donde se junta con los demás muchachos, listos y conmovedores. Se declara estudiante de literatura, se une al comité de dirección de la revista literaria de los alumnos y acto seguido publica un relato sobre una mujer que rememora su vida en una aldea rusa (patatas agusanadas,

dedos de los pies congelados, etc., etc.). El cuento es irrisorio y está mal escrito, como señalarán los críticos más adelante, cuando les dé por revisar los cajones de su obra juvenil. No obstante, unos pocos afirman que ya se podía detectar la exuberancia de la ficción de Joe Castleman. Él tiembla de emoción, adora su nueva vida, disfruta del febril placer de ir con sus amigos de la universidad al Ling Palace de Chinatown a ingerir sus primeras gambas en salsa de alubias negras; sus primeras gambas de cualquier clase, de hecho, pues ningún animal de cáscara había pasado hasta entonces entre los labios de Joe Castleman.

Esos mismos labios reciben también los labios y la lengua de la primera mujer y en poco tiempo le extirpan la virginidad con la precisión estricta de una extracción dental. La extirpadora es una chica llamada Bonnie Lamp, con sus carencias pero enérgica, alumna del Barnard College, donde, según Joe y sus amigos, ha obtenido una beca meritosa en ninfomanía. Joe queda cautivado por esa Bonnie Lamp de ojos de ciervo, así como por el asombroso acto sexual. Y, por asociación, queda cautivado por sí mismo. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba ser así? Todos los demás también lo están.

Cuando hace el amor con Bonnie, cuando entra en ella y sale despacio, le impresiona el modo en que sus partes, al encajar, emiten pequeños *clics* rítmicos, similares al taconeo distante de una secretaria que caminara sobre un suelo de linóleo. También le fascinan los demás sonidos que Bonnie Lamp emite por su cuenta. Mientras duerme parece maullar como una gatita, y él la contempla con una extraña mezcla de ternura y condescendencia, imaginando que sueña con un ovillo, o con un plato de leche.

«Un ovillo, un plato de leche y tú», piensa, enamorado de las palabras, de las mujeres. Le fascinan sus cuerpos maleables, sus curvas, sus florituras. Su propio cuerpo le fascina en la misma medida y, cuando su compañero de habitación está ausente, Joe descuelga el espejo de la pared y se dedica largas miradas: su pecho, en el que los pelos oscuros se amontonan con descuido, su torso, su pene, sorprendentemente largo para una persona tan baja y enjuta.

Imagina su propia circuncisión, hace tantos años; se ve luchando en los brazos de un extraño barbudo, aceptando un dedo grueso y rosado, empapado en vino kosher, y chupeteándolo brutalmente, aspirando en busca de un fluido inexistente para encontrar, en cambio, una superficie llena de líneas en la que no

halla la escondida fuente de leche. Pero en su sueño, el paso del vino dulce por la garganta lo aturde, convierte en una masa indefinida los rostros orgullosos que lo rodean. Sus ojos, de ocho días, se cierran, se abren, se vuelven a cerrar, y despierta dieciocho años después convertido en un adulto.

Pasa el tiempo, Joe Castleman permanece en Columbia mientras se gradúa y, durante ese período, hay un cambio en su entorno. El cambio no se da solo en las estaciones, o en el florecer continuo de nuevos edificios con sus andamios sombreados. Tampoco se limita a las pequeñas reuniones socialistas a las que Joe acude, aunque odia sumarse a cualquier iniciativa; no soporta ser miembro de ningún grupo, ni siquiera para defender una causa en la que cree, como esta, sentado con porte serio, con las piernas cruzadas, sobre la moqueta mohosa en casa de alguien y limitándose a escuchar, a tragar información sin ofrecer nada. Y no se trata solo del tamborileo creciente de la bohemia de principios de la década de 1950, que lleva a Joe a unos cuantos clubes de vida nocturna, estrechos y mal iluminados, en los que desarrolla una inmediata y duradera afición a fumar hierba. Se trata más bien de que el mundo se le abre de verdad como una ostra y él entra, toca con manos tentativas los suaves bordes de la cavidad y se da un baño seco en su luz plateada.

Mientras duró nuestro matrimonio, hubo momentos en los que Joe parecía no darse cuenta de su poder, y esos fueron sus mejores momentos. Cuando llegó a la mediana edad, era un tipo grandote, tranquilo y despreocupado, que iba por ahí con un suéter beige de pescador que en vez de disimular su barriga la acogía con indulgencia y permitía que oscilara al caminar, cuando entraba en cualquier salón, en restaurantes o auditorios de conferencias, cuando aparecía en el almacén de Schuyler's, en nuestro pueblo de Weathermill, Nueva York, para renovar las existencias de Hostess Sno-Balls, aquellas gominolas curvadas, rosas, envueltas en coco y absolutamente artificiales por las que sentía una inexplicable adicción.

Imagínense a Joe Castleman en Schuyler's un sábado por la tarde, comprando un paquete nuevo de su golosina favorita, envuelto en celofán, y palmeando bondadosamente al perro artrítico del dueño.

—Buenas tardes, Joe —solía saludarlo Schuyler en persona, un hombre de ojos llorosos y azules como la cerámica, con aspecto de vieja vara de madera—. ¿Cómo

va el trabajo?

–Bueno, hago todo lo que puedo, Schuyler, hasta donde soy capaz –contestaba Joe con un profundo suspiro–. Que tampoco es gran cosa.

A Joe siempre se le daba muy bien dudar de sí mismo. Tuvo pinta de vulnerable durante buena parte de los 50, 60, 70 y 80 y la primera mitad de los 90, ya estuviera sobrio o borracho, ya fueran mejores o peores las críticas, ya se sintiera querido o abandonado. Sin embargo, ¿cuál era exactamente el origen de su tormento? Al contrario que su viejo amigo, el eminente novelista Lev Bresner, superviviente del holocausto y dolorido cronista de una primera infancia pasada como prisionero de un campo de exterminio, Joe no podía culpar específicamente a nadie. Lev, con su mirada profunda y brillante, podría haber ganado el Premio Nobel de Tristeza, y no el de Literatura. (Aunque siempre he admirado a Lev Bresner, nunca me pareció que sus novelas fueran tan buenas como se decía. Admitir eso en voz alta, por ejemplo en una cena con amigos, sería como levantarse y declarar: «Me gusta chupársela a los niños».) Si te entran temblores y te da miedo pasar página es por los temas que trata Lev, no por su escritura.

Lev es un torturado auténtico: hace mucho, cuando Joe y yo teníamos invitados con frecuencia, él y su mujer, Tosha, venían a pasar el fin de semana en casa y él se quedaba tumbado en el sofá del salón con una bolsa de hielo en la cabeza y yo pedía a los niños que guardaran silencio y ellos tenían que llevarse a rastras sus juguetes ruidosos, la muñeca que declaraba su «amor» entre dientes, el spaniel pequeñito de madera que sonaba cuando tirabas de una cuerda.

–Lev necesita silencio –les decía–. Niñas, id arriba. Vete tú también, David. – Los niños se quedaban un instante más al pie de las escaleras, inmóviles, paralizados–. ¡Vamos! –les urgía, hasta que al fin, reacios, subían las escaleras.

–Gracias, Joan –contestaba Lev con su voz apesadumbrada y su acento eslavo–. Estoy débil.

Él lo decía; tenía permiso para decirlo. A Lev Bresner se le permitía todo.

En cambio Joe no podía decir que estaba débil; ¿qué razón tenía para estarlo? Al contrario que Lev, a él la vida le había evitado el trauma del Holocausto; se había librado fácilmente por ser un crío encantador que jugaba a las cartas con su madre y sus tías en Brooklyn mientras Hitler desfilaba por otro continente

marcando el paso de la oca. Y luego, durante la guerra de Corea, Joe se disparó accidentalmente en un tobillo con un M-1 durante el entrenamiento básico y se pasó diez días mimado por las enfermeras y quitándole la costra al pudín de tapioca de la enfermería hasta que lo enviaron a casa.

No, no podía culpar a la guerra de su desgracia, de modo que culpaba a su madre; esa mujer a la que nunca conocí, aunque Joe me la describió con todo detalle a lo largo de los años.

Lo que sí sé de Lorna Castleman es que, al revés que sus dos hermanas y su madre, era gorda. Cuando eres muy joven, la gordura de tu madre puede transmiterte cierta seguridad, incluso orgullo. Te sonrojas de orgullo al pensar que no conoces otra madre tan gorda como la tuya; piensas con desprecio altivo en las madres de tus amigos, esas gambitas a las que nadie puede abrazarse.

Luego, según Joe, transfieres esa sensación a tu padre. Tu padre debería ser grande y feroz, a ser posible, un prodigio de amplias espaldas que te llevara a su oficina, o su tienda, o a dondequiera que pasara sus sombríos y masculinos días, que te alzara por el aire y permitiera a las mujeres que trabajaran con él tontear contigo, darte caramelitos ácidos y deshilachados, tal vez de esos que nadie quiere: de piña. Tu padre debería ser un generador de energía; imposible ignorar las manchas brillantes de su cráneo, que crecen con rapidez, los gruñidos que emite cada día al comerse una bandeja de hígado frito. Quizá sea tranquilo y solitario, pero es fuerte como un animal salvaje, y cuando su orina alcanza el cuenco del retrete hace temblar el agua y el sonido se dispara como un arroyo que recorriera prodigiosamente todas las calles de Brooklyn.

Mientras tanto, de repente te horroriza la gordura de tu madre: esa mujer capaz de liquidar entero un pastel de Ebinger's Blackout, con su caja verde con ventanilla transparente —la cobertura espesa como masilla de yeso, el interior poroso y oscuro—, en diez minutos, dicho y hecho, sin ninguna vergüenza. Te repele esa madre con la que solías pasear por el barrio; siempre iba empolvada y perfumada y era grande, pero noble; un sofá con patas.

Antes la querías con locura, te querías casar con ella, intentabas averiguar si eso era técnicamente posible y, en el caso de que lo fuera, suponiendo que algún día pudieras estar a su lado y poner un anillo en su dedo, te preguntabas si estarías a su altura. Lorna, tu madre, con sus abigarrados vestidos florales, comprados en

una tienda de Flatbush que se llamaba Casa de Modas de Ocasión La Beauté, lo era todo para ti.

Sin embargo, la vida ha cambiado. De pronto quisieras que tu madre fuera pequeña, que estuviera hecha de huesitos de juguete. Estrechita, talla S. Frágil pero hermosa. ¿Por qué no puede parecerse a la madre de Manny Gumpert, esa mujer con tanta clase, que tiene el cuerpo pequeño y comprimido como un colibrí? ¿Por qué no desaparece?

Pues tardó mucho, mucho tiempo en desaparecer. Cuando el pobre Martin Castleman cayó muerto en la zapatería, desplomándose de su banqueta de vinilo con una pierna de mujer entre las suyas y una caja de zapatos en las manos, Joe quedó durante muchos años en poder de su madre y otras mujeres. Ella estuvo presente en su vida hasta que Joe se hizo mayor del todo y se casó con su primera mujer, Carol, y solo entonces, mientras paseaba por la boda de Joe y Carol, Lorna desapareció. Fue un infarto imprevisto que llegó de repente, igual que el de su marido, y dejó al recién casado Joe huérfano y plenamente consciente de la fragilidad de la bomba de sangre que había heredado. La muerte de su madre fue muy perturbadora, decía Joe, aunque no tan traumática como la de su padre.

Sin embargo, debo admitir aquí que cuando me contó esta historia, mi horrorosa primera reacción fue pensar: «Buen material».

Me imaginaba a su madre, grande y sonrosada, llena de vida; las tías con sus vestidos de moda y sus bolsitos, los camareros dando vueltas con las bandejas de sorbetes multicolores en copas de plata escarchadas; incluso oía las escalas de sinuosa música *klezmer* que sonaban mientras él bailaba con Carol, la novia.

—Hay una cosa que no entiendo —le dije una vez, cuando llevábamos poco tiempo casados—. ¿Por qué te casaste con Carol, para empezar?

—Porque era lo que tocaba hacer —contestó.

Sin embargo, el asunto era —o por lo menos así lo decidió Joe más adelante— que Carol estaba loca. Con certificado para ingresarla en un sanatorio, una lunática clásica. Esto se puede decir sobre la primera esposa de un hombre y los demás hombres presentes en la sala asentirán con vigor; entienden exactamente lo que dices. Todas las primeras esposas están locas: así se sabe por su violencia y por su manera de poner los ojos en blanco. Se retuercen, gimen, arden en llamas y se desmoronan, se descomponen ante tu mirada. Probablemente, según Joe,

Carol ya estaba loca cuando la vio por primera vez en una solitaria cafetería a las dos de la madrugada, uno de esos locales nocturnos de los cuadros de Hopper en los que todos los clientes caídos sobre la barra recién limpiada aparentan tener una historia trágica que contar si cometes el error de mostrarte dispuesta a escucharlos.

Sin embargo, Joe no sabía ese dato de Carol todavía, de modo que cuando la conoció aquella noche se dejó encantar por el atractivo peculiar de aquella mujer infantil con la melena morena cortada sobre la frente en un limpio flequillo y unos pies que ni siquiera llegaban al suelo. En sus manos de muñeca había un libro grueso: *Obra completa* de Simone Weil. De hecho, eran los *Écrits* de Simone Weil, en su francés original. Quedó impresionado de inmediato y recurrió al único dato incierto y superficial que sabía de Simone Weil, que tal vez fuera solo un chisme apócrifo, aunque un amigo de la universidad le había jurado que era cierto:

—¿Sabes que a Simone Weil le daba miedo la fruta? —preguntó a la joven Carol Welchak, que por pura casualidad estaba sentada en el taburete contiguo al suyo.

Ella lo miró con desconfianza.

—Ya, claro, seguro.

—No, no, es verdad —insistió Joe—. Te lo juro por Dios. A Simone Weil le daba miedo la fruta. Supongo que se podría decir que era fructífoba.

Se echaron a reír los dos y la chica cogió una raja de naranja que había quedado abandonada en su plato de tortitas.

—Ven aquí, Simone, *ma chérie* —dijo con acento francés—. Ven a comer un poquito de mi fantástica naranja.

Joe quedó encantado. Al parecer, el mundo estaba lleno de chicas como aquella, cada una hirviendo a fuego lento en su olla, esperando que las saboreara el primer hombre que, al pasar, levantara la tapa para olisquear.

—Bueno, ¿qué haces aquí sola a estas horas de la noche? —preguntó.

Al otro lado de Joe, un estibador se puso a rascarse un sarpullido del cuello, provocando que Joe se apartase de él e intentara acercarse un poco más a la chica, cosa que por supuesto no pudo hacer, pues el taburete estaba atornillado al suelo de linóleo.

—Huir de mi compañera de piso —explicó Carol—. Es arpista y se pasa la noche

practicando. A veces me despierto antes del amanecer y durante un rato creo que estoy muerta y que los ángeles revolotean a mi alrededor y tocan su música al pie de la cama.

–Eso debe de ser muy grato –dijo Joe–. Creer que existe el cielo y que te han dejado entrar.

–Créeme –repuso Carol–, fue mucho más grato el día que me dejaron entrar en el Sarah Lawrence.

–Ah, eres una chica del Sarah Lawrence –dijo él, complacido.

Acababa de decidir que Carol pertenecía al tipo de mujer muy creativa, de las que tienen las manos empapadas al mismo tiempo de pintura acrílica por sus clases de arte y de ambrosía por algún ritual practicado en plena noche para celebrar el solsticio de invierno. También se imaginó que sería como una de aquellas acróbatas sexuales de Mongolia sobre las que había leído, que eran capaces de dar volteretas en el aire para caer directa y milagrosamente en el pivote de su pene: *¡Ka-ching!*

–Bueno, sí que fui al Sarah Lawrence –contestó ella–. Ya me licencié. Así que cuéntame, quienquiera que seas, ¿qué haces tú aquí a estas horas de la noche?

Estaba claro que no se había enterado, aún no sabía que los tipos como Joe, hombres desenvueltos que amaban el verso libre de su propia voz y el brillo bruñido de su propio reflejo en los zapatos, iban a las cafeterías solitarias a altas horas de la noche simplemente porque podían. Además, Nueva York, en esa época en particular, 1953, era un lugar espectacular para darse un paseo en plena noche si uno era un hombre joven, ambicioso y seguro de sí mismo. La ciudad estaba hecha de rótulos de neón y de puentes luminosos y de vapores del metro que jadeaban como ráfagas de contraste por los respiraderos que daban a la calle. Parecía que alguien hubiera repartido estratégicamente las parejas que se besaban con ansias desesperadas en cada farola.

–¿Qué hago aquí? –repuso Joe–. Padezco insomnio. Como no puedo dormir por la noche, me levanto y salgo a pasear. Lo que hago es fingir que la ciudad entera es mi casa. Ahí está el baño... –señaló hacia la ventana–. Y allí, en esa dirección, el armario donde guardo mis chaquetas.

–Entonces, esto será la cocina, supongo –propuso Carol–. Te limitas a entrar y te tomas un café.

–Exacto –dijo Joe, sonriéndole–. Vamos a ver si hay algo en la nevera.

Giraban los taburetes sin cesar de un lado a otro en una pequeña danza de apareamiento. Luego pagaron la cuenta y cada uno cogió uno de esos caramelos de menta espolvoreados que por alguna razón hay en una cestita de paja junto al cajero en todas las cafeterías del mundo, como si sus dueños se hubieran reunido para acordar ese protocolo. Luego, él sostuvo la puerta para que ella saliera y se adentraron juntos en la noche. Con Joe a su lado, los dos chupando sus caramelos de menta y purificándose la boca para el beso que iba a llegar tarde o temprano, Carol empezó a disfrutar del aire salvaje de las altas horas de la noche de un modo que le resultaba imposible cuando estaba sola. Qué placer saber lo que significaba relajarse y no preocuparse de nada, formar parte de algo enorme y vital. La noche era fría y las puntas superiores de los edificios parecían recién afiladas. Él tomó su mano pequeña y blanca y juntos siguieron el gran recorrido por las calles de postigos cerrados porque él era de esa clase de hombre, todo era suyo.

–Pronto aterrizaremos –dijo la azafata morena, casi pidiendo perdón mientras caminaba por el pasillo del avión.

A esas alturas, por supuesto, después de nueve horas, toda la experiencia del vuelo había pasado del limpio y expectante placer del inicio a la malhumorada e inquieta suciedad que se produce cuando uno pasa demasiado rato en un espacio pequeño. El aire, tan aséptico antes, contenía ya un millón de pedos, fritos de maíz y toallitas húmedas. La ropa estaba arrugada; la gente tenía surcos en las mejillas por haber dormido con la cara apoyada en el respaldo del asiento, o en la propia chaqueta arrebujaada. Incluso la azafata morena, que antes resultara tan seductora para Joe, parecía ahora una puta cansada, con ganas de abandonar. Ya no tenía galletitas saladas que ofrecer; la cesta estaba vacía. Al contrario, volvió a su asiento de la parte trasera y vi que se ponía el cinturón y se echaba un elixir para el aliento.

Estábamos solos de nuevo. Muchas filas más atrás, al otro lado de las cortinas, iba la editora de Joe, Sylvie Blacker, y dos jóvenes relaciones públicas, junto con el agente de Joe, Irwin Clay. Joe no tenía con ninguno de ellos una relación importante. Todos eran de cosecha reciente; su editor de siempre, Hal, había

muerto, y su agente anterior se había jubilado, de modo que le pasaron a manos de otra gente, algunos de los cuales ya habían abandonado el trabajo; aquellas personas en particular no estaban allí por su cercanía con Joe, sino porque les convenía llevarse, por asociación, parte del prestigio. Los amigos de Joe y el resto de la familia habían quedado atrás; Joe les había dicho que no hacía falta que vinieran a Finlandia, que no tenía ningún sentido, que pronto estaría de vuelta y se lo contaría todo, y por supuesto le habían hecho caso. El avión empezó a descender entre un jirón de nubes, bajando a Joe, a mí y a todos hacia una ciudad desconocida de Escandinavia, pequeña y hermosa, a finales del otoño.

—¿Estás bien? —le pregunté a Joe, que siempre parecía asustarse durante el silencioso anticlímax del descenso, cuando parecía que los motores se desbarataran y el avión planeara como un juguete infantil de madera de balsa.

Asintió y dijo:

—Sí, gracias, Joan. Estoy bien.

No se lo había preguntado porque me preocupara especialmente; más bien se trataba de un reflejo conyugal. En todo el mundo, maridos y mujeres se preguntan mutuamente si están bien por rutina y sin ninguna necesidad. Forma parte del contrato; es lo que hay que hacer porque significa que te preocupas, que prestas atención, cuando de hecho podría ser que estuvieras profunda e irremediabilmente aburrída. Vi que Joe parecía ciertamente tranquilo, aunque tal vez se debiera a los efectos secundarios de la falta de sueño. No recordaba la última vez que había pasado una noche durmiendo decentemente. Desde que lo conocí era insomne, pero cada año su incapacidad para dormir alcanzaba una especie de crisis justo antes de que se anunciara el ganador del Premio Helsinki.

Siempre, cada año, se oyen historias sobre cómo tal o cual ganador creyó que la llamada era una broma. Hay cuentos legendarios sobre escritores que, sacudidos en pleno sueño por el timbre del teléfono, maldijeron al hombre que les hablaba con acento extranjero y le preguntaron: «¿Se da usted cuenta de la hora que es?». Solo entonces, al emerger a la superficie de la conciencia, se dieron cuenta del propósito de la llamada, de que era genuina y de que implicaba que su vida iba a cambiar para siempre.

No se trataba del Premio Nobel, por supuesto; estaba unos pocos escalones más abajo, un hijastro desafiante cuya reputación había crecido por el mero

poder del dinero que adjudicaba, que en ese año ascendía al equivalente de 525.000 dólares. No era el Nobel, igual que Finlandia no era Suecia. Aun así, aquel premio suponía un honor extravagante y toda una emoción. Te elevaba: no a las alturas de Estocolmo, pero al menos sí hasta mitad de camino.

Todos ellos, los novelistas, los autores de relatos, los poetas, anhelan desesperadamente ganarlo. Si hay un premio, habrá alguien en algún lugar de la tierra que lo desee. Los adultos caminan arriba y abajo por sus casas y traman formas de ganar algo y los niños pequeños se ahogan solo de pensar en la perspectiva de merecer un trofeo bañado en oro por su escritura, por nadar bien, o simplemente por ser animosos. A lo mejor, en otras formas de vida también se conceden premios y no lo sabemos: Mejor Gusano de la Tierra; Cuervo Más Solidario.

Algunos amigos de Joe llevaban meses hablándole del Premio Helsinki.

–Este año lo vas a ganar –le había dicho su amigo Harry Jacklin–. Te estás haciendo mayor, Joe. Pronto estarás para criar malvas. No pueden ignorarte. Se les caería la cara de vergüenza.

–Querrás decir que se me caería a mí.

–No, a ellos –insistió Harry.

Su especialidad era la poesía, lo cual garantizaba que permanecería absolutamente desconocido y arruinado de por vida. Aun así, era muy competitivo: lo recorría por dentro una malvada veta de resentimiento, como a todos los demás poetas que Joe conocía. Parece que, cuanto menor es el pastel, mayor la necesidad de obtener un pedazo grande.

–No voy a ganar –le dijo Joe a Harry–. Llevas tres años seguidos diciéndome que lo ganaré. Eres como Pedro con el lobo.

–Hacía falta tiempo –contestó Harry–. Ahora entiendo su estrategia. Mira, estaban allí en Helsinki, sentaditos, comiendo su pescado ahumado y esperando. El plan era que, si a estas alturas seguías vivo, te lo darían. Eres políticamente correcto, cosa que hoy en día cuenta mucho, por lo menos en lo que concierne a Helsinki. Tienes ese gen extraordinario, la sensibilidad para las mujeres. Te niegas a tratar al sexo contrario como un objeto, ¿no es eso lo que dicen de ti? Que te inventas un personaje femenino y lo sitúas en un matrimonio, en una familia, en una cama doble de los barrios residenciales y sin embargo no te

parece necesario describir... No sé, su vello púbico, en términos literarios: «un nimbo de siena tostado», o cualquier cosa por el estilo como harían los de tu panda.

–No tengo ninguna panda –contestó Joe.

–Ya sabes a qué me refiero –Harry siguió hablando–. Incluyes en tu obra todo ese feminismo, si quieres llamarlo así, aunque a mí esa palabra siempre me hace pensar en tortilleras con sierras mecánicas. ¡Eres un talento, Joe! Un gran escritor que no es un cabrón total. Solo eres cabrón al cincuenta por ciento y maricón al otro cincuenta.

–¡Ja! –exclamó Joe–. Muy amable de tu parte. Y muy lírico, también.

Sin embargo, otros amigos de Joe se mostraron de acuerdo con la lógica del poeta y señalaron que ese año no había demasiados candidatos obvios para el Premio Helsinki en el mundo. En Estados Unidos había sido un año de muertes literarias, una tras otra, hombres a los que Joe conocía desde los cincuenta, cuando solían reunirse de vez en cuando en asambleas socialistas. Una década después se reunieron para una maratón, lecturas que duraron toda la noche y cuyo propósito era protestar por la guerra de Vietnam y succionarle la energía a toda la audiencia. Y luego volvieron a reunirse a principios de los ochenta, después de haber posado todos mansamente para anuncios de una marca de relojes atterradoramente caros fabricados por una empresa alemana, antigua y elegante, con un sucio pasado nazi. Y luego, finalmente, empezaron a reunirse para acudir a los funerales. Todos aquellos escritores, según comprobó Joe en el funeral del autor de teatro Don Lofting, seguían llevando los relojes alemanes que les habían regalado.

Harry Jacklin tenía razón al afirmar que ya quedaban en pie pocos compañeros de Joe que merecieran el premio; había pocos escritores con una obra de fuerza parecida, como un músculo labrado en mármol. Lev Bresner había tenido su momento en Helsinki siete años antes, lo cual no sorprendió a nadie, pues hacía tiempo que se esperaba, aunque Joe pasó de todos modos varios días seguidos acostado en una habitación a oscuras, alimentándose básicamente de barbitúricos y whisky. Luego, tres años después, Lev pasó milagrosamente a ganar el Nobel, algo de lo que Joe apenas soportaba hablar.

El Premio Nobel le quedaba muy lejos a Joe; los dos lo sabíamos y, en cierta

medida, lo aceptábamos. Aunque era conocido en Europa, su obra no tenía en el otro lado del planeta la importancia necesaria. Era norteamericano e introspectivo, y siempre usaba sus páginas para tomarse el pulso. Como decía Harry, era políticamente correcto, aunque no era en absoluto un escritor político. Incluso el Premio Helsinki era todo un logro. Y sin embargo, los críticos habían admirado siempre la visión de Joe sobre el matrimonio en Estados Unidos, que parecía desentrañar la sensibilidad femenina tan profundamente como la masculina, aunque con una sorprendente carencia de veneno y de culpa. Y al principio de su carrera, sus novelas habían saltado a Europa, donde se le llegó a conceder mayor importancia que en Estados Unidos. La obra de Joe pertenecía a la vieja escuela «marital» de posguerra: maridos y esposas encerrados en minúsculos apartamentos, o en casitas encajonadas y barridas por el aire en calles suburbanas con nombres como Bethany Court o Yellow Swallow Drive. Los hombres eran profundos, pero amargos; las mujeres, tristes y adorables; los hijos, descontentos. Las familias se desmoronaban, se dividían en facciones, se volvían americanas. Joe incluía su propia vida, usaba detalles de su infancia y de su juventud, y más adelante de sus dos matrimonios.

Sus novelas se traducían a docenas de idiomas y el estante de su estudio se iba llenando de ejemplares de dichas traducciones. Estaba su primera novela, *The Walnut*, un libro fino de tiempos mucho más ingenuos sobre un profesor casado y su mejor alumna, que se enamoran, lo cual provoca un suceso que fuerza al profesor a abandonar a toda prisa a su mujer y su hija, huir a Nueva York con su alumna y, finalmente, casarse con ella. Ese libro es pura autobiografía: es la historia de nosotros dos y Carol, la primera mujer de Joe.

A su lado, en el estante, estaban las versiones extranjeras de *The Walnut*, traducidas diversamente como *La noix*, *Die Walnuß*, *La nuez*. Además estaba el libro que ganó el Premio Pulitzer, *Overtime*, también llamado *Heures supplémentaires*, *Überstunden*, *Horas adicionales* y *Overtid*. El Pulitzer había tenido un efecto restaurador, como una tonificante borrachera de placer, pero habían pasado tantos años que incluso aquella dosis de gratificación quedaba ya en el olvido.

En la fotografía del autor de la contraportada de *Overtime*, Joe tenía aún su buena mata de cabello negro desmadejado, que a veces, para mi propia sorpresa,

añoro todavía. Hace ya mucho que se le fue aclarando y se volvió blanca, pero en esa época solía caerle sobre la cara y yo la apartaba para poder verle los ojos. En aquellos primeros años era atractivo y delgado como un galgo, tenía la tripa dura y cóncava. Sus erecciones eran interminables, se alzaban al aire en la mano invisible de alguna mujer (no necesariamente la mía), alguna musa que susurrara en su excitado oído: «Eres brillante». Han pasado décadas desde el Pulitzer, aunque también ha ganado otros premios en Estados Unidos, premios que llevaban a Joe a aquellas comidas de pechuga de pollo en los insulsos salones de banquetes de los hoteles de Nueva York para recoger la pasta y soltar un discurso, mientras yo me quedaba sentada en silencio, mirándolo con las demás esposas y algún que otro marido. Pero había llegado el momento para otro premio, uno importante. A Joe le hacía falta el combustible de ese premio, el lujoso y calórico placer que procura y el delirio que lo acompaña.

La noche en que esperábamos la llamada de Helsinki, suponiendo que se produjera, me acosté pronto. Joe, por supuesto, siguió rondando por la casa. Es una casa vieja, pintada de blanco y bien conservada, que se alza tras un muro bajo de piedra cubierto de musgo y cuyo origen se remonta a 1790. Hay muchas habitaciones por las que puede pasear un hombre insomne. Yo sabía que, si fuera mejor persona, habría permanecido despierta con él, como solía hacer cada año. Pero estaba cansada y anhelaba dormir, del mismo modo que en otras épocas anhelé que se juntaran nuestros cuerpos. Además, no quería volver a pasar por eso. Lo oía escarbar en el piso inferior como un hámster, abrir cajones en la cocina para sacar cosas, entrechocar algo que sonó como un rallador de queso y una cuchara con la intención, obvia y patética, de despertarme.

Sabía cómo funcionaba; lo sabía todo de él, como lo saben las esposas. Lo conocía por dentro desde que pasé aquel día en el despacho del doctor Ruffner para examinar la filmación de su colon. Nos sentamos a mirar cómo viajaba la luz por sus más íntimos circuitos y, después de eso, quedamos unidos para toda la vida. Cuando ves funcionar el colon de tu marido, cuando lo ves en acción, cuando ves la retracción galáctica de sus esfínteres, el recorrido de la papilla de bario por una interminable manguera humana, entonces sabes que es tuyo de verdad, y que tú eres suya.

Luego, años después, acompañada por aquel bajito y elegante cardiólogo

brahmán llamado doctor Vikram, tuve la ocasión de ver ecografías del corazón de Joe, como un puño defectuoso y esforzado, su válvula mitral que se cerraba con dejadez, casi borracha.

Y esa noche también lo conocía, podía ver cómo se iban formando en la mente las ideas, los presagios.

–Puede ser que esta vez haya ganado –me dijo en la cena. Recuerdo que estábamos comiendo faisanes de Cornualles y luego en los platos quedaron montones de huesitos–. Eso opina Harry. Y Louise también.

–Bueno, ellos siempre lo creen –contesté.

–¿Y no te parece que al menos puede ser que tengan razón, Joan? –preguntó.

–No lo sé.

–Por lo menos, concédeme un porcentaje de posibilidades.

–¿Quieres que te diga qué posibilidades tienes de ganar el Premio Helsinki? – Joe asintió. En la mesa había un envase de leche y mis ojos recayeron casualmente en él. Por eso añadí–: Dos por ciento.

–¿Crees que tengo un dos por ciento de posibilidades de ganar? –preguntó, sombrío.

–Sí.

–Ah, joder –exclamó.

Entonces me encogí de hombros, le dije que lo sentía y le anuncié que me iba a la cama.

O sea que ahí estaba, consciente de que en aquel momento tenía el enorme poder de quedarme quieta, sabiendo que debía ir con él y acompañarlo mientras mantuviera la vigilia. Sin embargo, me quedé tumbada, totalmente despierta y pasó así mucho tiempo hasta que oí sus pasos en la estrechez de la vieja escalera. Si yo no iba a él, vendría él a mí. Se supone que las esposas son fuente de consuelo, que lo reparten como si fuera el arroz de las bodas. Yo solía hacerlo a la perfección para él y para nuestros tres hijos, y casi disfrutaba de la faena.

Siempre me sentaba con Joe mientras él pasaba sus agonías, y con los niños durante sus diversas pesadillas, incluso durante un viaje de mescalina que sufrió una vez nuestra hija Alice, en el que todos los animalitos de peluche de su infancia acudían a burlarse de ella. Aquella noche pasó mucho miedo y se agarraba a mí como un marsupial, o como una niña mucho menor que ella, y

me decía: «Mamá, mamá, ayúdame, por favor, ¡ayúdame!».

Era un llanto lastimero y casi insoportable, pero, como toda madre, aguanté con el corazón acelerado y cara de póquer, musitando un ciclo infinito de naderías maternas hasta que por fin terminó el viaje y pudo dormir.

Lo mismo hice una y otra vez durante los estallidos de nuestro hijo David, que se repetían periódicamente al cabo de los años. En el colegio, donde nos decían que era brillante pero tenía problemas emocionales, pegaba a los demás niños. A los veinte, y a los treinta, se metía en broncas de bar y en peleas callejeras, y una vez pegó a su novia, que se recuperaba de la adicción a la heroína, con una barra de pan muy dura. Ese es nuestro mayor dolor: David es ahora un hombre larguirucho que se acerca al final de la treintena y que alterna la indiferencia con la rabia, un guapo procesador de textos en horario nocturno en un bufete de abogados de Nueva York sin mayores ambiciones, ni esperanzas de alcanzar la felicidad o la gloria. Pero es uno de mis hijos: lo hicimos Joe y yo. Así que cuando ha acudido a mí en momentos de arrepentimiento, he negado sus afirmaciones de que no valía para nada; no las he contrarrestado con ninguna prueba concluyente de lo contrario, sino con mi silenciosa y eficaz presencia, envuelta en mi bata, y con la compasión que fluye fácilmente ante la visión del rostro sufriente de un hijo.

Siempre estuve disponible, tanto para David como para sus hermanas, Susannah y Alice, y se me daba bien. Les hablaba con suavidad y, cuando la situación lo requería, les acariciaba el pelo y les llevaba un vaso de agua a medianoche.

Ahora, a altas horas de la noche, expectante y ansioso, Joe quería que también le acariciara el pelo a él, que se lo apartara de los ojos como en otros tiempos. Llegó al rellano, entró en el dormitorio, se tumbó y me rodeó con sus brazos mientras yo fingía dormir. Noté instintivamente que no buscaba prolongar aquel contacto hacia el sexo, pero se estaba quedando sin alternativas. En otros tiempos el sexo solía ser una buena idea, una idea que a ambos nos gustaba por igual, los abrigos de una cama ajena desmoronados en el suelo, una mano en un pecho, una mano en un pene. A veces, al terminar conversábamos sobre la gran hilaridad de aquellas imágenes pornográficas objetivadas, su cualidad primitiva, su manera de igualarnos, de encajarnos y allanar a toda la especie, convertirla en

una torta plana de deseos fluidos, con los predecibles orificios de salida para urgencias similares.

Urgencias. Ambos las teníamos, Joe y yo, y por lo general no nos avergonzábamos de ellas, aunque hace mucho, mucho tiempo me dijo: «Con esos muslos podrías matar un cocodrilo, Joan», de tan fuerte que lo apretaba, y eso sí me dio algo de vergüenza. A las mujeres no les gusta que se les señale la fuerza de tungsteno de sus deseos sexuales; se supone que pasa inadvertida como las fugas de gas. Durante mucho tiempo tuve tanta potencia sexual como él y luego, de repente, a mitad de los cuarenta, me di cuenta de que ya no la tenía, que había desaparecido simplemente, llevándose consigo mi felicidad, mi voluntad, aquella sensación de ser la otra mitad de Joe Castleman.

Sin embargo, en aquella noche de expectación, aunque llevábamos mucho tiempo sin tocarnos —¿puede ser que fuera un año entero?—, Joe encontró de pronto una reserva oculta de anhelo y nostalgia dentro de su cuerpo, y en consecuencia deslizó una mano hasta mi pecho y yo noté que el pezón se recogía en un nudo obediente.

—No hagas esto —dije, ya sin fingir que dormía.

—¿Que no haga qué? —Ya lo sabía.

—Usarme cuando no consigues dormir —contesté.

—No te estoy usando, Joan —dijo, pero retiró la mano—. Qué exagerada eres. Solo quería tocarte.

—Lo que querías era encontrar algo para entretenerte —dije, al tiempo que me sentaba en la cama—. Te estás volviendo tan loco que te subes por las paredes.

—Vale, de acuerdo, a lo mejor sí, pero no entiendo por qué tú no —contestó—. Esta es una de esas noches en que descubriremos si el mundo ya me ha olvidado.

—Ya sabes que no —le dije—. Hay un montón de pruebas. ¿Cuántas más necesitas? Tú dominas el mundo, Joe. Sigues estando ahí arriba. Aún eres importante.

Sin embargo, él meneó la cabeza.

—No —dijo—. No tengo esa sensación.

Lo miré y me di cuenta de que aún podía encontrar en mi interior algo de ternura por él. Era uno de esos momentos, una muestra representativa, arrancada de mi corazón en plena noche. Podía ponerme furiosa con él, podía encontrarlo

desagradable y pensar en perversiones psicológicas para castigarlo, podía acostarme pronto y dejarlo paseando lúgubrementemente por nuestra casa vieja y grande, pero, en contra de lo que me dictaba el instinto, seguía ahí, a su lado.

–¿Sabes que eres una persona absolutamente patética? –le pregunté.

–Espero que digas «patética» en el mejor sentido posible –contestó Joe con una leve sonrisa.

–Ah, sí –le aseguré–. Absolutamente.

Joe se tumbó, apoyó la cabeza en mi hombro, y nos acomodamos para pasar el resto de la noche. Si salía el sol por la mañana y seguíamos en aquella misma postura, si el teléfono había permanecido en silencio, él sabría que había pasado un año más sin ganar el Premio Helsinki y que probablemente ya no lo ganaría nunca. Aun así, en cierto modo, no pasaría nada porque tenía a su esposa, que es lo que todo el mundo necesita.

Joe me contó una vez que le daban algo de pena las mujeres que solo tenían maridos. Los maridos intentaban ayudar con sus respuestas, con su lógica, aplicando tercamente su fuerza como si fuera un dosificador de pegamento. Y si no, ni siquiera intentaban ayudar porque estaban por completo en otro lugar, recorriendo a solas el mundo. Pero las esposas, ah, las esposas, cuando no estaban amargadas o melancólicas, o pasando las cuentas del ábaco de su descontento, eran capaces de cuidar a los hombres con una facilidad delicada y carente de esfuerzo.

A las cinco y veinte de la mañana yo estaba sumida en un sueño muy profundo, puntuado de vez en cuando por el surtido habitual de sonidos de corral, ronquidos y suspiros que la gente suele empezar a emitir a mi edad. En cambio, Joe estaba tumbado a mi lado despierto en ese momento, cuando sonó el teléfono.

Más adelante, cuando contaba esa historia a los amigos, revisaba los sucesos de la noche y se otorgaba a sí mismo el papel del ingenuo dormilón a quien el teléfono despertaba con un susto. En esa versión idealizada, sonaba el teléfono y él se sentaba en la cama desorientado («¿qué...?, ¿qué...?»), alargaba una mano para coger el teléfono y tiraba al suelo un vaso de agua. Cuando por fin hablaba, lo hacía con la boca pastosa, con voz sorprendida. Y yo, a su lado, se supone que

sollocé y lo abracé cuando supe las noticias («Oh, Joe, te has esforzado tanto para conseguirlo...»), y luego los dos nos pusimos a llorar.

Él tenía que contarlo así porque de otro modo habría parecido demasiado ansioso, como si hubiese estado seguro de que esta vez sí llegaría la llamada de Finlandia.

Lo cierto es que Joe levantó el teléfono con un movimiento ágil, sin tumbar nada. Cuando dijo «hola» su voz sonó con fuerza. La línea telefónica transmitía un crujido y era de tan mala calidad que las dos voces quedaron atrapadas en un túnel que detenía el tiempo.

Sonó una voz extranjera en un tono a la vez sumiso y entusiasta. Preguntó por el señor Castleman. «Señor *Yoseph* Castleman», especificó, y a continuación le dio la noticia. Joe tragó saliva, sintió que se le henchía el pecho con un orgullo tan doloroso que parecía ser un pariente lejano y problemático del infarto; se apretó el corazón con la palma de la mano, pidiéndole silencio.

—¿Le importa que mi mujer, Joan, se ponga en el otro teléfono? —preguntó Joe a Teuvo Halonen, presidente en funciones de la Academia Finlandesa de las Letras—. Creo que ella también debería oír esto.

—Por supuesto —contestó el finlandés.

A esas alturas, yo ya estaba sentada en la cama y miraba a Joe con los ojos salidos, también mi corazón enloquecía, la química me inundaba las venas, y me escabullí hasta el recibidor con la bata para ponerme al teléfono en la habitación que en otro tiempo perteneciera a Susannah.

—Hola —saludé desde el teléfono rosa modelo Princesa de mi hija—. Soy Joan Castleman.

Me senté en la cama, bajo la estantería llena de antiguas y prístinas ediciones de Nancy Drew y Trixie Belden.

—Hola, *Yoan*, o sea, señora Castleman. Me dicen que quiere participar de esta conversación —dijo el señor Halonen—. Bueno, su marido es nuestro elegido para el premio de este año.

Reprimí un grito.

—¡Uauu! —dije—. ¡Oh! ¡Oh, Dios mío!

—Es un magnífico escritor —añadió Halonen con calma—, que merece el galardón. Nos honra tener la ocasión de escoger a este caballero, pues

consideramos que su obra ha alcanzado una belleza conmovedora y una gran importancia a lo largo de muchos años. Su carrera tiene un amplio espectro; su estatura ha aumentado y ha sido un placer contemplar ese progreso. Cada libro es más maduro. He de decir que, personalmente, mi favorito es *Pantomime*, pues en muchos aspectos los personajes de Louis y Margaret Strickler me recuerdan a mí mismo y a mi mujer, Pippa. ¡Tan vulnerables! ¡Tan humanos! Debería saber –siguió hablando– que hoy mismo, señor Castleman, tendrá que quitarse de encima a la prensa.

–No soy una estrella del cine, señor Halonen –dijo Joe desde el otro aparato–. Soy un escritor de ficción y eso ya no es demasiado importante en Estados Unidos. Ahora la gente tiene cosas mucho más importantes en que pensar.

–Pero el Premio Helsinki es importante –dijo Halonen–. Ya sabemos que no es el Nobel, claro –añadió a la fuerza, con una risa tímida y reveladora–, pero a pesar de eso todo el mundo se pone nervioso. Ya lo verá. –A continuación explicó más detalles, incluida la abrumadora dotación económica y la visita a Helsinki que debería hacer Joe–. Por supuesto, esperamos que usted también venga, señora Castleman –añadió enseguida. Aquella misma semana se haría en nuestra casa una entrevista oficial y la semana siguiente vendría un fotógrafo para montar una sesión formal con Joe, en preparación de nuestro viaje a Finlandia–. Pero supongo que los habré despertado –continuó Halonen–, y será mejor que les deje volver a dormir. La secretaria de nuestra oficina se pondrá en contacto con ustedes más adelante, hoy mismo.

Seguro que sabía que, después de una llamada como aquella, nadie volvía a dormir.

Nos despedimos como si fuéramos viejos amigos y, después de colgar, subí corriendo al dormitorio y me tiré sobre la cama, al lado de Joe.

–Vaya, por Dios, ya ha llegado el momento –dije–. Tenías razón. Tenías razón. Me dan ganas de desmayarme, de vomitar.

–No estaba seguro de que tuviera razón –Joe se tumbó junto a mí–. Es el principio de una fase nueva, Joan.

–Sí, la fase insufrible –dije.

Desdeñó mi comentario y guardó silencio.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó al cabo de un momento.

–¿Cómo que qué tienes que hacer?

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó, como un niño.

–Llama a Lev –propuse–. Que te cuente qué hizo él. Te dará toda clase de pistas. Lo repasaré contigo paso a paso y te dirá cómo has de manejarlo. Pero en general creo que tienes que hacer lo mismo que has hecho siempre –añadí–. Será lo de siempre, pero más grande.

–Gracias, Joan –me dijo en voz baja.

–No, no digas eso. No empieces. Creo que no podría soportarlo.

–Pero algo tengo que decir.

–No hay nada nuevo que decir –le contesté–. Y por favor, pase lo que pase, ni se te ocurra darme las gracias cuando te subas al escenario en esa sala gigantesca, o lo que sea, de Helsinki.

–Pero tendré que hacerlo –insistió–. Todo el mundo lo hace.

–No quiero convertirme en tu sufriente esposa –le dije con acidez–. Eres capaz de entenderlo, ¿verdad? O sea, Joe, venga, piensa cómo te sentirías tú.

–¿Podemos dejarlo para después? –preguntó.

–Sí –contesté–, supongo que podemos.

Me besó con fuerza en la boca y ambos saboreamos el vinagre del sueño. Luego hizo algo bien raro: se levantó despacio y se plantó de pie en la cama, alzándose inestable sobre la habitación y mirando hacia abajo desde aquel nuevo ángulo. La habitación quedaba inclinada pero seguía siendo normal. Joe Castleman sabía que era especial, aunque no tanto como para poder evitar los asuntos de la vida diaria. Lo rodeaban como siempre lo habían hecho. Y sin embargo, sabía que a partir de aquel momento podía prestarles menos atención; podía permitirse existir en otro mundo, una dimensión paralela en la que los ganadores de grandes premios se relajan en las tumbonas para comer higos al sol y no pensar más que en sí mismos. Tendría que luchar contra ese impulso, evitar reblandecerse. Tendría que seguir publicando, mantener una producción fuerte y constante.

–¿Qué haces ahí arriba? –le pregunté entonces, mirando hacia arriba mientras él seguía de pie sobre la cama.

–Quiero saltar –anunció–. Como solían hacer los niños.

Pensé en David, Susannah y Alice, en sus cuerpos pequeños lanzados por el

aire, con los pijamas flameando, los gritos de placer que acompañaban cada salto. ¿Por qué a los niños les gustaba tanto saltar? Quizá hubiera algún placer real en las subidas y bajadas de la infancia: la cama, el columpio del patio, el balancín, cuyos movimientos se oponían a la ciega tozudez de la edad adulta que solo consiste en entrar y salir.

–Venga –propuso–, salta conmigo.

–¿Por pura alegría? –pregunté sin sonreír.

–A lo mejor –contestó Joe.

Sin embargo, debió de darse cuenta de que nada ocurría exactamente por pura alegría en aquella habitación al amanecer, con el sol colándose discretamente por las ventanas e iluminando nuestras caras, destacando los parecidos que la edad provoca entre el hombre y la mujer, esas acuarelas y grabados andróginos.

Lo que sí había era otra cosa, algo emocionante pero tal vez en exceso, algo demasiado estimulante, tanto que difuminaba las sensaciones y reducía la posibilidad de la alegría hasta reducirla prácticamente a la nada.

–Salta conmigo –insistió.

–No –le dije–. No quiero.

–Oh, vamos, Joanie.

Hacía mucho que no me llamaba así y se había dado cuenta de que ese nombre me causaría el efecto de una sirena. Así fue. A mi pesar, despertó algo en mí. Resultaba estúpido entregarme a él una y otra vez, ¿no? Para homenajearlo, para cantarle, pero no fui capaz de reaccionar de manera distinta. Me costó un rato, pero al final conseguí adoptar un tambaleo, de pie sobre la cama.

–Esto es extremadamente raro –le avisé.

Nos pusimos frente a frente, levemente ladeados. Desde luego, no experimentamos la clase de libertad que en otro tiempo sintieran nuestros hijos, la simpleza de los cuerpos que habitan un espacio indefinido, y crucé los brazos por puro reflejo para evitar que los pechos se balancearan bajo el camisón y me golpearan la barbilla. Probé la resistencia del colchón para acostumbrarme a su flexibilidad y examinar la posibilidad de que se convirtiera en trampolín. A pesar de todo, sí había cierto placer en aquel acto, por mucha timidez que me provocara; el aire se electrizó un poco cuando empezamos a saltar.

Pronto empezaría a sonar el teléfono a todas horas y siempre sería para él, *sobre*

él. ¿Alguna novedad? A esas alturas ya me había acostumbrado; hacía mucho que Joe era famoso y la fama lleva consigo una uniformidad inevitable, más allá de cuál sea su nivel o su calidad, ya se trate de la fama televisiva, con su condición silvestre y sus dentaduras blanqueadas, o de la fama política, con sus cortes de pelo inflados y los gemelos en los puños de la camisa, o de famas como la de Joe; el suéter arrugado y la copa perenne agarrada por una mano regordeta.

Pronto empezaría la ronda de entrevistas y felicitaciones. Pronto se volvería insoportable para mí; eso lo fui viendo cuando pasaron los días. No iba a llevarlo bien; me infectaría la peor clase de envidia. Me quedaría sola en mi condición desnuda de esposa. Pronto, él se iba a regodear, acicalado y hablando sin parar de su éxito, henchido de éxtasis y llevado por la sensación de ser importante. Pronto sería intolerable. Y pronto, también, estaríamos en un avión –este avión, el de ahora– descendiendo lentamente entre las nubes para llegar al improbable rincón de Escandinavia y alcanzar el fin de cuanto teníamos en común. Sin embargo, por un instante, en aquella cama, Joe y yo estuvimos bien, fuimos por entero iguales, con nuestros ridículos egos de ancianos embutidos en aquellos pijamas estrujados, levemente alzados sobre la tierra antes de caer por fin del todo.

Capítulo segundo

ME DESTROZA DECIRLO, PERO CUANDO NOS CONOCIMOS yo era su alumna. Ahí nos tienes, en 1956, una pareja típica, Joe intenso y concentrado y siempre vestido de *tweed*, yo como un periquito travieso, siempre dando vueltas a su lado. Incluso la ropa que llevábamos me avergüenza, al menos vista desde el mirador olímpico que concede el tiempo: sus coderas de gamuza, que pretendían transformar a un judío de Brooklyn en un Mr. Chips; mis faldas largas de cuadros y mis zapatos sin tacón, que llevaba porque él era bajito y yo alta y lo último que deseaba era asustarlo.

No había ningún peligro de que se asustara: yo no le daba ningún miedo, tenía una seguridad en sí mismo y una entrega extraordinarias. Me persiguió y yo respondí, igual que hacían otras muchas alumnas con sus profesores en todo el país, involucrados en tórridas parejitas que resultaban placenteras, indignantes y brutalmente desequilibradas. Para mí fue un honor que me escogiera, y también un alivio, porque así me libraba del estupor que parecía infectar a todo el cuerpo estudiantil del Smith College en 1956. No era estrictamente por culpa nuestra. Aunque muchas de las chicas de mi dormitorio parloteaban como castañuelas sobre el sueño de casarse nada más terminar los estudios y de comprar un hogar en lugares como Old Lyme, en Connecticut (Chancey Foster ya había decidido qué casa quería: amplia, estilo Tudor, con un estanque lleno de pececitos de colores, aunque aún no había escogido marido), no éramos todas tontas, vacías e inconscientes. En mi dormitorio había un tenaz grupo de chicas poderosas y con conciencia política y, aunque me caían bien y me gustaba cuando se excitaban y se alborotaban a la hora de cenar, yo no era una de ellas. Aunque tenía mi propia información y mis opiniones, hablaba con suavidad, era demasiado afable. Me estaba especializando en literatura, con un interés subsidiario en el socialismo,

aunque en un campus hecho de parras y columpios en el porche y cenas colectivas era casi imposible sostener ese interés, pues todo quedaba bañado en una luz dorada y femenina.

Ninguna de nosotras estaba en el meollo de nada: en 1956 nos dábamos cuenta de que nos mantenían separadas del mundo que de verdad importaba, el mundo de los obcecados y odiosos hombres de los subcomités del Senado, con sus grandes micrófonos y su pelo peinado para atrás, y el de los hombres de habitaciones de hotel, con sus necesidades urgentes. A nosotras nos reservaban para otros propósitos y aceptábamos de buena gana quedar suspendidas como especímenes en formol durante cuatro años.

Aquel otoño, cuando Joe llegó por primera vez al Smith, se quedó abrumado por el volumen de presencia femenina, algo que él no había vivido desde su infancia entre mujeres en Brooklyn. Aquello era distinto: hablamos de mujeres jóvenes y recién duchadas, de mujeres húmedas, expectantes y extremadamente receptivas. Era el equivalente femenino de una cárcel llena de hombres en la que todos se enteraran en el momento exacto en que una mujer traspasara las puertas de la prisión. Percibirían su presencia con facilidad, la detectarían con un radar de sabuesos; en el momento en que ella se deslizara entre la gente, toda la población presidiaria se echaría a temblar al mismo tiempo. Y eso fue exactamente lo que hicimos nosotras cuando Joe entró en el aula del Seelye Hall, con diecisiete minutos de retraso, el primer día de clase, aquel septiembre.

No tenía más que mujeres a la vista, claro; con la misma facilidad podía haber escogido a otra en toda una vida de trabajos trimestrales, partidos de hockey y bailes de sábados por la noche, pero me escogió a mí y yo me dejé caer *—zooooom—* sin la menor resistencia. Las demás chicas eran ubicuas, parlanchinas, igualmente disponibles, pero también más pacientes; dedicaban todo el tiempo del mundo a cualquier cosa que hicieran. Se abría la puerta de un baño en mi dormitorio, desvelaba una chica con la pierna desnuda apoyada en el lavamanos y una cuchilla recorría ociosamente la superficie de espuma. Aquellas chicas cruzaban el campus del Smith en grupo, como si hubieran de caerse en cuanto las obligaran a caminar solas. El aire estaba congestionado por las esencias de tres perfumes dominantes que se unían como variedades distintas de polen, convirtiendo el lugar en una especie de bar de néctares.

Los hombres a quienes teníamos acceso normalmente no eran hombres de verdad; yo entendía que se trataba de una especie de ensayo, una clase más suave, menos exigente que aquella a la que terminaríamos por enfrentarnos. Y también ellos permanecían lejos, encerrados en sus propios campus amurallados hasta que llegaba el fin de semana, y entonces invadían de pronto la ciudad con sus caritas de niños y sus cuellos abotonados, saltando de los coches como soldados de permiso y llevándonos a los bares locales, a los bailes, a las camas.

A los diecinueve años, yo no quería saber nada de aquellos hombres infantiles, apenas ilegítimos. Tras un par de noches en su compañía, bebiendo cócteles tropicales espumosos cubiertos por sombrillas minúsculas, comiendo filetes y patatas asadas y manteniendo aburridas conversaciones sobre nuestros planes para después de la universidad, o sobre el ejército y McCarthy, o sobre si el juez Kaufman había sido demasiado duro con los pobrecitos Rosenberg de rostro cetrino (por supuesto que no, solían decir los hombres, acompañando la afirmación con un puñetazo en la mesa y una convicción amarga y apenada que probablemente habían heredado de sus padres), decidí que ya tenía bastante. Basta de copas. Basta de ponerse perlas, o chaquetillas sueltas, basta de abrir la boca como una «O» para aplicarme el pintalabios Sabor de Xanadú, basta de quedar en el salón de mi dormitorio con un chiquillo torpe como un elefante y dotado con una nuez de Adán prominente. Basta de toqueteos, de pechos permanentemente desencajados de las copas del sujetador en la oscuridad del coche del mismo chiquillo; basta de permitir que su cara, húmeda y esperanzada como la de un perrito, aterrizase en esos pechos. Porque si seguía haciendo eso, sabía que me volvería cada vez más pequeña y menos sustancial, incapaz de despertar el interés de nadie, ya fuera hombre o mujer, y cuando por fin accediera al mundo, el mundo no me querría.

Siempre me ha dado miedo ser pequeña y vulgar. «¿Cómo puede ser que solo tenga esta vida?», solía preguntarle incrédula a mi madre a los doce años, cuando me sentaba a la mesa del comedor en nuestro piso de Nueva York al volver del colegio para comerme una rosquilla. Masticaba con delicadeza las roscas de harina frita e intentaba ver algo por las ventanas de los apartamentos que quedaban al otro extremo de la doble anchura de Park Avenue.

Mi madre, una mujer angulosa y preocupada que se pasó la vida trabajando

para comités que organizaban cenas y bailes de caridad en el Pierre y en el Waldorf, ni siquiera sabía realmente de qué le hablaba, y mis espasmos repentinos de naciente existencialismo siempre le provocaban ansiedad.

—Joan, ¿por qué dices eso? —solía preguntarme antes de desaparecer hacia otra habitación.

Cuando llegué a la universidad, estaba desesperada por causar impacto, por alzarme sobre la gente, por sobresalir, algo que parecía improbable cuando me daba cuenta de en lo que me había convertido: una higiénica y esbelta chica del Smith que no sabía mucho de nada y que ni siquiera tenía idea de cómo aprender.

La clase de Literatura 202 —«Elementos de la escritura creativa»— se daba a última hora de la tarde los lunes y los miércoles. Me habían dicho que en cursos anteriores daba esa clase la señorita Dymphna Worrell, que había publicado unos poemas florales («Un ramito de fresias», «El capullo que no quería florecer») en una revista publicada por la Sociedad Horticultora de Nueva Inglaterra y que se pasaba las clases chupando pastillas para la tos y elogiando el trabajo de todas las alumnas con el mismo histrionismo: «¡Qué lenguaje tan expresivo!». Pero ahora la señorita Worrell se había retirado a un asilo en las cercanías de Chicopee y nadie sabía nada de su sustituto, que aparecía en el catálogo bajo el nombre de señor J. Castleman, doctor en literatura.

No me inscribí en la clase porque creyera que tenía talento, sino porque deseaba tenerlo, aunque en realidad nunca lo había puesto a prueba para que no me dijeran que era mediocre. Había doce alumnas matriculadas en Literatura 202 y al llegar al aula del seminario del Seelye Hall el primer día, después de pasar unos cuantos minutos hablando de temas insulsos mientras abríamos nuestros cuadernos para encontrar páginas en blanco, llenas de esperanzas, un silencio preocupado invadió a toda la clase. Quienquiera que fuera el señor J. Castleman, doctor, llegaba tarde.

Sin embargo, cuando entró a toda prisa en la clase con diecisiete minutos de retraso, yo no estaba preparada; ninguna de nosotras lo estaba. Mediada la veintena de años, era flaco, llevaba el cabello negro sin peinar y tenía las mejillas salpicadas de color. Desde luego era guapo, pero parecía construido con un

patrón chapucero, y llevaba los libros mal recogidos con una cinta, lo cual le hacía parecer un colegial apresurado. El profesor Castleman entró cojeando un poco, como si uno de sus pies vacilara rascando el suelo antes de levantarse.

–Lo siento –dijo a las alumnas, al tiempo que soltaba el clip que lo mantenía todo junto y liberaba sus pertenencias en un estallido sobre la superficie de la mesa, grande y lustrosa. Sacó dos puñados de nueces de los bolsillos del abrigo. Luego alzó la mirada y añadió–: Pero creo que tengo una excusa bastante buena. Anoche, mi mujer fue madre.

Yo no dije ni palabra, pero algunas de las otras chicas empezaron a murmurar felicitaciones. Una dijo: «Uauuu» y otra preguntó:

–¿Niño, o niña, profesor?

–Niña –contestó–. Fanny. Por Fanny Price.

–¿La actriz judía de vodevil? –preguntó alguien con vacilación.

–No, por Fanny Price, de *Mansfield Park* –corregí en voz baja.

–Sí –dijo el profesor–. Eso es. Sobresaliente para la chica de azul.

Me miró agradecido y yo miré levemente de reojo, incómoda por haber destacado. *La chica de azul*. De pronto, mi comentario parecía tan interesado y de una vanidad tan obvia, que estuve a punto de darme una bofetada. Pero siempre había sido esa clase de lectora que subraya los libros y que los presta de modo indiscriminado, sabiendo que no los volverá a ver jamás, pero deseosa de que las amigas los lean también y compartan su emoción. En algún momento de mi vida había tenido tres ejemplares de *Mansfield Park*. Por alguna razón, deseaba que él supiera todo eso de mí.

J. Castleman, doctor, sacó del bolsillo un cascanueces pequeño plateado y escogió una nuez. Con el menor ruido posible, empezó a partir las nueces y a comérselas. Las ofreció a la clase, en un acto casi reflejo, pero todas meneamos la cabeza y murmuramos: «No, gracias». Se limitó a comer durante un rato, luego cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo.

–El asunto –anunció al final Castleman– es que siempre supe que cuando tuviera un hijo tendría que darle un nombre literario. Quiero que mis hijos sepan lo importantes que son los libros. Y quiero que todas vosotras lo sepáis también –añadió–. Porque a medida que uno se hace mayor, la vida lo va corroyendo como el ácido de las baterías y todas las cosas que le gustaban de

pronto se vuelven más difíciles de encontrar. Y cuando las encuentra, ya no tiene tiempo de disfrutarlas, ¿sabéis? –No sabíamos, pero asentimos con gravedad–. Así que he llamado Fanny a mi hija –siguió hablando–. Y vosotras, muchachas, dentro de unos pocos años, cuando os convirtáis en máquinas de parir criaturas, espero que también llaméis Fanny a vuestras hijas.

Sonó alguna risa incómoda; ninguna de nosotras sabía qué hacer con aquel hombre, aunque también sabíamos que nos caía bien. Paró de hablar un momento, se tomó el tiempo de cascar unas pocas nueces más y luego, suavizando la voz, habló de los escritores que le gustaban particularmente: Dickens, Flaubert, Tolstói, Chéjov, Joyce.

–Para mí, Joyce lo es todo –dijo–. Hago reverencias ante el altar del genio de *Ulises*, por supuesto, aunque debo admitir que en el fondo de mi corazón prefiero *Dublineses*. Nada puede superar a «Los muertos».

Después, Castleman explicó que nos iba a leer los fragmentos finales de «Los muertos». Sacó una edición rústica de tapas de color verde marino de *Dublineses* y, mientras leía en voz alta, dejamos de jugar con los lápices y de rodar los anillos en los dedos y de bostezar en silencio con esa indolencia propia de las últimas horas de la tarde. Algunos fragmentos de aquella novela corta, sobre todo los del final, resultaban asombrosos, y la sala quedó absorta y en silencio. Su voz, al leer, era reverencial. Al terminar la lectura dedicó unos cuantos minutos a hablar del sentido de la muerte del pobre y maldito Michael Furey, que había pasado la noche helada de la historia de James Joyce enfermo de amores, para morir después.

–Mataría por escribir una historia la mitad de buena que esta. Mataría literalmente –dijo el profesor–. Bueno, mataría en un sentido figurado. –Meneó la cabeza–. Porque cuando me enfrento a la realidad, chicas, recuerdo que nunca llegaré a acercarme siquiera a lo que hizo este hombre. –Se detuvo, apartó la mirada con timidez y añadió–: Ahora llega el momento en que debo confesar que yo también aspiro a ser escritor. He publicado alguna historia aquí y allá. Pero de momento –añadió con rapidez– se supone que no hemos de hablar de mí. Se supone que vamos a hablar de literatura. –Pronunció la palabra maliciosamente, con humor, y luego recorrió el aula con la mirada–. ¿Quién sabe? –dijo–. Quizá alguna de vosotras escriba algún día algo grande de verdad.

Aún no tenemos veredicto.

Entendí que quería decir que para él sí había emitido un veredicto y no era bueno. Siguió hablando un rato más, y las chicas más diligentes de la clase tomaron apuntes. Yo miraba de reojo a Susan Whittle, la pelirroja de mi lado, vestida de *mohair*, que solía sonrojarse con facilidad. En una página de su carpeta, en letras perfectamente dibujadas, había escrito:

Ficción = arte mezclado con emoción. Por ej., las novelas de Virginia Wolfe (¿se esc. así?), James Joyce, etc., etc. La experiencia debería ser pura. ¡Símiles! Ojo: tengo que recoger los banderines y los barriles HOY para la fiesta de 1.º.

Al otro lado de las altas ventanas del Seeyle Hall la luz se borraba del cielo; vi a unas cuantas chicas que caminaban por los senderos, pero no registré su presencia en particular: eran gente que andaba, nada más. Volví a mirar al profesor Castleman. Era un padre reciente, con una esposa y una hija acogidas en el calor de la maternidad del hospital local. Un hombre sensible e inteligente cuyo andar insinuaba cierta cojera; probablemente la habría adquirido en Corea, supuse, o tal vez proviniera de su infancia, tras sobrevivir a la polio.

Me lo imaginé a los diez años, atrapado en el cilindro de un pulmón de acero, tumbado solo con la cabeza fuera mientras una enfermera amable le leía fragmentos de *Oliver Twist*. La imagen era penosa y casi me dio ganas de llorar por el pobre chiquillo a quien, en mi mente, empezaba a confundir con el propio *Oliver Twist*. Sentí un amor sencillo por el profesor Castleman, incluso algo parecido al amor por su esposa y su niñita, los tres puntos que componían la delicada constelación Castleman.

Al terminar la clase, muchas chicas quisieron entablar un contacto personal con él, como si quisieran decirle: «¡Eeoo! ¡Estoy aquíí!». No se trataba necesariamente de que lo imaginaran como amante –al fin y al cabo, ya estaba comprometido–, pero incluso el hecho de que estuviera comprometido volvía la situación mucho más apetecible.

–Escribid de lo que sepáis –nos aconsejó, y nos envió a trabajar en los primeros deberes de escritura.

Aquella noche, después de cenar (pastel de carne, lo recuerdo porque me quedé sentada mirándolo y tratando de describirlo a la manera de un escritor, aunque

mi mejor ocurrencia, bien patética, fue: «un tejado de patatas machacadas untado con espesura sobre una casita baja de carne»), subí a las estancias superiores de la Biblioteca Neilson. En los altos estantes de acero, a mi alrededor, estaban los antiguos volúmenes encuadernados de revistas científicas: *Anales de Fitoquímica*, sept.-nov., 1922; *Diario Internacional de Hematología*, en.-mar., 1931. Me pregunté si alguien volvería a abrir alguna vez aquellos libros, o si permanecerían cerrados para la eternidad, como la puerta bloqueada por un hechizo en un cuento de hadas.

¿Debía ser yo quien los abriera, quien depositara sus besos en aquellas páginas frágiles y apretadas para romper el hechizo? ¿Tenía algún sentido intentar escribir? ¿Y si nadie leía lo que escribiera, y si mis textos languidecían intactos en el estante congelado de una biblioteca universitaria por los tiempos de los tiempos? Me senté en un cubículo y fijé la vista a mi alrededor, en los lomos ignorados de los libros, las bombillas suspendidas en sus jaulitas, y escuché los sonidos distantes de las patas de las sillas al rascar el suelo y el murmullo arrastrado de un carrito de libros solitario que alguien empujaba a lo largo de alguna estantería.

Permanecí allí un rato y traté de imaginar qué era lo que realmente sabía. No había visto casi nada del mundo: mi viaje a Roma y Florencia a los quince años y con mis padres había transcurrido bajo la protección de los buenos hoteles, secuestrada tras el cristal verdoso de los autocares del tour, en busca de fuentes de piedra y *piazzas* desde una distancia irreal. Mi nivel de experiencia y conocimiento había permanecido igual, no había aumentado, no se había desbordado. Había estado siempre con otros estadounidenses, todos bien apiñados, con la cabeza echada hacia atrás y boquiabiertos mientras contemplábamos las pinturas de las cúpulas. Pensé que nunca había estado desnuda del todo ante un hombre, ni había ido a ninguna reunión política en el sótano de alguien, ni había hecho jamás realmente nada que pudiera considerar independiente, o particularmente iluminador o atrevido. En el Smith, me rodeaban las chicas, como un equivalente de aquellos turistas norteamericanos. Los grupos de chicas ofrecían tanta seguridad como el pastel de carne.

Entonces, sentada en la parte alta de la biblioteca, helada de frío aunque no me importara, conseguí al fin obligarme a escribir algo. Sin censurarme ni condenar

lo que escribía por ser trivial, o limitado, o simplemente de pobre construcción, escribí sobre el muro impenetrable de feminidad que conformaba mi vida. Al parecer, eso era lo que sabía. Escribí sobre los tres perfumes distintos –Chanel n.º 5, White Shoulders y Joy– que podían olerse por todas partes en el campus, y sobre el sonido de las seiscientas voces femeninas que se alzaban a la vez en el claustro para cantar *Gaudeamus Igitur*.

Al terminar, me quedé un buen rato sentada en aquel cubículo, pensando en el profesor Castleman y en su aspecto durante la clase, con los ojos cerrados. Sus párpados tenían una cualidad violácea, casi translúcida, que los hacía parecer incapaces de mantener el mundo a oscuras. Tal vez eso fuera ser escritor: poder ver incluso con los ojos cerrados.

A la semana siguiente, durante sus horas de tutoría, esperé sentada en el banco del pasillo con una expectación casi rabiosa. Había alguien dentro con él; se oía el duelo de murmullos de una voz de hombre y otra de mujer, puntuado ocasionalmente por un aullido de carcajadas femeninas, lo cual no hacía sino aumentar mi molestia. ¿Había un cóctel? ¿Alguien servía copas y sandwichitos húmedos? Al fin se abrió la puerta y apareció Abigail Brenner, una de las alumnas de la clase, con su tedioso relato sobre la reciente muerte de su abuela por neumonía doble, que había estado reescribiendo sin sentido desde el primer día de clase. Dentro de la oficina se veía a Castleman en su escritorio: se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa y con corbata.

–Vaya, hola, señorita Ames –dijo, al darse por fin cuenta de mi presencia.

–Hola, profesor Castleman –dije.

Me senté frente a él en una silla de madera. Él sostenía en la mano mi nuevo relato, uno que le había dejado en el buzón del departamento.

–Bueno. Su relato. –Lo miró con serenidad. Apenas había anotado nada, no había ningún jeroglífico en tinta roja de bolígrafo–. Lo he leído dos veces –explicó– y, francamente, las dos me ha parecido magnífico.

¿Decía lo mismo de todos los relatos? ¿Se lo habría dicho incluso a Abigail Brenner sobre la estúpida historia de su abuela? No me lo parecía. El relato bueno era el mío. Lo había escrito para él, deseando especialmente que le gustara, y al parecer lo había conseguido.

–Gracias –dije en voz baja, rehuyendo su mirada.

–Apenas sabe de qué estoy hablando, ¿verdad? –me preguntó–. No tiene noción de lo buena que es. Me encanta eso de usted, señorita Ames; es una cualidad muy conmovedora. Por favor, no cambie.

Asentí, avergonzada, y entendí que era así como quería verme: distinta pero inocente. Y descubrí que no me importaba esa apariencia. Incluso pensé que tal vez fuera cierto.

–Señorita Ames, señorita Ames... –dijo, sonriendo–. ¿Qué voy a hacer con usted?

Le devolví la sonrisa y empecé a sentirme a gusto en aquel papel nuevo, tan extraño.

–Como diría mi amiga Laura –le dije–, tal vez debería escabecharme.

Castleman plegó las manos tras la nuca.

–Bueno –dijo lentamente–, tal vez su amiga Laura tenga razón. –Luego pasó el momento del jugueteo y nos pusimos a trabajar, ambos inclinados sobre mi trabajo. Noté que el aliento le olía a nueces–. «Los árboles se cimbrearon hacia atrás, como si se asustaran» –leyó en voz baja. Retorció la cara, como si se hubiera tragado una nuez podrida–. Me parece que no. Un poco falso, ¿no? Puede hacerlo mejor.

–Bueno, sí, no estaba muy segura de esa frase –dije, y de repente supe que era la peor frase que se hubiera escrito en la historia de los trabajos universitarios.

–Se ha dejado llevar por su voz –dijo Castleman–. Yo también lo hacía antes de licenciarme. Claro que, al contrario que usted, no tenía ninguna razón para dejarme llevar.

–Oh, estoy segura de que es un buen escritor –le aseguré.

–No sé si lo soy, pero estoy seguro de que no soy de los que tienen talento natural –contestó–. Pertenezco a la clase de los que se pasan el día sentados como esclavos y confían en que alguien les conceda el mérito de su esfuerzo. Pero hay algo que es importante recordar, señorita Ames: en la vida, nadie reconoce el esfuerzo.

Alguien llamó a la puerta y Castleman cerró enseguida mi relato y dijo:

–O sea que cuando esté agonizando con sus textos a altas horas de la noche, sepa que tiene un admirador.

–Gracias –dije.

–Y, por el amor de Dios –añadió–, líbrese de esos árboles asustados.

Solté una risa, deseando que pareciera sabia, y al levantarme le cogí el relato. Nuestras manos se tocaron, nudillo con nudillo.

–¡Adelante! –llamó Castleman.

Se abrió la puerta y entró Susan Whittle, la pelirroja de clase. Su piel, ya me había dado cuenta antes, era tan sensible que en aquella superficie se expresaban claramente todas sus reacciones. Parecía vivir en un constante estado de mortificación: incluso en aquel momento, un paño rosado se extendía por su cuello. Yo en cambio estaba totalmente tranquila, como si me hubieran dado un calmante para caballos. Salí de la oficina deslizándome, pasé delante de los demás despachos, donde los alumnos y los profesores se inclinaban solemnemente sobre sus trabajos, pasé ante el tablón de anuncios, con sus folletos de programas de verano en Roma y en Oxford, y ante la anciana secretaria del departamento de Literatura con su jarrita de cristal llena de caramelos.

Desde aquel día me sentí tranquila en clase, como si el imaginario calmante para caballos tuviera larga duración. Permanecía totalmente absorta cuando Castleman hablaba de literatura y del oficio del escritor. Se sentaba con sus nueces esparcidas sobre la mesa y no dejaba de partir las cáscaras, separar la pulpa de las fauces abiertas y masticar mientras hablaba.

Un día anunció a la clase que una «escritora de talento» nos daría una conferencia en la universidad la semana siguiente y que nos pedía a todas que asistiéramos.

–Dicen que es muy buena –explicó–. Yo solo he leído el primer capítulo de su novela; es bastante lúgubre e inquietante para ser mujer, pero creo que es muy inteligente y tenéis que acudir todas. Yo iré con la agenda y pasaré lista, así que ni se os ocurra faltar.

Algunas chicas se miraron de reojo, incómodas, como si de verdad se creyeran aquella amenaza.

El miércoles siguiente, fui a la sala de conferencias de la Biblioteca Neilson para escuchar a Elaine Mozell. Era la primera vez que acudía a una conferencia y me encontré las sillas dispuestas informalmente. Alguien del departamento de Literatura pronunció una breve introducción y luego la escritora, una mujer

grande, con pinta ordinaria y cabello claro, que llevaba una bufanda violeta al cuello, se plantó en el estrado.

–Esto pertenece a mi novela *Sleeping Dogs* –dijo, con una de esas voces que parecen intensamente castigadas por el alcohol y los cigarrillos. Reconocí aquel timbre y lo admiré; no conocía a nadie que hablara así–. Ya sé que la mayoría no la habéis leído –concedió–, porque solo se vendieron 1.503 ejemplares a pesar de las críticas, supuestamente «unánimes». Y la mayor parte de esos 1.503 ejemplares –añadió– los compraron familiares míos. A quienes pagué generosamente.

Hubo algunas risas inseguras, incluyendo la mía. Más allá de cómo fuera su libro, tuve ganas de admirarla. De pronto parecía tratarse de un objetivo importante, y cuando empezó a leer me alivió comprobar que era merecedora de admiración. Era la historia de la iniciación sexual de una chica en una granja de Iowa, y Elaine Mozell usaba un lenguaje gráfico para describir el modo en que el nuevo trabajador de la granja acosaba a la chica cuando se tumbaban en el heno, mientras los animales gruñían su aprobación. Se reflejaba el punto de vista de la chica, así como el del trabajador. De ningún modo se trataba de una novela doméstica; se alzaba más allá del mundo de la vida en una granja e incluso aportaba algunos detalles concretos sobre el maíz y la soja y, con cierta brevedad, sobre la historia de la fábrica de tractores John Deere.

A menudo las novelas contemporáneas escritas por hombres incluían catálogos homéricos de información que cubría desde el coste de los objetos hasta su sabor o su textura táctil. La tierra, el mar, la diferencia entre el grano y la paja. La novela de Elaine Mozell era similar; sus palabras, escogidas con atención, fluían en aquella voz nicotínica y, mientras leía en voz alta, parecían ser capaces de hacer que se despertase aquella sala tan lúgubre. Una hora después, al terminar la lectura, recibió una ovación y se sonrojó. Entonces se bebió de un trago el vaso de agua que tenía en el atril, festoneando el borde con su pintalabios.

Más tarde, durante la breve recepción, permaneció en un rincón de la sala, con su fina moqueta y sus lámparas de balón, de color óxido y sepia, flanqueada por dos miembros del personal de la facultad, un hombre y una mujer, y los tres hablaron en voz muy alta, aunque la más alta era la de Elaine Mozell, que se elevaba de vez en cuando en carcajadas de alivio. Esa noche ya no tenía que

actuar más; ya no tenía que plantarse ante nosotros y hablar de sexo y regadíos. Ya no tenía que usar la palabra «trillo». Volvía a ser libre, y se notaba en el brillo de sus ojos y en un rostro que ya estaba francamente enrojecido. Iba dando tragos de whisky y, mientras los demás miembros de la facultad se emborrachaban sutilmente, ella lo hacía de una manera evidente.

Yo permanecí con el grupo de chicas boquiabiertas del curso de escritura creativa, que miraban a la novelista y a los animados satélites que la rodeaban. El profesor Castleman se había convertido en uno de esos satélites y vi que luchaba por ocupar un lugar junto a Elaine Mozell. Ella se volvió hacia él, se estrecharon las manos rápidamente, él le susurró unas palabras entre la melena y ella, tras apreciar sus comentarios con unas risas, le devolvió los susurros. Plantada a un lado con mi chaquetilla de lana y mi falda escocesa, me sentí ridícula. La falda llevaba uno de aquellos imperdibles enormes dorados y de pronto me entraron ganas de desprenderlo y clavármelo en un ojo.

Yo no me hubiera acercado a ella por mi cuenta, pero el profesor Castleman me vio, me llamó, me hizo una seña y poco después me presentó como «una joven escritora extremadamente prometedora». Ella me repasó con la mirada; yo estaba convencida de que sus ojos iban directos al imperdible. Encogida mientras estrechaba su mano, grande y caliente, tuve ganas de decirle: «Soy mejor de lo que aparento». Le dije que me había encantado su lectura y que pensaba leerme el resto de la novela.

–Muy bien, suponiendo que la encuentres –contestó–. Me temo que tendrás que cavar entre montones de novelas chillonas de hombres, cantos a la inocencia y a la experiencia. Y quizá entonces encuentres mi cuentito, enterrado debajo de todo.

Alrededor de mí, Castleman y los demás protestaron, le dijeron que eso no era cierto, que su novela era muy potente por sí misma, bla, bla, bla.

De pronto, mi profesor dijo:

–Oh, vamos, señora Mozell, no puede ser tan grave.

–¿Y usted qué sabe? –le preguntó ella.

–Bueno –contestó–, hay unas cuantas novelistas a las que admiro profundamente. Por ejemplo, las sureñas, ese círculo de costura conformado por Flannery O'Connor y las demás. Mujeres cuya obra es inseparable de la región

en que viven.

Mientras él hablaba, capté las miradas que intercambiaban, el código cifrado entre ellos, el modo en que ella ladeaba la cabeza, la forma en que él apoyaba un codo en la pared para parecer relajado, cómo se interesaban mutuamente mientras el resto de los miembros de la facultad y los estudiantes permanecían en un dócil círculo a su alrededor, como los coros que representan el papel de los aldeanos en una ópera y se apartan para permitir que los dos actores principales disfruten de su momento. Ella era ácida y complicada, una mujer que fue hermosa pero que con el tiempo había acumulado demasiado peso y demasiado resentimiento para seguir siendo atractiva, aunque el profesor Castleman se interesara por ella. Tal vez también sintiera cierta repulsión, pero aun así le atraía. Ella tenía talento; su don era extraño e inquietante, más bien masculino. Aquella Elaine Mozell era una de esas mujeres rabiosas, en su caso rabiosa porque había vendido solo 1.503 ejemplares y, si bien se sabía poseedora de mucho talento, sabía también que eso no servía para nada.

–Oiga –le dijo en ese momento–, Flannery O’Connor es genial y no pretendo faltarle al respeto, pero también es una especie de monstruo de la naturaleza, tan visionaria, tan devotamente católica y tan severa.

–Es una escritora importante –insistió alguno de los otros hombres–. Yo la enseñé cada año en mi curso sobre lo grotesco. Es la única mujer de la lista; realmente, no hay otra como ella.

–Pero Flannery O’Connor tiene una ventaja de la que yo carezco –siguió hablando Elaine–. Su condición de sureña le da una región colorida, ya preparada, para escribir sobre ella, una región que, por alguna razón, la gente encuentra increíblemente exótica. –Hizo una pausa y permitió que un hombre le rellenara la copa–. A los lectores les encanta oír hablar del viejo y loco sur, tal vez admiren a las escritoras sureñas –añadió–, pero no quieren conocerlas. Porque son criaturas extrañas, como la O’Connor o Carson McCullers, esa criaturilla andrógina que parece una ardilla. Yo no quiero ser una criatura extraña. Supongo que solo pretendo que me quieran. –Bebió un largo trago y añadió–: Ojalá fuera lesbiana, de verdad.

De nuevo, hubo murmullos de protesta.

–No lo dice en serio –oí que se quejaba la tímida decana.

Pero Elaine Mozell la contradijo:

–Ah, en cierto modo sí lo digo en serio –aclaró–. El problema es que amo apasionadamente a los hombres, aunque no lo merezcan. Pero si yo fuera una de esas lesbianas literarias, me importaría un comino lo que pensara de mí el resto del mundo, incluso me daría lo mismo que ni siquiera pensara nada de mí.

Hubo más respuestas, más charla, y al final los demás se apartaron; se iba haciendo tarde y ya imaginaba a los bedeles con sus fregonas a las puertas de los dormitorios y me quedé un rato arrugando una servilleta de cóctel con el emblema del Smith. También estaba esperando, aunque no tenía claro qué esperaba. Elaine Mozell me vio esperando y de repente me tomó de un brazo, me llevó a un lado y me metió en un hueco con tal rapidez que ni siquiera pude manifestar mi sorpresa.

–Me dicen que tienes talento –dijo.

–Bueno, quizá –contesté.

–No lo hagas –dijo.

Nadie lo oyó. Solo nos rodeaban los bustos de mármol de mujeres encomiables, que llevaban mucho tiempo muertas.

–¿Que no haga qué?

–No creas que puedes llamar su atención –advirtió.

–¿La atención de quién?

Me miró con tristeza e impaciencia, como si yo fuera idiota. Una idiota con un imperdible enganchado en la falda.

–Los hombres –dijo–. Los hombres que escriben las críticas, los que dirigen las editoriales, los que editan los periódicos y revistas, los que deciden a quién hay que tomar en serio y a quién se concede un lugar en el pedestal durante el resto de su vida. Los que otorgan el título de Rey de la Mierda.

–¿O sea que se trata de una conspiración? –pregunté con amabilidad.

–Al escoger esa palabra puede parecer que estoy loca y tengo envidia –puntualizó Elaine Mozell–. Y no es así. Todavía. Sin embargo, sí, supongo que se puede definir como una conspiración para mantener reducidas y acalladas las voces de las mujeres y dejar que las de los hombres suenen más fuertes. –Al pronunciar esta última palabra, alzó la voz.

–Ah, ya entiendo –dije vagamente. No supe dar otra respuesta.

–No lo hagas –insistió–. Encuentra otra manera. Apenas un puñado de mujeres llegan a algo. Sobre todo las autoras de relatos breves, como si fueran más aceptables las mujeres en miniatura.

–A lo mejor –intenté contestar–, las mujeres son diferentes de verdad. A lo mejor intentan hacer cosas distintas cuando escriben.

–Sí –contestó Elaine–, tal vez sea cierto. Pero los hombres, con sus grandes lienzos, con sus largos libros que aspiran a incluirlo todo, con sus trajes grandes, sus voces grandes, siempre obtienen más recompensa. Los importantes son ellos. ¿Quieres saber por qué? –Se acercó más a mí y añadió–: Porque lo dicen ellos.

Luego de repente me abandonó y me fui caminando al dormitorio, pero pasé toda la noche inquieta y me encontré mal. Al final resultó que la escritura de Elaine Mozell no subsistió. Su novela quedó descatalogada y nadie la reimprimió; desapareció, se convirtió en una curiosidad, esa clase de libro oscuro y mohoso que la gente compra por veinticinco centavos en un rastrillo de la carretera en Vermont para dejarlo en la estantería de la habitación de invitados, aunque ningún invitado llega a sacarlo nunca de allí para leerlo.

A veces me he preguntado qué habrá sido de Elaine Mozell, porque creo que no volvió a publicar ninguna novela después de *Sleeping Dogs*. Quizá resultó demasiado duro para ella; quizá se casó, tuvo hijos y la vida se entrometió y simplemente no le quedó tiempo para escribir; quizá se convirtió en una alcohólica; quizá todos los editores rechazaron sus manuscritos; quizá no le quedó «ningún libro dentro», como se suele decir penosamente de algunos escritores, en una concepción que convierte la imaginación en una gran despensa, ya sea rebotante de ingredientes o vacía como en tiempos de guerra.

Quizá se murió. Nunca lo averigüé, porque su novela se sumó al vasto y creciente cementerio de libros despreciados y tal vez ella se lanzara sobre esa tumba, inconsolable.

Un día, cuando faltaba un mes para cumplir el semestre y ya había mantenido tres charlas con el profesor Castleman durante sus horas de tutoría, todas ellas iluminadas por sus sofisticados elogios, me nombró en voz alta al terminar la clase y yo me acerqué andando, resplandeciente, esforzándome por mantener el equilibrio.

—Señorita Ames, quería preguntarle algo —dijo—. ¿Le importaría acompañarme para que podamos hablar?

Asentí, percatándome de cómo las demás tomaban nota. Una de ellas, Rochelle Darnton, cuyos relatos incluían siempre una sorpresa final («Igual que O. Henry», explicaba Rochelle para defenderse), suspiró mientras se encajaba el abrigo, contemplando cómo pasaban el tiempo el profesor y la alumna, como si supiera que a ella nunca le iba a pedir el profesor que la acompañara, que pasara el tiempo con él, que pasearan juntos, que diera de sí misma más de lo que había dado.

Pensé que Castleman tal vez fuera a decirme que me había nominado para el premio literario de la universidad, dotado con 100 dólares. O a lo mejor, pensé, quería invitarme a cenar, a salir con él en una cita clandestina, como le había pasado a una chica de mi dormitorio con el profesor de química. No estaba segura de qué iba a ser: arte o amor. Pero con alguien como el profesor J. Castleman el amor al arte podía transformarse rápidamente en amor humano, ¿no? Confié en que eso fuera cierto, pero enseguida me mortificaron mis propias ideas, que parecían al mismo tiempo delirantes y profundamente corruptas.

Habíamos recorrido ya la mitad del campus cuando me dijo:

—Señorita Ames, me estaba preguntando si por casualidad estaría libre el sábado por la noche.

Le dije que sí. A nuestro alrededor, las chicas caminaban lentamente.

—Qué bien —contestó—. ¿Le interesa hacer de niñera? Mi mujer y yo no hemos salido desde que nació Fanny.

—Claro —dije, en tono seco—. Me encantan los niños.

Lo cual ni siquiera era cierto. Sentí una oleada de humillación por lo que había imaginado, y por lo distinta que resultaba la realidad, pero aún era mejor que nada, mejor que ser ignorada por él. Así que el sábado por la noche rechacé una invitación a la fiesta de la *big band* de Northrop House y mis pasos me alejaron del sonido estridente de *String of Pearls* en el tocadiscos y de la algarabía de voces masculinas en la tensión del aire para llevarme por la calle Elm hasta la zona en que perdía su aire colegial y se convertía simplemente en parte de un vecindario habitado por familias.

Bancroft Road estaba a oscuras, sin farolas, y pude atisbar los ventanales tras

los que los miembros de la facultad y sus esposas se afanaban en los salones con sus hijos. ¿Era una epifanía de la vida real, una muestra de que en realidad no era tan excitante, ni tan amplias sus posibilidades, sino algo tan encerrado y proscrito como la infancia? Menudo chasco: llevaba tiempo anhelando el campo abierto, la liberación imaginada. O tal vez, pensé mientras contemplaba a una madre joven que cruzaba su sala de estar y luego se agachaba de repente para recoger algo del suelo (¿un zapato?, ¿uno de esos juguetes que pitan cuando los aprietas?), tal vez esa liberación solo la sintieran los hombres. Porque las mujeres, en 1956, se enfrentaban permanentemente a las fronteras, a las negociaciones: por dónde podían caminar de noche, hasta dónde podían permitir que llegara un hombre cuando estaban a solas. A los hombres esas cosas apenas parecían preocuparles; caminaban por todas partes en las ciudades frías y oscuras, por calles tan vacías que se hubiera oído el sonido de un alfiler al caer, y también echaban a andar sus manos y soltaban las hebillas de los cinturones y luego el pantalón y nunca pensaban: *Tengo que parar ahora mismo. No puedo permitir que siga.*

Allí, en Bancroft Road, creí estar en una tierra en la que, al parecer, todos se habían prohibido a sí mismos llegar demasiado lejos. Era el Smith, no Harvard; algo de prestigio, pero nada de elevados voltajes académicos. Los hombres que obtenían aquellos cargos en la facultad sentían al principio el alivio de haber llegado allí y luego, a largo plazo, se acomodaban, pero probablemente al final los invadiría una sensación, un deseo de largarse, de desplazarse hacia ciudades más grandes, de no desperdiciar sus doctorados y sus conferencias redactadas con tanto cuidado con aquellas chicas que lo absorbían todo responsablemente y luego corrían a casarse de inmediato y a reproducirse, para iniciar inevitablemente el largo proceso del olvido.

La casa de los Castleman era un edificio antiguo y gris, de dos pisos, cuya entrada quedaba separada de la calle por un jardín de césped desigual. Cuando llamé al timbre del porche delantero sonó un *pluf* desanimado. De inmediato abrió la puerta el profesor Castleman, iluminado por una bombilla amarilla que quedaba detrás de él.

–Debe de estar helada –me dijo, mientras me invitaba entrar. Llevaba la camisa medio abierta y una corbata echada al cuello sin anudar todavía–. Le advierto

que esto es un caos –dijo.

Olía a bálsamo para después del afeitado y tenía una mancha de sangre en el mentón. Sonaba a lo lejos el disco de *South Pacific* y, en algún lugar detrás del profesor, un bebé lloraba rítmicamente. Luego sonó una voz de mujer:

–¿Joe? ¿Joe? ¿Puedes subir?

Se llamaba Joe. Hasta entonces no lo sabía y me había dado miedo adjudicarle un nombre de pila específico. Bajó su mujer con el bebé echado al hombro. Alcé la mirada para verla. La niña se había callado, aunque tenía la cara brillante de rojo. La señora Castleman no era guapa; era una mujer bajita, hecha polvo, de veintipico años, con un pelo moreno algo masculino y mirada inquieta. ¿Qué veía en ella el profesor? Me lo imaginé en la cama con aquella mujercita de tan poco glamour. La señora Castleman era muy distinta de las chicas del Smith que retozaban por el campus como las gacelas que mordisquean el follaje. Se quedó de pie metiendo una mano entre la ropa de la niña por detrás para comprobar el estado del pañal y en ese instante parecía que manejara un títere, con la mano por dentro de la ropa y la niña rendida a su poder, al menos de momento.

–Hola –dijo la mujer de Castleman sin demasiado interés–. Soy Carol Castleman. Encantada de conocerte.

Traté de parecer neutral, contenta, como una muchacha del Smith recién sacada de un catálogo de la universidad. Tendrían que haber caído hojas otoñales en torno a mí mientras permanecía en la escalera sin moqueta.

–Lo mismo digo –contesté–. Hola, cariño –me obligué a decir, mirando más o menos hacia la niña–. Qué cría tan adorable.

–Nunca la hemos dejado con una niñera –explicó la señora Castleman–. Pero es tan pequeña que supongo que no quedará marcada para toda la vida, aunque me hayan enseñado a pensar lo contrario. –La mujer del profesor se pasó la niña de un brazo a otro y me explicó–: Estoy estudiando para ser psicoanalista. –Luego añadió–: Ven, que te enseñaré la casa.

Las habitaciones estaban desordenadas, con montones de libros y juguetes, con las pantallas de las lámparas inclinadas. A Carol Castleman no parecía importarle, o al menos no sintió necesidad de excusarse. La niña dormía en la habitación de sus padres y allí me llevaron, consciente de que estaba a punto de entrar en el lugar en que Castleman se acostaba cada noche con su mujer. La

cama estaba hecha, aunque se notaban las prisas, y a su lado había un moisés de mimbre blanco. En una de las mesitas de noche había un montón de nueces. Joe salió del baño y se quedó bajo el quicio de la puerta, ya vestido del todo. Tenía el pelo mojado y apartado de la cara, y se había anudado la corbata. Desde el tocadiscos, una voz tropical de mujer, melancólica, cantaba: «Aquí me tienes, soy tu isla especial, ven a mí, ven a mí...».

–Carol –dijo el profesor–. ¿Has terminado el tour? Nos tendríamos que ir.

Su mujer lo tomó del brazo y en esa postura congelada parecían una pareja joven de la facultad, limpios, presentables, listos para salir por la noche. Estaba claro que cada uno recibía algo del otro, una reciprocidad basada en cosas que yo ni siquiera podía imaginar, porque él era tan guapo y ella tan encogida y ordinaria. Pensé en mis padres, siempre tan distantes como dos estalactitas que pendieran juntas en la misma cueva, sin tocarse nunca en público, mi padre con sus trajes oscuros de olor frondoso y masculino, mi madre con aquellos vestidos estampados que parecían manteles. Mis padres dormían en camas separadas de madera oscura lacada y una vez, después de haber bebido mucho en una fiesta, mi madre, tan obsesionada con la caridad, entró en mi habitación a altas horas de la noche y me confesó que mi padre, últimamente, había sido un poco «duro» con ella, en un «sentido conyugal». Tardé mucho tiempo en entenderlo, pero la mera idea me horrorizaba: mi padre, un hombre grande, impersonal, con pinta de empresario, frotándose con mi madre –tan esbelta, vestida con sus mantelitos–, mientras la montaba en una de aquellas camas altas y separadas. Allí, en presencia de aquellos esposos que no eran mis padres y que vivían en un mundo mucho más complicado que el mío, me sentí retrasada y boquiabierta. Había llamado «cariño» a Fanny, pero solo era una forma de hablar. El núcleo de atracción era el padre de la niña, un hombre que comía nueces y leía a James Joyce en voz alta a sus alumnas.

–Bueno, adiós –dijeron los Castleman al salir, tras dejar anotados unos números de teléfono y preparados los biberones y unos pañales limpios–. ¡Adiós! –canturrearon al adentrarse en el aire de la noche para acudir a una fiesta de la facultad.

Cuando se fueron, cogí a la niña como un saco y exploré el dormitorio a fondo. Allí estaban las pistas de aquel hombre, todas las pruebas que necesitaba.

En aquel armario estaban sus zapatos, alineados y gastados, y en el tocador había una botella de loción. Luego, en una mesita, vi un ejemplar de las *Cartas a un joven poeta* de Rilke, con el nombre de mi profesor en la primera página. «Joseph Castleman –había escrito con grandes florituras–, Universidad de Columbia, 1948», como si tuviera la certeza de ser algún día tan famoso como para emocionar a alguien que al abrir aquel libro se encontrara con su nombre. Por supuesto, en 1956 todavía no era famoso, pero a mí me emocionó igualmente su firma y la repasé con un dedo, siguiendo el trazo de los arabescos. Luego dejé el libro y me senté en su lado de la cama, dejando a la niña acostada a mi lado. Recogí unas cáscaras de nuez y dejé que se me colaran entre los dedos y, durante un momento, Fanny y yo nos miramos con frialdad:

–Hola, tú –le dije–. Me estoy enamorando de tu padre. Y me gustaría irme a la cama con él.

Con un último impulso me levanté de un salto y abrí el cajón de la mesita de noche. Era como si necesitara averiguar qué significaba ser una esposa, pasar la vida junto a un hombre. Y desde luego encontré algo: la caja blanca de plástico de un diafragma arrinconada junto al tubo de crema que servía para untarlo, así como un aplicador; todo eso me incomodó, me obligó a imaginar a la mujer de mi profesor metiéndose aquel plástico y las pomadas en una profunda raja de su cuerpo, preparándose para él. En el cajón también había un palillo dental con mango de goma y una nuez. Cogí la nuez y la miré; tenía un corazón rojo pintado, bajo el cual se leía: «C., te quiero de verdad – J.».

La nuez me molestó más que el diafragma. Un diafragma era un artilugio necesario e impersonal, algo que las chicas del Smith conseguían si tomaban el autobús para ir a Springfield y visitar a la vieja ginecóloga de Vilna, que apenas hablaba inglés y hacía pocas preguntas. Pero la nuez pintada era mucho más íntima y, en consecuencia, perversa. Incluso parecía femenina, pensé mientras contemplaba los labios de la nuez y los surcos de su cáscara y la fría seda de su superficie irregular con aquel corazón pintado de rojo. Dejé la nuez en el cajón y fijé mi atención en Fanny, que de pronto se había echado a llorar y necesitaba algo: ¿un biberón? ¿Cambio de pañales? ¿Quién diablos sabía qué? Su llanto era irritante como unas bragas llenas de arena, y yo no conseguía entender el fetichismo universal que rodea a los bebés, por qué eran el premio que

supuestamente me tocaba desear al cabo de un par de años.

Cogí a la niña y la abracé, acunándola y tratando de acallarla infructuosamente. Allí no tenía ningún poder, ninguna autoridad, ni siquiera de origen secreto como una niña recién despertada al sexo con un diafragma enterrado en las profundidades del cuerpo.

Sin embargo, cuando volvieron los Castleman hice un intento patético de llamar la atención de Joe. Me dio las gracias y me pagó, e incluso se ofreció a llevarme de vuelta a Northrop House, pero cuando le dije que me las arreglaría sola no insistió. Al contrario, parecía aliviado por volver al tranquilo desorden de su casa en penumbras, junto a la criatura que al fin yacía inconsciente en el moisés. También para mí fue un alivio, pues ¿de qué habríamos hablado? ¿Cómo iba a sobrevivir a la incomodidad mientras estuviera sentada en el frío y traqueteante asiento delantero de su coche, regresando a mi dormitorio, un lugar en el que no quería estar? ¿Y dónde quería estar? Allí no, pero tampoco aquí, llevando una vida de esposa de la facultad, muerta de sueño y envidiosa del modo en que mi marido entrara y saliera de la casa simplemente cuando quisiera. Así que también yo salí de su casa por mi propio pie, esforzándome por transmitir sensación de independencia, y no de soledad.

A la mañana siguiente volví a mi cubículo de la biblioteca y escribí sobre la esposa de un profesor de la facultad, pequeña y furtiva, a punto de salir por la noche con su marido, bajando las escaleras con la niña echada al hombro, con una mano dentro del pijama como si manejara un títere, imaginando que podría seguir controlando a su hija con el paso de los años. La madre cambia las sombras y los olores de su casa de la facultad por el aire frío de la noche y un rápido paseo con su marido hasta llegar a otra casa donde todas las luces están encendidas, suena la música y las demás parejas de la facultad se apiñan en grupos animosos.

Al terminar, intenté escribir desde el punto de vista del marido, incluyendo también sus pensamientos mientras permanecía junto a la esposa, tomándola del codo como si las mujeres necesitaran ayuda para orientarse al entrar en una sala de estar ajena. Pero algo me detuvo. La verdad, no sabía qué pensaban los hombres, o siquiera cómo pensaban, no podía imaginar qué los impulsaba, qué los dirigía, o sea que decidí no intentarlo.

Algunos días después, cuando ya había entregado mi ejercicio de escritura, Castleman me pidió que fuera a verlo a su despacho en horas de tutoría. Subí las amplias escaleras del Seelye Hall sabiendo que, o me elogiaría como siempre, o bien me diría que al escribir aquel texto que toda la clase iba a leer había invadido su intimidad. Tras despedir a la alumna anterior y hacerme pasar, se sentó con mi relato en la mano.

Al fin se inclinó hacia delante y dijo:

–Señorita Ames, quiero que me escuche con atención. Ya le he dicho que sus trabajos son buenos. Pero no estoy seguro de haberla convencido. Es probable que usted lo vea como si esta clase fuera igual que las demás; francés, o arte renacentista, o cualquier materia que esté estudiando este semestre. Le encantará sacar la mejor nota, y sanseacabó. Pero es muy importante que entienda que con esto puede hacer algo de verdad, si es que decide hacerlo.

–¿Qué quiere decir? –pregunté.

–Bueno, probablemente podría alargarlo y venderlo como relato, por ejemplo. Y luego escribir otros y venderlos también. Quizá no en los sitios más importantes, Dios sabe cómo escogen allí lo que publican, pero sí en alguna de las buenas revistas literarias pequeñas. Y tal vez incluso podría decidir escribir una novela –añadió.

–¿Por qué?

–¿Por qué?

–¿Por qué voy a querer escribir una novela? ¿Qué sentido tiene?

Pensé en Elaine Mozell, cuando me llevó aparte. Castleman me miró.

–No lo sé –dijo, y se encogió de hombros–. Porque es buena. Porque tiene algo que contar. Muchos escritores tienen solo una de esas dos virtudes, pero no las dos a la vez. Y siempre es interesante que el mundo pueda ver las cosas desde el punto de vista de una mujer. Nos hemos acostumbrado mucho a la visión del hombre; cada vez que tenemos la ocasión de ver a través de los ojos de una mujer resulta refrescante.

Elaine Mozell no escribía como suelen hacerlo las mujeres; escribía con arcos grandes y elevados, redactaba listas y daba por sentado su autoridad, y precisamente eso hacía que pareciera codiciosa, inadaptada, todo menos femenina. Hasta entonces, todos mis personajes habían sido mujeres o chicas, y

el tono de mi escritura era tranquilo y observador, casi felino. Quienes querrían leer mis textos serían las mujeres, pensé, no los hombres.

Tal vez Castleman tuviera razón; al cabo de unos cuantos años podía publicar una novela perfectamente decente, una historia de iniciación con un título como *Verano en la costa*, y hasta podía ser que me requiriesen para dar una conferencia en el Smith. Las chicas de la audiencia asentirían al identificarse, mientras que los pocos hombres presentes tamborilearían con los dedos y desearían estar en otra parte. Los hombres añorarían la escritura acorazada, protegida, esa escritura musculosa que nunca deja de flexionarse. Una escritura que pretende dar cabida al mundo entero, desde las guerras de cien años de duración hasta las discusiones de diez minutos de una pareja en su cocina de barrio, de color aguacate.

Sin embargo, el profesor Castleman era un hombre y a él le gustaba mi ficción.

—Yo mismo tengo un problema a la hora de escribir sobre las mujeres con autenticidad —admitió—. Al hablar suenan como si fueran hombres. Como la interpretación de un mal ventrílocuo, en la que se viera la boca moviéndose todo el rato. Todavía no consigo conectar con el corazón de las mujeres, con todo ese misterio femenino, con los secretos que guardan. A veces me gustaría sacárselos a empujones. —Se calló un momento—. Para mí, como escritor, es extremadamente frustrante —añadió—. El muro que separa los géneros, el que nos impide a cada uno conocer la experiencia del otro. Todo el mundo ha de enfrentarse a eso en mayor o menor medida, aunque algunos de los mejores escritores parecen haber encontrado un modo inteligente de evitarlo. Por lo que a mí respecta, me temo que soy muy limitado.

—Ah, seguro que no —contesté enseguida.

—Nunca ha leído mi obra —dijo él—. He publicado dos relatos en toda mi vida y no los conoce.

—Me gustaría —contesté.

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto.

Castleman apartó algunos papeles, libros y nueces que había sobre su mesa hasta que consiguió pescar una fina revista literaria que se llamaba *Caryatid: A Journal of Art and Criticism*. Yo nunca la había oído nombrar, y es probable que nadie la conociera, y Castleman parecía al mismo tiempo orgulloso y

avergonzado cuando me la pasó.

–Si quiere se la puedo prestar –dijo–. Ya me dirá qué opina.

Asentí y le dije que era un honor y que estaba segura de que me encantaría. Luego busqué en el índice para ver el título de su relato. Lo encontré –«Sin leche los domingos», de J. Castleman– y, mientras leía el título él deslizó la silla hacia delante hasta que nuestras rodillas se tocaron. Alcé la mirada, sorprendida de verlo tan cerca.

–A lo mejor –propuso– me puede decir cómo mejorarlo.

Era el primer contacto entre los dos pares de rodillas ciegas y significaba algo aún por decidir, algo que aún no había terminado de asumir. ¿Estábamos hablando de literatura? Alzó un dedo índice y lo movió despacio hacia mis labios. Luego, el rostro de Castleman se acercó y de repente me estaba besando en su despachito sencillo, el mismo en que se apilaban abandonadas las historias de las alumnas normales. Me besó y volvió a besarme y aunque parecía que quisiera lamer y tragarse mi talento, mi capacidad para la percepción, o cualquier que fuese el don que yo debía de tener, yo seguía creyendo que él era el importante entre los dos, que yo aún estaba por madurar. Pensé que él podría completarme; podía aportarme cosas que necesitaba para convertirme en una persona entera de verdad.

Siguió besándome, pero no hizo nada más; sus manos me rodearon los hombros, sin soltar las amarras. Sin tocarme siquiera, casi tuve un orgasmo y la exageración de mi respuesta primero me sorprendió y luego me avergonzó. «La chica se avergonzó», pensé, el principio de un relato que se abría ante mí, concediéndome el alivio de una distancia literaria entre aquel hombre que me agarraba por los hombros y me besaba y yo, hasta que sentí la certeza de que, por mucho que nunca hubiera sido una escritora, ahora sí lo era.

No se lo conté a nadie en Northrop House, ni siquiera a mi amiga Laura, que sospechaba que algo estaba pasando pero que no me presionó en busca de detalles. Se limitó a decir: «Debe de ser algo bueno, ¿no?», y yo solo sonreí, pues prefería conservar aquel momento para mí, desenvolverlo y reimaginarlo durante una clase de historia, o mientras me duchaba en el cubículo de chapa con aquella cortina verde de goma, mientras oía caer el agua desde las duchas que me

rodeaban por todas partes. Una noche, sabiendo que podría leer un buen rato sin que me interrumpieran, me senté en la cama con el ejemplar de *Caryatid* abierto en el regazo. Con mimo, con delicadeza, pasé páginas hasta llegar a su relato y empecé a leer. Estaba emocionada, esperaba algo que acrecentara lo que ya sentía por él. Mis labios se iban moviendo a medida que me adentraba en la historia, pero pronto resultó evidente que el relato no era bueno. Me sentí confusa: ¿cómo podía ser que fuera tan malo? Desde luego, en el universo de «Sin leche los domingos» los personajes femeninos hablaban con frases forzadas, los masculinos eran imágenes tópicas de hombres incultos, mucho ceño fruncido y mucho dolor tácito y estoico. El cuento parecía una imitación de algo literario, escrito por alguien que no hubiera desarrollado aún su propia voz.

La historia de la granja de Elaine Mozell me había parecido más auténtica, más creíblemente masculina. Castleman era un hombre de verdad; ¿por qué no podía escribir así? ¿Qué problema se lo impedía? Cerré la revista y la dejé a un lado, disgustada y lamentando haberla leído, sin tener idea de qué decirle. Pensé que a lo mejor se olvidaba de que me la había dado y nunca volvía a mencionarla, y así me evitaba tener que pasar el desagradable trago de hablar sobre ella. A lo mejor, esperé, nunca volvía a salir el tema.

El miércoles, a mediodía, me llegó una nota por el correo interno del campus en un sobre del departamento de Literatura y la abrí de inmediato, alejándome de las demás chicas, que daban vueltas por ahí mientras abrían las cartas y los pasteles Bundt enviados por sus familias.

Querida señorita Ames

Mi colega, el profesor Tanaka, que da clase de Religiones Orientales en esta facultad, me ha preguntado si le podía recomendar alguna estudiante que pudiera acudir a alimentar a su perro y pasearlo una vez por semana, los viernes por la tarde. ¿Le interesa ese trabajo?

Atentamente,

J. CASTLEMAN

Parecía que se trataba de una nota codificada, de modo que contesté de inmediato y acepté pasear el perro del profesor Tanaka y darle de comer, aunque dudaba que dicho perro existiera. Al día siguiente, apareció en mi buzón una llave y una dirección y el viernes bajé por una calle empinada, llamada Crafts

Avenue, y entré en un edificio de apartamentos en cuyos bajos había una panadería. El edificio olía a levadura y, cuando entré en un apartamento del tercer piso en cuya puerta lucía una placa con el nombre «H. Tanaka», un perro de verdad empezó a aullar desde el interior. Era un perro salchicha, viejo, de pelo gris, con una necesidad desesperada de compañía y el lomo curvado en arcos discretos, como un dinosaurio.

–Ven, chucho –dije mientras caminaba por la sala, apenas amueblada.

A pesar de su artrosis, el perro empezó a frotarse contra mi pierna como si él también supiera a qué había ido allí.

Encontré en la cocina una lata de carne para perros de tamaño pequeño/mediano y contemplé con desapego mientras el perro la devoraba como un lobo. Luego lo saqué para dar un corto paseo, volví al apartamento y me senté en la alfombra. El perro salchicha sin nombre, saciado y feliz, se tumbó boca arriba y me enseñó su tripa grisácea, junto a la que el pene sobresalía de su rincón para luego retraerse de nuevo. Había unos pocos grabados japoneses en las paredes: mujeres con kimonos sirviendo dedales de té y una serie de paisajes en los que aparecían charcos entre las rocas y nidos de grullas. Estaba sentada en aquella sala desconocida y tranquila, mirando a mi alrededor, esperando, cuando sonó el interfono.

–¿Quién es? –pregunté al contestar.

–Joe –dijo.

Así que ahora se llamaba Joe; vaya novedad. Lo dejé entrar enseguida.

–Hola –dijo, pasó a mi lado, soltó los libros y los papeles y dobló el abrigo sobre el respaldo de una silla–. ¿Se porta bien el perro? –preguntó.

–El perro está bien –contesté–. Ni siquiera estaba segura de que existiera de verdad.

–Ah, desde luego, no es ninguna invención.

–Ya lo sé. Quería aparearse con mi pierna.

Joe sonrió.

–O sea que pronto veremos correr por el apartamento criaturas con medio cuerpo de perro y el otro medio de pierna, ¿no?

–Exacto –contesté.

Entonces se quedó quieto y me miró.

–Señorita Ames... O sea, Joan, ¿qué vamos a hacer contigo?

–¿Escabecharme? –propuse.

Dio un paso adelante y luego me abrazó y me besó el pelo y el cuello.

–Bueno, ¿podemos ir a la cama, por favor? –preguntó.

El dormitorio del profesor H. Tanaka se parecía mucho al salón, con unas pocas láminas en la pared y una cama sencilla. La cortina de papel filtraba algo de luz gris, la suficiente para revelar la imagen básica de Joe mientras se desnudaba. Tenía buen aspecto, músculos prietos. En un pie tenía una cicatriz, rosada y brillante, en la que la piel quedaba estirada. Di por hecho que se trataba de un balazo, y que era el causante de su leve cojera, y lo imaginé como un héroe de la guerra de Corea, aunque más adelante, por supuesto, supe que se había lesionado él mismo con un disparo accidental en las prácticas del campamento. Cuando me tocó, tenía la piel fría como una foca. En la cama, sin ropa, mis pezones parecían girarse y apretarse, y resistí el impulso de cruzar los brazos y taparme. Sentía mis pechos como un exceso, un detalle que por lo general gustaba a los hombres, pero a mí me avergonzaba. Vi que me miraba los pechos, así como el parche de vello púbico, aparentemente arbitrario, pero traté de imaginar que estaba con él junto a una charca japonesa y que lo que íbamos a hacer se desarrollaría con tanto tacto como la ceremonia del té. Tomé su pene en mi mano y lo observé un rato sin interrupción. Era mi primer pene y en cierto modo parecía muy optimista, mucho más que su dueño. Era agradable, estaba listo, ignoraba las posibilidades de fracasar. Me recosté en la almohada y lo miré mientras él rasgaba el envoltorio de un Trojan, que emitió un *toing* como si fuera la cuerda de un banjo, y luego le dejé entrar a empujones, esperando que mi presencia le sirviera para algo más. Sabía que, desde luego, a mí sí me servía, pues me elevaba sobre el rebaño de chicas que se limitaban a agitar al viento sus faldas escocesas. Joe rompió a sudar enseguida y sus pies helados envolvieron los míos, agarrándose como si pertenecieran a algún habitante primitivo de los árboles. Su forma de empujar dentro de mí resultaba muy dolorosa y me sorprendió, como si su sensibilidad y su amor por los libros hubieran de tener alguna influencia en la cantidad de dolor que podía infligir al desflorar a una muchacha del Smith. De nuevo pensé en sus rodillas dentro de aquellos pantalones grises de lana, en sus rodillas ahora desnudas, aquellos pomos polvorientos y expuestos en los que

la piel quedaba estirada, en las pantorrillas que, por debajo, se estiraban y se flexionaban. Lo rodeé con mis piernas y parecía que lo abrazara con un resorte mecánico; yo no sabía que mis piernas fueran tan fuertes. Al cabo de un rato quise dormir, pero Joe no quería, o no podía.

–Bah, no te preocupes por mí, yo nunca duermo –me dijo–. Es una de las cosas que me definen.

–Una de las pocas que sé –contesté.

–Te contaré lo que quieras –dijo, y se quedó esperando mis preguntas.

Como no sabía qué quería, le planteé algunas preguntas simples sobre su infancia (Brooklyn, judío, huérfano de padre), su educación (Universidad de Columbia, Letras, Doctorado), su historial militar (breve participación en la guerra de Corea; la metralla de un disparo propio lo envió a casa sin entrar en combate), su matrimonio (malo, con una mujer que se había vuelto histérica y cuyo principal pecado consistía en no haber vuelto a desear mantener relaciones sexuales desde el nacimiento de la niña. Ella lo rechazaba, explicó, se alejaba de él una y otra vez. «¿Te puedes hacer una idea de lo que significa eso para un hombre?», me preguntó, y tuve que contestar que no, que no me la hacía), su orientación política (poco original: encantado de que Welch se hubiera cargado a McCarthy, emocionado por el caso *Brown contra el Ministerio de Educación*, sobre todo porque tenía un par de buenos amigos negros en la ciudad), sus momentos favoritos (haber oído a Mark Van Doren dar una conferencia en Columbia) y su visión de la vida (melancólica, como la de la mayoría de los escritores).

Tras agotar mi entrevista, guardamos silencio un rato hasta que, de repente, Joe dijo:

–Bueno, ahora quiero preguntarte algo yo.

–Adelante –contesté.

Pensaba que lo querría saber todo sobre mí y que me vería obligada a contarle los detalles mundanos de una niña privilegiada que se había criado en Nueva York: la Brearley School, mis clases de danza clásica, la sorprendente frialdad de mis padres, el dinero que me había rodeado siempre como si se tratara de un adorno intrascendente. También tendría que hablarle de mis inseguridades, de la poca solidez de mis afinidades políticas, de mi deseo de no ser insustancial. Me

daba miedo tener que hablarle de mí misma, y al mismo tiempo suponía un alivio. Al fin, estar con un hombre era eso: el te contaba qué cosas le importaban, luego tú le contabas qué te importaba a ti y cada uno respondía con indignación o comprensión en los momentos oportunos de la historia del otro. Era como tener una amiga, una extraña visión reflejada de una misma, aunque con una anatomía completamente distinta y con otro conjunto de recuerdos. Cuando se acababa la conversación, te sentías como si te hubiesen concedido un acceso extraordinario a las entrañas del otro y a los almacenes de su experiencia.

Sin embargo, lo que Joe preguntó fue:

–Bueno, ¿qué te ha parecido mi cuento?

Su cuento; ay, por Dios. Durante un momento no supe qué decir. Estaba confundida y aturullada y no dije nada.

–¿Ya lo has leído? –insistió.

Asentí y me esforcé por dar con una especie de respuesta de urgencia con la mayor rapidez posible.

–Sí –dije, animosa–. Anoche. Te lo iba a decir. –Luego, esperé un segundo–. Me encantó –le dije. Qué fácil era decirlo.

–Ah, ¿sí? –Apoyó un codo en la cama y descansó la cabeza en la mano–. ¿No te pareció que el final es demasiado brusco? La parte en que él le da la bufanda y luego se aleja...

–No –contesté–. En absoluto. Lo que importa es el gesto de darle la bufanda, ¿no? Me pareció perfecto.

Sin embargo, sabía que no era perfecto; funcionaba mal, quedaba forzado.

–¿Lo dices de verdad? –me preguntó.

–Por supuesto. Te lo iba a contar, pero te has adelantado.

–Vaya, es maravilloso –dijo, sonriendo–. Ahora sí que me has arreglado el día, Joanie.

Solté un breve resoplido; las alabanzas lo volvían feliz y pacífico, como se suponía que debía suceder con el sexo. Al fin dijo que ya era hora de irnos; tenía que pasar por el mercado de State Street para llevar un paquete de harina a su mujer, y además tenía que recoger leche en polvo para su hija. Harina y leche en polvo: esa era la parafernalia de una vida que no tenía nada en común conmigo.

Nos levantamos y nos vestimos, dándonos tímidamente la espalda.

–Joe –dije, intentando acostumbrarme al sencillo monosilábico. Él me miró–. ¿Tú qué crees que va a pasar? –le pregunté.

Tardó más de un segundo en contestar y al fin dijo:

–¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que tendremos que esperar, a ver qué pasa.

Al cabo de un rato, mientras volvía caminando al campus en un atardecer cada vez más profundo, al pasar delante de la ferretería, de la librería de viejo y de la gran fachada de la Academia de Música, me pregunté si podía ser que alguna vez me amara, y cómo podía acelerar el nacimiento de ese amor.

Tal como fueron las cosas, pronto desarrollamos una rutina que nos llevó a encontrarnos una vez por semana, siempre que yo paseaba el perro salchicha del profesor Tanaka y le daba de comer. «Pasear al perro» se convirtió en un eufemismo. «Hoy el perro está muerto de hambre», me decía Joe mientras me levantaba los bajos de la falda y me tocaba con la punta del dedo. Fui a la oscura consulta de la doctora lituana de Springfield y me hice preparar un diafragma.

Un día, mientras estábamos en la cama del profesor Tanaka, Joe me pasó un objeto envuelto con papel de seda y una goma. Lo abrí y vi que era una nuez, y que en un lado había escrito algo con pintura roja y un pincel fino. «Para J. –ponía–, con admiración. J.» La sostuve un momento, mientras intentaba convertir mi descontento en otra cosa. Por supuesto, él no tenía por qué saber que yo había abierto el cajón de la mesita de noche de su mujer y había visto la nuez, casi idéntica, que le había regalado a ella. No me gustaba comer nueces: a veces la piel se te quedaba en la boca y se terminaba pegando a la punta de la lengua, como las briznas de tabaco. Y el sabor era demasiado oscuro, erróneo en cierta medida, como cuando te encuentras masticando trocitos de corcho que flotan en un vaso de vino. Joe me había explicado que le gustaban precisamente por esas razones; la nuez era un fruto seco complejo, lleno de nudos y curvas. La nuez dejaba un rastro grasiento después de masticarla, un regusto que Joe también apreciaba. También le gustaba el sabor de las mujeres, me dijo una vez en la cama del profesor Tanaka; le gustó el primer momento en que pudo agachar la cabeza y saborearme, aunque yo estaba un poco avergonzada al principio y no conseguía relajarme con su cabeza encajada en la tenaza de mis piernas. Solo podía pensar en el sabor que encontraría él, la mezcla de sal y talco

y quién sabe qué más. Gracias a Dios, dijo, nada podía disimular el olor de una mujer. También podía detectarse siempre el de la nuez, tanto si estaba escondida en un pastel como si se usaba su aceite para aliñar una ensalada. Soltaba un regusto dulce y oscuro, con una descomposición apenas insinuada, como un objeto encontrado en el suelo del bosque.

Guardé la nuez en mi cómoda del dormitorio de Northrop House, perdida entre la maraña cruzada de horquillas para el pelo y el bote gigante de crema limpiadora. Pasaron semanas y la nuez permaneció en la cómoda. Ya casi había olvidado que estaba allí hasta un miércoles por la tarde, cuando salí de mi clase de historia del arte sobre Holbein y Durero y al abrir la puerta de mi habitación me encontré a la mujer de Joe sentada en la cama, esperándome. Carol Castleman se levantó al verme entrar.

—¿En qué puedo ayudarle? —dije.

En un instante de locura pensé que Joe había muerto y que su mujer había venido a contármelo, como si hubiera de ser yo, y no ella, la afligida.

—¿Ayudarme? Ya sabes por qué estoy aquí —dijo la señora Castleman. Llevaba una chaqueta de pelo de camello y una falda arrugada; era bajita, frenética, inquieta—. Te dejé entrar en mi casa —siguió hablando, mientras su cuerpo empezaba a sufrir contracciones—. Confié en ti para cuidar a mi hija, ¿vale? Vas de joven y de adorable, pero tienes mucha jeta.

—¿Quién le ha dicho eso? —pregunté, abatida.

Carol Castleman no dijo nada. Se limitó a alargar una mano y abrirla lentamente. Dentro estaba la nuez, la que me había regalado Joe. La prueba. En los demás rincones de Northrop House, las chicas se preparaban para cenar; desde el piso inferior, el olor del pudín de Yorkshire se extendía por todo el edificio, cargado de huevo, espeso y nutritivo, una imitación de nuestra vida anterior en el hogar, una vida en el vientre, una vida en la que alguien se ocupaba de nosotras para que no tuviéramos que hacer nada por nuestra cuenta. Quería ingerir aquella comida consoladora en aquel mismo momento, hundir la cuchara en un plato rebosante de jugos de carne asada mientras oía las historias que se contaban en la mesa sobre cómicos fracasos en las citas con los hombres de Yale. En cambio, estaba allí, enfrentándome a la esposa furiosa de Joe, que sostenía una nuez en la mano.

–Bueno, cuéntamelo –dijo Carol Castleman.

–No puedo –contesté, rompiendo a llorar.

Me dejó llorar un rato sin dejar de mirarme, irritada y luego, al fin, cuando no pudo soportarlo más, repitió:

–Cuéntamelo.

–No soy una mala persona, señora Castleman –probé.

Lo que en realidad quise decir era: «Mire, en realidad ni siquiera soy todavía una persona completa».

–Eres una putilla –dijo Carol Castleman–. Una putilla del Smith, llena de cuentos. Ya he leído tus cuentos, y te voy a decir una cosa: no son tan buenos. No sé por qué diablos él está hablando de ellos a todas horas; parece que los haya escrito el puto James Joyce.

Entonces la mujer de Joe echó la mano hacia atrás y lanzó la nuez. Voló directamente hacia mí, pero no me dio tiempo a gritar, ni a esquivarla. Cuando me alcanzó, el golpe fue duro, un sólido *bop* en medio de la frente que sonó como el martillo de un zapatero y, durante un instante suspendido en el tiempo, me tambaleé antes de caer al suelo.

Fui vagamente consciente del sonido de los pies que galopaban hacia mí desde el vestíbulo, y luego de la aparición de un corro de rostros de chicas suspendidos sobre mí, todos con expresión boquiabierta, como un coro de villancicos en plena actuación. Una llevaba rulos; otra, un lápiz encajado tras la oreja. Empezaron a solaparse las voces, pero nadie sabía qué hacer. Al fondo, Carol Castleman lloriqueaba y le decía a todas las chicas de la habitación que alguien había destruido su vida. Sin embargo, en aquel momento, mientras permanecía caída en la alfombra y el chichón empezaba a alzarse en el centro de mi frente, yo solo podía pensar que, por fin, mi vida acababa de comenzar.

Capítulo tercero

EL AEROPUERTO DE HELSINKI-VANTAA es como cualquier otro aeropuerto del mundo, pero un poquito más rubio. No es rubio como Suecia o Noruega, esos semilleros de frialdad albina, pero sí dotado de los suficientes retazos rubios para llamar la atención de cualquier norteamericano. Aunque a los finlandeses los recorre una oscuridad eslava, siguen siendo muchas las cabezas rubias que se ven en ese país nórdico. Me resultaba imposible no pensar en eso mientras Joe, yo y el resto del grupo nos desplazábamos por el aeropuerto entre un torbellino de finlandeses: algunos tomaban fotos, otros hacían preguntas, todos querían algo de él, tocarlo, una palabra, una sonrisa cansada pero amable, como si en esos momentos improvisados su talento se desprendiera al tacto y pudiera impartirles algo de su brillo, favor que devolverían regalándole una brizna de su propia excelencia escandinava.

Muchos de aquellos finlandeses eran rubios y atractivos, y el resto parecían simplemente nobles y heroicos, como las cabezas talladas en los barcos vikingos, mientras que Joe era un judío canijo de Brooklyn de 71 años, que en otro tiempo había sido guapo y moreno. En cualquier caso, el festín amoroso que se produjo entre ellos era ilimitado y se extendió por todo el pasillo del aeropuerto, que me pareció tan largo como la mesa de un *smorgasbord*. «Amadme», parecía decirles con su mirada vidriosa y agotada por el vuelo.

«Sí, lo vamos a amar, señor *Yoseph* Castleman –parecían contestar los finlandeses–, siempre que usted también nos ame.»

¿Y cómo no iba a amarlos? Ellos lo habían escogido, ¿no? Los tambaleantes dinosaurios que conformaban la Academia Finlandesa de las Letras, y también los más jóvenes, los rebeldes juveniles que probablemente solo tenían 60 años. Parecía que Joe no se daba cuenta de nada, de lo eufórico que estaba con la

pompa de su llegada; era lo que siempre había esperado: bajarse de un avión y que lo recibieran como a los Beatles cuando llegaron a Estados Unidos. Aún le habría gustado más si, como los Beatles, hubiese podido bajar a la misma pista de aterrizaje por una escalerilla temblorosa de chapa, con el cabello ralo revoloteando en torno a la cabeza mientras agitaba el brazo para saludar a la multitud que lo adoraba desde abajo. En cambio, al salir del avión se encontró en uno de esos túneles alfombrados que se estiran como un acordeón y luego apareció, a aquellas horas tempranas de la mañana, en una terminal que quedaba lejos de los límites de la ciudad, un espacio limpio y blanco en el que sonaban unas campanillas fantasmagóricas como las de los centros comerciales y, por los altavoces, una voz femenina agradable y típicamente europea mencionaba incomprensibles llegadas y salidas de vuelos y luego, en inglés, inexplicablemente, pedía por favor al señor Kyosti Hynninen que se reuniera con su grupo en la cinta de las maletas.

Mientras pasaba ante las tiendas libres de impuestos, los quioscos y los murales luminosos con fotografías de los esplendores de Finlandia, Joe estuvo amistoso y encantador con los miembros de la prensa que se le acercaron y con el puñado de representantes del gobierno, con sus minúsculos retratos escandinavos impresos en las tarjetas de identificación que llevaban prendidas de las solapas, pero yo me di cuenta de que apenas escuchaba nada de lo que le decían con su inglés esforzado. En aquel momento estaba en pleno subidón; estaba extasiado.

Pensé en los principios de Joe, pasados en aquel universo femenino del piso de Brooklyn; en su pésimo primer matrimonio, que terminó con tanto ruido; en el segundo, tan largo, durante el que se había producido el ascenso profesional de Joe. Y luego en nuestros hijos; ah, los hijos. Ni siquiera había imaginado cómo sería vivir en un hogar poblado de niños. Me emocionaban los niños, pero también me daban miedo. Mi deseo de tener un hijo estaba envuelto en mi necesidad de hacer feliz a Joe. No podía separar esos dos sentimientos; al contemplar el imaginario carrito del bebé, veía la cabeza grande de Joe emerger bajo la sábana.

Sin embargo, cuando nacieron fueron ellos mismos; no eran Joe. Cada crío reveló sus propias características. Susannah, la primera, recibió una atención especial, como todos los primogénitos. Entraba en la cocina, me encontraba

friendo una costilla de cordero en la sartén y anunciaba: «Yo ayudo», sabiendo que la comida era para Joe, que estaba ocupado en la habitación.

«Muy bien, mi niña, ayúdame» le decía yo, y Susannah pinchaba la costilla en la sartén, la soltaba en un plato y la adornaba con trocitos de papel arrugados que, supuestamente, debían de parecer flores. Luego lo llevaba con cuidado al vestíbulo y daba unas cuantas patadas a la puerta de Joe en vez de llamar con los nudillos. Yo oía los murmullos que intercambiaban: las distraídas palabras de un padre, las temblorosas súplicas de una hija –«Mira el plato, papi, míralo»– y al fin el rápido cambio de humor del padre, su voz bien alta para transmitir alguna alabanza y salvar el día.

A mí me quería; a él lo adoraba. Eso nunca me importó y cuando estábamos juntas siempre me sentía relajada por completo, gratificada por su olor, la suavidad de su piel, su febril emoción por todo lo nuevo. Si la niña hubiese tenido cola, habría estado agitándola continuamente. Cuando no podía estar con ella –cuando tenía algún otro compromiso y la dejaba con una niñera, cosa que ocurría con frecuencia– su rostro tomaba una expresión trágica y yo casi me moría de pena.

Su hermana Alice salió robusta, atlética y más independiente. No era tan guapa como la hermana mayor, simplemente tenía aspecto sano, con un cuerpo pequeño y prieto como el de Joe en otros tiempos, el pelo moreno claro y cortado en redondo, al estilo de los niños romanos. Cuando llegó a la adolescencia, el lesbianismo de Alice por fin emergió, tras muchos años telegráficos en los que se enamoraba intensamente de sus profesoras, sobre todo si eran del tipo ingenuo, empapelaba su habitación con las mujeres del rock, con sus melenas de brujas, y con las amazonas del tenis, de muslos morenos y tersos, encajadas incongruentemente en aquellos vestidos blancos. Y cuando sucedió para mí supuso un alivio oírlo mencionar en voz alta, aunque Joe parecía asustado y herido personalmente.

–Me gustan las chicas –estalló una noche, de repente, en la cocina.

–¿Qué? –preguntó Joe, que estaba sentado a la mesa, enfrascado en el periódico.

–Me gustan las chicas –repitió Alice, con valentía–. De esa manera. Ya sabes.

De pronto, la nevera zumbó y repiqueteó y empezó a producir cubitos de

hielo, como si quisiera rellenar aquel silencio espantoso.

–Ah –dijo Joe, clavado en su silla.

Se me aceleraba el corazón, pero me acerqué a Alice y la abracé. Le dije que me encantaba que lo hubiera dicho y le pregunté si le gustaba alguna en particular. Contestó que sí, pero que la chica en cuestión se había portado fatal con ella. Hablamos educadamente del asunto uno o dos minutos y luego Alice se fue a su habitación.

–No tiene nada que ver contigo –le dije esa noche a Joe en la cama, mientras intercambiábamos furiosos murmullos.

Eso solía ocurrir en nuestras conversaciones sobre los hijos.

–Sí, ya me doy cuenta –contestó Joe–. De eso me quejo precisamente.

–O sea que estás diciendo que te gustaría ser el centro de la sexualidad de tu hija.

–No –contestó–. En absoluto. Tú eres madre. No puedes entender mis sentimientos.

–Ah, eso está muy bien –dije, como si él creyera que las madres lo sabíamos todo, que éramos las narradoras omniscientes de las vidas de nuestras familias.

David, el menor, el de los problemas, parecía incapaz de encontrar su lugar en la vida. Joe y yo siempre estábamos aguantando la respiración y deseando que le saliera todo bien, pero no era más que la expresión de nuestros deseos. A David le salieron bien muy pocas cosas; eso estaba cada vez más claro y su vida era un desierto.

Aun así, lo queríamos. Los queríamos a todos, Joe y yo, aunque no siempre a la vez. Los niños recibían dos canales de amor distintos, uno mío, con un fluir estable y razonable, y uno de su padre si alguna vez se acordaba, si era capaz de olvidarse de sí mismo. Pasaba tanto tiempo distraído, atrapado en los detalles de su vida profesional y en todos aquellos galardones que se iban acumulando como centímetros de nieve. Los niños y yo nos limitábamos a contemplar cómo crecía su carrera.

Y ahora, por fin, había llegado a Finlandia. El país era agradable, fresco y tonificante. Una vez al año se despertaba con brusquedad de su sueño profundo. «¡Arriba! ¡Arriba! ¡Viene alguien importante!» Mientras seguíamos caminando por el aeropuerto rodeados de publicidad, me di cuenta de que, si quería, podía

desaparecer fácilmente en los bosques de aquel país y no volver jamás. Con mi cabello rubio y mi piel clara, en Finlandia no iba a llamar la atención. Encajaría a la perfección y me tomarían por una de ellos. Qué maravilla ser capaz de empezar una asombrosa vida nueva allí, en vez de regresar al cabo de una semana a nuestra casa de Weathermill, Nueva York, con el bebé gigantesco de mi marido, mi genio, mi propio ganador del Premio Helsinki.

–Joe –le dije–. Mira a tu izquierda. Te están intentando sacar una foto.

Se dio la vuelta, obediente, sonaron los zumbidos y el repiqueteo de las cámaras y Joe se puso aún más rígido y pomposo. Al día siguiente aquellas fotografías aparecerían en los periódicos, mostrando a aquel anciano judío americano que fruncía los ojos por la luz, revelando la humanidad de su torpeza, su agotamiento por el viaje, mezclado con la vanidad que lo había llevado durante tanto tiempo por los aeropuertos de todo el mundo.

A las puertas de la terminal nos esperaba una limusina, tan oscura como rubio era su conductor, y el primer golpe de aire helado me hizo sentir que mis pulmones se iban a colapsar mientras pasábamos a toda prisa del edificio al coche. Era la época del año en que caen las hojas, un tiempo que los finlandeses llaman *ruska*, y los colores cambiantes restallaban como en un libro al pasar las páginas. Apenas estábamos a finales del otoño y a Joe y a mí nos impresionó el frío. Pensé que era insoportable e imaginé una sociedad en la que la gente patinaba para llegar de su casa al coche y luego a la oficina, y al fin de vuelta al coche y a casa y así se terminaba el día. Aquella mañana ya no quedaban muchas horas de luz, aunque en aquel momento el cielo parecía muy brillante e infinito. En Finlandia la luz del sol te engañaba y te hacía creer que iba a durar; no te podías imaginar que se cortaría con un final tan brusco sin dar tiempo siquiera a que las enzimas del estómago empezaran a procesar los componentes del almuerzo.

El coche nos paseó tranquilo por el paseo marítimo y ante las fachadas acristaladas de las tiendas de un boulevard llamado Mannerheim, en las que se vendían objetos delicados envueltos en láminas metálicas y en papeles arrugados, y luego se metió de pronto por una serie de puentes largos y estirados. Ya habíamos estado una vez en Finlandia desde que nos casamos, en la década de 1980, cuando invitaron a Joe a dar una conferencia dentro de las celebraciones

del quinto centenario del libro en Finlandia, y en aquella época me había parecido que todo el país estaba atravesado por el hielo.

Me gustaba el país porque la rabia y la delincuencia callejera brillaban por su ausencia. Aquello no era Estados Unidos, ni España. Allí todo era tranquilo y lúgubre, como si los niveles de serotonina hubieran sufrido un brusco descenso. Un país deprimido: resultaba fácil hacer ese diagnóstico a juzgar por las estadísticas de suicidio, que en Escandinavia se intentan negar de vez en cuando, igual que la Universidad de Cornell se esfuerza por aplacar el miedo de los padres de sus alumnos nuevos al cañón de Ithaca, que cada otoño, como si se tratara de un ritual de la cosecha, se lleva la vida de unos cuantos debutantes. «No se preocupen –debería decir el folleto de la universidad–: aunque algunos alumnos, efectivamente, se dedican a saltar y encuentran la muerte, la mayoría prefiere concentrarse en las fiestas y en los estudios.»

Toda Escandinavia resultaba atractiva con sus pescadores entre el hielo y sus horizontes coronados de nieve, pero todos conocíamos la leyenda de la raigambre infeliz de los finlandeses, noruegos y suecos: el alcohol, las canciones tristes, el golpetazo de la sorda oscuridad en pleno día.

–Y ahí está la Ópera de Helsinki, señor Castleman –dijo el conductor cuando nuestro coche pasó lentamente ante un edificio enorme que parecía capaz de contener un país entero entre sus gruesos muros–. Ahí es donde le darán el premio y los homenajes, señor.

–Eso, Joe. Te van a dar masajes –murmuré, pero no me oyó.

Nos imaginé en la Ópera, mientras homenajearan a Joe por una obra completa que probablemente desconcertaba a los finlandeses, aunque al parecer la leían igualmente. Era un pueblo muy leído. Su invierno era casi infinito; ¿qué otra cosa podían hacer, salvo leer? Era probable que él quisiera decirles: «A mí también me desconciertan estas novelas», en un finlandés titubeado, acentuando dolorosamente las primeras sílabas como hacen los finlandeses. Sus libros estaban poblados por maridos estadounidenses desgraciados e infieles, y por sus complicadas esposas. Quizá habría sido conveniente acortar los días de los personajes de Joe, hacer que la puesta de sol oscureciera un poco antes sus miserables aventuras conyugales y extraconyugales.

Luego, después de la ceremonia, cenaríamos sentados a una larga mesa en un

vestíbulo de mármol, gigantesco y gélido. Los miembros del parlamento finlandés le murmurarían al oído, pero, al no ser miembros de la realeza, no intimidarían a Joe. El Premio Nobel, en cambio, proporciona un fuerte contacto con la realeza y terminas sentado al lado del rey Gustavo toda la noche sin saber de qué hablar.

¿De qué habían hablado el rey de Suecia y Lev Bresner aquella noche en Estocolmo mientras el rey permanecía sentado junto a nuestro amigo, cargado de bandas cruzadas como un arenque bañado en nata? No tenía la menor idea. Joe nunca tendría que mantener esa clase de conversación. No tenía la grandeza ni la oscuridad suficiente. Ya empezaba a fastidiarme estar en Helsinki, ver a Joe rodeado de gente, escuchar sus preguntas graves y trascendentes, escuchar sus respuestas, ver cómo lo ungián de aceites esenciales y lo declaraban el mejor.

Antes de montar en el avión en Nueva York, no estaba segura de que fuera a abandonarlo. Había alimentado algunas fantasías a lo largo de los años, pequeñas variaciones del guión en las que le decía: «Se acabó, Joe». O simplemente: «Bueno, ¿sabes lo que te digo?, te vas a quedar solo». Pero nunca había pasado a la acción; al contrario, como muchas esposas, me había agarrado a nuestra vida, pero en las últimas semanas ya resultaba excesivo, era más de lo que estaba dispuesta a aceptar y sabía que ya no iba a durar mucho.

No hacía más que mirarlo, absorber el bulto familiar de su nariz, la piel violácea de sus párpados, el ralo cabello blanco, y recordar que en otro tiempo fue un joven angelical, luego un maestro joven, ambicioso y guapo, después un novelista ambicioso y reconocido que se pasaba las noches despierto y quería absorber el mundo entero y conservarlo un instante en los pulmones antes de dejarlo salir de nuevo. Y ahora era un viejo, con una humillante bioprótesis valvular porcina (lo mires por donde lo mires, es un trozo de carne de cerdo) encajada como un clavo en su corazón, y de algún modo los recuerdos de un cerdo se colaban en su mente: imágenes felices en las que escarbaba entre nectarinas podridas y zapatillas deportivas. Sus energías se habían dispersado en un millón de direcciones distintas y ahora parecían agotarse; allá donde fuera, crujían y se agitaban bajo sus pies los laureles, las parras entretejidas y la hojarasca en la que podía tumbarse, satisfecho, a holgazanear.

Poco rato después, nuestro coche entró en el patio delantero del hotel Strand

Inter-Continental de Helsinki, que parecía un castillo más para esconder otro ducado. Los hombres, uniformados de blanco, saltaron de las puertas del hotel al unísono, aparentemente ignorados por el frío, abrieron de par en par las puertas congeladas del coche y enseguida nos encontramos dentro del hotel, seguidos por las maletas, mientras el dueño y su extasiada esposa se abalanzaban a saludarnos. Un calor opulento reemplazó de inmediato el sobresalto del frío y el olor del interior del hotel me hizo pensar en los rincones más profundos del bosque de algún cuento tradicional escandinavo, tal vez uno que se llamara *El joven Paavo y los cinco deseos*.

La luz parecía inclinarse en aquel vestíbulo, como si llegara a través de las ramas arqueadas de unos árboles enormes. Capté el improbable olor a pinos, a savia, y de repente, con la demencia del *jet lag*, me entraron ganas de tumbarme ahí mismo, en la densa moqueta del Inter-Continental, para demostrar así que era la esposa triste y desequilibrada del nuevo ganador del Premio Helsinki.

Sin embargo, había que seguir avanzando. Atravesamos el esponjoso suelo del bosque, pasamos ante las paredes revestidas de caoba, los amplios vestíbulos dorados, siguiendo al botones, de una limpieza flamante, y a sus dos ayudantes, tres personajes rubios que perfectamente podían ser hermanos criados en una familia dedicada en exclusiva a preparar niños para la industria hotelera finlandesa.

Joe se sentía seguro y caminaba deprisa. Qué cómodo estaba en su piel, deslizándose suavemente. El hecho de que fuera judío, un perdedor, un niño de Brooklyn, no hacía sino aumentar el peculiar caché del que disfrutaba en aquel país extranjero. Aparte de un pequeño grupo de periodistas y fotógrafos, de su editora formal, Sylvie Blacker, del resto del personal de la editorial y de Irwin, el agente dormilón de Joe durante los últimos años, no parecía haber ningún otro norteamericano a la vista. Siempre que íbamos a Europa solíamos reconocerlos por la pose de hombros caídos y por la sonrisa, por su forma de aferrarse a los ejemplares del *Herald Tribune*, por su ropa demasiado llamativa, por las ganas de entablar conversación con otros compatriotas, como si en ausencia de las sílabas redondeadas y familiares de la madre patria se convirtieran en niños perdidos y asustados.

Nuestras dos hijas se habían ofrecido a acompañarnos a Finlandia, pero

siempre les dio la impresión de que Joe no quería que fueran, de modo que dejaron de insistir. Ya estaban acostumbradas.

–Lo que pasa –le dijo Joe a Susannah– es que si venís me sentiré culpable porque no podré dedicaros tiempo. Estaré preocupado. Eso me distraerá. En cambio, tú, Mark y los niños podríais hacer planes para venir a Weathermill cuando vuelva. Podemos pasar allí un fin de semana largo. Os llevaré a pescar a todos. Me entregaré a vosotros. Seré vuestro esclavo de amor.

Tenía una mirada pícaro, aquel humor fantasioso de anciano que se le daba tan bien desde que los años se le echaron encima para frenarlo y le estropearon el corazón. Me pareció que era cierto que la presencia de las chicas podía distraerlo, pero que en realidad se preocupaba por sí mismo, no por ellas. Había ganado el Premio Helsinki. Se lo tomaba en serio. Quería saborearlo despacio, con cuidado, y no tener que distraerse para asegurarse de que quienes lo rodeaban estaban felices, tarea por otra parte imposible en cualquier familia.

Años antes, cuando ganaba premios menores, nuestros hijos iban a los banquetes, a las cenas, a los cócteles, aquellos críos pulidos en distintas etapas de la infancia y de la adolescencia. Nunca estuve segura de cómo se sentía él ante su presencia, pero a mí me encantaba tenerlos a mi lado. Cuando todo empezaba a resultar excesivo, me agarraba a ellos. Para ser sincera, los usaba como escudos humanos. Ahí estaban, con sus vestiditos preciosos, y David vestido de etiqueta, estrangulado por el nudo de una corbata escurridiza de The Boy's Shoppe.

Yo siempre bebía mucho en esas celebraciones, me tragaba el vino blanco que me ofrecían, y el champagne y lo que fuera. Mis hijos lo notaban y se daban cuenta del momento en que se me empezaban a aguar los ojos.

–Mamá –me susurró una vez Susannah cuando tenía trece años.

Estábamos en una carpa de la Academia de las Artes y las Letras, bajo la que acababan de investir a Joe. Los húmedos bocados de salmón escalfado que había devorado en la comida no habían bastado para absorber toda la potencia de la bebida. Estaba escabechada. De pie, me tambaleé adelante y atrás hasta que Susannah me sostuvo con una mano.

–Mamá –dijo un poco más alto, escandalizada–. Estás borracha.

–Un poquito, cariño –contesté, también en un susurro–. Lo siento. O sea, lo siento si te da vergüenza.

—No, pero vayámonos a otro sitio —contestó.

Dejé que me alejara un rato de La Cumbre. Bajamos a la calle en la parte más alta de Manhattan, donde holgazaneaban algunos taxis y un hombre fumaba un cigarrillo a las puertas de una bodega. Nos sentamos, recostadas en un edificio con nuestra ropa de gala, me bebí una botella de néctar de guayaba que mi hija compró en la bodega e intenté disipar la niebla para poder volver a la fiesta.

—Si lo pasas tan mal —preguntó mi hija con delicadeza—, ¿por qué no lo abandonas, mamá?

«Ah —podría haber contestado—, qué buena pregunta, querida hija.» En su manera de ver el mundo, se ponía fin a los malos matrimonios, igual que a los embarazos no deseados. Ella no sabía nada sobre aquella subcultura de las mujeres que se quedaban, mujeres sin una explicación lógica para su lealtad, mujeres que aguantaban porque aguantar era el ejercicio en que se sentían más cómodas, el que de verdad les gustaba. Ella no entendía el lujo de lo familiar, de lo conocido; la misma joroba que aparece bajo la ropa de cama, los mismos pelos que asoman por la oreja. *El marido*. Una figura contra la que nunca luchabas, sobre la que no te imponías, sino que te limitabas a vivir a su lado una estación tras otra hasta que el tiempo se amontonaba como los ladrillos empapados de espeso mortero. El muro del matrimonio se alzaba entre los dos, convertido en lecho conyugal, y te tumbabas en él, agradecida.

Lo que le contesté a Susannah fue:

—¿Quién dice que lo paso mal?

Me lanzó una mirada significativa en silencio.

—Cuando me case, quiero que sea tan fácil que todo el mundo, al mirarnos, entienda exactamente por qué estamos juntos.

O sea que se casó con un hombre que era distinto, pero resultó que no era satisfactorio. Mark era atractivo, tenía la complexión de un galgo, un cuerpo de atleta, una melena de mechones dorados y unos brazos largos y morenos. Pero aquel tipo no leía un libro salvo que fuera una biografía de Jefferson, o de Franklin, o el relato real de una expedición al Ártico; la ficción quedaba fuera de su alcance, así como cualquier otra forma de arte.

Susannah se sentía sola; yo lo sabía, lo percibía entre los demás trofeos menores de la infelicidad que me mostraba en su exhibición triunfante, como suelen

hacer los niños, que organizan un museo entero de desencantos e invitan a los padres a entrar en él, como si les dijeran: «¿Lo veis? ¿Veis cómo me jodisteis y para qué sirvió? ¡Sirvió para esto!».

Mi hija era una mujer decepcionada por su padre. Se pasó años haciéndole vasijas de barro a Joe en las clases de arte, un chorreo infinito de cerámica en un esfuerzo prolongado por llamar su atención. Ya tenía su amor; el amor era fácil. La atención era una cosa bien distinta; ¿cómo iba a conseguirla? No era su pareja sexual. No era una colega. No era un libro. Era una niña sentada ante un torno, girando con furia las tazas, los cuencos, los platos, para un padre que nunca bebería de ellos, que nunca comería en ellos, que a lo sumo guardaría alguna vez un puñado de lápices en una de aquellas tazas o desplazaría a empujones un plato hacia el fondo de su escritorio.

Al final, Susannah abandonó la alfarería, dijo que le robaba demasiado tiempo, aunque a esas alturas ya había abandonado Stengel, Mathers & Broad y estaba en casa todo el día con sus hijos, mis nietos, Ethan y Daniel.

Alice nunca intentó ganarse a Joe como había hecho su hermana. Era como si lo hubiera calado pronto y se hubiera dado cuenta de que era imposible capturar el corazón de un ser tan egoísta. Alice gustaba a las mujeres, se quedaban encantadas con ella. Tenía buen aspecto, con un estilo enérgico, como de recién lavada. De mayor toleraba a Joe, le daba unos pellizcos fuertes y afectuosos y era algo más cariñosa conmigo. Pam, con quien vive ahora en Colorado, me pareció una desconcertante elección para Alice por lo simple que parecía. Tenía una cierta belleza, aunque más bien llana y poco llamativa; sus ojos eran pequeños y claros. Practicaba el método Pilates y era una cocinera espléndida, siempre que uno fuera capaz de estar dispuesto a degustar las maravillas de todos los miembros de la familia de los tubérculos.

Sin embargo, por supuesto, siempre entendí lo que obtenía Alice de aquel matrimonio: Pam era la esposa y eso es lo que quería mi hija, tal vez sin saberlo.

En aquel momento, nuestras dos hijas estaban en sus casas con sus familias: una con su genuino anhelo y su resentimiento, porque quería estar con nosotros; a la otra no le importaba tanto. David, por supuesto, no se había ofrecido a venir. Casi nunca iba a ningún sitio y mantenía cada día el mismo camino, como un monorraíl: la cafetería del barrio, la tienda de cómics de segunda mano, la

comida del chino para llevar, su trabajo y de vuelta a casa. Nuestro viaje no le despertaba ninguna curiosidad; no había preguntado nada, ni había felicitado a su padre, ni tenía ningún interés. Mientras Joe y yo recorriamos el vestíbulo del hotel en Finlandia, él estaba en su apartamento de planta baja, leyendo una de aquellas «novelas gráficas» que le encantaban, con sus descripciones de un futuro inhóspito bien dibujadas y su cajita blanca de comida china abierta en el regazo, tirando fideos por todas partes. Lo imaginé llenándose de comida grasienta para llevar, leyendo sobre vidas fantásticas y mundos ocultos posapocalípticos, y enfrentándose de vez en cuando a un retazo de recuerdos de una vida que había abandonado mucho tiempo antes. *La infancia*.

En ese momento yo caminaba junto a Joe, nuestros cuerpos se desplazaban juntos por el espacio, ninguno de los dos miraba al otro. Allí no había nada de pura ternura; fuera lo que fuese aquello que compartíamos, estaba tejido por la familiaridad. Al acercarnos con el botones a la batería de ascensores de cristales moteados, me fijé en una mujer joven que miraba a Joe con cara de interés. Nerviosa e indecisa, dio un paso adelante y farfulló algo en dirección a él:

—Señor *Yoseph* Castleman, es usted un escritor magnífico —dijo—. Lo felicito.

No era exactamente guapa, pero tenía una cierta elegancia escandinava. Su pelo tenía el color de los sobres marrones.

—Gracias —contestó Joe, sonriendo y deteniéndose un momento—. Muy amable.

Tendió una mano y ella se la estrechó; mantuvo el apretón apenas un poco más de lo necesario. Tuve la vaga idea de que podía ser un atraco, pero entonces recordé que nunca había oído hablar de atracos en Finlandia. Los atracadores solían provenir del medio oeste americano, aunque a veces crecían como criaturas de los pantanos en los humedales de Florida. Con el paso de los años, Joe había recibido cartas de algunos atracadores y, aunque los hombres tenían a ser más amenazantes, le daban más miedo las de las mujeres. La hostilidad de los hombres era muy obvia y si corrías algún peligro te dabas cuenta. Joe había estado en peligro más de una vez, y la persona que le había mostrado más hostilidad era nuestro propio hijo.

David no estaba loco, no era un psicópata, solo «marginal», solo «en el límite», esas expresiones que usamos para todos los perdedores impredecibles. Y David

era frágil; es decir, era fácil derribarlo, hacerle perder el camino.

La noche en que David amenazó a Joe, yo no estaba con ellos. Estaba en casa de Lois Ackerman para una reunión de nuestro duradero club femenino de lectura, que ese mes se dedicaba a *La copa dorada*. Joe y David estaban solos en casa. Era una noche helada en el norte del estado de Nueva York. David, que entonces tendría poco más de veinte años, dormía en casa porque se le había inundado el apartamento y no tenía adónde ir.

Decir que fue un crío estelar implicaría aligerar su intelecto, su forma sombría de encarar cualquier asunto, ya fuera mayor o menor. Cuando nació David, Joe se quedó encantado de haber engendrado por fin un varón; un chico que lo arreglaría todo, que le devolvería a Joe parte de lo que perdió cuando su padre se desplomó muerto, tantos años antes, y cambió el futuro.

A menudo Joe concentraba su atención en David como nunca le vi hacerlo con las niñas. Iban juntos a pescar, jugaban al billar, escalaban el monte Cardigan, en New Hampshire, con sus pesadas botas, cargados con las mochilas que yo había llenado con sus comidas favoritas. Casi todas esas actividades transcurrían en presencia de otros hombres, generalmente escritores. Joe casi nunca se llevaba a David a solas; ¿de qué hubieran hablado, hora tras hora? De niño, a Joe le gustaba atosigarlo con sus preguntas, una tras otra, como en esos libros infantiles que parecen listas de sucesos: ¿tienen párpados los insectos? ¿Por qué no puede uno hacerse cosquillas a sí mismo? ¿Por qué le interesa a la gente el olor de sus propios pedos? Joe se cansaba enseguida y, al volver de aquellas salidas, me entregaba a David y desaparecía unas cuantas horas.

Yo iba a ver a David a su habitación y me sentaba al borde de la cama mientras él se quitaba las botas, llenas de barro. «¿Os habéis divertido?», le preguntaba, tocándole la cabeza. Sabía que algún día no podría tocársela; algún día se apartaría de mí como si mi mano ardiera. Así que era mejor tocar cuanto pudiera mientras él fuera pequeño. David toleraba mi contacto, pero no se regodeaba en él como las niñas. Decidí que era típico de niños. Una parte necesaria de la condición masculina. Él se quedaba sentado con paciencia, esperando a que terminara.

David era guapo como Joe, moreno, con la cabeza grande y rizos negros. A Joe le emocionaba la inteligencia de nuestro hijo, el hecho de que en el colegio

dijeran que era un genio. Cuando David era pequeño, Joe solía llevárselo de bares, aunque yo entonces no lo sabía, y nuestro hijito jugaba con sus coches de marca Hot Wheels entre el serrín, a los pies de su padre. Los demás escritores famosos y sus admiradores se agachaban y le toqueteaban el pelo a David con gesto ausente; él apenas parecía registrar el contacto o, si lo hacía, nunca lo percibía como una muestra de afecto y casi nunca lo devolvía. Vivía entre nosotros, hacía los deberes con una velocidad alarmante, sin cometer apenas errores, y se iba por ahí de excursión con Joe y sus amigos, pero no emanaba de él ninguna calidez auténtica. Sus hermanas siempre habían sido como cachorritos, querían complacernos, me contaban las cosas de sus amigas y el día de los enamorados se pasaban horas trabajando para dibujarle una tarjetita a su padre; David era más frío, más distante, menos gratificante.

Hace mucho tiempo consultamos a un psiquiatra y nos dijo que estábamos armando mucho lío por nada. «Es un muchacho brillante», dijo aquel hombre, pues al parecer nunca había examinado a un chico con resultados tan altos como los suyos y su coeficiente intelectual, similar al de la familia Glass de Salinger, anulaba cualquier posibilidad de que el niño tuviera un problema. No era autista, como el hijo de un poeta a quien conocíamos, que se paseaba repitiendo fragmentos de frases de anuncios de la tele: «Rice-a-Roni, el festín de San Francisco...», cantaba aquel chico, con voz aguda y etérea.

Todo el mundo nos decía que David era extraordinario y que debíamos dejarlo en paz. Joe insistía particularmente en que le diéramos suficiente «espacio», así lo decía, supongo que imaginando que el niño usaría todo aquel espacio para inventar, curar, componer, soñar. En vez de eso, le dio una patada en la entrepierna a otro chico del colegio y volcó una mesa de una cafetería. Una vez se mofó de una profesora y le dijo que tenía bigote como Hitler y que nunca la querría ningún hombre. Ella, que temía que eso fuera cierto, se pasó una semana sin acudir al colegio con la excusa de una falsa enfermedad.

Cuando lo enviamos a un internado para chicos con problemas pero inteligentes –uno de esos sitios con muchos pufs para sentarse, corros de canciones y muchos terapeutas entre el personal–, David se volvió muy reservado y luego se licenció como primero de la clase y fue milagrosamente aceptado en Harvard, gracias a los enchufes y chanchullos que tanto costaron a Joe. Pero

David no aguantó cuatro semestres; en Nueva York, durante las vacaciones de primavera del primer curso, amenazó a un hombre con un cúter en un bar del East Village y terminó en la cárcel. Cuando lo fuimos a ver y hablamos con él desde el otro lado de la pared de metacrilato, David estaba agitado e inquieto, mortificado por verse con sus padres en una prisión. Joe no hacía más que preguntar cómo podía ser que David hubiera hecho aquello, y David entendió que el subtexto significaba: «¿Cómo has podido hacerme esto?».

–¿Que cómo he podido hacerlo? –dijo David–. ¿Qué clase de pregunta es esa?

–Es una pregunta razonable –dijo Joe–. Así que contéstala.

–Estamos preocupados –añadí.

–Ya sé que estás preocupada, mamá –dijo Joe al fin, dirigiéndose solo a mí, como si Joe no estuviera presente–. La he cagado, ¿vale? Tengo algunas angustias.

–¿Algunas? –dijo Joe, con acidez.

–Sí, algunas.

–Tú no tienes algunas angustias, lo que tienes es una enfermedad completa –dijo Joe.

David se dio la vuelta, se alejó, se quedó de cara a un rincón y no volvió a hablarnos hasta que lo sacamos de allí. Esa noche nos lo llevamos a casa y durante los días siguientes dijo bien poca cosa. Intentábamos hablar con él sobre la situación legal, sobre el abogado que le habíamos contratado, pero parecía interesarle más bien poco, y en cambio estaba inquieto porque tenía que preparar un examen. Cuando lo llevamos de nuevo a Cambridge, David estaba muerto de ganas de que nos largáramos.

–Vale –dijo cuando entramos con él–. Bueno, gracias por traerme. ¿Necesitáis algo? Es que tengo que ponerme con mis cosas, de verdad...

Quería que nos fuéramos de inmediato, que nos largáramos a la habitación de hotel que habíamos reservado y no lo molestáramos. Nos estaba despidiendo. Por un instante me sentí insultada, pero lo superé pronto. Joe no. Se quedó plantado con el abrigo puesto y las manos en los bolsillos. Y cuando al fin nos íbamos, unos minutos después, David me abrazó, un gesto repentino que me tomó por sorpresa. A Joe solo lo despidió con un ademán. No le gustaba su padre, acaso no le había gustado nunca. Sin embargo, ahora parecía que aquel

desprecio cambiaba de forma. Yo no entendí su verdadera dimensión, y Joe tampoco.

Con el paso de los años, David, después de abandonar la universidad y trasladarse a Nueva York, se metió en algunas peleas de bar y tuvo enfrentamientos con mujeres. Me describía esas escenas con un detalle mortificante, como si hablara de alguien por completo distinto a él. Nunca mencionaba específicamente la rabia que le provocaba Joe. Yo sabía que a menudo los hijos sienten rabia contra sus padres. Había leído a Arthur Miller, y lo fundamental del teatro griego. Podía imaginarme al clásico padre distante e imponente, y al hijo cargado de necesidades primarias frustradas. Podía imaginar el paso de los años y la frialdad progresiva del hijo, enfrentada finalmente al lento deshielo del padre en un momento en que ya es demasiado tarde. El daño ya está hecho y el hijo se aleja diciendo: «Lo siento, papá», y abandona al anciano encogido y lloroso en su mecedora. Pero nunca vi que eso ocurriera en nuestra familia.

Durante mucho tiempo, David y Joe mantuvieron un cierto nivel de incomodidad, de mutuo rechazo, quizá desprecio. Pero al final alcanzó niveles mucho más elevados. Eso ocurrió la noche en que se inundó el apartamento de David, donde el agua turbia de Nueva York de repente llegaba a la altura de los tobillos. Sus libros y sus periódicos quedaron flotando y, como no tenía adónde ir, le insistí en que se instalara con nosotros.

–Solo por un tiempo –le dije. Y vino.

Al principio, la convivencia funcionó sorprendentemente bien. La casa de Weathermill es grande y David vivía a su aire, salvo durante las comidas, para las que se preparaba sándwiches de huevo frito para picotear y luego salía por la noche, iba a los bares a beber y a jugar al billar. Lo llamaban los viejos amigos del colegio que todavía vivían por allí –amigos que trabajaban en el drugstore Rexall, o en los negocios de exterminación de insectos de sus padres– y sus voces sonaban graves y abatidas por teléfono. ¿Quiénes eran, en verdad? ¿Creadores pornográficos? ¿Camellos? Tenía mis dudas. No tenía ni idea. El mundo de mi hijo seguía cerrado para mí.

La noche en que David atacó a Joe al principio parecía pacífica. Cenamos juntos los tres. Joe y yo hablamos casi todo el rato, mientras que David

pronunció algunos monosílabos entre un bocado de filete y el siguiente. No hubo nada que me pareciera extraño. Recuerdo que cuando me fui a casa de Lois Ackerman para reunirme con mi grupo de lectura, agradecí la posibilidad de irme, de tener una razón para salir. David era opresivo. Me entristecía aquel deseo de alejarme de mi hijo, pero tampoco era una tragedia. Tras conducir por carreteras de curvas, cuando me senté en el salón de Lois, rodeada de aquellas mujeres amables e inteligentes que compartían el interés por leer atentamente libros que todas habíamos olvidado desde la época de la universidad, tuve ganas de quedarme ahí, de mudarme a la habitación de invitados de Lois. Ella estaba divorciada y su soledad era evidente; cuando nos besaba para saludarnos, sus abrazos eran demasiado fuertes y duraban demasiado. Era alta, tenía la cara larga y llevaba gruesas joyas turquesas que había comprado en sus viajes en solitario por el sudoeste. Lois siempre estaba sola. Su aislamiento le resultaba doloroso, pero a mí a veces me parecía atractivo. Su casa parecía un oasis, la cama grande cubierta con un edredón impoluto, la mesita de noche con su caja de caramelos franceses, su bote de loción Nivea y un montón de vídeos Merchant–Ivory. Era un lugar libre de hombres. Tranquilo. En aquel mismo momento, resonaban las voces de las mujeres. Algunas palabras sueltas, y algunas frases, se alzaban sobre la conversación: «modernidad; estructura narrativa; princesa Casamassima».

Además, la comida era buena, la mesita de café rebosaba de salsas y pedazos de comida pequeños, marinados. Yo estaba relajada, bebía, comía y me sumaba a la creciente conversación sobre las traiciones de los matrimonios. No sé si era una paranoia, pero me parecía que, cada vez que hacía un comentario, me escuchaban con una atención especial porque sabían que yo conocía la traición de primera mano. Aun así, en aquel momento no me sentía particularmente traicionada.

Mientras tanto, Joe estaba sentado en el salón de nuestra casa agitando un bourbon en la mano y entrechocando los cubitos de hielo, escuchando con admiración a Herbie Hancock en el nuevo equipo Bose que acababa de comprar. (Los hombres que dominan el mundo están obsesionados con los equipos de sonido; no me pregunten por qué.) Estaba encajado en su sillón granate, leyendo el periódico, bebiendo y escuchando. David estaba arriba, escarbando en la habitación de su infancia.

Yo creía que la noche iba a pasar así, creía que todo el mundo haría lo que debía hacer. Entonces sonó el teléfono en casa de Lois. Ella contestó y luego vino a buscarme.

–Es Joe –me informó moviendo los labios, pero sin pronunciar palabra.

Sylvia Brumman seguía con su comparación súper entusiasta y tartamudeante entre el Henry James de los primeros tiempos y el de los últimos.

Cogí el teléfono en la cocina de Lois, hablé y me asusté al oír la voz tensa de Joe, que decía:

–Hola, Joan, lamento molestarte pero aquí se han puesto las cosas un poco difíciles.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–David –contestó.

–¿David? ¿Qué pasa?

–Sí, está aquí.

–¿No puedes hablar? –pregunté.

–No –dijo–. No puedo. Pero tal vez deberías venir a casa. Te necesito aquí.

Entonces Lois asomó la cabeza por la cocina para asegurarse de que todo iba bien, cosa que por supuesto no era cierta. Me excusé y salí de inmediato a toda velocidad hacia casa. Una cosa llevó a la otra; aquella noche convencí a David para que me dejara llevarlo a un pequeño hospital psiquiátrico de Westchester para una revisión. Terminó pasando allí dos semanas, durmiendo mucho, ajustándose a la medicación antidepresiva que le daban. Cuando me llamaron un par de las mujeres de mi grupo de lectura para saber qué había pasado, les contesté con vaguedad que se había producido una «escena» entre Joe y David, y no pasé de ahí. No quería comentarlo. Nadie me pidió detalles. Sabían que tenía un hijo problemático y sabían lo doloroso que eso resultaba para mí.

Aunque David sigue medicándose, o al menos se supone que lo hace, nunca ha vuelto a ingresar en un hospital. Durante el último par de años ha conseguido seguir trabajando en el mismo bufete de abogados, suele aparecer tarde por la noche y a menudo hecho un andrajo, pero mantiene intactos sus dones como mecanógrafo. Ha habido algún enfrentamiento más, alguna pelea, pero nada serio.

La tensión entre David y Joe nunca desapareció del todo, aunque supongo que

terminamos acostumbrándonos. Sin embargo, el potencial de violencia venía también de otro lado, no solo de nuestro hijo, e hizo que Joe se preguntara por qué la gente se volvía tan agresiva con él.

Una vez, Joe recibió una carta que empezaba así:

Apreciado señor Castleman:

Se cree un regalo de Dios, ¿verdad? En cambio, yo solo soy un perdedor. Pero estoy escribiendo mi novela y será mejor que se cuide las espaldas porque usted también sale [sic] en mi libro. Y el personaje no sobrevive para ver el final...

Joe llamó a la policía al recibir esa carta –yo misma le urgí a hacerlo– y cuando llegaron aquella noche los dos patrulleros se sintió un poco avergonzado, pues cuanto más lo pensaba menos creíble le parecía que alguien quisiera matar a un novelista. A un escritor de ensayos tal vez, aunque incluso eso parecía poco creíble. ¿De qué servía matar a un escritor? Políticos, actores, antiguos miembros de los Beatles: eso lo entendía hasta cierto punto, porque tenían un poder tangible en el mundo y podían hacer cosas de verdad. Pero... ¿un novelista?

A Joe le daban miedo los psicópatas y sentía un leve desprecio por las legiones de lectores que mantenían foros de discusión sobre sus obras en la red, aquellos que buscaban con gran esfuerzo cualquier cosa que hubiera publicado, los que necesitaban encontrar nuevos modos de mantenerlo cerca. Cuando se encontraban con él en persona, él se retraía con timidez, un poco asustado e irritado por la intrusión, pero halagado, siempre halagado, con un cierto brillo húmedo de vanidad en los ojos.

Pero cuando la admiradora era joven y bella, Joe alzaba la cabeza y la miraba directamente a los ojos, un poco inclinado hacia delante, traspasando el límite exterior del cerco de perfume que, invariablemente, emanaba de ellas. Era lo más obvio del mundo, su manera de moverse hacia las mujeres guapas, lo mucho que las deseaba, cómo les hablaba con una voz grave que les enternecía la cálida piel del cuello. Al principio, hace tantas décadas, yo solía desviar la mirada cuando eso ocurría, me iba a buscar otra copa del vino de la recepción, a hablar con el preboste si estábamos en una universidad, o con el presentador de Joe, o con su asesor de imagen; le daba la espalda a la seducción que trascurría apenas a unos pocos metros de mí. Luego, a veces me enfrentaba a Joe y lo reprendía, y él me

decía que me lo estaba inventando, o bien cedía y pedía perdón, me decía que era consciente de su debilidad y que él mismo la odiaba. Pero luego, a medida que fue pasando el tiempo y su comportamiento no cambió, volví a limitarme a dar la espalda cada vez que ocurría. Bebía de mis vasitos de plástico, hundía un palito de apio en cualquier salsa, sabiendo que detrás de mí, mi marido estaba entablado conocimiento con una chica joven, bella, fiel lectora.

Podían decirle cosas así:

—¿Sabe esa parte de *Horas adicionales* que empieza con la hija peinándose? Es la descripción más bonita de la adolescencia femenina que he leído en mi vida. ¿Cómo se las arregla para saber esas cosas, señor Castleman?

Y él se encogía de hombros y daba las gracias. A veces, unos días después, por medios que nunca llegué a conocer, volvían a encontrarse.

La encantadora joven que se le acercó en el vestíbulo del hotel Inter-Continental de Helsinki era probablemente una finlandesa espabilada de origen provinciano que solo quería estrecharle la mano a un ganador del Helsinki un rato más de lo necesario, y siguió sonriéndole mientras él se alejaba de ella para llegar al ascensor.

—Qué suerte tienes, en todas partes te adoran —susurré mientras uno de los botones insertaba una llave en una cerradura del panel y la jaula de cristal se alzaba con ese zumbido adorable y acolchado que solo se encuentra en los ascensores europeos.

—No creo que esa mujer me adore —musitó Joe—. No basta con que lo digan para que sea verdad.

—Bueno, yo apostaría lo que fuera —dije.

—Pues tendrá que haber alguien que me quiera —dijo Joe—. Que yo sepa, esa plaza está vacante en estos momentos.

El botones, que seguía a nuestro lado, no dio muestras de haber comprendido aquel críptico intercambio de golpes conyugales. El ascensor subió y subió, con el zumbido de sus cables y una insinuación de fiordos, y nos dejó en la silenciosa e inmaculada planta VIP. A lo lejos se escabulló una sirvienta. Se abrió de par en par una amplia puerta de roble y nos invitaron a entrar en la Suite Presidencial. Por los enormes ventanales se veían los árboles y los adoquines de la calle.

—Caliente —dijo el botones con orgullo en uno de los baños, tirando de la

manecilla de un grifo sobre la pila de mármol veteados—. Fría —añadió, abriendo el otro.

Había un comedor formal en la suite, además de dos dormitorios, una sala de estar, un pequeño salón de lectura y una sauna. En el dormitorio principal había una cama blanca enorme con altos postes de dosel, sobre la que descansaban dos espesos albornoces. Aturdido por los efectos del vuelo y por el exceso de atención, así como por todo aquel esplendor, Joe se desnudó, prenda a prenda, y se enfundó en un albornoz.

—No sé qué se supone que hemos de hacer ahora —me dijo.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Dormir.

Asintió, se sentó en la cama para probar la dureza del colchón y luego soltó un bostezo ostentoso.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —me preguntó—. ¿No deberíamos esperar hasta la noche? ¿No deberíamos forzarnos a permanecer despiertos para empezar a acostumbrarnos al cambio horario? Además, no creo que pueda dormir —añadió—. Ya sabes que nunca duermo.

—Hoy sí —le dije—. Estoy segura de que nunca en tu vida has estado tan cansado como hoy.

—Es verdad —admitió.

De modo que nos desnudamos y nos escabullimos bajo las profundas olas blancas de las sábanas. Ignoramos nuestros respectivos cuerpos; éramos indiferentes, como lo habíamos sido en general durante los últimos años, aunque mi indiferencia estaba teñida de una hostilidad que Joe trató de ignorar en aquel momento. Sin amor, permanecemos lado a lado. Por todas partes, en la suite, sirvientas sumisas y fantasmagóricas abrían y cerraban puertas escondidas. Alguien abrillantaba frutas y las disponía en cestas, alguien arreglaba la punta del rollo de papel higiénico como si fuera una figura de papiroflexia. Después, al fin enmudeció aquella colección de ruidos lejanos y Joe y yo nos quedamos en silencio, con una temperatura perfecta en la piel al contacto con las sábanas tupidas. Joe parecía pequeño a mi lado en la cama; algunos mechones de cabello blanco del pecho emergían hacia el embozo de la sábana como si fueran de espuma, y le quedaron a la vista los pezones, aquellos discos vestigiales. Estaba débil y exhausto, pero contento y, para variar, durmió por primera vez en mucho

tiempo. Dormimos los dos.

Al final nos despertaron unas voces, un coro de ángeles que nos sacaba lentamente del sueño artificial de los viajeros, y cuando abrimos los ojos ya era la última hora de la mañana del día siguiente y nos sorprendió encontrar la luminosa habitación del hotel llena de extraños, chiquillas vestidas de blanco que llevaban velas en la mano y cantaban a todo volumen, y en finlandés. Más adelante nos contaron que eso se llamaba Ceremonia Tarja; era un rito de paso del Premio Helsinki, copia descarada de un rito sueco parecido que se celebraba para los ganadores del Nobel; mientras permanecíamos allí, atontados y con los ojos rasposos de sueño, aparecieron los fotógrafos en torno a la habitación para documentar el espectáculo.

Mientras tomaban las fotos, las niñas de las velas dieron un paso atrás y las que llevaban bandejas lo dieron adelante, unas niñas cargadas de frutas y queso y pasteles espolvoreados de azúcar. Y luego también ellas dieron un paso atrás y aparecieron otras dos cargadas con unas tazas de café gigantescas –auténticos cuencos como los que lamen los gatos–, y luego la comida, la bebida y las velas quedaron depositadas en bandejas de plata al pie de la cama.

–¿Cuánto va a durar esto? –murmuró Joe, pero yo le hice callar y sonreí a las niñas y tuvo la sabiduría de seguir mi ejemplo.

En el momento justo, todas las niñas unieron las manos a la vez, alzaron sus delicados brazos y nos cantaron con unas voces que habrían emocionado al corazón más gélido que jamás haya latido. Yo no sabía qué significaban aquellas palabras; era de suponer que tenían algo que ver con la gloria del día y la grandeza de la celebración, aunque supuse que del mismo modo, por pura diversión, podían estar cantando:

Jódete, Joe Castleman,
escritor sobrevalorado a quien despreciamos.
Jódete, advenedizo americano,
que has venido a llevarte nuestro premio...

Hace mucho tiempo hubo otra habitación de hotel, una bien distinta, en Nueva York. Era pequeña y desastrosa y no nos cantó ninguna niña angelical por la mañana. Eso ocurrió 45 años antes, pero incluso después de tanto tiempo yo

podía visualizar aún su forma, su olor y aquella vaga suciedad insinuada. Para llegar a ella, Joe y yo habíamos tomado primero el autobús para escaparnos juntos de Northampton, y luego un metro de Nueva York con sus asientos de tapicería dorada y sus anuncios cóncavos en la pared, con propaganda de detergente Dreft y de Chiclets. Yo, a mis 19 años, iba agarrada a una cinta. En medio de mi frente lucía el ridículo hueco de oca de color morado que me había dejado Carol, la mujer de Joe, al tirarme aquella nuez dos días antes. Colgada de aquella cinta como si fuera una viajera más, vi que Joe me miraba, que contemplaba el bulto de mi frente y también el hueco de mi axila, aquel rinconcito escondido bajo mi vestido amarillo arrugado. Solo había cogido ropa para un fin de semana; el resto me lo enviarían más adelante del Smith en un baúl. Ahí estaba, en el metro, en el que apenas había montado unas pocas veces en toda mi vida; en cambio, me sabía casi todas las paradas del autobús porque solía tomarlo con mis amigas casi cada día al salir del colegio.

Me aterraba llamar a mis padres y confesarles lo que había hecho, aunque di por cierto que la universidad se atribuiría ese privilegio. Estaban allí mismo, en la ciudad, y aunque era incluso posible que me cruzara con ellos, no parecía probable. Nunca cogían el metro, ni tenían razón alguna para visitar la parte de la ciudad a la que me llevaba Joe. La ruta de mis padres era previsible y corta, incluía las avenidas Park, Madison y Lexington, y poco más. Claro que podía haberles pedido ayuda, porque Joe y yo teníamos muy poquitos recursos, pero por alguna razón entendí que en aquel momento no debía usar su dinero. Aquella parte de mi vida no tenía nada que ver con ellos y no quería que interviniesen, al menos no todavía. Ahora estaba con Joe y por lo tanto debía comportarme como una buena colega, como la alumna voluntariosa que se había expulsado a sí misma del Smith College para largarse a Nueva York con su profesor, aunque sospechaba que aquel estado de ánimo no duraría demasiado.

Y, por supuesto, no duró. Cuando Joe y yo entramos en el pequeño y verdoso vestíbulo del Waverly Arms, donde el conserje de noche atendía tras una ventana enrejada, me quedé consternada por lo que vi y permanecí en un silencio malencarado propio de una institutriz mientras Joe firmaba en el registro. La habitación 402 era peor que el vestíbulo; demasiado verde, había tantas moscas muertas atrapadas entre los paneles de la ventana que parecía como si un

naturalista se hubiera dedicado a aplastarlas allí deliberadamente. La habitación emitía indicios de su desagradable historia y te convencía de que en alguna ocasión se había cocinado allí una clase concreta de sopa (caldo escocés) y, en otra ocasión, alguien había permanecido sumido en el estupor de la enfermedad sobre el colchón cóncavo.

–Qué desagradable –dije, sentada en el borde de la cama, y rompí a llorar.

Joe había creído que yo sería capaz de ignorar la decrepitud esencial del hotel porque estaba en Greenwich Village. Había alimentado la esperanza de que yo respondiera al canto de sirena del Village, a los sonidos de los hombres que practicaban con sus trompetas como en un sueño, o simplemente a la apariencia física de la gente, que se vestía con una especie de libertad desafiante y ociosa. Esperaba que yo echara un vistazo y dijera: «Esto es lo que quiero». Sin embargo, era imposible coger a una chica del Smith cuya única experiencia del mundo se reducía a lo que había ocurrido en la cama con él y convertirla en lo que nunca había sido, ni parecía querer ser.

–¿Hasta aquí he llegado? –pregunté, en tono melodramático, sin dejar de llorar–. ¿A una habitación pequeña horrible, asquerosa, llena de moscas muertas?

–No, no, esto es solo temporal, Joanie –dijo Joe.

Sin embargo, a él también le preocupaba que hubiéramos cometido algún error irrevocable.

En cualquier caso, la verdad es que no habíamos elegido demasiado: después de tirarme la nuez, Carol Castleman había echado a su marido de casa y él había entendido que, si no presentaba la dimisión en el departamento de Literatura, lo iban a despedir. Así que ahora estaba arruinado, tanto en sentido académico como económico. En cuando a mí, salí de Northrop House con una extraña sensación mezclada de desgracia y poder. Le había contado a Joe cómo se alinearon mi amiga Laura Sonnengard y otras chicas con sus camisones para despedirme, como si fueran huérfanas de una película de Shirley Temple, cómo lloraban y lo profundamente impresionadas que estaban, conscientes de que yo partía hacia una vida que probablemente sería mucho más atractiva que la de ellas, al menos a corto plazo.

–Dices que solo es temporal, pero la vida misma es temporal –le dije–. O sea que no me siento mejor.

Sabía que estaba patética, sentada allí, en aquel hotel, con mi chichón y mi ropa, llamativamente infantil.

–Que te sientas mejor no es cosa mía –contestó–. Y no me vengas con tu filosofía de estudiante. Si no quieres estar aquí, hazme el favor de irte. Vuelve a coger el autobús y regresa al Smith. Estoy seguro de que te aceptarán; les darían demasiado miedo las consecuencias legales de no hacerlo: el profesor judío obsesionado por el sexo que violó a una adorable novata.

–No soy ninguna novata –contesté–. Y jódete, Joe. No me violaste. Yo tomé mis decisiones. Sabía lo que quería hacer.

Al parecer, eso lo sorprendió.

–Ah, ¿sí? –dijo, al tiempo que se sentaba a mi lado–. Creía que lo había hecho todo yo cuando te besé en mi despacho, cuando lo puse todo en marcha.

–No, lo sentí desde el primer día de clase –aclaré–. Cuando entraste en el Seeyle Hall y estabas hecho un lío, y tu mujer acababa de tener una hija y leíste en voz alta un fragmento de «Los muertos». Todas las niñas del aula quisieron tener alguna clase de relación particular contigo.

–Ah –dijo, encantado–. No lo sabía.

–Bueno, pues es la verdad.

–Te quiero, Joanie, ya lo sabes –dijo, y yo pensé que tal vez fuera cierto.

Esa conversación me tranquilizó durante un rato y pronto acepté salir con él a pasear por la noche primaveral, entre el parloteo y la música que flotaba en el aire del Village. Me llevó a cenar al Grand Ticino, donde me comí un cuenco de *spaghetti al burro*, el único plato que pedía siempre en aquella época en los restaurantes italianos, por mucho que irritara a Joe, y él pidió sesos. Aunque era tarde, el restaurante estaba lleno, a diferencia de Northampton, donde todos cerraban pronto. Joe habló de las noches que había pasado en Bancroft Road, caminando arriba y abajo por las habitaciones de su deprimente casa, preparándole a Carol la pomada de vitaminas A y D, viendo cómo aplicaba la rancia gelatina naranja al culo de la niña.

–Qué contento estoy de haberme largado de allí –dijo mientras se comía su plato de sesos–. Creía que me iba a morir en esa casa. Así que te doy las gracias. Gracias por rescatarme de esa clase de vida, por inesperado que fuera.

–Bah, de nada –dije. Su mano tomó la mía, encima de la mesa.

–Tienes mantequilla en los labios –me dijo Joe–. Te brillan. Creo que debes de ser una santa. Santa Joan.

Pronto empezamos a hablar de otras cosas hasta que, hacia el final de la cena, admitió que no solo sentía alivio por haber abandonado a Carol y Fanny. También sentía cierta pena. Habló de lo que significaba abrazar a su hija y tocar aquel punto blando de la cabeza, la fontanela, donde los huesos aún no se habían unido del todo, un recuerdo fuerte y todavía doloroso.

–Yo te ayudaré –contesté automáticamente.

–No puedes ayudarme.

Insistió en que yo no podía entender la sensación de pérdida de un padre joven. Sin embargo, extrañamente, parecía que sí podía ayudarlo. Juntos habíamos conjurado la imagen de la niña abandonada, aquella criatura que debía su nombre literario a Fanny Price. Al cabo de pocas semanas, Joe escribiría a su esposa una carta tranquila de arrepentimiento; de hecho, él sugeriría las ideas generales que quería transmitir y yo les daría forma. Sería una carta conmovedora y seria pero no excesivamente sentimental, y en ella esbozaría el principio de un plan de pensión para mantener a la niña que ya había hablado con Ned, su amigo abogado, y pediría que se le permitiera visitarla una vez al mes, acuciándola con las urgencias de un padre que ya no vive en casa.

Sí que lo ayudé, a mi manera limitada. Pasé varias semanas con él en el Waverly Arms y confiamos en que el sexo encontrara un atajo para atravesar aquellos días que seguían sucediéndose ante nosotros. Me lavaba las bragas y las medias en el pequeño lavamanos manchado de la habitación y al secarse quedaban rígidas por la barra de jabón oscuro que usaba. La cisterna del baño del pasillo no funcionaba demasiado bien y los demás inquilinos dejaban la orina y el papel higiénico flotando, un charco apelmazado que me recordaba la sopa de huevo que solíamos comer en el barrio chino. A veces Joe y yo pasábamos horas caminando por la calle, y nos parábamos para sentarnos y besarnos en los portales de los edificios, como habíamos visto hacer a otras parejas.

Sin embargo, por lo general salíamos poco, y yo sabía que terminaríamos por pelearnos si permanecíamos atrapados todo el día en aquella habitación minúscula. De todas formas, él no estaba por salir; era un escritor, o terminaría siéndolo, y necesitaba quedarse a escribir. Tenía algunos ahorros que servirían

para mantener a Carol y a la niña, al menos durante un tiempo. Yo no tenía tanta fiebre como él por escribir. En el Smith Joe me había animado a hacerlo, pero ahora que estábamos en Nueva York, solo hablaba de su propia escritura, y a mí no me importaba. Yo no creía tener demasiadas cosas que contar e, incluso si las tuviera, Elaine Mozell me había advertido de la inutilidad de contarlas. El que se tenía que dedicar a escribir era Joe, y yo mientras tanto saldría a ganar algo de dinero que añadir a los pequeños ingresos que recibía de mi abuela. Así que hice algunas llamadas, sirviéndome de la madeja de contactos que me brindaba el haberme criado en la ciudad, y recordé que la madre de Candy Mullington, de Brearley, era jefa de personal en la editorial Bower & Leeds. La señora Mullington aceptó verme y me dio un trabajo como ayudante de un editor, Hal Wellman. A Joe le pareció fantástico; le encantó que tuviera algo útil que hacer y que además se tratara del mundo editorial, porque así estaría siempre rodeada de libros, editores y posibles contactos útiles para él en el futuro, cuando tuviera una novela que vender.

Bower & Leeds estaba en el noveno piso de un edificio de piedra caliza de mediana altura en la avenida Madison con la calle 46, y yo cogía el tren cada mañana en Grand Central, mientras Joe se quedaba a dormir. Admitió que le gustaba despertarse apenas un instante para ver cómo me quitaba el camisón. Cada día le parecía que tenía exactamente el mismo aspecto que el anterior; el tiempo se escondía, o al menos la gravedad.

A Joe le resultaba misterioso el mundo en que yo pasaba los días. Agradecía no tener que estar allí, pero también deseaba invadirlo de todos modos para mirarme mientras yo permanecía sentada en mi cubículo y atendía el teléfono del cordial señor Wellman, con su cara colorada y su exceso de trabajo.

—¿Cómo es? —preguntaba Joe.

—¿El señor Wellman? Bueno, es un príncipe. Me habla de todo el mundo. De hecho, me tiene al día de todo. Me trata como si fuera algo más que su ayudante y me deja que me encargue de los manuscritos que llegan por correo.

—Caramba, qué suerte.

—No hay ningún problema con esa pila de manuscritos, aparte de la calidad. Además, alguien tiene que leerlos.

Por la noche, llegaba con bolsas cargadas de manuscritos. Nos sentábamos

juntos en la cama y nos burlábamos de lo malos que eran.

–Escucha esto –le decía–. Es una novela que se llama *Coraje, guíame*. Y empieza así: «Chester Mackey llevaba mucho tiempo buscando la felicidad en los billares y en las bodegas, hasta que un día se dio cuenta de que no podría comprarla».

Aquellos textos ridículos nos fortalecían a los dos: eran un referente para conocer nuestra propia medida. Leíamos los tristes intentos de los demás y nos comportábamos como si los dos hubiéramos llegado mucho más lejos, aunque el espectro de «Sin leche los domingos», aquel relato de Joe, todavía flotaba sobre nosotros. Pero aquel relato debía de ser una aberración. De otro modo, ¿cómo podía estar tan convencido de que los manuscritos que se apilaban en B & L eran un montón de mierda sin remedio? Él era capaz de distinguir lo bueno de lo malo; entendía la diferencia. Su obra podía crecer, mejorar con el tiempo. Había escrito aquel relato siendo muy joven; aún no sabía lo que hacía, y ahora ya empezaba a saberlo.

Una noche fuimos a una fiesta a casa de Harry Jacklin y su mujer, Maria, viejos amigos de Joe, que vivían en un edificio sin ascensor en la calle Grove. Al llegar, la gente se apiñaba en la escalera y bajaba un potente olor de hierba. Joe me llevó entre la gente con gesto protector, saludó a sus viejos amigos de Columbia y del breve período de su vida con Carol que había pasado en Nueva York. A la gente le sorprendía verlo allí, y aún más verlo conmigo, se notaba, y tuvo que explicar rápidamente la situación, intentar que todo pareciera pícaro y divertido («hice un cambio para mejorar», le dijo a alguien. O «he conseguido un modelo nuevo. Funciona más suave. No me tira cosas»). Quedó claro que a nadie le gustaba especialmente Carol, aunque no se habían atrevido a decírselo antes, y estaban todos muy aliviados ahora que por fin podía asomar la verdad.

Joe se moría de ganas de beber algo; algo transparente y fuerte para sentirse bien. Pronto empezó a beber vodka y a darle caladas a un canuto que le pasó un homosexual flaco y negro que se llamaba Digby, un bailarín que, según murmuró alguien, había sido invitado a unirse a la *troupe* de Martha Graham. Mientras las corrientes fantasmagóricas de música electrónica sonaban en el tocadiscos, Digby entretenía a su corte en un rincón del piso, sentado en un radiador, rodeado de mujeres blancas y hablando de los derechos de los negros.

Las mujeres lo miraban con ojos entrecerrados por la admiración, como si fuera Paul Robeson en una concentración comunista. ¿Qué sabían aquellas chicas de los derechos de los negros? No mucho más que yo, supuse. Perteneían estrictamente al tipo Sarah Lawrence o Bennington; me las imaginaba bailando con sus togas en un campo de flores, y de pronto me entraron ganas de bailar con ellas, sentir la blandura de la tierra bajo los pies, no estar atada a ningún hombre, no tener que dormir en una cama horrorosa, simplemente formar parte de una cadena de chicas en el campo. Pensé que esos pensamientos eran producto de la hierba, que me removía cosas por dentro, y luego estuve aún más segura, porque al cabo de quince minutos estaba interpretando una danza al son de un disco de Yma Sumac que sonaba en el vestíbulo y, desde el otro lado de la habitación, vi que Joe me miraba con un orgullo y una admiración que, sumadas, se parecían mucho a la posesión, aunque no se puede negar que yo lo estaba pidiendo, que lo había deseado desde el momento en que quise captar su ángulo de visión en el paisaje de la universidad del Smith.

Luego, cuando la fiesta se calmó con una música más tranquila y se terminó el baile, unos cuantos hombres salieron a hablar a la escalera de incendios y Joe me agarró para que fuera con ellos. Lyle Samuelson, que daba clases de Lingüística en el City College, alineó una serie de botellas vacías de cerveza en el alféizar de la ventana y tumbó la primera sobre la segunda, que a su vez golpeó a la tercera y se echaron todas a rodar, aunque ninguna se rompió.

—Mira, es la teoría del dominó de Ike —dijo Samuelson—. Ahí va Camboya, luego Tailandia y, *uuooops*, caramba, eso es Japón. —Luego gritó hacia la habitación, sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Necesitamos más botellas!

Desde lejos, sonó una voz de mujer:

—¡Enseguida llegan!

Yo no conocía a esos hombres y, si bien me contentaba con apoyarme en Joe y escucharlos —pues sus voces eran profundas y sabias, aunque no lo fuera especialmente lo que decían—, de repente apareció otro y me di cuenta de que era de B & L. Bob Lovejoy, un editor con carita de niño que nunca hablaba con las ayudantes, nunca saludaba, siempre parecía exageradamente ocupado y autoritario pese a que apenas hacía un par de años que había salido de la universidad.

Lovejoy se dio la vuelta de repente y, aunque a mí ni se me había ocurrido que pudiera reconocermelo, dijo con una voz grave y extraña:

–Joan, Joan, la hija del gaitero, que robó dos cerdos y se largó. –Luego añadió–: ¿Por qué robaste esos cerdos, Joan?¹

Los demás se rieron con desgana, incluido Joe, como si no tuviera ninguna gracia. Lo que más noté yo fue la agresividad de Bob Lovejoy, inexplicablemente dirigida a mí. Como si se estuviera preguntando qué hacía yo allí, yo, que solo era una ayudante del editor. ¿Qué hacía la afiladora de lápices, la archivadora de papeles, la lectora de manuscritos sobrantes, en aquella escalera de incendios con los hombres?

–No ha robado nada –dijo Joe–. Esta chica es absolutamente escrupulosa. Me fío de ella con los ojos cerrados. Además, Lovejoy, es muy rápida. Y una buena escritora de relatos.

–Vaya, qué bien –contestó Bob Lovejoy–. Hacen falta más escritoras. Aunque me da rabia admitir que hoy en día hay unas cuantas muy buenas.

Le daba rabia admitirlo, y le encantaba admitir que le daba rabia. Lovejoy mencionó diligentemente a unas cuantas mujeres cuya obra se tomaba en serio: una imponente autora de teatro con cara de tortuga de mar, una poetisa proclive a los ataques promocionales que incluían lecturas improvisadas de su propia obra en las presentaciones de libros ajenos y una novelista que se dedicaba a catalogar sucesos cotidianos de la vida de pueblo con vigorosos chismorreos. La novelista se comportaba al escalofriante estilo de uno de los niños de *Otra vuelta de tuerca* y, si había alguien condenado a suicidarse, esa era ella.

Si hubiera querido, habría soltado mi propia lista de escritoras importantes: Mary McCarthy siempre acudía a la mente de inmediato, con su extraordinaria prosa, sus pómulos arquitectónicos, el cabello anudado para mostrar un cuello manierista de longitud exagerada y sus diversos contactos públicos con hombres de alto voltaje. Esto último parecía esencial; sin esos contactos hubiera sido demasiado libre, demasiado exótica, menos persuasiva. Yo sabía que esa mujer era impresionante, hermosa y capaz de dar miedo; sería difícil que ningún hombre encontrara el modo de burlarse de ella, así que di por hecho que pocos lo hacían.

Al contrario, la admiraban. Creían que era como ellos; en su presencia

guardaban silencio, o bien parlotaban nerviosos y se esforzaban por estar a la altura. Era como si ella existiera solo para desafiar todas las expectativas y desviar las flechas de los hombres que se conmovían por el mero hecho de que existiera. Y era dura, vaya por Dios que lo era. Tenía que serlo para dedicarse a la política y al arte, para atacar ambas disciplinas a mordiscos como si fueran pedazos retorcidos de cuero. Ella y una o dos más, lumbreras literarias femeninas de rango menor, se comportaban de un modo que prendía el fuego bajo la brillantez y le concedía estilo, lo cual les permitía colarse por aquellas puertas giratorias a cuya entrada se leía claramente: HOMBRES.

En cualquier caso, ¿qué pasaba con las mujeres con talento que carecían de pómulos agudos o de aquella facilidad universal? ¿Con las que no tenían contactos con hombres poderosos?

—Sin duda las escritoras iluminan un poco la vida, incluso si no llegan a arrasar —decía Samuelson—. Por lo menos, las que son tolerables.

—¿Os habéis dado cuenta —dijo Lovejoy lentamente, como si expusiera una teoría que llevaba mucho tiempo desarrollando en silencio— de que una sorprendente cantidad de ellas están locas de atar?

—Las volvemos locas nosotros —contestó Joe—. Debe de ser por eso.

—Sí, nosotros las empujamos al abismo —dijo Lovejoy, animoso—. ¿No te parece, Joan?

Me miraron todos expectantes, como si yo representara a todas las mujeres y a su potencial para la enfermedad mental.

—No tengo ni idea —dije.

—En mis tiempos conocí a unas cuantas de esas —intervino Samuelson—. Caramba, te hacen sudar tinta.

Los hombres asintieron y se echaron a reír, incluso Joe, aunque al ver que lo estaba mirando se frenó enseguida.

—Tú no serás una de ellas, ¿no? —me dijo suavemente Lovejoy.

Se inclinó hacia delante, alargó una mano y luego tocó ligeramente la piel suave de mi antebrazo con los dedos. Yo aparté el brazo enseguida.

—No hagas eso —dije.

Lovejoy retiró la mano.

—Perdón —dijo. Luego se encogió de hombros mirando a Joe—. Era irresistible.

–Como lo son las mujeres –intervino Lyle Samuelson.

–Como lo son las mujeres –concedió Lovejoy.

–Oye, Bob –dijo Joe, con una voz vaga y apagada–. Ya has visto el cartel, ¿no? No tocar.

En ese momento supe que Joe se había dado cuenta por primera vez de lo que podía sentir una mujer en inferioridad numérica entre hombres al verse sometida a los murmullos de los hombres. Era como si se le hubiera concedido un raro atisbo de lo que una mujer podía sentir y pensar. Tenía sus opiniones, claro, las típicas de la época al respecto del comunismo y de las relaciones raciales y de Dien Bien Phu, pero cuando se trataba del paisaje de la mujer, estaba tan perdido que apenas podía decir poca cosa.

Los hombres siguieron murmurando y asintiendo y yo permanecí incómoda entre ellos. Bob Lovejoy me había tocado el brazo y yo me había sentido asqueada, lo había recibido como una interferencia pero no había sabido responder con agresividad. Los hombres tocaban a las mujeres libremente y ellas murmuraban «no lo hagas», o lo gritaban, o se apartaban, y los hombres podían dejar de hacerlo, o no; así era el mundo. Yo estaba allí con Joe y no podía levantarme y largarme. Me apoyé en la barandilla de la escalera de incendios y miré abatida hacia la calle que discurría en silencio por abajo. Joe me pasó un brazo por el hombro descubierto, que estaba frío y necesitaba que alguien lo tapara.

–Oye –me dijo, pegando la boca a la oreja que me sobresalía entre el pelo–. Larguémonos de aquí.

Respiré agradecida, demasiado agradecida, como si me estuviera salvando, y abandonamos la fiesta y nos fuimos de allí a pasear juntos por el Village después de la medianoche; nos abrazábamos de vez en cuando para besarnos, como si nos pidiéramos perdón mutuamente, nos paramos bajo una farola en Sheridan Square, donde aún estaba abierto el quiosco y tenían colgada la última edición del *Herald* como si fuera ropa puesta a secar. Bajo nuestros pies, un metro nos envió al pasar un estallido de aire caliente. Olía a orina y cacahuetes, como si circulara a nuestro lado el trencito de un circo, y nos entraron ganas de irnos de allí.

Un domingo por la mañana, al despertarnos, Joe me dijo que tenía que empezar a escribir una novela.

—Sin ánimo de ofender, Joanie —dijo, levantándose a una hora sorprendentemente temprana—, pero me tengo que levantar. Voy a empezar a escribir un libro. Basta de cuentos cortos. Así no voy a ningún lado.

Se sentó al escritorio con sus calzoncillos largos y la máquina de escribir Royal delante, fumó y se bebió una coca cola en el vaso que, apenas unos minutos antes, contenía nuestros cepillos de dientes. Habían desaparecido las nueces; había perdido la afición tras el incidente con Carol y nunca la recuperó. Yo me quedé en la cama, disfrutando un rato de la novedad y mirándolo, pero al final me aburrí y le dije que tenía que salir.

Fui al piso de mis padres por primera vez desde que saliera del Smith. Estaba asustada, pero decidí que era más fuerte que ellos. Tenía a Joe de mi lado. Tal como suponía, se habían quedado atónitos cuando los del Smith les dijeron que abandonaba la carrera; cuando me localizaron, recibí en el hotel una carta iracunda mecanografiada en un papel con el membrete de mi padre. La carta me llamaba «decepcionante» y estaba firmada por «tu padre y tu madre», sin ninguna mención, sin una alusión siquiera, a su amor. Por eso era tan extraño que en ese momento decidiera ir a verlos. Pero el Waverly Arms era muy deprimente y Joe, en su nuevo papel de novelista decidido, se encerraba en sí mismo como un feto. Laura Sonnengard y mis demás amigas estaban en la universidad; en aquel mismo momento estarían estudiando, besuqueándose con sus novios, vistiéndose con sus suéteres impecables y sus zapatos finos. Necesitaba alejarme un rato de la mugre de la habitación y de la presencia, pesada y silenciosa, de Joe. Creía que necesitaba a mis padres a pesar de todo, y por eso fui a verlos.

Ray, el portero del edificio donde viven, no sabía que había caído en desgracia, porque se llevó una mano al sombrero para saludarme y me preguntó qué tal me sentaba la enseñanza mixta, y Gus, el ascensorista, mantuvo accionada la palanca de bronce mientras subíamos lentamente y me habló de su hijo, que estaba en el Instituto Técnico de Nueva Jersey estudiando sistemas de refrigeración. Luego me encontré en el recibidor del piso en que crecí, con el paragüero y aquella silla de mimbre jamás bendecida por el peso de un trasero humano. Entré y me

quedé en el recibidor, llamando con voz vacilante:

–¿Hola? ¿Hola?

Apareció mi madre, con una bata de satén de color aguamarina, y al ver que era yo rompió a llorar; el estallido fue tan sorprendente y desatado que me entraron ganas de salir corriendo. No podía consolarla; ¿qué iba a decirle? De modo que nos sentamos en el pálido salón con sus sofás blancos y sus pasteles de las calles de Nueva York bajo la lluvia y la miré llorar un rato. Al fin se sonó la nariz con un pañuelo y luego me miró con dureza.

–Tu padre se ha ido a jugar a golf con los Dorling. Ya sabemos que esto no es el fin del mundo –me dijo.

–Bien –contesté.

–Pero cuando los de la universidad nos dijeron que ese hombre es judío...

–¿Os dijeron eso?

–Sí –dijo mi madre–. Se lo preguntamos. Es judío, está casado y, de alguna manera, te ha convencido de que esto es amor. –Entonces se levantó, abandonó su sofá y se vino al mío; todos eran largos y elegantes, como trasatlánticos individuales–. Créeme, Joan, yo sé lo que se siente, son muy persuasivos –siguió hablando–. Una vez vino un hombre, un tal Milton Fish; vino a hablar con tu padre para que invirtiera en su empresa. Algo de fábricas textiles. Nunca olvidaré la ropa que llevaba, un traje de rayas. Al final de la tarde tu pobre padre le comía prácticamente en la mano al señor Milton Fish, ya casi le estaba firmando un talón gigantesco que habría arruinado para siempre a la familia. Tu padre solo reaccionó cuando le hice entrar en la habitación y le solté un sermón. Le expliqué que aquel hombre lo estaba hechizando. Y es lo mismo que te pasa a ti con tu profesor. El poder de persuasión. Hablan muy bien, están muy orgullosos de la historia de su «cultura», como les gusta llamarla, y saben cómo usar palabras de muchas sílabas, y son oscuros y misteriosos y así te sientes como si hubieras entrado en una cueva de gitanos, lo cual debe de ser muy emocionante porque tú estás acostumbrada a los chiquillos de la universidad, como Alec Meers, o el hijo de los Bexley, ¿verdad que sí?

Hablaba con tal rapidez y energía que empecé a pestañear como si estuviera bajo un foco.

–¿Tengo razón? –decía mi madre–. Porque has estado con otros chicos, ¿no,

Joan? O sea, has estado con otros en un sentido carnal, como hombre y mujer. Porque si es así, probablemente estás escogiendo a tu profesor por sus habilidades en ese aspecto. No les da miedo el sexo, a ellos sí que no. Quieren hacerlo a todas horas, incluso cuando la mujer está en esos días, y luego...

—Mamá, ¿te has vuelto completamente loca? —salté—. He venido porque me sentía sola y Joe estaba trabajando —le dije—. Es judío, sí, y qué pasa si quiere sexo a todas horas; yo también lo quiero. —Por toda respuesta, pestañeó varias veces—. Pero es un escritor con talento, ¿vale? Un buen escritor, y algún día será famoso y entonces, ¿verdad que te sentirás ridícula?

—Ni un ápice —contestó mi madre.

Tenía las mandíbulas tan apretadas como los rizos de la melena, que se acababa de engominar; aún se le notaba aquel olor a clavel de los salones de belleza, que invocaba la imagen de los peines metálicos flotando como cadáveres en un agua azulada.

Era como si, tras haber leído el flojo relato de Joe en *Caryatid*, necesitara defender más que nunca su honor; ¿quién iba a hacerlo, si no lo hacía yo? Carol, su esposa, lo odiaba; y era probable que a Fanny también le enseñaran pronto a odiarlo. Sus inexpertos intentos de escribir ficción todavía no ofrecían nada que mereciera la pena y, sin embargo, ahí estaba yo: gritando cumplidos sobre Joe en aquel salón del color de la mayonesa de mi infancia y esperando empezar a creérmelos yo misma. Joe tenía talento, ¿no? En cualquier caso, parecía que lo tuviera; era melancólico e impredecible y se inquietaba por sensaciones que yo ni siquiera entendía, sensaciones que etiquetaba como «masculinas». Masculinas, sólidas e influyentes, las sensaciones de los hombres en guerra, o de los hombres reunidos en humeante consejo para una partida de póquer. Yo diría a todo el mundo que Joe tenía talento y luego él conseguiría estar a la altura.

—Entonces, ¿no querréis conocerlo? —le pregunté a mi madre.

—Oh, vamos, qué te crees, Joan —contestó.

Era cierto que la perspectiva de una cita con Joe y mis padres parecía horrorosa desde cualquier punto de vista. Él vería dos esqueletos agarrados a un vaso; ellos, un vendedor de abalorios que hablaba muy rápido, con un pene largo como una barra de pan judío. No, no podían conocerse.

Pero por supuesto sí se conocieron, mucho más adelante, cuando todo estaba

más calmado, o cuando todo se había complicado aún más, según cómo se mire, y el lugar de Joe en el mundo ya era indiscutible. De hecho, para entonces ya querían conocerlo, porque el único escritor famoso que conocían era Thornton Wilder, que había aceptado hablar en el club de mi padre en la década de 1940 por hacerle un favor a un amigo y había soltado una charla de ocho minutos sobre la situación del teatro en Estados Unidos para luego largarse corriendo.

Sin embargo, de momento, antes de tener éxito, Joe era todavía un violador judío y yo aún la chiquilla que le demostraba un amor imposible. Salí del piso de mis padres y bajé por Park Avenue, que ahora parecía tan vacía e insulsa como el salón de la casa. Estaba sola, lo sabía. Pero si de verdad me iba a quedar sola con Joe, entonces lo que le había dicho a mi madre tenía que cumplirse. Joe necesitaba el talento; tenía que ser brillante. Eso anularía su condición de judío, los aspectos desagradables de su divorcio, la habitación asquerosa que había alquilado y todos los demás defectos y decepciones que lo rodeaban.

Tal vez fuera un escritor talentoso de verdad. A lo mejor yo no lograba apreciarlo porque era yo quien carecía del talento suficiente. Pero él me había dicho que lo tenía; en parte me había llevado con él a Nueva York por eso. No se trataba solo de acostarse conmigo; eso podría haberlo hecho con otras muchas chicas, encantadas de sonreír como tontas y abrirse de piernas. Debía tener talento a la fuerza; en algún momento su talento nos pisaría los talones, satisfaría a Joe de una vez por todas y le permitiría sentirse cómodo conmigo, así como con los demás hombres. También lograría complacer a mi padre y a mi madre, por mucho que ella insistiera en que eso no cambiaría ni un ápice. «Ápice, qué extraña palabra», pensé mientras caminaba hasta Lexington y me montaba en el metro de la línea 6 para llegar a mi hogar en la parte baja de la ciudad. Nadie decía nunca «dos ápices». Siempre era uno. Parecía que el lenguaje fuera infinito; sin embargo, al hablar y al escribir, todo el mundo nadaba por canales sorprendentemente estrechos.

Los ápices bailaban dentro de mí junto con otras cosas: las palabras de mi madre, tan vulgares y retorcidas; mis sueños grandiosos acerca del éxito que esperaba a Joe. Él sería escritor; las esperanzas que yo alimentaba con respecto a él eran como las esperanzas que los hombres alimentan por sí mismos: conquistar, aplastar y sorprender. No quería nada de eso para mí; ni siquiera se

me ocurrió que pudiera. No hacía más que pensar en Elaine Mozell, en cómo había intentado abrirse camino entre los hombres. Elaine con su bebida en la mano, con aquel pintalabios un poco corrido. Yo no quería jugar en el mismo terreno que los hombres; nunca me habría sentido cómoda, no habría podido competir. Mi mundo no era suficientemente grande, ni ancho, ni dramático, y tenía pocos temas. Era consciente de mis límites.

Cuando llegué al Waverly Arms, había ocurrido una especie de milagro. Era como si Joe hubiera intuido mi nuevo catálogo de esperanzas volcadas en él, porque cuando entré en la habitación se levantó y me saludó agitando dos pilas de papel.

–¿Qué es eso? –pregunté, aunque lo sabía de sobra.

–Las primeras veintiuna páginas de *La nuez*.

–Ya. *La nuez* –dije–. Entonces, supongo que será una novela sobre alguien que trabaja en una fábrica de nueces, ¿no? ¿Una amarga mirada al mundo de los trabajadores de los frutos secos?

Joe se rió.

–Ah, sí. Pondrá patas arriba el mundo de las empacadoras de nueces –contestó. Tironeó de mí para que me sentara en la cama y luego me levantó una mano y la dirigió lentamente hasta posarla sobre las páginas–. Tú –dijo–. A leer.

Capítulo cuarto

ASÍ QUE SE CONVIRTIÓ EN REY. Pasó muy deprisa, como suele ocurrir: estás sentado a la máquina de escribir, arrancándole papeles finos como capas de piel de cebolla, mordisqueándote los labios y murmurando: «Me odio, me odio», y al instante siguiente está el corneta del rey en la puerta desenrollando un pergamino en el que se proclama oficialmente tu ascenso.

Ah, sí, Joe ascendió directamente, sin el menor reparo, sin pensárselo dos veces, sin ninguno de esos miedos que a veces aterran a los escritores jóvenes a altas horas de la noche: ¿y si ahora todo cambia? ¿Y si cambiamos nosotros?

Joe quería que todo cambiara, y yo también. La suciedad nos aburría, igual que el régimen de huevos foo yung. Un hombre necesita tener a qué agarrarse, algo que le haga sentirse bien consigo mismo; si no, todos los fracasos que haya experimentado en su vida volverán a rastras, todos los exámenes de matemáticas, las eyaculaciones que no esperaron hasta el momento oportuno, las regañinas desganadas de su padre, un amable y deprimido vendedor de zapatos cuyo rostro apenas quedaba para el recuerdo tras el asalto del tiempo. Una novela sin vender no era más que otro fracaso.

En cambio, una novela de gran éxito era un objeto hermoso y Joe y yo dábamos saltos y nos palmeábamos la espalda y nos lanzábamos a la cama y salíamos a la calle y no hablábamos más que del libro y de él, de las críticas y del «futuro», ese pasillo nebuloso. Durante el invierno de 1958 nos mudamos de nuestra habitación del Waverly Arms a un apartamento de verdad en la calle Charles, junto a la avenida de Greenwich, con baño propio, techos altos y suelos amplios, el lugar donde debía vivir un joven escritor de éxito.

Los escritores necesitan luz. Lo dicen siempre, como si estuvieran resecos, como si fueran plantas, como si la página que están escribiendo hubiera de tener

un aspecto completamente distinto bajo la luminosidad del sur. Los escritores necesitan luz y la casa de la calle Charles estaba inundada: teníamos luz, teníamos calefacción y teníamos un goteo constante de dinero por primera vez desde que estábamos juntos. Salíamos y bebíamos y encontrábamos nuevos amigos en todas las presentaciones de libros, en las conferencias y en las cenas a que nos invitaban. Mis dudas por el abandono del Smith desaparecieron. *Nos divertíamos*. Sobre todo, nuestra calidad de vida experimentó un gran cambio gracias a lo que le daban a Joe. A veces, yo lo veía como una corona; en otras ocasiones, como una llave: una puerta de entrada al ancho mundo de los hombres de espaldas amplias. Y en ese mundo los hombres celebraban y bebían hasta altas horas, aunque de vez en cuando los llamaran para que subieran al estrado y hablaran.

Esa era la parte que más gustaba a Joe. Mientras yo lo miraba, resplandeciente de nervios, asintiendo, él se subía de un salto a cualquier estrado, agarrado al elegante libro que lo había llevado hasta allí. Durante aquellos primeros tiempos, cuando daba alguna conferencia, a menudo repetía lo que había dicho en la conferencia de la noche anterior, y llevaba anotados y planificados todos sus comentarios, incluso los chistes, los comentarios casuales supuestamente sacados de la manga y hasta el sorbo ritual de agua.

Durante aquel primer año en Nueva York, una noche Joe tenía que aparecer no sé dónde, creo que era en el Y de la calle 92, aunque no estoy segura; a estas alturas, todos aquellos grandes auditorios se han unido en mi memoria para formar una sala enorme con miles de filas de butacas. Yo llevaba un vestido de terciopelo azul –de eso sí estoy segura– e iba sin maquillar, con el pelo recogido con una goma. Era una de las primeras conferencias de Joe y yo estaba mareada de hiperestimulación; vomité en el baño de mujeres y luego me dio tanta vergüenza que tardé un buen rato en salir del cubículo. Me quedé de rodillas en el suelo, escuchando mientras dos mujeres hablaban de Joe en el lavamanos.

–*La nuez* es mi libro favorito de este año. Y me han dicho que es un conferenciante buenísimo –dijo una de ellas–. Mi amiga Elise lo escuchó la semana pasada.

–Ah, sí –dijo la otra–. Y es muy atractivo. Me lo comería como si fuera un helado.

–Pues no puedes. Está ocupado –contestó la primera.

–¿Y qué? –dijo la segunda, y se echaron a reír las dos.

En ese momento me obligué a salir del cubículo, abriendo la puerta basculante de par en par como si fuera una pistolera del Oeste a punto de entrar en el *saloon*. Sin embargo, aquellas mujeres no me prestaron atención. Yo no representaba ninguna amenaza, con mi abrigo claro de paño y mi belleza anémica. Tenía el aspecto de las mujeres que ya han dado con el hombre que querían; aquellas dos todavía buscaban ociosamente, y disfrutaban de la búsqueda.

Una de ellas era morena, con una mata espesa de pelo negro y piel olivada. La otra era de piel clara, llena de pecas, con unos pechos de un volumen improbable. Podía imaginar sus pezones como dos morritos gemelos y claros, lamiendo el rostro delicado de Joe.

¿A cuál escogería? Parecía importante que yo fuera capaz de decidirlo, que supiera qué preferiría él, para poder impedirlo en el futuro, para distraerlo, para alejarlo de la que representara su ideal.

Como una tonta, me dirigí a aquellas dos mujeres:

–¿Sabéis una cosa? –les dije–. Me encanta que os guste la obra de Joe.

–¿Cómo? –preguntó una.

–Ay, Dios mío –dijo la otra en voz baja, entre dientes.

–Espera... ¿Joseph Castleman es tu marido? –preguntó la morena.

–Sí –contesté.

–Es maravilloso –dijo la de piel clara–. Debes de estar verdaderamente orgullosa de él.

–Sí –concedí, mientras me lavaba las manos.

El agua salía ardiendo, pero ni siquiera aparté las manos. Era como si quisiera escaldármelas delante de aquellas dos jovencitas.

–¿Está escribiendo algo nuevo? –preguntó la morena.

–Sí –contesté–. Su segunda novela.

–Qué bien –dijo la clara–. Tenemos muchas ganas de escuchar su conferencia de esta noche.

Luego desaparecieron y ni siquiera se había cerrado aún del todo la puerta del baño cuando me llegaron sus murmullos y sus risas. Sabía a qué me enfrentaba.

Aquellas mujeres se le iban a echar encima como si a dos lemmings, en vez de entrarles el deseo de morir, les entrara el de amar. Dos lemmings adorables, pestañeando sin parar y tratando de bajarle los pantalones con sus garras. Yo lo sabía bien porque en cierto modo había sido como ellas, y antes de mí sin duda hubo otras. Simplemente, di por hecho –sin ninguna clase de evidencia– que a esas alturas Joe ya habría aprendido a rechazar a las otras lemmings, a retirar amablemente sus garras de la camisa, y que seguiría rechazándolas a medida que pasara el tiempo porque ahora me tenía a mí y yo era diferente.

En el escenario, Joe leyó el primer capítulo de *La nuez*, en el que Michael Denbold, un profesor de literatura de una pequeña universidad de mujeres de Connecticut, conoce a Susan Lowe, su alumna más prometedora; así empieza una intensa relación sexual con ella, que termina con el abandono de su esposa, Deirdre, una ceramista desquiciada, y su hijo recién nacido. Tenía la novela abierta de par en par en la superficie inclinada del atril y bebió un vaso de agua tras otro durante toda la tarde porque la novedad de leer en público lo excitaba tanto que se le secaba la boca y el discurso se le llenaba de chasquidos secos de lengua y necesitaba beber y beber como una cabritilla.

El público lo devoraba, tal como habían admitido desear aquellas chicas. Los hombres jóvenes querían ser como él y se iban a casa con nuevos ímpetus para trabajar en sus propias novelas; y las mujeres, en su mayor parte, deseaban quedarse con algo suyo, la manga de la camisa, la yema de un dedo, el espeso plumaje de sus cejas, algo que pudieran conservar para siempre. Lo admiraban, deseaban que se inclinara sobre la maquina de escribir en sus apartamentos, que se fumara un cigarrillo en sus camas, que se tumbara encima de ellas cómoda y casualmente, como lo hacía encima de mí.

Yo estaba sentada en la primera fila, sosteniendo el maletín en que Joe había llevado su libro y sus notas, escuchando con orgullo sus palabras, encogiéndome levemente cuando leía alguna frase que no me encantaba y removiéndome a gusto en el asiento cuando leía alguna que sí me gustaba. «Este maletín es suyo», hubiera querido anunciar a quienes me rodeaban, sobre todo a las jovencitas del baño, a las que habría añadido: «Que os jodan a las dos, con vuestras cinturitas de avispa y vuestros pestañeos». Cuando lo presentaron, Joe saltó hacia delante y recorrió los tres pasos que lo separaban del estrado, tan ansioso y apresurado

como el día de aquella primera clase en el Smith, pero ahora con una nueva efervescencia que no habría resultado apropiada si no acabara de alcanzar la fama.

Luego, en la recepción, vi cómo lo flanqueaban la rubia y la morena, vi cómo los ojos de Joe iban de un lado a otro, vi cómo su mano acunaba la copa y su espalda se estiraba y se arqueaba levemente. Hal Wellman, mi jefe y ahora editor de Joe, que estaba a mi lado y me estudiaba mientras yo miraba a Joe, me dijo con voz amable:

–No te preocupes por eso.

Me volví hacia él.

–¿No?

–No –insistió Hal. Estaba cansado. Aquel grandullón encorvado y rudo tenía que irse pronto a Grand Central a coger el tren–. Mira, está lleno de sí mismo. Cualquiera lo estaría.

Nos quedamos juntos mirando a Joe y a las mujeres, vimos que la rubia sacaba un ejemplar de *La nuez* y le pedía que se lo firmara. La morena le ofreció un bolígrafo y entonces Joe dijo algo aparentemente tan gracioso que la morena abrió la boca y soltó algo parecido a un aullido, mientras la rubia se llevaba las manos a la cara.

–De todas formas –le dije a Hal–, no es una visión agradable.

–No –concedió–. No lo es. Sabes qué, ¿Joan? Vamos a buscar una buena copa de vino para ti.

Durante el resto de la recepción Hal permaneció a mi lado. Bebimos juntos mientras mirábamos a Joe, hicimos algún comentario levemente irónico y al fin Hal consultó el reloj y anunció que tenía que coger el tren.

Durante las siguientes décadas Joe se fue tras él a tres editoriales distintas, hasta que Hal murió de una hemorragia cerebral en su despacho, reclinando la cabeza sobre un montón de manuscritos sin leer. Pero durante muchos años, siempre que lo necesité, Hal estuvo a mi lado en aquellos cócteles, protegiéndome de alguna vaga amenaza que siempre flotaba en la sala.

Aquella primera noche en el Y, después de la conferencia, de la recepción y de la cena posterior en un restaurante francés del barrio, Joe y yo nos fuimos a nuestro piso del Village un poco chiflados y mareados. Nos olía el aliento a ajo y

llevábamos dentro una dosis de vino suficiente para un escabeche, tanto que nos resonaba en las entrañas cada vez que nos movíamos, así que caímos en la cama juntos, pero sin tocarnos.

–¿Sabes una cosa? –dijo–. Soy famoso.

–Eso sí.

–No me siento famoso –siguió–. Siento que soy el mismo. En realidad, no es distinto que dar clases a un grupito de niñas tontas. Cuando entras en la sala, todo el mundo te mira. Y qué.

–Yo no era una niña tonta.

–No, claro que no lo eras –dijo, y noté la indulgencia en su voz.

Estaba tumbado boca arriba, lleno de comida, borracho, tomándole el pulso a la fama, escuchando su animoso galope. Pensé en las dos mujeres de la conferencia, en la oscuridad de una y la claridad de la otra, en el interés que habían mostrado por él y en el interés que él les había devuelto.

–¿Qué pasa? –me preguntó.

–Nada –dije.

Era la misma respuesta que iba a seguir dándole con el paso de los años, salvo alguna excepción notoria y ocasional, en la que lloraba y lo acusaba de traicionarme. En general, «nada» se convirtió en mi mantra. No pasaba nada, nada de nada. O, al menos, si algo pasaba, me lo había ganado. Me lo había ganado a él, con todos sus problemas. Lo había exigido y ahí estaba; era mío. Su divorcio había llegado cuando *La nuez* todavía estaba en pruebas de imprenta, y nos habíamos casado poco después de la publicación.

Aquel otoño, cuando la revista *Life* publicó un reportaje sobre la excelente nueva cosecha de escritores, favorecieron a Joe con una página entera. Entre las fotos de Jrushchov, Ike y Mamie, entre los niños del sur rural que recogían melocotones y las parejas adolescentes unidas por la manía de algún baile nuevo y efímero, había una foto de Joe caminando por la calle con un cigarrillo en la mano, el rostro apretado en una expresión que sugería algún pensamiento profundo. También salía Joe en la White Horse Tavern, hablando con algún otro escritor al que solo se veía de espaldas.

Había escrito *La nuez* con esa clase de fiebre espumeante propia de las primeras novelas, que nunca se repite, por mucho que un escritor se esfuerce en recrear la

fórmula, el repiqueteo insomne, el efluvio de palabras. Cuando al fin se terminó la novela lo celebramos en el Grand Ticino y al día siguiente yo recogí las páginas con una goma gruesa y me las llevé al trabajo en Bower & Leeds, donde, murmurando y sonrojada, solté el manuscrito sobre el escritorio de Hal Wellman y le dije que tenía que echarle un vistazo, pero no añadí nada más.

Aquella noche vi que Hal se llevaba el manuscrito a casa. Me lo imaginé encajado bajo el brazo mientras él montaba en el tren de Rye, vi a Hal soltar la goma y recostarse en el asiento para leer. Luego, más tarde, lo vi en la sala de su casa Tudor, anclado en un sillón con una copa en la mano. Él veía a sus hijos echársele encima e intentar que se tumbara en el suelo para montarse sobre él, pero se resistía. La atracción de *La nuez* era demasiado fuerte; el canto de sirenas de un escritor por descubrir. Alguien virgen.

Los escritores vírgenes tienen un lustre, una capa de algo que se te queda en las manos cuando los tocas, como el polvo del ala de una mariposa. Un escritor virgen tiene todavía la posibilidad de sorprenderte, de golpearte en la cabeza con su brillantez brutal. Puede convertirse en lo que tú quieras que sea. Y Joe era un buen ejemplar, con un libro claro, de líneas limpias, tras el que había mucho atrevimiento y mucho pensamiento. Además era guapo y tenía aspecto castigado, con aquellos ojos que parecían siempre cansados; a veces los periodistas lo comentaban y le hablaban del insomnio. Cansado, triste y sabio. Sabio: siempre he odiado esa palabra; tan gastada por el uso, como si la gente débil que alcanza el éxito tuviera algún acceso secreto a las verdades más profundas.

Al parecer, Hal Wellman pensó que eso era cierto en el caso de Joe. Hal leyó el manuscrito de *La nuez* aquella primera noche en su casa y dijo que tenía que seguir leyendo, que no podía abandonarlo, que no podía parar simplemente porque era demasiado fascinante. Al parecer, se había echado a reír con unas carcajadas tan violentas que la señora Wellman había acudido desde la cocina temerosa de que su marido se estuviera asfixiando.

Así que Hal, sin saber que el autor era el hombre que vivía conmigo, ofreció 2.500 dólares por quedarse con el libro. Confesé de dónde había salido el manuscrito, pero a Hal no le importó; publicó la novela el otoño siguiente. Ahora podría decir que me sorprendió que todo saliera tan bien, pero realmente no fue así. Yo sabía que la novela era buena en un sentido artístico, confesional.

Al fin y al cabo, me dedicaba a leer los manuscritos rechazados; llevaba tiempo leyendo *Guíame, coraje* y *El secreto de la señora Dingle*, pero también leía los libros que se publicaban en Bower & Leeds y, aunque algunos eran fantásticos —«poderoso y fascinante», solíamos escribir de pura rutina las ayudantes en las solapas—, muchos eran aburridos y estaban destinados a la papelera del olvido. Había historias sobre la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, y había amables meditaciones de mujeres sobre la naturaleza del amor. Había libros infantiles con sus relajantes versos de cuna y lustrosos libros de fotografías de Marruecos y de otros lugares exóticos, destinados a ocupar su lugar en alguna mesita de café, junto a un cuenco lleno de pastillas de menta. Pero *La nuez* era diferente.

Pronto estuvo impreso el libro, tras una leve corrección de Hal, y luego Joe se hizo famoso y se encontró subido a los estrados y bebiendo vasos de agua tras distintos atriles. Yo obtuve un ascenso en el trabajo y la promesa de que algún día me convertiría en editora, pero a pesar de esa promesa Joe empezó a insistirme en que dimitiera.

—Déjalo —me dijo tras la cuarta reimpresión del libro—. ¿Para qué quieres seguir ahí? Ganas muy poco dinero y no te da ningún prestigio.

Por encima de todo, yo no quería seguir en una oficina donde los hombres eran reyes y las mujeres eran geishas (salvo por una editora muy poderosa que se llamaba Edith Tansley, que parecía un halcón y aterrorizaba a todos, hombres y mujeres). Los hombres solían reunirse en el despacho del editor; yo oía sus risas y notaba el campo magnético del placer que les procuraba estar juntos en un espacio cerrado. Ahora eran más amables conmigo; tenían que serlo, pues yo había descubierto *La nuez*. Se me concedía una clase de respeto que nunca había obtenido ninguna ayudante, aunque todavía envuelto en una especie de regodeo que yo no entendía.

—Buenos días, Joan —decía Bob Lovejoy—. Cuéntame, ¿qué hace el prodigio?

—Joe está bien.

—Dale recuerdos. Dile que estamos todos esperando el próximo libro.

Al final me despedí; aunque algunas de las demás ayudantes me montaron una fiesta y dijeron que me echarían de menos, para mí supuso un alivio salir de allí. Ahora estaría más cerca de casa, más cerca de él, podría compartir la alegría,

nuestra emoción ilimitada y nuestro amor. Carol nunca había formado parte de nada que fuera importante para Joe; él se había quejado de que ni siquiera leyera lo que escribía, e insistía en que la ficción no era «su calle favorita».

—En realidad, no tenía una calle favorita —solía decir Joe—. Creo que más bien era la calle de una pista de bolos. Gracias a Dios, tú eres distinta.

Yo era la esposa. Al principio me gustó ese papel, valoré el poder que otorgaba, un poder que, por alguna razón, mucha gente es incapaz de ver; pero está ahí. Una pista: si quieren tener acceso a alguien importante, una de las mejores maneras es congraciarse con la esposa. Por la noche, en la cama, antes de dormir, la mujer puede hablar bien de alguien a su marido, como quien no quiere la cosa. Pronto, lo invitarán a visitar la casa del hombre importante. Tal vez lo ignore y permanezca en un rincón con su pandilla de admiradores, contando historias con esa voz tan segura, pero al menos habrá estado allí, en la misma habitación, tras haber superado una cinta invisible de terciopelo.

A Joe le gustaba alardear a menudo ante los demás de que yo era el sistema nervioso central de nuestro matrimonio.

—Sin Joan —solía decir con grandilocuencia cuando salíamos con algún grupo de amigos y todos bebían mucho— yo no sería nada. Una gambita encogida en un cóctel de gambas.

—Bah, por favor —decía yo—. Está loco; que nadie le haga caso.

—No, no, esta chica me mantiene en forma —insistía él—. Ella mantiene el mundo a raya. Es mi disciplina, mi látigo de nueve colas, mi mejor mitad. Creo que la gente no concede a sus mujeres ni la mitad del valor que tienen en realidad.

Lo que se insinuaba era que él sí lo apreciaba, y es cierto que en esa época parecía cierto. Al fin y al cabo, era el único escritor que yo conociera que pasaba tanto tiempo con su mujer. Los demás escritores que conocía Joe —el círculo de hombres seguros de sí mismos que lo buscaban y lo atraían, al igual que hacían con cualquier otro nuevo ejemplar de escritor— siempre estaban quitándose de encima a sus mujeres.

Lev Bresner, que al principio era un joven inmigrante angustiado y hablaba un inglés todavía inseguro, aunque sus historias sobre la vida en los campos de exterminio empezaban a aparecer con frecuencia en las revistas, se había traído

de Europa a su joven esposa, una mujer pequeñita que se llamaba Tosha y llevaba el pelo oscuro recogido en un moño. Era sexy con un estilo desnutrido; daba la sensación de que, si te la llevabas a la cama, primero tenías que darle una comida caliente.

Tosha solo aparecía con Lev en público de vez en cuando, apenas cuando la ocasión requería la presencia de las esposas para acompañar a sus maridos. Los Bresner acudían a las cenas y a los cócteles. Sin embargo, ella nunca iba a sus conferencias, lo cual liberaba a Lev para irse luego a un bar a beber y discutir con los demás hombres.

De haber estado allí, Tosha se habría pasado la vida tirándole de la manga y diciendo: «Lev, Lev. ¿Podemos irnos ya?».

¿Por qué ocurre con tanta frecuencia que las mujeres quieran irse y los hombres quieran quedarse? Si te vas, te puedes conservar mejor. Pero si te quedas, estás diciendo esencialmente: soy inmortal, no necesito dormir, ni descansar, ni comer, ni respirar. Me puedo pasar toda la noche en este barcito con esta gente, hablando sin parar y tragándome tantas cervezas que me arde el estómago y mi aliento se convierte en un estallido caliente e insoportable y nunca tengo que imaginar que este rato maravilloso e impresionante se vaya a terminar en algún momento.

Joe me quería a su lado. Necesitaba que estuviera con él antes de una conferencia, y durante la misma, y cuando terminaba. Mucho más adelante, en un artículo sobre Joe, el crítico Nathaniel Bone escribió:

A menudo, durante la fértil primera etapa de la carrera de Castleman, su segunda mujer, Joan, estaba con él.

«Era una persona extremadamente reservada –recuerda Lev Bresner–. Su reticencia tenía un cierto misterio, pero su presencia representaba por sí misma un estímulo. Él era nervioso y ella muy, muy relajante.»

Otro escritor, que permanece anónimo, señala que Castleman nunca quería estar lejos de su mujer, salvo «cuando salía de caza».

Al leer esto ahora, aún se me ponen los pelos de punta ante la imagen del joven Joe de caza, agazapado en los rincones y acechando a las mujeres, incluso sin tener siquiera que cazar, dejando simplemente que ellas se acercaran, aunque

todo eso sea cierto y aunque siempre supe que formaba parte del trato, ya desde el principio, en su despacho en el Smith, cuando sus rodillas chocaron con las mías.

Fue sorprendente pero su divorcio no había sido complicado; como Joe tenía poco que darle a Carol –casi nada de dinero y ninguna propiedad, pues la casa de Bancroft Road se la alquilaban a la universidad–, ella no encontró nada importante para fastidiarlo. Por pura crueldad podría haber intentado obligarlo a mantenerla a ella y a Fanny a todo tren, pero no era su estilo. Lo que sí hizo fue mantenerlo totalmente al margen. Su familia de Sausalito, California, tenía dinero; ellos se ocuparían de la abandonada Carol y de su niña. No aceptó dinero de Joe; solo se quedó a su hija. Y Joe, a pesar de lo mucho que amaba a la niña, a pesar de sus suspiros y monólogos sobre la paternidad y sobre aquel punto blando del cráneo de su hija, la dejó ir.

Al principio plantó cara. Quería un plan de visitas y lo quería por escrito; quería ser un padre. Era obvio que su desgracia era fuente de placer para Carol; ella lo llamaba a nuestro teléfono de Nueva York y lo provocaba, le contaba lo mucho que cambiaba Fanny cada día, que era como uno de esos documentales científicos que les enseñan a los niños en el colegio, en los que el desarrollo de una flor aparece milagrosamente acelerado, le contaba que empezaba a parecerse a él, que era precoz, que era asombrosa y que ella misma, Carol, pensaba enseñar a la niña a olvidar al padre que había contribuido a su creación.

–No seas tan cabrona con eso, Carol –oí que le decía–. Le vas a joder la vida a la niña.

Estoy segura de que Carol respondió:

–No, Joe, eso ya lo hiciste tú.

Así que dejó de pelear con ella. Dio un paso atrás, renunció a los últimos trazos del matrimonio fracasado. Como se habían llevado a Fanny a Sausalito, de todos modos era difícil verla, aunque algunos años más tarde fue de visita durante un viaje para promocionar un libro. En otra ocasión llenamos una caja de juguetes y la enviamos a California, pero nunca supimos nada. Durante un tiempo, Joe envió cartas y, aunque Carol contestó lacónicamente algunas, la mayoría fueron ignoradas y él terminó por perder el interés. Sus suspiros por Fanny se volvieron menos frecuentes. La niña se convirtió en un fantasma, se sumó a los muertos de

Joe en aquella galería de almas lejanas y lloradas; la madre gorda y posesiva, el padre melancólico.

Hasta donde él podía ver, su primer matrimonio se había colapsado sobre todo por culpa de Carol. Su sentido de la culpa pertenecía a una variedad muy suave. Carol había dejado de mantener relaciones sexuales con él después de nacer Fanny, incluso meses después, cuando ya se habían curado los puntos de la episiotomía y ya no había razones médicas para excusar su rechazo permanente.

–Me da miedo que me rajés por dentro –le confesó una vez en la cama.

–Eso es un delirio –contestó él.

Sin embargo, antes incluso de entrar en ella –cuando aún estaba posicionándose encima de ella, mientras los dos soportaban la silenciosa disposición de las partes de los cuerpos y sus testículos le rozaban la piel–, ella lo había apartado de un empujón y se había echado a llorar.

–Es imposible que te haya hecho daño –dijo él–. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hacerlo. ¿Qué te pasa?

Pero Carol no podía hacer más que llorar y luego, probablemente con gran alivio por parte de la madre, la criatura se sumó al coro y anuló la posibilidad del sexo por la noche. «Uf», pensó Carol. «Joder», pensó Joe, y se quedó despierto cociéndose, preguntándose qué era lo que ya no la atraía y por qué las mujeres hacían esas cosas, cambiaban los términos de la relación y alimentaban aversiones inexplicables. Esa era su reacción: una aversión. No quería tocarlo por ningún lado y no quería que él la envolviera, que la marinara con su olor, que estableciera una topografía de raspaduras con la barba en sus mejillas, que la obligara a abandonar la protección de la postura acuclillada en que había permanecido desde el nacimiento de Fanny.

Él no quería dejarlo estar, permitirle la retirada, sumarse simplemente a la pantomima del típico matrimonio académico:

–Por el amor de Dios, Carol –le decía–. No te va a pasar nada.

Sin embargo, ella seguía rechazándolo, le decía que aún no estaba lista para que la tocara, que ya tenía otras muchas necesidades humanas que afrontar porque debía alimentar a la niña cada pocas horas. Y cuando al final él insistía ella aullaba de dolor como si la estuviera pinchando con una horca y Joe se sentía como un violador, como un asesino. Así que después de aquella noche no volvió

a intentarlo y a medida que pasó el tiempo se alejó de ella y se acercó a mí y yo no lo rechacé; yo no tenía ningún punto que pudiera soltarse, ningún miedo, ninguna duda.

Nos casamos en el Ayuntamiento. Solo habíamos invitado a Laura, mi amiga de la universidad, y a Mary Croy, otra ayudante de Bower & Leeds, a Lev Bresner, amigo reciente de Joe, y al poeta Harry Jacklin. Carol ya no estaba en sus pensamientos y, si mis sospechas eran ciertas, tampoco su hija. Ahora quería tener otra hija, una criatura paralela a la que enseñar a amar y apreciar.

Me advirtió de que el embarazo sería fatal al principio. Sin embargo, se equivocaba. No fue fatal; solo una hinchazón y un desequilibrio atemperados por la fantasía: ¿quién sería aquella criatura? ¿Niño o niña? ¿Un científico espacial? Me desplazé con esfuerzo y me metí en la sala de Maternidad del ya extinto Hospital Flower de la Quinta Avenida, donde había escogido eso que llamaban «parto natural» en vez del mucho más atractivo sueño crepuscular. «Jódase, doctor Lamaze», pensaba mientras jadeaba, imaginándome a un tranquilo y esbelto francés con traje hecho a medida y fumando Gauloises sin parar. Joe estaba en la cafetería, comiendo y leyendo. Cuando lo llevaron a ver a Susannah por primera vez, recuerdo que tenía una manchita de ketchup en la barbilla y llevaba el *Times* enrollado bajo el brazo.

Pero a la niña la amó profundamente: amó a todos nuestros hijos tal como yo sabía que en su momento había amado a Fanny. Ignoré la rapidez con que se quemó su amor por aquella primogénita; fingí que se trataba de una aberración. Mientras Susannah fue un bebé, la instalábamos en nuestra cama y juntos le cantábamos largas canciones de amor, turnándonos en cada verso, haciéndonos reír con rimas que nos parecían ingeniosas. Era como si quisiéramos asegurarnos de que la niña no se interpondría entre nosotros, de que nunca arruinaría el matrimonio, ni el sexo ni la ternura.

A Joe le gustaba coger a los niños por los tobillos y ponerlos bocabajo, o montárselos sobre los hombros y pasearlos por la calle mientras ellos se agarraban a sus cabellos. A mí me asustaba el descuido y la soltura con que parecía tratarlos; me daba miedo que pudieran caerse y morir, que se partieran al cabeza contra la acera. Él quería llevarlos sobre los hombros; yo, junto a mi pecho.

Cuando les daba de mamar, me sentía como si no tuviera otra cosa que hacer

en el mundo. En esos momentos no me importaba no tener una carrera propia, un lugar en el mundo. Era una madre lactante y eso era todo lo que quería ser. Al principio a Joe le encantaba verlo, se excitaba y se emocionaba también, pero al pasar los meses empezó a hacer comentarios del tipo: «Espero que no pretendas seguir haciéndolo siempre». O también: «Tal vez me equivoque, pero me parece que el doctor Spock dice que no es mala idea dejar de darles de mamar antes de la enseñanza secundaria. Interfiere con sus estudios». Así que al fin lo dejé, aunque por mí habría seguido un tiempo más.

Luego, cuando los bebés empezaban a gatear, Joe empezó a aliviar su ansiedad. Ahora las noches estaban para dormir. También sentía que podía empezar a influenciarlos. A veces conseguía que Susannah hiciera algún truco en una fiesta cuando venían los amigos por la noche.

–Bueno, Susie –decía cuando entraba en la sala la niña, con sus dos añitos. La sala estaba llena de humo, de escritores y de esposas de escritores–. Ve y tráeme el libro más sobrevalorado de la estantería.

Y ella desfilaba obediente y cogía *Los desnudos y los muertos* y todo el mundo se carcajeaba.

Pero no era suficiente.

–¿Y por qué es este el libro más sobrevalorado de la estantería, Susie?

–Porque está lleno de pretensiones –contestaba la niña, y alguien se echaba a reír de nuevo, aunque por supuesto aún no había terminado el espectáculo.

–Ajá, Susie Q, ¿así que el señor Mailer está lleno de pretensiones? –decía Joe–. ¿Por qué no me enseñas un libro que te parezca absolutamente brillante?

Y ella volvía a la estantería y buscaba aquel lomo de color rojo brillante que le resultaba familiar, buscaba y buscaba hasta que le saltaba a los ojos y entonces tiraba de él con fuerza, con sus manos pequeñas y regordetas, y lo desencajaba del estante saturado de libros. Se daba la vuelta para encararse a los demás, mostraba el ejemplar de *La nuez* y se sonrojaba por las carcajadas crecientes. Sabía que estaba haciendo algo simpático y que eso le ayudaba a obtener el amor de su padre, aunque no sabía exactamente de qué se trataba.

A mí me entraban ganas de protegerla de él, de cruzar corriendo la sala y cogerla en mis brazos y decirle a Joe que no la usara de aquel modo, que eso solo podía procurar su desgracia. Pero habría parecido que estaba loca, como una

madre demasiado apegada, como si deseara destrocar el delicado amor entre padre e hija. Así que me limitaba a sonreír y asentía desde el otro lado de la sala. Joe le daba un beso a Susannah en la piel de la cabeza, sedosa, limpia como una fruta, y la eximía de nuevas responsabilidades.

—¿Dónde diablos están los buenos padres? —se quejó una vez Susannah en plena adolescencia—. Los padres de la tele, los que van a trabajar y luego vuelven a casa y están a tu disposición. ¿Me entiendes?

En aquel momento estábamos sentadas, trenzando cordones juntas, cosa que hacíamos con frecuencia en esa época. Era al mismo tiempo tedioso y relajante, aquellas cintas largas y resbalosas que se retorcían para unirse, formando brazaletes que ella podía regalar a sus amigas, o a su hermana y su hermano, o incluso a Joe y a mí. Él se ponía la pulserita unas pocas horas con una sonrisita de orgullo y le brillaban los colores entre el vello de las muñecas, pero incluso a esa edad ella entendía la ironía del asunto, el hecho de que a Joe le fascinara que lo vieran con la pulsera. A veces parecía que ser padre le gustara más que ser el padre concreto de aquella niña en concreto y de sus hermanos.

—No sé, cariño —le contesté, avergonzada por no haberle dado la clase de padre que quería.

Yo misma había visto muy pocas veces a esa clase de hombre: el padre amable que también sabía ser fuerte, ni un monstruo ni un debilucho asmático de chaquetilla desabrochada. ¿Dónde estaban los buenos padres de aquella generación? Existían, claro, pero la mayoría estaban en otra parte, tomándose una copa, fumándose un cigarrillo, jugando al billar o escuchando jazz. Eran inquietos, dominaban el mundo y probablemente estaban paseando por él, echando un vistazo.

Contratamos a una niñera que se llamaba Melinda para que nos ayudara mientras los niños fueran pequeños y estuviéramos tan ocupados, una chica joven que tomaba clases en la Academia Americana de Arte Dramático y que se comportaba con un cierto aire de sorpresa y de aplomo, como si la vida fuera un paseo por Sunset Boulevard y en cualquier momento alguien fuera a descubrirla y convertirla en una estrella.

A Joe le atraía Melinda y yo tardé un poco en enterarme, de algún modo conseguí no darme cuenta del alcance de su atracción. Pero unas pocas semanas

después de que apareciera por casa, él estaba haciéndole sin duda el amor en el desván, donde sabía que yo odiaba subir por el problema de los ratones. Los ratones dejaban sus duros excrementos en el suelo como si fueran tarjetas de visita, y sin embargo la vieja cama del desván, cubierta de sábanas y colchas, quedaba libre de excrementos, o al menos a él y a Melinda no parecía molestarles la idea de que las ratas corretearan y cagaran por todas partes, tan absortos como estaban cada uno en el otro.

Sin embargo, tardé un poco en darme cuenta de todo eso; sobre todo porque, cuando Melinda estaba en casa, se escribían las novelas. Aunque todo era caótico, la vida parecía entrar en equilibrio. Los críos gritaban mucho y eran desordenados y cada uno tenía su obsesión. Una de las niñas se me colgaba de la pierna, la otra arrastraba una bolsa de harina y me pedía que hiciéramos papel maché. Susannah estaba con sus brazaletes y Alice con una pelota de voleibol y David en la habitación oscura con una batería y dos fragmentos de cable de cobre. Yo quería estar tanto como pudiera con ellos, pero nunca me alcanzaba el tiempo.

De vez en cuando, Joe se volvía hacia mí y decía:

–Ven.

–¿Adónde quieres que vaya?

–De caza.

Eso significaba que quería encontrar ideas nuevas para una novela y necesitaba que estuviera con él. Así que besaba a los niños y, reticente, me despedía de ellos.

–¿Te tienes que ir? –lloriqueaban–. ¿De verdad te tienes que ir?

–Sí, nos tenemos que ir –exclamaba Joe. Y luego me agarraba y nos adentrábamos en la noche del Village, como si las ideas pudieran estar incrustadas en la acera, igual que la mica–. No les pasará nada –decía, y agitaba una mano vagamente en dirección a la casa.

–Ya lo sé –contestaba yo–. A pesar de todo...

–«A pesar de todo» –me decía–. ¿Quieres esa frase grabada en tu lápida? Venga.

Y tenía razón; a los niños no les pasaba nada por estar sin nosotros, igual que lo estaban durante el día cuando estábamos ocupados en otras cosas. Normalmente, pasábamos por el White Horse, cosa que inevitablemente animaba a Joe porque allí siempre lo reconocían y terminaba liado en conversaciones caprichosas sobre

otros escritores y otros libros, o sobre la evolución de Vietnam. Íbamos a la zona de Folk City o a los clubes de jazz y escuchábamos a las poetisas plantadas ante el micrófono, con aquella multitud de pulseras que repiqueteaban como calderilla mientras ellas leían sus temblorosos poemas ante el público atento.

Una noche Joe me dijo que quería que en su segunda novela hubiera una escena con una prostituta.

–Las prostitutas son aburridas –le dije–. Son todas iguales. Todas tienen la misma historia terrible: el padre lascivo, el camino de perdición, la vida arruinada.

–No son aburridas si se las trata bien –dijo él.

Entonces me di cuenta de que quería ir a ver a una prostituta para investigar y necesitaba mi permiso. No iba a mantener relaciones sexuales con ella, solo quería preguntarle cosas, intentar entender qué significaba ser mujer y dedicarse a eso. Tenía que retratar a la prostituta con realismo porque en caso contrario, según explicaba Joe, esa parte de su nueva novela quedaría pastosa y morbosa.

–Puedes venir conmigo, Joan –dijo–. De hecho, me gustaría que vinieras.

Así que fui, vestida con mi abrigo de paño de color azul pastel y con mi bolsito en la mano. Subimos las escaleras de un edificio pequeño de pisos en la parte baja de la ciudad, cerca del río Hudson; la brisa traía una carga fresca de olor a basura. Un amigo de Joe, un escritor disipado al que conocía del White Horse, había pactado la visita. La prostituta se llamaba Brenda y llevaba el pelo recogido en una especie de colmena rubia, pantalones Capri y camisa de hombre. Su cara era burda y estaba cubierta de maquillaje. Se sentó en el brazo del sofá y dijo:

–¿Qué quiere saber?

Llevaba sandalias y se le veían las uñas de los pies, pintadas de un blanco lechoso.

–Bueno, ¿cómo empezaste, Brenda? –preguntó Joe, con una pretendida familiaridad.

Brenda guardó silencio mientras encendía un cigarrillo.

–Mi hermana Anita se dedicaba al negocio –contestó– y siempre tenía pasta para comprarse ropa y lo que le diera la gana. Nuestra madre nunca tenía dinero y nos cosía aquellos vestidos caseros con las mangas hinchadas, que yo no soportaba. Yo quería algo más, y Anita lo tenía. Solía venir a casa con sus

vestidos y unos zapatos llenos de cintas y yo quería ropa como esa. Me decía que hiciera lo mismo que ella, y lo hice. Al principio no me gustó. Todos aquellos tíos con pelos en la espalda, que olían a ajo y a yo qué sé..., pero al cabo de un tiempo empecé a hacer listas mentales mientras estaba tumbada. Pensaba listas de todo lo que quería hacer después, y de todo lo que me quería comprar: vestidos, zapatos, medias. Y enseguida el tío hacía ese ruidito y yo sabía que ya estaba y que me podía levantar y dedicarme a lo mío, o a lo que fuera.

–¿Y los embarazos? –pregunté de repente.

Imaginaba el esperma de aquellos hombres apestosos a ajo nadando tercamente contra la corriente. Joe asintió para demostrarme su agradecimiento cuando hice esa pregunta, porque a él no se le habría ocurrido.

–Bueno, he tenido tres accidentes –dijo Brenda–, y cada vez me las he arreglado, ya sabes. Una de las otras chicas conoce a un médico de Jersey y todas vamos allí. La primera vez sangré tanto que el doctor Tom se asustó y creyó que no iba a parar y quería que fuera a urgencias y dijera que me lo había hecho con una percha pero yo no me quise mover y gracias a Dios el derrame se paró solo.

Mientras ella hablaba, Joe garabateaba notas en su cuadernito de espiral. Era como un reportero, nunca confiaba en que un novelista pudiera recordar todo lo necesario cuando llegara el momento de pasarlo al papel, nunca se fiaba de que la gelatina del arte bastara para contener todo aquello suspendido. Así que anotaba todo lo que decía la gente, tomaba notas de las formas de vestir, de los lunares que veía en alguna mejilla, incluso de una discusión interesante que oímos una vez en un restaurante chino entre un hombre y una mujer.

Brenda terminó saliendo como Wanda, la frágil prostituta de *Horas adicionales*, la segunda novela de Joe. Después de aquella primera vez había vuelto a visitarla y yo había rechazado ir con él. Quizá sabía que esa noche quería acostarse con ella, cosa que él hubiera negado con furia. Me imaginé a Joe y aquella mujer atractiva pero raída, con la cabeza suspendida de tal modo que no se le desarmara la colmena. Las uñas de sus pies, pintadas con aquel tono blanco tan peculiar, como lacado, no debían de estirarse como suele hacer la gente al llegar al orgasmo, porque no habría orgasmo, con ningún cliente, nunca. Al embutirse en la camisa después, Joe se repetiría a sí mismo que solo estaba investigando y bajaría a toda prisa las escaleras, deslizándose ante las hamburguesas que

escupían en las cocinas de los otros pisos, ante las voces musitadas a medias; incluso si Brenda había resultado deprimente y fácil de olvidar, la experiencia le aportaría una extraña clase de energía.

Esos hombres que lo tienen todo necesitan mucho para sostenerse. A veces parece que son todo apetito, todo boca abierta y estómago rugiente. Joe se dedicaba a la caza, tal como había dicho el crítico Nathaniel Bone; yo lo sabía y también sabía que otros lo sabían y que ellos daban por hecho que yo no lo sabía. Nuestros amigos me miraban con una especie de pena, tomándome por ingenua y confiada. En realidad, saberlo y no hacer nada al respecto me concedía más poder. Además, ¿qué podía hacer? Tuvimos algunas peleas: yo lo acusaba, él negaba y luego lo dejábamos y pasábamos a otra cosa.

Siempre que me lo pedía, yo lo acompañaba. Nos reuníamos con alguien, yo hacía preguntas y él tomaba notas. Lo hicimos varias veces a lo largo de los años, no solo con Brenda, la prostituta, sino también con un pescador en un puerto y con un vendedor de aspiradoras que luego se convirtió en el personaje Mike Bick en *Yo apenas te conocía*, aquella novela que salió a mediados de la década de 1970 y no llegó a tener éxito del todo. Siempre contratábamos a alguien para que cuidara de los niños, aunque al cumplir los trece años Susannah se hizo responsable de los demás.

Tosha, la esposa de Lev Bresner, aquella mujer pequeña que llevaba un número estampado en el brazo y tenía ojos de oliva negra como un chihuahua, no entendía que yo permitiera que Joe me «incluyera», pues así lo llamaba. Decía que ella solo quería que la dejaran en paz, que la dejaran irse a otro lado con sus amigas, de compras a un almacén y luego a comer con ellas, pasar un rato sentada, rodeada de bolsas de tiendas, y reírse.

—¡Hombres! —decía—. Sin ánimo de ofender, pero... ¿cómo los aguantas, Joan? Hablan y hablan y no se callan nunca.

Era cierto: hablaban día y noche, como si por dentro se les desplegara un pergamino interminable y les saliera por la boca. ¡Qué arrogantes eran! Tan seguros de sí mismos, incluso cuando se equivocaban. ¿Por qué no podían ser así las mujeres? (Unos años después, por supuesto, cuando el feminismo adquirió tanta fuerza, las mujeres empezaron a hablar y hablar con voces más altisonantes que las de los hombres, a fumar con rabia, a reunirse en salas de estar y comparar

sus apuntes sobre las satisfacciones que procuraba el vibrador en la mano, sobre el horror de las tareas de la casa y otras muchas cosas.)

Si yo hubiese querido, podría haber sido como Joe. Habría caminado bien erguida; podría haber sido agresiva, lírica, llena de ideas, exhibicionista, un rótulo de neón. Podría haber sido su versión femenina, y eso me hubiera vuelto repelente, no adorable. O también podría haber deslumbrado a todo el mundo con mi erudición y mi carisma y mi contacto con un hombre poderoso. Pero yo no era Mary McCarthy, ni Lillian Hellman. No buscaba esa atención; me volvía asustadiza e insegura. Ver cómo el foco inclinaba su haz de luz hacia Joe suponía todo un alivio.

–¿Y qué pasa con tu escritura? –preguntaban de vez en cuando con amabilidad algunos amigos, los pocos que sabían que en otro tiempo yo había escrito algunos relatos universitarios decentes y que, de hecho, Joe y yo nos habíamos conocido en su clase.

–Ah, ya no escribo –contestaba yo.

–Joan está extremadamente ocupada –añadía Joe–, haciendo de niñera de mi ego.

Eso solía provocar unas risas y luego Joe mencionaba de paso las obras de caridad que ocupaban parte de mi tiempo. Era una organización de refugiados que se llamaba RSA y con la que me involucré a finales de los setenta. Alguien, generalmente alguna de las otras esposas, insistía y preguntaba si podía leer algo de lo que yo había escrito en la universidad y yo decía que no, que no había hecho nada que mereciera madurar, que volverlo a leer a esas alturas sería absolutamente mortificante para mí.

Las cosas que escribí en otro tiempo no tenían nada que ver con lo que escribían aquellos hombres. La prosa de los hombres se estiraba por la página, se arrellanaba ociosamente como quien se da un baño y luego se afeita y después bosteza y estira los brazos. Los novelistas construían mundos con su ficción: «falomaterialismo», «ero-tectónica». Escribían sobre sí mismos sin preocuparse siquiera de cambiar algunos detalles autobiográficos. ¿De qué habría servido? No les daba miedo tener un alter ego; no les daba miedo tener un ego. Dominaban el mundo, recuérdelo, y todo lo que este contenía.

Yo no dominaba el mundo; nadie me lo había ofrecido. No quería ser una

«mujer escritora», pintar palabras con acuarelas; por otro lado, tampoco quería ser una loca, una aguafiestas, una follonera. No quería convertirme en Elaine Mozell, aquella mujer que me había avisado hacía tanto tiempo. Ella, tan altisonante y solitaria, había desaparecido.

No se me ocurría que nadie pudiera desear a una escritora exhibicionista. ¿Qué clase de hombre podía estar con ella sin sentirse amenazado por sus excesos, su rabia, su espíritu, su capacidad? ¿Quién era ese marido fantasmagórico, inmune a la amenaza y sin embargo atractivo y fuerte por sí mismo? Tal vez existiera en algún lugar, debajo de una piedra, y saliera de vez en cuando a festejar las grandes ideas de su esposa brillante, para regresar luego a las sombras.

Sus grandes ideas, por supuesto, nos llevaron lejos. Una vez, en 1966, fui a Vietnam con él. Un grupo de escritores y periodistas iban a viajar a Saigón para un periplo informativo por la región, y Joe estaba entre los invitados. A la mayoría de los escritores los enviaba algún periódico, o alguna revista. Eso era en los tiempos en que los jefes de redacción se encogían de hombros y decían: «Claro, por qué no, escribe un texto largo; todas las páginas que necesites». A Joe nunca le había interesado mucho el tema de la guerra. Las guerras permanecían en las afueras de su ficción, tanto la de Corea como la Segunda Mundial y, luego, la de Vietnam, los hombres de sus novelas nunca iban más allá del campamento. Uno de ellos, Michael Denbold, de *La nuez*, se disparaba accidentalmente en el pie, igual que Joe. A sus personajes, las armas les daban miedo y al mismo tiempo les excitaban. Sentir su tacto pesado y terrible en las manos les provocaba odio y emoción por igual; aceleraba sus corazones y los volvía vulnerables, igual que habría de ocurrirles más adelante al sentir en sus brazos el peso de sus hijos.

Del mismo modo que Joe se había sentido incómodo por su breve participación en el ejército durante la guerra de Corea, tampoco se sentía del todo cómodo en el terreno de la guerra de ficción. Leía todo lo que podía al respecto, tanto las visiones de los halcones como las de la izquierda, y acudía a las reuniones y manifestaciones contra la guerra, donde uno terminaba cayendo al suelo a empujones y pisoteado, pero —aunque algunos de sus personajes se preocupaban abiertamente sobre las dificultades para que el país saliera del

sudeste de Asia– nunca llegaba a obsesionarse.

Como todos nuestros conocidos, hicimos cuanto pudimos para protestar contra la guerra. Firmábamos manifiestos, trabajábamos y llevábamos a los niños con nosotros a las oficinas de los diputados cuando íbamos a llamar por teléfono y mecanografiar cartas. Usábamos mimeógrafos y nos manchábamos de tinta violeta en aquel lugar que olía como un colegio, y luego íbamos a Washington en una larga y fosilizada caravana de coches. Los niños lloraban en el asiento trasero y luego los paseábamos por el Mall en carritos, mientras suplicaban pidiendo zumos, les ardía la cara del calor y Joe se sumaba a los escritores que subían al estrado para gritar con aquellos micrófonos vibrantes e inapropiados.

Sin embargo, en 1966 Vietnam todavía era algo reciente para nosotros, un asunto nuevo y terrible del que aprender, para el que nos hacía falta un curso urgente de geografía, y Joe me necesitaba a su lado, así que me fui con él. Los niños se quedaron en casa de la familia de una amiga de Alice, una familia bulliciosa que parecía una colección de animales salvajes y que se limitó a absorberlos en el hogar sin apenas darse cuenta, y Joe y yo nos fuimos en un vuelo de Air France.

–No les pasará nada –dijo Joe.

Era la típica frase de padre, basada tan solo en la intolerancia a la posibilidad del desastre. Allí estábamos, plantados en una pista de aterrizaje de Bangkok durante la escala. Yo llevaba un pañuelo en la cabeza y unas gafas de sol enormes, imagen favorita de las esposas en aquella época.

Había unas cuantas mujeres más y todas íbamos juntas, salvo una, una periodista que se había pasado al grupo de los hombres y caminaba entre ellos y hablaba con mucha animación, aunque yo no alcanzaba a oír lo que decía entre el tartamudeo de los helicópteros, los aviones de carga y los camiones que circulaban sobre la pista. Se llamaba Lee y era una escritora seria e inteligente a quien no parecía preocupar su condición minoritaria en aquel mundo de hombres.

Era como si yo conservara una caja bajo la cama y solo la sacara de vez en cuando; en esa caja se apelotonaban Mary McCarthy, Lillian Hellman y Carson McCullers y, ahora, también Lee, la periodista. Si levantaba la tapa, aparecían las cabezas, como las de aquellos payasos que saltaban por sorpresa de una caja con

muelle, y se burlaban de mí, me recordaban que ellas sí existían, que las mujeres podían convertirse de vez en cuando en escritoras importantes con carreras formidables y que tal vez, de haberlo intentado, yo lo habría logrado. En cambio, estaba con las esposas, las del pañuelo en la cabeza, todas plantadas según la costumbre, con los brazos cruzados, el bolso colgado del hombro, paseando la mirada de izquierda a derecha para vigilar a nuestros maridos.

«¡Yo no debería estar aquí! –quería gritar–. ¡No soy como las demás!» Quería estar junto a Lee, sentir algo de seguridad en medio de aquel lugar frenético y ajeno. Sin embargo, por alguna razón, los hombres y la periodista famosa estaban a un lado y todas las mujeres al otro. Las esposas y yo nos quedábamos hablando aparte, asiendo con fuerza los pañuelos para que no se los llevara el viento. Lee no llevaba nada en la cabeza; tenía el cabello negro y suelto.

Al cabo de un rato salimos hacia Saigón y aparecimos en el nebuloso centro de la ciudad, lleno de carritos que vendían relojes, cigarrillos y petardos envueltos en papeles de colores alegres que me recordaban los caramelos que se vendían en las aceras de Atlantic City. Los ciclistas pasaban con sus pasajeros solitarios por las calles destrozadas, ante los restaurantes de todas las etnias. Yo me imaginaba sus cocinas sucias, pequeñas, en la parte trasera, con las ollas al fuego y ancianas vietnamitas que removían el cucharón en una especie de caldo irreconocible y turbio. Era un mes de febrero caluroso y plagado de mosquitos y se me pegaban las medias a las piernas. Se suponía que debía recogernos un autocar en la calle, pero no había aparecido, de modo que todos los estadounidenses permanecemos juntos, acosados de inmediato por los niños que pedían dinero o que se ofrecían para conseguir a los hombres del grupo «polvos con descuento extra». Joe parecía incómodamente entretenido mientras los alejaba, pero ellos volvían y tironeaban a los hombres por las mangas de las camisas y por los pantalones.

Al día siguiente, el grupito de periodistas montó en helicópteros y sobrevoló los árboles y los campos llenos de hojarasca hacia el oeste de la ciudad. Al sentarme con Joe, Lee y su marido –Raymond, también periodista, pero más oscuro–, los cuatro con casco, auriculares y gafas de sol, tuve la sensación de que el helicóptero no era más que otra bicicleta que transportaba a los privilegiados por encima del follón. Los aviones pequeños parecían practicar acrobacias mientras caían en picado para soltar sus bombas entre el follaje y luego ascender

de nuevo, mientras Joe, Lee y Raymond tomaban notas en sus cuadernos y hablaban del Viet Cong con voces sabias, aunque en realidad todos éramos turistas, buscábamos absorber todo aquello que nos hacía falta aprender para parecer informados al regresar a Estados Unidos.

Visitamos un campo de refugiados en Cam Chau, supuestamente temporal, y había tal cantidad de suciedad que te estallaba la cabeza. Unos pocos cerdos sueltos escarbaban en busca de algo comestible entre los montones de basura y restos. Una mujer estaba pariendo en su cabaña, gritando sin cesar; el médico que la cuidaba nos pidió agua esterilizada, por favor, por favor, dijo, pero no había. La conversación se desarrollaba como en el teatro de lo absurdo:

–¡Agua! ¡Agua! ¡Agua esterilizada!

–No, no tenemos agua.

–¡Agua! ¡Agua! ¡Agua esterilizada!

–No, no tenemos agua.

Casi no había agua de ninguna clase en aquel campo de dos mil personas. En el umbral, un crío miraba tranquilo. La parturienta seguía gritando las mismas palabras una y otra vez y al final pedí a uno de los guías del grupo que me las tradujera.

–Dice que se quiere morir porque le duele tanto que se siente como si fuera una perra –me explicó–. Dice que por favor le peguen un tiro como a una perra.

Como nadie me dijo lo contrario, me acerqué y le cogí una mano. Clavó su mirada en la mía y yo sostuve la mano. Ambas apretamos mientras el bebé asomaba. «Asomar, qué estúpida palabra», pensé cuando el cráneo salió por el espacio abierto con un mechón de pelo negro pintado en la cabeza, una red visible de venas infinitesimales y luego los hombros que el médico se encargó de girar y liberar, y después la madre cogió la mano de su hijo. Había asomado, pero no era ningún rey; tendría que vivir para siempre en la madriguera de ratas de Cam Chau. Nadie encontró agua esterilizada. De todas formas, alguien trajo una pequeña bolsa de plástico con leche sin lactosa y la madre echó la cabeza hacia atrás y se la bebió. El niño, pegado a su pecho, bebió también y, aunque yo quería quedarme, quería ayudar en lo posible, los hombres dijeron que nos teníamos que ir, había llegado la hora de acudir al Centro de Prensa de la Marina, donde nos habían prometido una comida de cuatro estrellas.

El resto del viaje a Vietnam fue un carrusel de alegre propaganda; en un carguero nuclear nos aseguraron que solo atacaban los objetivos militares del norte, y nada más, pero fruncimos el ceño y no nos convenció.

–Espero que lo hayas absorbido todo –dijo Joe la última noche.

Estábamos en un comedor bebiendo martinis en vasos grandes helados cuya forma me recordaba a los sombreros invertidos de paja lacada de los conductores de los ciclotaxis.

–Lo he intentado –contesté.

Contemplé la noche de Saigón, iluminada por la luna, las hojas de palma que se cimbreaban juntas, y escuché un fonógrafo que desde algún lugar de la base emitía una desvanecida canción pop: *Ciudad sin piedad*. Todos los escritores norteamericanos se apiñaron juntos en aquella última cena y comieron y bebieron todo lo que nos ponían delante, los sangrientos filetes, las patatas de doble horneado; algunos miembros de aquel grupo ya convertían las experiencias en frases, las frases en párrafos.

–Joan y yo formamos un equipo –le decía Joe a los que compartían mesa con nosotros–. Ella es mis oídos y mis ojos. Sin ella, no llegaría a ninguna parte.

–Eres un hombre afortunado –contestó Raymond, el timorato marido de Lee, la periodista rutilante.

–Lo encontré en un callejón –expliqué en broma–. Estaba hecho polvo. Hundido en la miseria.

–Sí, ella me recogió y me quitó el polvo –terció él–, y me convirtió en lo que soy ahora.

–Yo no convertí a Lee en nada –dijo Raymond–. Al salir del vientre de su madre ya estaba formada. Llevaba un lápiz detrás de la orejita.

¿Era cierto? ¿Una escritora podía aparecer simplemente en el mundo, sin preocuparse por su estatura, sin importarle que se rieran de ella o la ignorasen? Ella sí. Miré a Lee mientras bebía su martini; el vaso era tan grande que parecía un gato lamiendo un cuenco. Nunca me había preguntado nada sobre mí, ni había hablado directamente conmigo en todo el tiempo que llevábamos en Vietnam. Era una de esas mujeres que muestran muy poco interés por las demás y dirigen su luz totalmente hacia los hombres. Yo no le caía bien y decidí que estaba bien así. Se lo devolvería con un desprecio intenso.

Más tarde, en la cama del hotel, bajo un lento ventilador que apenas removía el calor, soñé con la madre y el bebé en aquella cabaña de Cam Chau; me preguntaba cómo se las arreglarían, dónde estaban, adónde irían. Vi que la cabeza del bebé crecía y se cubría de pelo, vi cómo se unían los huesos en aquel punto blando del cráneo, aún sin formar. Luego vi a la madre y al bebé escondidos entre los árboles, que ardían por el fuego cruzado, y vi la cabaña calcinada. Y, con el libre fluir de la lógica, propio de los sueños, la madre se transformó de pronto en Lee, la periodista. Bebía leche sin lactosa, acto que inexplicablemente la convertía en napalm –allí lo llamaban «gelatina incineradora»– en el momento en que echaba la cabeza hacia atrás para beber.

Con el paso de las décadas, Joe y yo fuimos a otras muchas ciudades: a Roma, porque él había ganado el Prix de Rome y nos tocó pasar un año con los niños en un palazzo, gastos pagados; a Londres, porque los ingleses lo amaban y querían que apareciera en sus tertulias; a París, porque su editor de allí tenía una cuenta corriente muy generosa; y a Jerusalén, porque la feria del libro era famosa. También estuvimos en Tokio, aunque allí las novelas de Joe eran más bien fuente de desconcierto y no resultaban fáciles de traducir (*Horas adicionales* se convirtió, de forma más bien flexible, en *Cuando un hombre no puede ir a casa todavía porque se tiene que quedar en el trabajo cuando se van los demás*) e incluso Joe era tenido por exótico. Íbamos juntos a todas partes, acumulando kilómetros cuando los kilómetros acumulados aún no servían para nada. Éramos vagabundos, éramos internacionales; allí donde se tradujeran las novelas de Joe Castleman aparecíamos nosotros, tras dejar a los niños con tal o cual amiga si no podíamos llevárnoslos. A mí me enfermaba dejarlos y los añoraba mucho. Llamábamos a casa desde donde estuviéramos, los sonidos de la anarquía nos llegaban por teléfono y me entraban ganas de regresar de inmediato. Susannah se quejaba, Alice lloraba y nos pedía que volviéramos a casa de inmediato y David decía que acababa de leer en un libro que se iba a terminar el mundo al cabo de cinco años y que si eso era cierto. A alguien se le caía el teléfono y durante un buen rato solo se oían gritos.

–No les pasa nada –me recordaba Joe y, por supuesto, tenía razón. Cuando volvíamos estaban tal como los habíamos dejado, aunque tal vez algo más

melancólicos—. Así aprenden que sus padres tienen una vida propia —insistía—. Muchos niños tienen padres que no van a ningún sitio, que no hacen nada. Al menos ellos aprenderán que sus padres están en el mundo. Creo que eso cuenta mucho.

Viajamos año tras año: él daba conferencias, recogía premios, aparecía en programas de televisión, una ciudad tras otra, y otra y otra.

Y al final llegamos a Helsinki. Por la noche, la ciudad adquiere a veces la atmósfera de una fraternidad universitaria: hombres jóvenes que salen por la noche, beben demasiado y chocan con desconocidos en la acera. Las parejas sentadas en cafeterías comen sublimes pastas triangulares de Karelia y beben, y de vez en cuando se deslizan de la silla para caer al suelo, de donde los recoge una camarera impertérrita, los levanta por los sobacos y los recoloca en la silla.

De modo que no supuso ninguna sorpresa que cuando Joe Castleman llegó a Finlandia se viera inmerso enseguida en un estanque de alcohol. Todos los periodistas que venían a entrevistarle al hotel decían que sí cuando Joe, por pura educación, les ofrecía una copa del enorme y bien surtido mueble bar de la habitación, y él se veía obligado a acompañarlos. Cuando fue a un canal de televisión para salir en el telediario de la mañana, en el camerino había una colección de vodkas con distintos sabores. El segundo día, después de recuperarnos del *jet lag*, Joe tenía una agenda muy intensa y, sin parar, tuvo que recorrer Helsinki y las regiones circundantes, a veces para mostrarse ante los finlandeses, otras para que estos se exhibieran ante él. Le dieron vino en una pequeña universidad de Jarvenpaa, donde subió al estrado ante quinientos estudiantes de asombrosa formación literaria («dígame, señor Castleman, ¿qué relación ve usted entre los temas de la obra de Günter Grass y los de Gabriel García Márquez?»). En el almuerzo de la hipermoderna Biblioteca Pública de Helsinki, con su diseño de la cinta de Moebius y aquellos focos de luz tan inusualmente emplazados, hubo un constante fluir de vodka y ginebra.

Cuando terminó el almuerzo en la biblioteca, a Joe y a mí nos llevaron a visitar algunos archivos excepcionales y todos los del grupo íbamos bastante colocados mientras circulábamos entre las estanterías, dirigidos por una mujer pequeña que parecía un elfo y que de pronto se dio la vuelta y recitó unos versos del *Kalevala*, el famoso poema épico finlandés del siglo XIX que, según ellos, sirvió de

modelo para el *Hiawatha* de Longfellow. Finlandia, como todos los países pequeños, tiene sus historias, sus anécdotas, su orgullo, y lo exhibe abiertamente. Porque sin la conexión con Longfellow, sin el pescado fresco y Sibelius y Saarinen, Finlandia podría desgajarse para siempre de Escandinavia y caer en el mar de las cosas olvidadas. Finlandia podría perderse. Como yo sin Joe, o al menos eso creía entonces. En aquel momento, me tomó del brazo, pero yo me aparté suavemente.

–¿Estás bien? –preguntó.

–No lo sé –contesté.

Me miró un momento, pero no insistió.

Solo al cabo de un rato, después de comer, cuando caminábamos por el vestíbulo del Inter-Continental, adonde nos había llevado nuestro amable chófer de cabeza cuadrada, Joe me dijo:

–No sé qué es lo que te molesta tanto de este viaje, pero ¿no puede esperar a que volvamos a Nueva York?

–Creo que no.

–Ah, ¿no? Pensaba que tenías ganas de venir.

–Las tenía.

–¿Y?

–¿Qué te parece? –dije—. Es un poco excesivo. La verdad, Joe, no debería sorprenderte. Pero no es solo eso. Es por todo.

–Ah. Maravilloso. Me encanta que lo digas, Joan. Todo. Ahora ya sé que es imposible que algo te parezca bien. Tendría que conquistar el mundo entero. Mientras estamos en Finlandia, tendría que revisar toda nuestra historia juntos y averiguar todas las cosas que te molestan. Todos los puntos flacos del matrimonio Castleman.

–Algo así –dije.

Y entonces sonó una voz:

–Joe.

Nos dimos la vuelta los dos. Allí, sentado en un sofá del vestíbulo, estaba Nathaniel Bone, el crítico literario que durante mucho tiempo había tenido una presencia intermitente en nuestra vida. Tendría unos 40 años, era flaco todavía como un adolescente y llevaba una larga melena morena y gafas de montura

rosa, que le daban un aspecto entre de hámster y afeminado. No sabía que fuera a estar en Helsinki, aunque no debería haberme sorprendido porque, al cabo de los años, había aparecido en muchos sitios distintos. Nunca me había fiado de Nathaniel Bone, ni siquiera cuando lo vi por primera vez en nuestra casa de Weathermill, hacía unos diez años.

Aquel primer día vino a casa en coche desde la ciudad con la esperanza de caerle bien a Joe y obtener el honor de ser considerado como su biógrafo autorizado. Tanto el biógrafo autorizado como el no autorizado pueden pasar horas con el personaje, si este está vivo y lo permite, o bien pasar horas en un desván revisando los cajones de un viejo escritorio alabeado y manoseando las cartas y los diarios antiguos si el personaje está muerto. Pero un biógrafo autorizado es como un cerdo en una pocilga. Está feliz, se regodea, se refocila por el suelo ociosamente porque, al contrario que su colega no autorizado, puede mostrarle al mundo sus conclusiones en vez de insinuarlas con timidez, sugerirlas, coquetear con la información de lo que ha descubierto sin aportar las pruebas a continuación.

Nathaniel Bone, que desde la universidad llevaba tiempo escribiendo sobre Joe, estaba seguro de que no le costaría nada conquistarlo en persona, pues al parecer había conquistado a todo el mundo desde su nacimiento, al igual que el propio Joe. Bone pertenecía a una familia acomodada de California, sus padres eran psiquiatras y había estudiado en Yale, donde conquistó al director del departamento de Literatura y se le permitió escribir una tesis «experimental» que combinaba elementos de historia, biografía y ficción. Gracias a esa tesis consiguió varios encargos para algunas revistas al salir de Yale. Bone escribía perfiles literarios y críticas de libros, comentarios sobre diversos temas tanto de la alta como de la baja cultura, una clase de textos en los que siempre encontraba el modo de mencionar a Jacques Lacan y a George Jetson en el mismo párrafo.

Le ayudaba ser guapo a la manera de las estrellas menores del rock, aunque a mí siempre me pareció que le fallaba la columna, como a un caballito de mar, y se desplomaba en cuanto entraba en una habitación. Siempre llevaba el pelo largo y escrupulosamente limpio. Resultaba particularmente destacable el hecho de que, aunque siempre conquistaba a los poderosos, no caía especialmente bien a nadie más. Se pegaba sin ninguna sutileza a cualquier persona de quien quisiera

algo. Eso lo noté de inmediato en cuanto entró en nuestra casa aquel día.

Sin embargo, otro detalle importante de Nathaniel Bone era que fue el primero que pareció entender la importancia de pegarse también a la esposa. De hecho, al parecer era consciente de que si no caía bien a la esposa de alguien importante estaba jodido. Así que aquel primer día, hace diez años, cuando Bone apenas rebasaba los 30 años y se desplazó al norte de la ciudad para conocer a Joe y discutir con él formalmente la propuesta de convertirse en su biógrafo autorizado, me trajo un regalito.

—Ah, un momento, señora Castleman —dijo Nathaniel Bone aquel día, cuando estaba en la cocina. Yo acababa de dejarlo allí y los dos esperábamos que bajara Joe; al final resultó que tuvimos que esperar mucho rato. Desde que se hizo famoso, a Joe parecía gustarle mucho hacer esperar a los demás—. Casi me olvidaba. —(Ya, seguro.)— Esto es para usted.

Bone sacó del bolsillo trasero una hermosa postal, pintada a mano, en la que aparecían unos hombres en el escenario de la universidad del Smith, en una parodia representada en 1927. Al pie, se leía: *Northrop House Follies*.

—¡Northrop! —exclamé—. Yo viví allí.

—Lo sé —contestó, sonriendo.

De hecho yo misma habría podido comprar aquella postal si la hubiese visto en una cesta en un mercadillo. Era un regalo inteligente, pero me cayó mal de inmediato, lo percibí como una oscura amenaza y me incomodó verlo en casa, plantado en la cocina con sus vaqueros y sus botas de piel de serpiente y bebiéndose como quien no quiere la cosa el té helado que acababa de prepararle.

Joe había estado rodeado de hombres jóvenes desde que salió su primer libro; iban y venían, se arremolinaban, danzaban en torno a él, aunque la excitación de aquellos hombres iba acompañada de una cierta envidia, y en secreto aspiraban a derrocarlo. Muchos de aquellos jóvenes estaban escribiendo sus propias novelas: libros largos, laberínticos, «ambiciosos», que pesaban como libros escolares. Al final resultó que Nathaniel Bone llevaba dos años intentando escribir una novela sin conseguirlo. Él mismo se había dado cuenta de que su libro era demasiado farragoso. «Contiene demasiadas ideas», le había dicho un amigo, expresando una crítica con la que Bone podía convivir. «Sin duda deberías escribir —había insistido el amigo—, pero mejor que sea un ensayo.» Así que fue un paso corto el

que llevó a Nathaniel Bone al umbral de la puerta de Joseph Castleman, a quien había escrito varias cartas desde la universidad. Aquella primera carta se la había enviado a Joe por medio de su editorial, que luego nos la hizo llegar, cuando Bone estudiaba primer curso en Yale.

Estimado señor Castleman:

Anoche estuvimos unos cuantos sentados en el salón del Silliman jugando al Si fuera, ese juego que consiste en adivinar el nombre de un famoso a partir de ciertas pistas impresionistas como: ¿Qué animal sería? Yo pensé en usted, señor Castleman, a partir de las siguientes pistas:

¿Si fuera un animal? Una pantera.

¿Una piedra preciosa? Un ópalo.

¿Un miembro de los Beatles? John, por supuesto.

¿Un instrumento musical? Un fagot.

¿Una comida? Kasha knish, con salsa picante.

¿Una parte del cuerpo? El cerebro.

¿Un electrodoméstico? Un abrelatas eléctrico.

No estoy seguro de si esas respuestas le parecerán sensatas, pero se las envió con la más profunda admiración por su obra, que me encanta desde que leí *La nuez* en el instituto.

Con mis mejores deseos,

Nathaniel Bone

Box 2701

Yale Station

Joe encontró levemente gracioso el atrevimiento de aquel joven y le contestó agradeciéndole que hubiera apreciado «la verdad indiscutible de que, en lo más profundo de mi alma, no soy más que un kasha knish». Se suponía que ahí se terminaba el asunto, pero Nathaniel Bone volvió a escribir a Joe y esta vez no utilizó a la editorial como intermediaria, sino que se sirvió de la dirección del remite de la carta de Joe para enviarle un trabajo universitario sobre su relato *The Cigarette Tree*, con una interpretación crítica que llamó la atención de Joe por ser más inteligente que la mayoría de las reseñas que había leído sobre su obra.

—Mira esto —me dijo.

Lo leí y estuve de acuerdo en que era agudo, pero me pareció que el verdadero asunto de aquel trabajo no era el relato de Joe, sino la inteligencia de Nathaniel

Bone.

Luego, a medida que pasaron los años, Bone siguió escribiendo de vez en cuando, enviando felicitaciones y comentarios sobre alguna novela o relato o ensayo de Joe. Él siempre contestaba con una nota breve de agradecimiento. Supongo que ya entonces debería haberme dado cuenta de que Nathaniel Bone se estaba preparando, de que aspiraba a alcanzar un lugar especial en el mundo de Joe, pero simplemente no se me ocurrió. Yo creía que era solo un lector, un admirador, un petimetre que lo idolatraba de lejos. Pero era sorprendentemente persistente y escrupuloso y se exhibía ante Joe con fragmentos de su sabiduría, se acicalaba para él, lo deslumbraba (o al menos eso pretendía) al mismo tiempo que se sentía deslumbrado por él.

Todo eso terminó con la presencia del joven en nuestra cocina, con sus botas de piel de serpiente, más o menos un decenio después de aquella primera carta enviada desde New Haven. Permaneció nervioso junto a la nevera, jugando con un imán con forma de fruta, tocándose el pelo, intentando aparentar calma y seguridad en casa de su escritor favorito, tratando de impresionar a la mujer de su escritor favorito para conseguir que luego, cuando él se hubiera marchado ya, ella se volviera a su marido y le dijera algo así:

–Ese chico. Ese que ha venido hoy...

–¿Te refieres a Bone? –contestaría bostezando un Joe adormilado.

–Sí.

–Ya no es ningún chico.

–Supongo que no. Tiene algo muy atractivo e inteligente.

Joe asentiría.

–Ah, sí. Bone es brillante, desde luego. Tal vez deslumbrante.

–Pues me ha traído un regalo. Una postalita del Smith, de 1927.

–Muy detallista. Me parece un tipo serio. Debe de ser bastante bueno.

Los dos asentiríamos pensando en el joven Nathaniel Bone, preguntándonos por qué no sería como él nuestro propio hijo, imaginando que, en cierto modo, era nuestro hijo. El que habríamos deseado tener, en vez del que en verdad teníamos, fracasado, furioso, a veces incluso violento. Y luego flotaríamos los dos en una especie de sueño paternal y plácido, conservando en nuestras mentes la imagen del futuro biógrafo de Joe.

Sin embargo, era una fantasía: de Bone, no nuestra. Por mucho que le encantara ser famoso, a Joe no le gustaba la idea de convertirse en protagonista de una biografía seria. Eso hubiera implicado tener que sacar conclusiones sobre su vida y reconciliarse con la idea del final. Le aterraba la muerte. En un sentido más inmediato, le aterraba incluso el sueño, ese ensayo de la muerte.

Ya se habían escrito algunos libros sobre él: volúmenes breves y anodinos publicados por editoriales universitarias, pero nada particularmente revelador, nada definitivo, nada que desvelara trapos sucios, nada jugoso. La biografía de Bone sería, sin duda, inteligente y atractiva; sería aguda y le procuraría una buena dosis de atención para su autor.

Joe dijo que no.

Aquel día, en casa, subieron los dos al piso superior y se sentaron en el estudio y se fumaron unos puros y luego se fueron al almacén Schuyler's a comprar Sno-Balls y también Bone se comió una bolsa entera, en una exhibición de solidaridad ritual: como si también le gustaran, como si hubieran de gustar a cualquier adulto. Se sentaron en el porche de Schuyler's a comerse aquellas Sno-Balls azucaradas y esponjosas y Bone le explicó por qué era el autor idóneo para esa tarea.

«Alguien tiene que hacerlo, y podría ser yo perfectamente.» Ese parecía ser el eje central de su argumentación. Otros escritores menores, según Bone, presentarían a Joe como una figura unidimensional: el huérfano judío de Brooklyn que se convertía en hombre de letras. En cambio, como Nathaniel se había esforzado por estudiar la obra de Castleman durante tantos años, sería la única persona capacitada para infundir a la biografía el sentido auténtico de la identidad de Joe.

—Como en esa primera carta que le envié hace tanto tiempo —probó Bone—. Aquella en la que le contaba el juego de Si fuera, ¿se acuerda? Si fuera un árbol..., etcétera. En el libro, yo mostraría su esencia. Y por fin todos sus lectores entenderían quién es.

Creo que la pifió con ese último comentario. Nunca he conocido a un escritor que quiera ser comprendido de ese modo.

Joe cogió una de aquellas pastas químicas rosadas; imagino que sonó el rechupeteo de la golosina entre sus dientes. Tragó, y luego dijo:

–No creo.

Un silencio.

–¿No cree? ¿No piensa hacerlo? –A Bone le sorprendía el rechazo; no supo qué hacer con aquella información—. Hay un viejo chiste –probó—. Descartes entra en un bar. El camarero le dice: «¿Piensa tomar algo, señor?» «No pienso», contesta Descartes. Y desaparece.

Joe asintió e intentó sonreír; no iba a desaparecer, seguiría existiendo en este mundo incluso si Nathaniel Bone no escribía sobre él. Pero Bone llevaba tiempo estudiándolo; le había escrito esforzadas cartas, había publicado ensayitos sobre su obra y, total, ¿para qué? ¿Para terminar sentado en el porche de una tienda oscura y desordenada en un pueblecito del norte de Nueva York, comiendo basura de gominola y coco y escuchando cómo le decían que no?

Hubo camelos y súplicas. Hubo halagos y luego unas pocas amenazas patéticas. Bone parecía a punto de deshacerse en lágrimas, como si la negativa de Joe lo dejara atónito, pues de hecho muy poca gente le había dicho que no en la vida.

Sin embargo, Joe siguió diciendo que no, repitiendo su respuesta con buenas maneras tantas veces como hiciera falta, hasta que al fin Nathaniel Bone tuvo que comprender que no iba a cambiar de idea. Agitado, Bone se levantó, se estiró, se sacudió los restos de coco del pecho de la camisa y le dijo:

–¿Sabe lo que pasa? Estoy seguro de que terminaré escribiendo ese libro de todos modos.

Joe asintió.

–Harás lo que tengas que hacer –contestó—. Todos lo hacemos.

Puede ser que la falta de ansiedad por parte de Joe indignara a Bone: ¿por qué no conseguía el reconocimiento de Castleman? ¿Qué debía hacer para aparecer en el radar de aquel gran novelista? Bone aún no sabía que los hombres no llegan a dominar el mundo precisamente por tener un interés magnánimo y exagerado por los demás. Lo dominan por ocuparse de sí mismos en todo momento. Alimentan el fuego de su propia reputación y a veces aparece alguien y pregunta:

«¿Qué está haciendo?»

«Alimentar el fuego de mi propia reputación.»

«¿Le puedo ayudar?»

«Claro que sí. Vaya a buscar leña.»

Bone estaba furioso, pero no lo demostró. Al cabo de unos meses recibió una oferta cuantiosa de una editorial importante para escribir una biografía no autorizada de Joe y desde ese momento hubo una cierta incomodidad entre los dos hombres, un recelo que ya nunca desapareció. De hecho, un puro desprecio. Bone era ubicuo como la luna, aparecía año tras año entre el público en las conferencias y en los debates, e incluso se presentó en un festival literario de Hay-on-Wye, en Gales, donde Joe daba una charla. Ahí estaba, en las primeras filas, con su pelo largo y sus gafas, reconocibles desde lejos.

Y ahora, diez años después de que Nathaniel Bone se plantara nervioso en la cocina de casa, volvía a estar ahí, desplomado en un sofá del vestíbulo del Inter-Continental de Helsinki, esperando a Joe una vez más, como siempre. Nos quedamos parados un momento, sorprendidos, y lo miramos.

–Vaya por Dios –le susurré a Joe, y él suspiró.

De pronto, tras nuestra tensa conversación, se produjo un breve instante de solidaridad.

–Ya ha vuelto a aparecer –dijo Joe–. Bueno, supongo que no tendría sentido que se hubiera perdido esta, ¿no?

–No –contesté–. Ve a verlo. Tienes que hacerlo.

–Hola, Nathaniel –dijo Joe, acercándose con falso placer.

Se dieron la mano y luego Nathaniel me dio un beso en la mejilla, nos quedamos todos quietos mientras duraba el «Vaya, vaya» y luego Joe se limitó a asentir, murmuró vagamente, dijo: «Me alegro de verte» y se dio la vuelta.

Es la prerrogativa de los famosos. Joe se alejó sin pensar que había sido grosero con Bone. Ya estaba pensando en otra cosa: en el premio que le entregarían al día siguiente por la noche, en el banquete que se celebraría a continuación y en ese baño de atención con el que todo el mundo sueña en esta vida, aunque muchos nunca lo logremos, aunque ni siquiera nos acerquemos y nos baste con atisbar nuestra propia imagen granulada en un monitor del circuito cerrado de una tienda para sentir un leve mareo. «Ese soy yo», pensamos con un triste vaho de orgullo.

Eché a andar detrás de Joe por el vestíbulo tras dedicarle una sonrisa fugaz a Bone, pero luego recordé que Joe había invitado a Irwin Clay y a la gente de la editorial a nuestra suite para tomar una copa y unos aperitivos. En realidad yo

no quería estar presente, hablando tonterías sobre Joe y sobre el premio y los diversos acontecimientos de la semana, así que me di la vuelta y salí del hotel. Como llevaba un plano, di una vuelta por Mannerheim, el paseo principal de Helsinki, donde las tiendas anunciaban el surtido habitual de telas de Marimekko y móviles Nokia pequeños y planos como pastillas para la tos. Era la última hora de la tarde y el cielo ya se sumía en la oscuridad, en preparación del invierno desolado. Mientras caminaba, noté que alguien me seguía los pasos. Era Nathaniel Bone otra vez; al parecer, me había seguido desde el hotel.

–Joan –dijo, claramente desesperado–. ¡Hola! ¿Te puedo invitar a una copa? Estamos en Finlandia –añadió–. No digas que no.

Como si el hecho de que los dos estuviéramos en aquel país nórdico y extraño pudiera influenciar mi decisión. Extrañamente, creo que así fue. Me lo imaginé paseando por las calles de Helsinki en plena noche, borracho y pestañeando, o sentado en un bar sin nadie con quien hablar, o sin que nadie le dirigiera la palabra. El finlandés era impenetrable para los extranjeros; era una colección de jeroglíficos sonoros acentuado en las primeras sílabas, que impregnaba cualquier conversación de mugidos profundos. «Aquí estoy, en el fin del mundo, y tú también estás en el fin del mundo –parecía decir aquella gente–. Así que bebamos.»

Como nadie más iba a querer beber con Nathaniel Bone, le dije que sí.

Capítulo quinto

DE ACUERDO, NO ME TOMÉ UNA COPA CON ÉL POR ESO. Me la tomé porque me producía un placer íntimo sentarme con alguien sabiendo que Joe no quería que lo hiciera. Me daba placer incluso si no decía nada sustancioso, nada polémico. Nos sentamos en un restaurante famoso de Helsinki que se llamaba Golden Onion; por encima de nosotros una ventana inclinada daba a la catedral de Uspenski.

–La cúpula de la cebolla –señaló Bone.

Sin embargo yo estaba ya un poco harta de todo lo finlandés: las cúpulas, los abrumadores triunfos arquitectónicos de Saarinen y Aalto, el pescado ahumado y los racimos de minúsculas moras duras, las cadencias del *Kalevala* al estilo de Longfellow. Los dos bebimos vodka con tónica y hablamos con cierta rigidez del viaje, de los lugares turísticos que cada uno había visitado, del despliegue de gente que habíamos conocido, de lo distintos que parecían los finlandeses, comparados con el resto de los escandinavos.

–Tienen algo de complejo de inferioridad por haber pasado tanto tiempo a la sombra de los soviéticos –dijo Bone–. Fue su primera razón para crear el Premio Helsinki. Para darle un empujón a su país, una pequeña inyección de autoestima. De hecho, creo que les ha salido bastante bien. Aquí todo el mundo se emociona mucho cada año cuando viene el ganador, y durante unos días la atención internacional se centra en Finlandia. La verdad es que a todo el mundo le fascina que Joe sea el escogido. He de admitir que a mí también. Mira, puede que te parezca que padezco un problema enorme de desprecio y envidia, pero la verdad es que no. No tengo nada contra él. Es un gran escritor. Merece todo lo que tiene.

–Ah, sí –contesté–. Lo merece.

–Ojalá pudiera citar algún comentario tuyo, Joan –dijo Bone con aires de añoranza–. Me haría tan feliz...

–Bueno, pues no puedes.

–Ya lo sé, ya lo sé –contestó–. Además, aunque pudiera, el tono no quedaría en la página. Esa forma de decir «lo merece». El tono en que lo dices.

–¿En qué tono lo digo?

–Ya lo sabes. Con celos –dijo, y se metió un cacahuete en la boca.

En la oscuridad amarillenta del Golden Onion, rodeados de murmullos, Nathaniel Bone y yo estábamos sentados ante nuestras bebidas y unos platos con una especie de rollitos húmedos y sabrosos. Él parecía más extraño y sinuoso que la última vez que nos habíamos visto. Había llegado a la mediana edad; pronto terminaría el libro en que llevaba diez años trabajando intermitentemente, mientras que en ese tiempo Joe había publicado cuatro novelas.

Mientras permanecimos sentados con nuestras bebidas, Nathaniel Bone me dio pena. Había dedicado demasiados años a perseguir a Joe y después de esos años ahí estábamos todos, los tres, más mayores, castigados, mucho menos interesantes y atractivos de lo que habíamos sido. ¿Quién iba a leer el libro de Nathaniel Bone cuando por fin saliera? Tal vez unos pocos lectores, aunque le habían pagado mucho por escribirlo diez años antes, esa clase de cantidades que merecen columnas en los medios de comunicación para explicar que a alguien le ha tocado el gordo en la industria editorial, que más bien se caracteriza por sus hemorragias económicas. Como la biografía de Joe le estaba costando mucho más de lo previsto, el paso del tiempo había traído grandes cambios en el mundo literario.

A esas alturas Joe ya era un resto de épocas anteriores; aún era importante, pero se iba desvaneciendo rápidamente. Las ventas de sus dos últimas novelas habían resultado extremadamente decepcionantes. Los grandes escritores del momento eran distintos. Además de la habitual nueva cosecha de hombres arrogantes, había muchas mujeres. Ya no estábamos en 1956, cuando fui su alumna en el taller de escritura.

La mujer más importante de todas se llamaba Valerian Qaanaaq. Era una novelista que pertenecía a la tribu inuit de Labrador. Era joven y bella, con su pelo negro, ojos verdes y una dentadura afilada y resplandeciente. Afirmaba

haberse criado en un iglú hecho de barro y nieve, aunque ya se había provocado una reacción en su contra, un amargo murmullo que la convertía en una charlatana dispuesta a usar su belleza y su origen étnico poco común para abrirse camino y según el rumor apenas había pasado unos pocos meses en aquel iglú y el resto de su vida en un apartamento con antena parabólica en el tejado. Había dejado el hogar para ir a la universidad de Santa Hilda, en Oxford, y había publicado su primera novela a los 23 años. Se llamaba *Whaleskin* y trataba de una ballenera y de un joven miembro del Parlamento que se obsesionaba con ella. La novela era larga como la Biblia, llena de escenas pícaras, eruditas y subidas de tono, y de vuelos que llevaban al lector desde Labrador al número 10 de Downing Street. Era un libro panétnico, arriesgado, enloquecedor, y obtuvo un éxito extraordinario en Estados Unidos y en Europa. Cuando yo era joven, Valerian Qaanaaq no existía, y en cambio ahora la gente adoraba su novela. Se habían vendido más de un millón y medio de ejemplares en tapa dura. En la contraportada aparecía un glosario de términos del idioma inuit-inupik.

Era un fenómeno reciente y había otros por el estilo: mujeres que escribían y publicaban con estilos que a mí me resultaban masculinos. Intentaba ignorar sus obras, porque su mera existencia me hacía desgraciada. Era mejor permanecer entre dinosaurios como Joe y Lev y los demás. Era mejor pasarlo fatal y sentirse engañada que dar la bienvenida a aquella nueva hornada de autoras a las que no entendía y por las que no sentía el menor afecto.

Bone se inclinó hacia delante sobre la mesa pequeña y, con una corriente de aliento cálido y fermentado, me dijo:

—Oye, ya que estamos en Helsinki podríamos hablar un poco. Podrías contarme cosas. Podríamos volver a quedar para que me cuentes las cosas que quieres que la gente sepa.

—¿Y qué cosas te parece que son esas? —le pregunté.

—No lo publicaría como si lo hubieras dicho tú —dijo—. No estaría bien. Pero sé que tienes cosas que decir, Joan. Hace años que la gente lo piensa.

—¿Qué gente?

—En concreto, una vieja amiga de mis padres —dijo Bone, en tono suave.

—¿Qué? ¿De quién hablas?

—De una mujer a la que conocí cuando era pequeño en California —empezó a

contar. Por su manera de tamborilear con los dedos y de tironearse el pecho de la camisa, supe que se sentía incómodo—. Vivía con su marido a unas pocas manzanas de casa –siguió—. Él era una especie de artista fracasado, de esos que se dedican a pintar trozos de madera arrojados a la playa por el mar. Ella era psiquiatra, como mis padres, con la diferencia de que en esa época estaba totalmente pirada y se dedicaba a cualquier clase de terapia alternativa. Pero a mí me caía bien. Era una de aquellas mujeres de los años sesenta que llevaban largos pendientes colgantes y vestidos hawaianos estampados de flores y tenían teorías locas para explicarlo todo. Además, tenía una hija. Mayor que yo, oscura de verdad e inteligente. Mi hermano mayor la conocía. Escribía poemas para la revista literaria del instituto.

–Vale –dije, atrapada en la historia, asombrada—. Sigue.

–La mujer, la terapeuta, había tenido un matrimonio anterior –dijo—. Y había terminado mal; su primer marido la había abandonado con la niña, pero ella había evolucionado, se había buscado una nueva vida y había empezado una carrera propia. El primer marido se hizo famoso –dijo, en voz baja—. Un novelista.

–Oh, mierda –dije—. Eso sí que no.

De inmediato, Bone desvió la mirada como si se disculpara, avergonzado por aquel recadito sórdido. Yo descubrí que estaba igualmente avergonzada.

–Vale –dije al fin, levantando una mano—. Ya lo entiendo, Nathaniel. Ya entiendo de qué vas. Todo ese cuento de suspense. Esa manera de contar la historia poco a poco. La sorpresa final. Bueno, vale, me has sorprendido.

–Lo siento –dijo—. ¿Quieres que lo deje ahí? ¿Estoy meando fuera del tiesto?

Meneé la cabeza; él sabía que yo, por supuesto, iba a querer conocer la historia de lo que hubiera pasado con esa gente: la esposa loca y abandonada, Carol, y Fanny, la niña, desaparecida en las calurosas profundidades de California.

–Carol era lista y estaba herida, así que le contó un montón de cosas a mis padres durante muchos años –explicó Bone—. Les habló de su primer marido y de cómo, aunque al principio lo odiaba, había dejado de hacerlo. Ella decía que el odio no duraba salvo que uno se esforzara por conservarlo y lo mantuviera frotando dos palitos, o algo así. En vez de odiarlo, estaba siempre asombrada de su éxito, porque nunca le había parecido que tuviera un talento especial. Sin

embargo, como añadía siempre, ¿qué podía saber ella?

Miré a Bone mientras hablaba. Estaba avergonzado y estimulado al mismo tiempo; no había en su comportamiento nada particularmente sádico. Solo estaba excitado, como un investigador literario que encontrara un manuscrito importante en el fondo de un cajón y se dedicara a saborearlo y acariciarlo en silencio.

Durante muchos años, Joe y yo no habíamos tenido razones para hablar con frecuencia de Carol y Fanny. Se habían desvanecido como los personajes de una novela que pasa de moda y solo de vez en cuando le preguntaba por ellas a Joe, normalmente por Fanny, que a esas alturas ya tendría 45 años. (¡Cuarenta y cinco, aquella niña!) Joe meneaba la cabeza y me pedía que no sacara el tema, porque le hacía sentirse mal. Sabíamos dónde estaban y más o menos a qué se dedicaban, pero poco más. Era como si se hubieran instalado permanentemente en California: la madre, terapeuta; la hija, abogada. Sabíamos algunos datos que habíamos ido recogiendo durante decenios, con la ayuda de Internet en los últimos tiempos. Ni ellas ni Joe querían establecer un contacto personal. Durante mucho tiempo él había intentado ver a Fanny, cada pocos años, tanto por curiosidad como por cortesía, pero para Joe supuso un alivio saber que ella lo rechazaba.

Las había visitado una vez, a principios de los sesenta, aprovechando la gira promocional de un libro, y había vuelto de California porque su hija no sabía quién era y ni siquiera parecía que quisiera saberlo. Ella se había dedicado a jugar en un parque de Sausalito mientras él se acucillaba junto a la cerca de madera verde e intentaba preguntarle cosas sobre su vida. Ella le contestaba con monosílabos y al final, como les suele ocurrir a los niños, se había aburrido mucho y se había puesto a cantar.

La casa donde vivían Carol y Fanny era pequeña pero bonita, con las habitaciones pintadas como la cara interior de una caracola. Todo tenía un brillo rosado, dijo Joe, incluida Carol, y cuando la miró a los ojos no tuvo ni idea de quién era, ni de cómo era posible que hubieran estado casados. Fuera de contexto –extraída de un clima frío y transplantada a aquel ambiente cálido– parecía una persona distinta por completo, mientras que aquella niña que habían engendrado entre los dos parecía muy distante, imposible de conocer. Aquello

podía partirle el corazón a Joe si se dedicaba a pensar en ello lo suficiente, pero decidió no permitírselo. Había abandonado la casa de caracola para volver corriendo con nosotros.

–Cuéntame algo de la hija –le dije a Bone–. Fanny. Es abogada laboralista; eso sí lo sabemos.

–Estudió derecho en la Universidad de Pepperdine –contestó–. Soltera. Trabaja mucho. No tiene sentido del humor, creo.

–Mira, al principio Joe intentó mantener el contacto con Fanny –le expliqué, aunque en aquella afirmación no había demasiada convicción–. Estaba muy ocupado –seguí–. Y Carol no quería su dinero. La cuestión no era quién mantenía a la niña. Ella no quería tener nada que ver con él y luego Joe se volvió importante y pasó el tiempo y tuvimos nuestros propios hijos. Ella solo quería librarse de él.

Dejé de hablar y me regodeé en aquella imagen antigua de Fanny tumbada a mi lado en la cama de Joe y Carol en Northampton. Yo le había dicho a la niña: «Me estoy enamorando de tu padre. Y me gustaría irme a la cama con él». Y después había hecho exactamente eso, como si no tuviera nada que ver con Fanny, ni con Carol, sino solo con Joe y conmigo, los dos flotando en una isla minúscula, una Bali Ha'i solo para nosotros.

Fuimos terribles. Yo fui terrible. Lo embestí, apartándolo de su mujer y su hija, aunque en aquella época no había sabido darme cuenta, no había hecho más que oír a Joe quejarse amargamente de la manera en que su esposa le negaba el amor y se apartaba de él. Joe necesitaba alivio sexual, necesitaba un amor incondicional, necesitaba una mujer, pero Carol no era esa mujer. Yo sí lo era. La esposa y la hija se perdieron de vista, como si fueran actrices secundarias y ya hubiera pasado su momento. «Fanny y Carol salen por la izquierda del escenario. Carol levanta la manita de la niña y la mueve adelante y atrás, en un gesto de despedida.»

–Mira –le dije a Bone–. Sé que es una mala historia. Yo no quedo muy bien, y Joe tampoco. Pero ahí está. En aquella época yo solo pude concentrarme en que Carol no lo hacía feliz. Además, parecía que estuviera loca.

–Sí, loca por las nueces –dijo, sonriendo–. *La nuez*. He oído contar esa historia desde su punto de vista. Ella nunca pensó que pudiera hacerte daño de verdad

cuando te la tiró. Creyó que solo te molestaría un poco. Porque el asunto es que no era la primera vez.

–¿Qué quieres decir?

–Al parecer, hubo otras antes. En Nueva York, cuando Joe aún no se había licenciado –explicó Bone–. Una estudiante de filosofía. Y parece que a ella también le dio una nuez. Joe se lo reconoció todo a Carol cuando ella se enfrentó a él.

–Ah –dije, imaginándome un camión cargado de nueces pintadas para repartirlas entre todas las mujeres anteriores y posteriores a mí.

–Cuando descubrió lo vuestro, ya estaba harta del comportamiento de Joe –dijo Nathaniel.

Yo siempre había creído que Carol estaba pirada, pero tal vez solo estuviera furiosa. «Perdón –quería decirle–. Perdón –también a Fanny–. Perdón por arruinaros la vida.»

–A Carol le mortificaba que Joe hubiera escrito la escena en que ella te tiraba la nuez. Pero al menos le pareció que el libro estaba bien escrito. Eso la impresionaba.

Guardamos silencio un rato y luego Nathaniel dijo:

–Espero no estar siendo demasiado agresivo con esto, Joan. Me inquietaba un poco mencionárselo a Joe. Pero aquí, sentado contigo... Me ha parecido que sí podía hacerlo.

–No pasa nada –le dije. A mí me tocaba consolarlo.

–Ya sabes, por supuesto, que he leído las primeras obras de Joe –dijo de repente–. Particularmente una que encontré, «Sin leche los domingos», de aquella revistilla literaria. He de decir que no es demasiado buena.

–Ya lo sé. Horrorosa –concedí, y nos reímos un poco.

–A Carol siempre le sorprendió que Joe llegara tan lejos –dijo Nathaniel–. Empezó a decir que tal vez Joe solo fue capaz de encontrar su propia voz después de deshacerse de ella. O tal vez –añadió– después de encontrarte a ti. Que a lo mejor te convertiste en su musa.

–Supongo que sí, en cierto modo.

–La *shiksa* rubia que embelesa al judío.

–Esa soy yo. Mantengo la tradición.

Agitamos las copas y tratamos de reírnos un poco; al final, ambos nos permitimos alzar la mirada y concentrarla en el rectángulo de luz. Nos estábamos entreteniendo de una manera nueva y extraña, como si al fin nos sintiéramos cómodos, cuando en realidad no era así. Él empujó un cuenco de galletitas hacia mí, yo cogí unas pocas y luego Bone dijo:

–La verdad es que podrías añadir algunas cosas a mi libro, ¿eh? Al fin podrías hablar; para ti sería un logro feminista.

–Oh, vamos, Nathaniel, el feminismo no cuenta nada para ti.

–Ya, pero para ti sí.

A su manera resultaba seductor, aunque solo fuera porque no era Joe. Yo me estaba haciendo mayor y Joe también, mientras que Bone era relativamente joven. Y cuando Joe y yo hubiéramos desaparecido del mundo, Nathaniel Bone seguiría dando vueltas por ahí, consiguiendo un nuevo contrato para su libro y apareciendo en algún debate de la Y de la calle 92 sobre «La verdad histórica y la función del biógrafo». ¿Por qué no podía contárselo todo? Él lo anhelaba; sabía que yo lo tenía. Quería que la historia de Joe Castleman tuviera sentido, que adquiriese la forma, satisfactoria y bien cerrada, de una novela.

–No te voy a presionar, Joan –dijo Bone–. Tómate tu tiempo; lo podemos hacer como tú quieras. Puedo grabarte, o limitarme a tomar notas. Nos vamos a quedar los dos un día más, ¿no? Falta la ceremonia y el banquete y vas a tener demasiadas obligaciones que atender. Yo quedaré a un lado, en la galería de admiradores. Comiendo nueces. Podríamos quedar a la mañana siguiente, digamos que hacia las diez, delante de la librería de la Academia. Joe no tiene por qué enterarse. Es un sitio enorme, estos finlandeses no hacen más que leer, ¿verdad? No tienen otra cosa que hacer durante todo el invierno, aparte de beber, ¿no? Podríamos quedar, y mientras tanto tú decides exactamente qué me quieres contar. ¿Qué te parece? –Me encogí de hombros. Era el máximo compromiso que podía establecer–. Creo que en realidad sí quieres hablar conmigo. En cierto modo, soy como un terapeuta. La gente suele decírmelo.

–Ya, pero eres un mal terapeuta –contesté–. De los que traicionan los secretos de los demás.

–Cierto –concedió Nathaniel, con una sonrisa–. Mis padres son psiquiatras. A lo mejor he salido malo por eso. Los hijos de psiquiatras estamos jodidos del

todo desde el principio. No tenemos ni una oportunidad.

–Qué pena, pobrecitos.

–Ya sé que te estás burlando, pero si supieras de verdad cómo ha sido mi vida, te daría pena en serio –dijo–. Tú, Joan, tienes tu matrimonio, tu vida, tus hijos y nietos, una casa, un montón de amigos. Yo no tengo nada de eso. Tengo mi trabajo. Tengo el proyecto sobre Joe Castleman. Esa es mi vida. Esa es mi casa. Mi criatura. Peor para mí.

Entonces Bone pagó apresuradamente la cuenta, esforzándose por averiguar cuántos marcos debía dejar de propina, cuantos peniques, sosteniendo cada moneda bajo la luz de la ventana inclinada, mirándolas a través de sus gafitas para saber qué eran y cuánto valían. Lo dejó allí en el restaurante con el ceño fruncido ante las monedas ligeras y los billetes de colores pastel, y salió a la oscuridad de la noche en aquella ciudad que, por su tamaño, parecía del medio oeste americano, en la que yo no conocía a nadie ni nadie me conocía a mí, en la que los transeúntes despistados se topaban como autos de choque sobre una superficie amplia y pulida.

Con o sin mi participación, la biografía de Joe escrita por Bone contendrá sin duda algunos datos básicos que mucha gente ya conoce. Durante una breve época fumábamos maría, de aquella vergonzosa manera propia de los que ya éramos demasiado mayores para eso, aunque nunca permitimos que esa vergüenza nos frenara. A finales de los sesenta ya teníamos más de treinta años. Imagínennos, si pueden soportarlo: ahí está Joe con su bufanda de cachemira al cuello y sus pantalones de pata de elefante a rayas, su larga melena morena suelta, como de niña, los ojos envueltos en humo. Siempre estaba inclinando la cabeza hacia atrás para echarse unas gotas de colirio en los ojos, o para reírse de algo que no tenía ninguna gracia. Y yo, con mis vestidos de papel, o con mis faldas maxi y mis gafas de abuela, con un ramito de flores silvestres en la mano. Llevaba el pelo largo con raya en medio. Creo que tenía cinco chales distintos, y los llevé todos en aquella época de política, gritos, rebeldía y carencia total de ironía.

Sin embargo, lo que hacíamos era mucho más mortificante que lo que parecíamos. Con la eterna excusa de la «investigación», Joe exploraba el mundo

del «intercambio», término mortificante por sí mismo. *Où sont le swingers d'antan?* Si aún están vivos, están suscritos a la revista *Prevention*, hacen de niñeros de sus nietos y toman suplementos de ginkgo biloba para conservar el recuerdo de algunos detalles que probablemente harían mejor en olvidar.

La investigación llevó a Joe con sus patas de elefante a un club de Manhattan, en algún lugar del lado oeste de la calle 50, que se llamaba Antro de la Iniquidad, un lugar con «guardarropía» y sauna mixta en el que los hombres y las mujeres se tumbaban juntos sobre lujosas superficies y abrían sus albornoces para regodeo mutuo.

Yo fui una vez con él porque me lo pidió. Entonces todavía vivíamos en el Village y los niños estaban en casa con la niñera: David viendo *Star Trek* y las niñas vistiendo a sus hámsteres desesperados con ropa de muñeca. Subimos a la parte alta en taxi, un poco colocados ya por el canuto que nos habíamos fumado a toda prisa en el baño, lugar en el que los niños nunca entraban. La entrada en el Antro de la Iniquidad era indignantemente cara y Joe la pagó y entramos, caminando sobre la moqueta violeta como si estuviéramos en una casa de mal gusto de las afueras. Había algunos clientes jóvenes y guapos, y enseguida se localizaban entre sí. Los tipos mayores y más feotes se quedaban solos con sus albornoces: los hombres, como si hubieran acudido solo para un casto baño de vapor; las mujeres, con una cierta bravuconería desafiante, metiendo la barriga para disimular hinchazones provocadas años antes por uno o dos hijos y moviendo la cabeza muy levemente al ritmo de la música de fondo, al estilo de San Francisco, que inundaba el ambiente por los altavoces cuadrafónicos.

Joe y yo quedábamos en medio de esos dos grupos: demasiado mayores para ser guapos, demasiado jóvenes para ser repulsivos. Entramos en la sala por unas puertas selladas con caucho, que convertían aquel lugar en una especie de cámara de refrigeración, y nos sentamos juntos con nuestros albornoces en un sofá cuya consistencia, según me percaté unos años después, se parecía a la de los Sno-Balls de Joe. Estábamos colocados y nos reíamos, pero aquel ambiente se parecía más al de la sala de espera de un centro de mamografías que al de una cueva sexual.

Pronto vino un chico joven con un pebetero grande y todos los presentes lo rodeamos. Nos fuimos pasando el pebetero en círculo y recuerdo que me desagradó vagamente la saliva compartida que suele formar parte de cualquier

pipa de agua que se fume en común. Pensé que si me disgustaba compartir la saliva con desconocidos sin duda no iba a tener un gran futuro en el asunto del sexo en grupo. Sin embargo, aquel hombre se quitó enseguida el albornoz y me tocó el cuello con una mano vacilante y Joe se quedó mirando mientras el hombre se agachaba para besarme, pese a que yo le llevaba al menos diez años. La mujer que había a mi lado se acercó más y posó su boca en mi cuello; tenía el pelo oscuro y aspecto de duende, y podría haber trabajado como doble de Audrey Hepburn.

No puedo decir que no fuera una noche excitante; lo fue, de esa manera animal indefectiblemente propia de todo lo que resulta húmedo, entrecortado y rítmico. La pareja, formada por Don y Roz, concentró en mí toda su atención bajo la mirada de Joe. Las manos del marido eran grandes y su mujer tenía una boca extremadamente pequeña, con la que me daba besitos entrecortados, como si a cada momento recordara, olvidara y recordara de nuevo qué estaba haciendo allí.

–Ah, qué suave eres –susurraba como las niñas cuando revelan un secreto.

Aunque me correspondía decirle algo, no fui capaz. Joe estaba mirando; vi que se apoyaba en la pared acolchada, asintiendo levemente para dar muestras de su drogada aprobación.

Me pregunté cómo habría sido mi vida con otra mujer: una vida ajena a los hombres, a sus aullidos y su perpetua necesidad de afirmación, de caricias, como si en su mente siempre estuvieran dentro del Antro de la Iniquidad, siempre esperando con el lazo del albornoz medio suelto, deseando que una mujer lo suelte del todo y los haga felices.

Los hombres y las mujeres se paseaban por la sala; a lo lejos, entre el humo, alcancé a oler algún aliento apestoso de ansiedad, tras el cual alguien se preguntaba si aquella noche encontraría el placer, si unas manos nuevas y cálidas soltarían el lazo de su albornoz.

Cuando Joe y yo nos fuimos, estaba saliendo el sol. Aquel mismo día, más adelante, pensando en lo que había pasado, me sentí consternada y puse fin para siempre a mi breve momento de relación casual y bisexual, a mi breve oportunidad de imaginar que huía del hombre al que me había atado en un temprano ataque de optimismo adolescente.

Además de estas historias, la biografía de Joe incluirá sin duda lo que sucedió entre Joe y Lev Bresner el 20 de diciembre de 1973, en el piso de los Bresner en Riverside Drive, con su largo vestíbulo. Hasta esa noche, Joe nunca había sido violento; nunca, ni una sola vez. Creo que a los que están verdaderamente ensimismados les cuesta mucho abandonar su estupefacción para causar daño a los demás. Las discusiones que solíamos tener –sobre su carrera, el dinero, los hijos, la propiedad, incluso a veces sobre las mujeres– nunca fueron violentas, aunque a menudo sí eran salvajes.

–No soporto que hagáis esto –nos gritó una vez Alice cuando era pequeña. Joe y yo estábamos en plena discusión, en una noche frenética–. ¿No podéis portaros bien, para variar?

–A tu padre –dije con cuidado, tomando aire a pequeños sorbos controlados– le cuesta mucho portarse bien. Ese es el problema, exactamente.

Alice y Susannah lloraban y nos pedían que no nos peleáramos y en una ocasión, durante lo que parecía una pacífica cena familiar, Susannah le pasó a Joe una especie de recortable de papel de colores cubierto de blondas como una tarjeta de San Valentín, en el que había escrito:

Si tú y mamá
dejáis de gritar
créeme, papá, no puedes ni imaginar
cuánto os querría.

Y al verlo Joe se echó a llorar.

Entonces se levantó y se hincó de rodillas junto a la silla de nuestra hija mayor; la apretujó, tumbó su vaso de leche y lo derramó, la hizo llorar de pura confusión y provocó que Alice, que no solía llorar, se sumara a sus lágrimas.

–Os quiero a todos, patitos míos –dijo–. Nunca, nunca he querido haceros daño. A veces hago tonterías. Tonterías muy grandes. Preguntádselo a vuestra madre. Cuánto lo siento.

–Te perdono –decidió Alice al cabo de un rato, y luego Susannah la secundó con voz temblorosa.

David no dijo nada y siguió comiendo como si nada hubiera sucedido a su alrededor.

Yo me quedé pensando en la facilidad con que Joe se había escabullido del anzuelo, en lo listo que era, en su arrepentimiento. Al otro lado de la mesa, a sus cinco años, David lo contemplaba todo con la misma mirada fría y crítica, y he de decir que lo admiré por eso.

No, Joe no era violento. En cualquier caso, no lo fue hasta el 20 de diciembre de 1973. Fue la noche de la fiesta de Janucá en casa de los Bresner, una celebración anual en la que todas las habitaciones quedaban impregnadas de olor de fritura y la pequeña Tosha Bresner permanecía en la cocina, con una rasera en una mano y una cacerola de pastel de patatas en la otra. Era como una cadena de montaje formada solo por una mujer; apartaba trozos de patata y cebolla y les daba forma de empanada con sus manos rojas, congeladas años atrás, y luego los soltaba en el aceite que salpicaba, para retirarlos poco después, cuando alcanzaban la perfección exterior y una húmeda esponjosidad interior capaz de lograr que quien los comiera olvidara cualquier cosa terrible que hubiera ocurrido en su vida. Las esposas, tras masticar aquellos pasteles de patata, olvidaban las infidelidades de sus maridos. Y ellos, a su vez, olvidaban la ansiedad de la carrera de caballos de la literatura, una obsesión que, salvo en ese momento, recorría sus cuerpos y estropeaba sus metabolismos.

–Tosha, ¿puedo hacer algo? –pregunté aquella noche.

–Ah, Joan, gracias, gracias –contestó–. Toma. ¿Puedes llevarte esto? Los hombres están muertos de hambre. Son como animales. Ay, espero que sea suficiente.

Soltó una risotada salvaje y en cierto modo impropia, y me pasó una bandeja.

En el salón, los hombres y las mujeres se movían en torno a varias *menora* caseras colocadas estratégicamente y veían cómo se iban consumiendo las velas y bebían vino y cerveza y hablaban sobre el rasgueo y la percusión de un álbum de Jefferson Airplane. Pronto dejaríamos el rock and roll para siempre y se lo donaríamos a nuestros hijos, sus verdaderos dueños, aunque todavía no lo sabíamos. Pronto solo seríamos capaces de tolerar aquella música con la que nos habíamos criado: grandes bandas, jazz y clásica. Ninguna otra sería capaz de penetrar nuestros envejecidos cráneos.

¿De qué hablábamos esa noche? En esa época, se trataba de Nixon las veinticuatro horas del día: todo sobre Nixon, a todas horas, su cara paranoide y

carnosa de basset, el desastre de Watergate, la gavota compleja de la Casa Blanca. El salón estaba dividido en dos grupos y cada uno de ellos mencionaba de vez en cuando un nombre que salía escupido como el aceite de la sartén de Tosha Bresner. Haldeman. Ehrlichman. Para reír, Martha Mitchell, incapaz de cerrar la boca. Despreciábamos a esas figuras y sin embargo seguíamos sus horriblas antiguallas con cierta fiebre. Estábamos en pleno Janucá, en invierno, y faltaban solo ocho meses para que Nixon y la pobre Pat, huesuda y vacilante, abandonaran el césped de la Casa Blanca.

En esa época las corbatas de los hombres eran anchas como carreteras y tanto los escritores como los profesores universitarios llevaban aún el pelo algo largo, o al menos crecido a lo ancho, convertido en aquellos setos podados que se identificaron informalmente como lo afro judío. (Para que conste en acta, no había ningún negro en la sala. Habíamos tratado a algunos en los sesenta, durante el movimiento de los derechos civiles y luego quedó algún escritor negro que de vez en cuando aparecía por nuestros salones, pero se alejaron de nuestro mundo, o tal vez los dejamos fuera.) Las mujeres llevaban vestidos de azul índigo y granate y collares de cuentas de América Central. A esas alturas la mayoría trabajaban, habían pillado algún trabajo o una licenciatura como si se adjudicaran en el juego de las sillas y fuera necesario obtenerlos con esfuerzo antes de que parara la música.

Entré en aquel salón con una bandeja nueva de pasteles de patata. «¡Comida!», anuncié, y la gente abandonó los dos grupos separados para comer, cogiendo los pastelitos con las manos y felices de quemarse la lengua. Cuando Tosha entró por fin en la sala, fue recibida con aplausos y respondió con timidez, sonrosándose por aquel breve momento de atención que representaba una fracción minúscula de la que solía recibir su marido cada día. Me pareció que estaba demasiado contenta, tanto que podía partirse, y se frotaba las manos arriba y abajo en el costado del vestido mientras murmuraba.

—Eres genial, Tosha —dijo un charlatán llamado Belstein, cuyas novelas contaban, una tras otra, la vida de un personaje que se llamaba Felstein.

Le dio un beso en la coronilla, donde el pelo se recogía en una pelota oscura y brillante. Alguien le pasó a Tosha una copa y se quedó un rato bebiendo, algo inusual en aquella mujer, porque le gustaba escabullirse a los rincones donde

nadie pudiera verla. Era como alguno de los infinitos hámsteres que habían vivido en las habitaciones de nuestros hijos. Cuando intentabas prestarles atención, tocarlos o mostrarles afecto, se escondían en los túneles que había en sus jaulas. El túnel de Tosha Bresner solía ser la cocina, pero aquella noche había abandonado sus superficies calientes y húmedas justo a tiempo para lo que al fin se convertiría en la famosa pelea entre dos maridos famosos.

Empezó como parece que suelen empezar esas cosas, virtualmente por nada. Una conversación casual, una serie de comentarios políticos y el desprecio de algún ensayista sobrevalorado.

–¿Viste esa foto la semana pasada en el periódico? –preguntó Joe–. Las fosas nasales eran gigantescas. Me apuesto lo que quieras a que guarda resmas de papel enteras ahí dentro.

–¿A quién le importan sus fosas nasales? –contestó Lev–. ¿Te burlas del aspecto físico de un hombre? ¿Estás diciendo que tiene la nariz demasiado grande?

–Bueno, es un borde arrogante –dijo Joe–. Esa nariz le da pinta de esnob. Como si se la hubiera esculpido a propósito. Agrandada. Para tener aire aristocrático. Sus libros también son falsos, Lev, incluso tú serías capaz de darte cuenta.

–¿Cómo que incluso yo? ¿Soy tan espeso que no soy capaz de entender la verdad sobre un escritor?

–Sí, con este escritor en concreto creo recordar que tienes una debilidad –siguió Joe–. Siempre encuentras una razón para defenderlo.

–Es mi amante –dijo Lev, con cara inexpresiva.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y el coro de escritores y editores se echó a reír. Aquellos hombres no tenían sangre homosexual, ah, no. Nada de homosexualidad, ni hemofilia, nada raro de ninguna manera.

–No es tu amante –dijo Joe de inmediato–. Es tu jodido hermano del Talmud. Se hizo el silencio en la sala.

–¿Qué? –preguntó Lev.

Estaba reevaluando a Joe, tomándole la medida; eso pasaba de vez en cuando entre Lev y otros escritores. Yo lo había visto ya antes, pero nunca entre él y Joe.

–Nada –murmuró Joe.

–No, dímelo.

–De acuerdo. Ya sabes que tiendes a favorecer a los demás judíos. Sabes que lo haces –siguió Joe–. Es un hecho comprobado. Lo acepto. Mira, esto no es un «te he pillado», antisemita, Lev, o sea que no intentes volverlo en mi contra.

Pero Lev siguió atacando, intentando analizar sus palabras, y Joe se levantó, accionado por un resorte, y los dos hombres se pusieron a gritarse, despreciando cada uno la obra del otro. Según Lev, Joe estaba «lleno de gilipolleces», era «un pretendiente al trono del Gran Puto Escritor Americano».

Y Lev, según Joe, estaba usando «su infancia en un campo de concentración como un salvoconducto para colarse en los sitios importantes».

–Que te den –dijo Lev.

–No, que te den a ti –contestó Joe.

Y entonces Lev le dio un bofetón. Joe se tambaleó, pero no se hizo daño de verdad; todo el mundo se dio cuenta. No era grave. No perdió ni se le soltó ningún diente, no le partió el labio ni empezó a derramar sangre con tintes dramáticos, aunque benignos. (El labio, ah, el labio, tan melodramático con su sangre infinita, aunque nadie se muere por partirse un labio.) Aun así, algo sangró y Joe se asustó al llevarse la mano a la boca y ver que salía brillante. Devolvió el golpe y los dos hombres iniciaron una pelea desmañada, con bofetadas, puñetazos, patadas e insultos: «Mierdecilla», «Fraude», «Cerdo», «Gilipollas tú».

Y entonces Joe añadió:

–¿Sabes qué? Me gustaría verte escribir una novela, Lev, solo una, en la que no se te permitiera usar las siguientes teclas de la máquina de escribir: H-O-L-O-C-A-U-S-T-O.

Ante la mirada fascinada y aterrada de los demás invitados, los dos escritores se metieron juntos en una habitación. Era el dormitorio de la hija menor de los Bresner, con las paredes pintadas de rosa y una cama con dosel, en la que terminaron Lev y Joe, caídos sobre un oasis de muñecas Barbie semidesnudas, con sus piecitos puntiagudos. Gracias a Dios, nuestros hijos no habían querido venir a la fiesta con la excusa de que era aburrida y no había chicos de su edad. Todo el mundo se apiñó junto a la puerta, tratando de poner fin nominalmente a la pelea, pero en realidad nadie quería que se terminara.

Yo estaba avergonzada. No quería mirar: quería un cigarrillo y me quería ir a

casa. Tosha, sin embargo, estaba histérica:

–¡Joan! ¡Diles que paren! –exclamaba, agarrándose a mí.

La abracé, asombrada de que le afectara tanto aquella pelea de gallos.

–Pronto se terminará –dije.

Y así fue, pero no de la manera que yo había pensado.

Al parecer, Joe metió una mano en el escritorio de la niña y sacó lo primero que encontró. Era una comba de saltar y rodeó con ella el cuello huesudo de Lev y apretó durante un segundo, lo suficiente para que un montón de invitados saltaran frenéticos sobre aquella cama con dosel, que se colapsó de inmediato bajo el peso colectivo de todos aquellos escritores de ficción, poetas y ensayistas.

Estoy segura de que Joe no quería asesinar a Lev; parecía que su gesto fuera una exhibición, una parodia de la rabia, una especie de representación interpretada con el objeto más absurdo del mundo; la cuerquita de una niña para saltar a la comba. Sin embargo, alguien llamó a la policía y se llevaron a Joe a la comisaría y tuve que seguirlo en un taxi, horrorizada. Había periodistas y fue una noche agotadora de charlas, mientras Lev ingresaba en urgencias del hospital presbiteriano de Columbia para que le examinaran el cuello dos enfermeras que nunca habían oído hablar de Lev Bresner y no entendían qué pasaba allí, el lento hervor de aquel drama, las reverberaciones que tendría, su capacidad de terminar convirtiéndose en referencia como «la bronca», «la contienda», el momento seminal en la vida de aquellos dos hombres.

A Tosha tuvieron que tratarla por histeria. Lloraba y se lamentaba en la sala de urgencias y gritaba: «¡Mamá! ¡Papá!», aunque yo sabía que sus padres habían muerto asesinados en el campo de concentración muchos años antes. El personal de urgencias se tomó su condición mucho más en serio que la de su marido; oí que hablaban de ingresarla para que pasara la noche en una sala de evaluación psiquiátrica, aunque al final la calmaron con un sedante y la enviaron a casa con Lev.

La historia duró cuatro meses: tuve que pagar la fianza, fijaron fecha para el juicio de Joe y luego, por fin, Lev retiró las acusaciones con mucho boato. Los amigos comunes le habían convencido para que lo «dejara estar». Hubo mucha introspección, mucha agonía al respecto de toda aquella situación, patética y mortificante, y al fin Lev decidió no presentar acusaciones y los dos hombres

volvieron a ser amigos, se pidieron perdón mutuamente, se abrazaron y soltaron llantos sonoros, se sonaron las narices y se secaron los ojos en las respectivas camisas, se rieron de todo lo que había pasado, cada uno escribió su visión del suceso para una revista de gran distribución y salieron de nuevo juntos a cenar, seguidos por nosotras, sus esposas.

Nosotras los seguíamos y seguíamos por toda Nueva York. Una vez, en un tejado (no recuerdo qué hacíamos allí, era tarde y hacía mucho frío pero los hombres querían ver la ciudad desde arriba), Tosha Bresner se volvió hacia mí y dijo:

–Ay, Joan, llevamos toda la vida aguantando a estos hombres.

–¿Tanto daño te ha hecho? –le pregunté.

Se quedó pensando, aturullada.

–No siempre –contestó deprisa–. ¿Y a ti?

–No –dije–. Ha habido de todo.

Miré hacia los edificios, las columnas ocasionales de humo y, más allá, el Hudson, tras el cual, hacia el norte, quedaba nuestra casa, silenciosa y oscura, a la espera. Normalmente me gustaba estar allí, despertarme por la mañana y oír los crujidos y los movimientos de la madera al acomodarse, incluso ver a Joe con el brazo doblado sobre la cabeza, con los ojos firmemente cerrados todavía, aferrándose a lo poco que lograba dormir. No es que mintiera a Tosha. No siempre era desgraciada; Joe y yo habíamos tenido momentos buenos, sobre todo al principio. Una vez bailamos juntos en el salón. Otra, hicimos un pastel enorme para una fiesta. Y más adelante, durante un tiempo, llegó la comodidad, los leves suspiros de alivio. Todos los matrimonios tienen sus momentos. Incluso el de Tosha y Lev. Incluso el nuestro.

Pero en ese momento ella y yo estábamos tristes en aquel tejado y por mucho que ella quisiera contarme la medida de su sufrimiento, la verdad es que yo no lo quería oír. No podía saber que para ella la vida era insoportable de verdad, todo lo que había visto, todo lo que le había quedado tras tambalearse detrás de un hombre famoso, intenso y ambicioso y tener que trepar por una escalera metálica en plena noche para estar con él en un tejado.

Eso fue a principio de la década de 1980, no más tarde, porque Tosha Bresner se suicidó en 1985. Incluso ahora me impresiona. Estaba demasiado asustada,

era demasiado inestable, y al parecer la imagen de sus padres asesinados, y sus hermanas, la invadía cada vez con más frecuencia, cosa que la obligaba a salir de cualquier habitación en la que estuviera, a disculparse y abandonar la fiesta, a tomar diversas pastillas contra la depresión y contra una ansiedad que nunca podría aplacar, hasta que al fin se tragó el bote entero de Xanax mientras Lev leía su conferencia Carl Sandburg en la Universidad de Chicago (en Chicago, según me contaron, vivía una mujer a la que Lev adoraba, una joven divorciada que llevaba una librería pequeña y elegante con sillones de piel y vino para los clientes), y cuando él regresó a casa al día siguiente, de un humor espléndido tras su botín de halagos y de vigoroso sexo, se encontró a su mujercita muerta en la cama, con las manos abiertas, como si preguntara: «¿Qué otra cosa podía hacer?». Nos llamó, sollozando e histérico, y fuimos enseguida.

Lamenté su muerte durante años y culpé a Lev, aunque me daba cuenta de que no era justo por mi parte. Después del funeral de Tosha, mientras nos desnudábamos sentados en la cama, dándonos la espalda, le dije a Joe:

–Tendría que habérselo imaginado.

–¿Qué quieres decir? ¿Habérselo imaginado y no irse a Chicago? Él no sabía que ella iba a hacer lo que hizo. ¿Cómo iba a saberlo? Por Dios, si está hecho polvo.

–Lo digo por todo en general –insistí–. Ella lo necesitó tanto durante tantos años... Lo que le pasó cuando era pequeña, toda su familia asesinada. Sus hermanas, sus padres, y también sus abuelos. Y luego, eso de Lev con las mujeres. ¿Cuántas mujeres había?

–No tengo ni idea –contestó Joe con frialdad.

–Fue la gota que colmó el vaso.

–Es imposible saber qué empuja a la gente a dar el salto. Y tampoco sabemos qué hablaban entre ellos –dijo Joe–. Qué clase de acuerdo tenían.

Como si él y yo hubiéramos hablado alguna vez de eso, como si hubiéramos admitido abiertamente que la necesidad de los hombres de ser infieles a sus mujeres fuera algo digno de protección y apoyo a cualquier precio.

La biografía de Bone incluirá sin duda a algunas de las mujeres de Joe. El libro tendrá que mencionar cómo las buscaba y cómo ellas lo buscaban igualmente a él.

La mayoría de las mujeres de Joe se negarían a dar el paso de hablar con un biógrafo y nunca las ha identificado nadie; han preferido encerrar en sus propias memorias la época en que fueron jóvenes y Joseph Castleman las conquistó.

Mujeres como Merry Cheslin, que conoció a Joe en el porche de una casa de campo en una famosa conferencia de un curso de verano que se llamaba Butternut Peak, en el verano de 1987.

Me parece improbable que Joe nunca se diera cuenta de que yo me había enterado, sobre todo porque de hecho ella casi se paseaba aquel verano con unos cartelones en los que llevaba escrito: ME ESTOY FOLLANDO AL GRAN JOE CASTLEMAN. POR FAVOR, MIREN POR LA VENTANA TRASERA DEL BIRCHBARK COTTAGE A MEDIANOCHE PARA VERNOS EN PLENA FAENA COMO ANIMALES. Me importaba bastante, pero por otro lado no me importaba tanto porque aquella Merry Cheslin me parecía patética con su pinta de Rapunzel de pelo negro. Era joven, entonces mediaría la veintena, y aspiraba a convertirse en novelista, como la mitad de los participantes del Butternut Peak. Pero era de una belleza llamativa; probablemente ese fue siempre su fuerte. Desde el principio del colegio, la belleza debió de ser la cualidad definitoria de Merry Cheslin, el único detalle que se podía dar por hecho cada año. («Uy, mira, ahí está Merry, en su taquilla, después del verano ha vuelto aún más guapa, aunque parezca increíble.») Por supuesto, se moría de ganas de ser escritora. Como tantas mujeres, ardía en deseos, no quería más que publicar y toda su vida se encaminaba hacia el momento en que encontrara un agente y un editor y apareciera su primer libro.

Habría podido suceder si llega a tener un mínimo de talento. Habría podido suceder si llega a ser capaz de imaginar la manera de conseguirlo. Estaba tan empeñada en ello que emitía su ambición de un modo palpable, se le escapaba como el relleno de un almohadón y al cabo de un tiempo dejó de preocuparse por conservarla y pasó a permitir que todo el mundo se diera cuenta: Merry Cheslin iba a ser una escritora famosa. Sería una de esas escritoras de las que hablaba todo el mundo, una de esas mujeres elegantes, de ojos oscuros, cuyas novelas transcurren en Hawái, o en la Toscana, para las cuales «la ciudad es en sí misma un personaje», o por lo menos eso afirman en las entrevistas.

–Estoy escribiendo un diario –le dijo una vez a Joe, después del primer taller de Butternut Peak.

Luego desvió la mirada enseguida, como si acabara de transmitirle una información crucial y furtiva, como: «Mi tío me violó cuando era pequeña».

Esta parte me la estoy inventando. No había diario; al menos, no que yo supiera. (Y si efectivamente existía estaría forrado con retales y lleno de hojas secas por dentro.) En realidad no sé qué le dijo; Merry Cheslin es una de esas personas con las que nunca he hablado. No sé de qué hablaban durante los intervalos entre el entrechocar de sus cuerpos a medianoche en el Birchbark Cottage, aunque me lo puedo imaginar.

–Escribo un diario –diría ella.

Joe, que siempre odió los diarios, que abominaba del concepto de «escribir para uno mismo» por su contraposición a escribir para que lo lean los demás (incluso una escritora de diarios tan prolífica como Virginia Woolf debía de saber que algún día alguien leería aquellas páginas), la miró y le contestó:

–Ah, qué bien, me alegro por ti. Si quieres ser escritora has de seguir escribiendo. Un diario es una buena forma de empezar.

La ficción de Merry Cheslin era horrible. Eso sí que lo sé de verdad porque, aunque yo fuera la esposa, me tocó echar un vistazo a los manuscritos que él se encargaría de destrozar durante el taller, que se celebraba en unas tumbonas en un campo desde el que se veía el monte de Butternut. Aquellos manuscritos mecanografiados que olían tan bien permanecían en un viejo armario astillado de la casa que nos dieron aquel verano, que se llamaba Peachtree. Una noche, Joe se fue al porche de otra casa a beber con algunos de los escritores. Había hombres y mujeres; ellas tendían a ser amables y a hablar con cariño a los alumnos, mientras que ellos eran un grupo irregular: algunos eran poderosos; otros, como perros abandonados, agradecían la oportunidad de estar ahí, pues sus novelas eran ampliamente ignoradas por el público lector. Solo durante aquel verano podían sentirse grandes.

Mientras Joe estaba sentado en aquel porche yo me llevé el montón de manuscritos de sus alumnos a la cama y me puse a leer. Entre el montón había un par de imitadores de Joe, hombres todos ellos, la mayor parte jóvenes, y una mujer de escritura temblorosa a espacio simple, tal vez mayor, que había escrito bajo el título de su impublicable historia la leyenda: «Copyright, Gloria Bismarck. Derechos libres para serialización en Estados Unidos.

Aproximadamente, 4.231 palabras». Eso bastaba para que se te partiera el corazón en vez de provocarte desprecio. Supuse que Gloria Bismarck era una viuda que vivía en la zona residencial de alguna ciudad y que aquellas dos semanas en Butternut Peak eran el momento más importante de su vida. En realidad, ante los ojos de la mayoría de los escritores de la facultad, ni siquiera existía porque era mayor, triste y ridícula y tenía varices y ya nadie podría tocar su cuerpo durante lo que le quedaba de vida, ni leer nada que hubiera escrito, salvo que cobrara por leerlo.

Merry Cheslin, en cambio, capturó de inmediato la atención de los hombres de la facultad de Butternut. En cuanto pisaba el porche de alguna casa, la mayoría de ellos desviaban la mirada de sus manuscritos, de sus contertulios o de sus Bloody Marys, les temblaban las fosas nasales, se les quedaba la boca abierta, todos querían algo de aquella mujer simplemente por el muro externo de su belleza, lo único que importaba. Sus obras eran irremisiblemente pésimas. Quería ser poética y susurrante, y al mismo tiempo oscura, quería ser irresistible y atormentada al mismo tiempo. El relato que le había presentado a Joe era un empalagoso recuerdo de infancia llamado «El verano de la luciérnaga».

Su falta de talento no obstaba para que tuviera mucha confianza en sí misma, ni para que mi marido se la llevara a la cama en la habitación individual que ella había alquilado en Birchbark y le subiera el vestidito de tirantes ajustado. ¿Qué hacía yo mientras tanto? Estaba sentada en nuestra habitación, en Peachtree, estimulándome las encías con un cepillo interdental y contando los días que quedaban para que Joe y yo pudiéramos irnos de Vermont.

Las esposas son las inútiles de las conferencias de escritores. Dondequiera que fuese durante aquellos doce días, cada vez que salía de Peachtree y echaba a andar sobre el sendero de grava, sonaban las voces alegres para llamarme: «¡Buenos días, Joan!» O bien: «Eh, Joan, ¿vais a venir Joe y tú al picnic de la arboleda?».

Caía bien a todo el mundo porque no solo era una esposa, sino una esposa alfa, la señora del perro alfa. El perro alfa que, como sabía todo el mundo, me la estaba pegando alegremente, follando como un loco en Birchbark, la casa separada de Peachtree solo por Wildwood y Silverspruce y por el gran comedor de madera, con sus olores de campamento de verano y sus vasos recién sacaditos

del lavaplatos, que cada mañana calentaban mi zumo de naranja hasta alcanzar aproximadamente la misma temperatura que el baño de la noche anterior.

En el comedor me sentada con Joe y frente a las demás esposas y sus maridos. Había algún que otro marido presente para acompañar a su esposa escritora, pero la mayor parte tendía a ausentarse de las conferencias con la excusa de que no podían robarle tiempo a su propio trabajo. También había algunos críos por el suelo, pero los nuestros se habían hecho mayores ya y tenían sus propias vidas. En el comedor nos comportábamos todos con ese relativo regocijo que se espera de los escritores en las conferencias, pues sin él cualquiera podría echar un vistazo a su alrededor y darse cuenta de dónde se había metido; de todo el narcisismo y la antipatía suelta entre la hojarasca.

—¿Quieres ir al pueblo esta tarde? —me preguntó una de las otras esposas.

Era una mujer que se llamaba Liana Thorne y parecía uno de esos insectos que se posan en las ramas y cambian de color en cualquier momento para pasar totalmente inadvertidos. Tenía una expresión llena de esperanza. Su marido, Randall Thorne, había sido famoso, aunque en los últimos años sus novelas habían terminado saldadas, pero era amigo del director de aquellas jornadas y cada año le pedían que volviera.

Aquel mismo día, más adelante, mientras nuestros maridos dictaban sus talleres —mientras Merry Cheslin permanecía sentada junto a Joe, atrapando su mirada, anotando absolutamente todo lo que dijera sobre la «voz» y la «suspensión voluntaria de la incredulidad»—, monté en el Yugo trasteado de Liana con ella y otras dos esposas, Dusty Berkowitz y Janice Leidner, y salimos hacia la ciudad.

—Libres, por fin libres —dijo Dusty Berkowitz cuando el coche cruzó los muros de piedra de Butternut Peak—. Gracias a Dios Todopoderoso, al fin soy libre.

Nos reímos todas un poco y luego Janice dijo:

—Ni el doctor King tuvo que aguantar lo que aguantamos nosotras.

—No, pero creo que a Coretta sí le tocó —contesté.

—Ser como ellos es muy duro —dijo finalmente Liana.

—¿Ser negro?

—No, ser como esos hombres —dijo Liana—. Escritores a quienes todo el mundo quiere escuchar. Ese tipo de hombres de quienes los demás deciden que tienen la

clave de todo. Randall dice que se esfuerza mucho por complacer a todo el mundo, pero que no lo consigue.

«Sigue soñando, Randall», pensé, imaginando cómo debía de envidiar el esposo de Liana la preponderancia de Joe en aquel mundo.

Llegamos a la ciudad y nos tuvimos que reconstruir al salir del coche. Pensé que aquel era el tipo de coche que se podían permitir la mayoría de los escritores con lo que ganaban; un coche canijo y feo y tal vez poco seguro, con un adhesivo del aparcamiento de la facultad pegado en el parabrisas. Aunque se habían conocido infidelidades de los cuatro hombres, yo creía que solo Joe ponía todo aquel vigor en sus líos. Las cuatro esposas nos paramos a mirar unas bufandas hechas a mano y expuestas en los escaparates de una de las tiendas locales de artesanía, Vermont Country Artisans, admiramos su textura y su color y luego nos metimos en la tienda para palpar el material, y obtener así nuestro propio placer sensual como podíamos. Había un chal de color berenjena y recorrí con mis manos sus fibras largas y plateadas como si fuera una melena.

El pelo de Merry Cheslin era más oscuro. Hundí la cabeza en el chal y me froté el hocico.

—¿Verdad que es bonito? —preguntó la joven dependienta, mostrándose atenta—. La hizo una artesana de aquí. Además, resulta que es ciega, o sea que es una monada.

¿Qué podía ofrecer Merry Cheslin, aparte de su melena larga y lavada con frecuencia, de su mala escritura y de un cuerpo listo para ser acariciado sobre la cama como aquel chal, como un mero consuelo, como un regalo? A Joe le hacía falta; para él era como plasma. «Es duro ser como ellos», había dicho Liana Thorne, y yo nunca había intentado saber dónde estaba la dureza, qué les faltaba a esos hombres, qué necesitaban, qué era eso que no podíamos darles nosotras.

Les dábamos todo lo que teníamos. Todas nuestras propiedades eran suyas. Nuestros hijos eran suyos. Nuestras vidas les pertenecían. Nuestros cuerpos ajados y castigados por la vida eran suyos también, aunque era frecuente que ya no los quisieran. Mi cuerpo no estaba mal; aún no lo está, por mucho que, mientras yo reclino la cabeza en una tela de color berenjena, Joe esté mirando a los ojos a la mujer con la que luego se va a acostar en Birchbark.

Y entonces, en medio de Vermont Country Artisans, rompí a llorar. Las demás

esposas, asustadas, me sacaron de la tienda y me llevaron a la cafetería vegetariana de al lado, donde me rodearon con su solidaridad.

–Yo te admiro, de verdad que sí –dijo Janice, cuando confesé por qué lloraba–. Todas hemos visto de qué va Joe, un verano tras otro, y sin embargo tú siempre haces como si no te importara.

–No teníamos ni idea de que te molestara –murmuró Dusty Berkowitz–. Pensábamos que por alguna razón..., estabas por encima de eso. Como si lo supieras, pero te importara una mierda. Como si fueras muy superior a todo eso.

Me soné la nariz con un pañuelo de papel marrón y pastoso y dejé que las demás se ocuparan de mí. Me preguntaba por qué me había afectado tanto Merry Cheslin, cuando el verano anterior no me había inquietado lo más mínimo por aquella alumna de Joe que se llamaba Holly Nosequé. ¿Por qué la autora de «El verano de la luciérnaga» me empujaba a llorar abiertamente ante aquellas mujeres a las que apenas conocía?

Nunca había llorado demasiado por ninguno de los líos de Joe, por lo menos no delante de cualquiera que no fuese él. Siempre había supuesto que no significaban una verdadera amenaza porque, hasta donde yo sabía, ninguna de las mujeres con las que se acostaba Joe tenía talento y, por supuesto, ninguna de ellas era Merry Cheslin.

Sin embargo, ¿y si resultaba que el talento no contaba, al menos cuando se trataba de las mujeres de Joe? ¿Y si el talento no solo era insignificante, sino que incluso representaba una molestia? ¿Le gustaba más porque era una mala escritora? ¿Se sentía más seguro al tumbarse junto al cuerpo de una mujer que nunca representaría un desafío importante para él?

Sí, así era.

Creo que Joe pasó los doce días enteros de Butternut Peak liado con Merry. Durante ese tiempo parecía feliz, cumplía encantado con su papel en las parodias que montaban a veces los jóvenes camareros durante la cena.

–Ha llegado la hora de jugar al *Jeopardy* de Butternut Peak –anunció una noche el encargado de los camareros, un rechoncho estudiante de 23 años, mientras el resto del personal tarareaba la animosa sintonía de aquel programa de televisión–. Yo soy el presentador, Aleksandr Solzhenitsyn Trebek –dijo, provocando carcajadas joviales.

Les plantearon una serie de «respuestas» a tres «concurstantes»: una escritora de relatos llamada Lucy Bloodworth, Harry Jacklin y Joe, a quien arrancaron de su asiento, en el que se acababa de encajar con un plato de pudín.

Era un tono de burla literaria y la primera Pregunta Doble fue para Joe. Iban a leer una parte de un párrafo de una de sus últimas novelas y él tenía que terminarlo.

–Abro comillas –dijo el camarero–. Shirley Breen no era una mujer envidiosa. Nadie había dicho nunca de ella: «Ahí va Shirley Breen, la que desea cosas que no le corresponden». En su vida, solo había una cosa que quisiera y no pudiera obtener.

El camarero hizo una pausa teatral.

Era fácil. La respuesta, en forma de pregunta, era: «Qué es un vaso de licor... del que había bebido Mae West». Al menos una cuarta parte de las personas de aquel comedor podrían haber gritado al unísono esas palabras. Sin embargo, Joe se quedó sentado ante todos ellos, rascándose la cabeza y con cara de vergüenza.

–Vaya, por Dios –dijo al fin–. Ahora sí que la he cagado. Ya sabéis todos mi terrible secreto.

–¿Y cuál es ese secreto? –preguntó el camarero.

Miré a Joe con curiosidad.

–Que padezco un Alzheimer muy grave –contestó–. Ni siquiera puedo recordar lo que he escrito un minuto después de terminarlo. Que alguien me pegue un tiro.

En el café vegetariano, con las otras tres esposas, lloré y lloré y una masa de cabezas y codos acudió a consolarme, o a intentarlo.

–Me siento tan humillada –dije– cuando me levanto cada mañana y salgo de la casa sabiendo que todo el mundo lo sabe. ¿Os parezco ridícula? ¿Una figura patética?

–¡No! ¡No! –exclamaron–. ¡En absoluto! ¡Todo el mundo te admira!

¿Quiénes eran esas mujeres? Por defecto, eran mis amigas, mis compañeras, unas mujeres agotadas que tenían sus propias carreras en las que la gente se esforzaba por interesarse.

–¿Qué tal va la obra social, Liana? –le preguntó un estudiante una tarde en un picnic, aunque ninguna respuesta posible podía evitar que desviara la vista y la

fijara en objetivos más deseables: novelistas famosos que escupían semillas de sandía en la arboleda.

–¿Qué tal va la ayuda a los refugiados, Joan? –me preguntó en otra ocasión una poetisa mayor que se había enterado de mi colaboración con una organización solidaria.

Le contesté lo justo para mantener la conversación y nada más, aunque parecía decepcionada, como si de verdad le interesara. Con el paso de los años Joe había exagerado mi participación en esas obras de caridad, aparentando que estaba implicada de un modo que exigiera un silencioso respeto.

–No tengo nada –le dije a las demás esposas.

Me dijeron que me equivocaba, que tenía mucho, que aportaba cosas al mundo, que mi presencia era positiva, que siempre me habían considerado «inteligente y con clase», por decirlo con las palabras de Janice Leidner.

–Es como si tuvieras una vida entera y distinta dentro de ti –dijo Dusty Berkowitz.

–Todas la tenemos –contesté.

–Yo no –dijo ella, con su risa redonda y rasposa por el tabaco–. No hay más que lo que se ve.

Dusty Berkowitz, 55 años, el pecho lleno de pecas por tomar el sol, la melena roja como un duende, ya no existía para su marido.

Janice Leidner sí existía todavía para el suyo, aunque solo como una silueta; una noción, más que los detalles.

Liana Thorne, profundamente melancólica e insulsa, tenía un marido cuyo máximo anhelo era formar parte del club de los hombres, y siempre se estaba abriendo paso a codazos, lo cual excluía cualquier otra actividad o interés.

Y yo, rubia, delgada, madura, pero conservada por la acidez de aquel largo matrimonio. Los jugos conyugales me mantenían viva, me ayudaban a seguir adelante. Joe y yo nadábamos juntos en una pecera: yo nadaba a solas cuando él se iba a besar las partes tiernas del cuerpo de Merry Cheslin. Luego, agotado, regresaba siempre nadando hacia mí.

Ahí estaba a las tres de la madrugada, abriendo despacio la puerta de nuestra habitación en Peachtree y entrando, iluminado desde detrás por la luz del recibidor.

–¿Joan? –me dijo–. ¿Estás despierta?

Entró en la habitación echando aquella peste a tabaco que se le pegaba al cabello, al suéter, a los poros de la piel.

Salí del sueño profundo en que estaba sumida y levanté la cabeza.

–Sí –contestaba siempre, aunque no fuera verdad–. Estoy despierta.

Se dejó caer en la cama a mi lado, aquel hombre rodeado de humo y de nubes, que seguía llevando vaqueros aunque ya se le había pasado la edad, con los ojos inflamados por el humo que había en el dormitorio de donde venía, de aquella fiesta en la que se juntaban los escritores divinos y las alumnas humildes. Y luego su fiesta particular en Birchbark, donde había entrado en una cama idéntica a aquella con una mujer que no tenía ni el menor parecido conmigo.

A las tres de la mañana de aquella noche de verano, y de los veranos anteriores y de los veranos siguientes, estuvimos juntos, marido y mujer unidos en plena noche neblinosa de Vermont. Los murciélagos revoloteaban alrededor de los pinos en torno a nuestra casa y a veces se quedaban colgados como monederos del tejado de nuestra terraza, y la noche se erizaba con los ojos brillantes de los animales del bosque y el repiqueteo arrítmico de los bichos extraños que yo confiaba en no ver jamás, pero cuya presencia aceptaba en torno a mí durante doce días cada año. Él estaba conmigo; dormíamos juntos y nos despertábamos juntos, día tras día, mucho más de lo que se puede decir de Merry Cheslin, de quien tras aquel verano nunca más se supo como escritora, y quien en el boletín de los alumnos de Butternut Peak se ha descrito a sí misma recientemente de la siguiente manera:

Estoy divorciada –afirma Merry Cheslin– no tengo hijos, no he conseguido publicar mi novela (uf...), pero soy feliz con mi trabajo en una empresa de software educativo en Providence, Rhode Island, que, aunque parezca increíble, me ofrece la oportunidad de aplicar alguna de las dotes creativas que aprendí en Vermont hace muchos años...

Merry Cheslin, y algunas más, aparecerán en la biografía de Bone, aunque sea con una descripción vaga. También otras mujeres de las visitas de Joe a diversas universidades, aparte de alguna que otra parásita y alguna relaciones públicas de Nueva York. Mujeres bellas y jóvenes con sus blusas de gasa y sus botas vaqueras, y chicas con estilo, recién licenciadas, que buscaban trabajo en el mundo

editorial.

Además de las mujeres, el «intento de estrangulamiento» de Lev aparecerá también en la biografía. Y también el infarto de Joe que terminó con la cirugía de una válvula; esta es una parte claramente anodina, porque en vez de la comba usada como arma, o los premios, o los apareamientos, solo hay una miserable escena que tuvo lugar en un restaurante que se llamaba Cracked Crab, en el invierno de 1991. Éramos seis escritores y algunas de sus esposas. Los hombres habían alcanzado diversas alturas en la escalada del éxito y habían fijado bien fuertes los clavos en la pared de piedra, pero sus cabellos cedían ya al avance de las entradas, o desaparecían por completo, o resistían convertidos en alambres, lo que les daba el aspecto de payasos, al estilo de Einstein.

En ese grupo, Joe seguía ocupando el centro. No era el que hablaba más alto (ese más bien sería Martin Benneker, con su rugido y su granizo de saliva volante), ni era el más rico (sin duda, Ken Wooten, de cuyas novelas de espionaje, finas y cinceladas, se habían hecho películas), y tampoco el más inteligente, ni de lejos (ese papel le correspondía a Lev, que se lo había ganado a testarazos). Joe gozaba de una posición especial, indefinible, entre aquellos hombres, una especie de jerarquía silenciosa. A Joe le encantaba hablar y de vez en cuando le encantaba cocinar unos estofados confusos y espesos ante los que se podía pasar horas, echándole vino tinto a la olla y mezclando algo de carne y algún que otro manojito de perejil. Le encantaba leer, escuchar jazz, comerse sus Sno-Balls, beber en los bares y jugar a billar.

Aquella noche estábamos sentados a una mesa grande y redonda del Cracked Crab. Habían cubierto la superficie con papel satinado y estaba llena de cangrejos, como si hubiéramos tropezado con una colonia entera. Ahí estaban, un lío de pinzas y patas articuladas cubiertas por una capa de salsa Old Bay. Las botellas de cerveza, alzadas y vueltas a dejar sobre la mesa durante la animada charla, habían dejado marcas redondas por todo el papel.

Como suele suceder, las mujeres habían encontrado el modo de terminar juntas, pese a estar sentadas al principio en sillas separadas, y se echaban hacia delante para hablar, tal vez sobre alguna película china, mientras los hombres se tomaban el pelo y alardeaban como siempre y sonaba el ruido incesante, casi relajante, de las articulaciones de los cangrejos al partirse a tirones, o a bocados,

cuando de repente, con la boca llena de comida, Joe se recostó en la silla y dijo:

–Mierda.

Luego la silla cayó de golpe al suelo y la cara de Joe chocó contra el papel satinado y todos saltamos hacia delante.

–¿Te estás... asfixiando? –preguntó a gritos Maria Jacklin, con una voz que había aprendido a impostar en un curso de primeros auxilios.

Joe contestó que no con un mínimo movimiento de la cabeza. Tenía los ojos prietos de tanto dolor y las manos pegadas al pecho y los hombres levantaron de inmediato su cuerpo para subirlo a la mesa, justo encima del lecho de crustáceos, y se echaron sobre él igual que lo habían hecho años atrás durante la pelea con Lev.

Lev Bresner, que ya llevaba años de viudo y seguía sexualmente activo, pero más deprimido que nunca, aplicó los primeros auxilios, inclinó hacia atrás la cabeza de Joe y le aplicó los labios, luego alguien le golpeó el pecho y lo siguiente que vi fue que los de la ambulancia habían entrado por la sala trasera de madera del Cracked Crab y habían instalado a Joe en una camilla con una máscara de oxígeno en la cara. Alguien me abrazó; oí un follón de voces y quise acercarme a Joe, pero ya se lo llevaban rodando.

Cinco meses después, tras una recuperación larga y malhumorada de lo que en realidad había sido un ataque de corazón bastante leve, hubo que operar a Joe para sustituir una de sus válvulas humanas por una de cerdo. Permanecía acostado en nuestra cama de Wathermill, leía cartas y novelas y hablaba por teléfono con gente diversa de todo el mundo. Nuestras dos hijas vinieron a casa y se quedaron un par de veces, con la intención de animarme a mí y ayudar a su padre. Incluso David llamó y, aunque no preguntó directamente por Joe, supe por qué llamaba.

Aquel año me aferré a Joe, extremadamente asustada. Olvidé sus defectos; desaparecieron volando tan rápido como el sabor de aquella comida. Nunca he vuelto a comer cangrejos. Me inquietaba junto a su cama y anhelaba desesperadamente que se recuperara, y al final conseguí lo que deseaba.

La última noche en Finlandia, Joe y yo caminamos por los amplios escalones de mármol de la Ópera de Helsinki, con mi brazo apoyado en el suyo, rodeados por

el ruido de las cámaras, que no estaban allí solo por nosotros. Aquella noche estaba presente cualquiera que tuviera una cierta importancia en Finlandia, todos los escritores y artistas, los miembros del gobierno, gente de nombres curiosamente interesantes como Simo Ratia, Kaarlo Pietila, Hannes Vatanen. Los nombres tenían un sonido similar, seductor, y las caras el mismo color subido y la misma fineza de estructura ósea. Todas las dentaduras parecían fuertes y rectas, como si todo el país acudiera al mismo dentista. Los hombres y las mujeres fueron entrando en la Ópera con sus abultadas parkas nórdicas; solo después de entrar, cuando se quedaban con el vestido de gala, se notaba lo preparados que iban para una noche de alta costura. Ese era su momento, la liberación anual de un estado gélido y extasiado, la minúscula grieta en el hielo que permitía la entrada del mundo. Y aquella grieta en el hielo ese año se llamaba Joseph Castleman, un hombre bajo y gordo, vestido con esmoquin, que subía a mi lado unos escalones lisos para entrar en la dorada luz de la Ópera de Helsinki.

A mí me tocó sentarme en un palco junto al presidente de Finlandia y su esposa. Mientras se llevaban a Joe entre bastidores, me presentaron formalmente al presidente, un hombre de mi edad que se llamaba Timo Kristian y tenía una cara de una severidad similar a la de la arquitectura finlandesa. Llevaba una de esas fajas diagonales hechas de seda multicolor. Su mujer, doña Karita Kristian, algo más joven, vestida de negro, con un collar de amatistas en el cuello, permanecía sentada e inmóvil a su lado. No tenían nada que decirse, o eso parecía, y ni siquiera se esforzaban por transmitir la idea de que se relacionaban de alguna manera. En Finlandia el mandato presidencial dura seis años; aquel era el quinto de Kristian y tanto él como su esposa parecían muy cansados.

Al fin la señora Kristian se adjudicó la tarea de hablar conmigo. Ahí estábamos, de esposa a esposa.

–Bueno, señora Castleman –dijo en un inglés excelente–, ¿se lo ha pasado bien durante su estancia en Helsinki?

–Ah, sí –contesté.

–¿Qué impresión tiene de los finlandeses? –quiso saber.

Hablé un poco de su silencioso orgullo, de su buen gusto, de su elegante simplicidad, y debían de ser las respuestas idóneas, porque ella parecía

complacida.

—¿Y qué tal usted, señora Kristian? —le pregunté—. ¿Cómo es su vida en Helsinki?

La esposa del presidente estaba desconcertada. Me di cuenta de inmediato de que aquella pregunta tal vez le habría parecido rara e insolente. O quizá no estaba acostumbrada a ser objeto de un interés tan directo.

—Mi vida... —empezó a decir con inseguridad, y luego echó un rápido vistazo para ver si alguien nos escuchaba. No era así. El presidente estaba hablando con un miembro de su gabinete, un hombre con un enorme bigote rubio—. Mi vida —siguió Karita Kristian en voz baja, controlada— es tan desgraciada...

La miré fijamente. ¿Lo había oído bien? A lo mejor había dicho que su vida no era desgraciada. ¿Cómo averiguarlo? Su rostro, que parecía tan plácido como un instante antes, no daba ninguna pista. Justo en ese momento bajaron las luces y toda la audiencia guardó silencio. Doña Karita Kristian, la primera dama de Finlandia, se dio la vuelta para mirar hacia delante mientras en el escenario se alzaba el telón, grueso y festoneado, y revelaba un pequeño mar de hombres entre los que estaba mi marido. Había una o dos mujeres sentadas entre ellos y sus vestidos aportaban las únicas pinceladas brillantes de color.

Pronto recibió Joe su medalla de manos del presidente de la Academia Finlandesa de las Letras, Teuvo Halonen, el mismo hombre que nos había llamado en primera instancia para informarnos de que Joe había ganado el premio. El círculo de oro pendía de un fragmento de seda blanca y llevaba grabada una copia en miniatura del *Kalevala* y un par de manos que lo mantenían abierto. Incluso desde la distancia del palco pude apreciar el brillo tinteante de la medalla. Sonaron algunos fragmentos de varias novelas de Joe leídos con voz sonora por una actriz de cine que a menudo se echaba el pelo hacia atrás. Luego, Joe se levantó por fin.

—Buenas noches —empezó— y gracias por su amable recibimiento. —Inclinó la cabeza en dirección a los miembros de la Academia Finlandesa—. Miembros de la Academia Finlandesa, quisiera decirles que estoy profundamente agradecido y emocionado. —Luego, lentamente, alzó la cabeza hacia el palco—. Presidente Kristian —dijo—, gracias por honrarme en su bello país. Bla, bla, bla —siguió. No, no es justo por mi parte, sus palabras eran sensatas, aunque más bien poco

interesantes. Escuché con atención. No me había enseñado su discurso antes; para él era importante escribirlo él mismo y que nadie le diera su opinión antes de llegar a Finlandia—. Desde que llegué aquí —dijo—, he apreciado el vigor de esta tierra comparado con el duro espacio de resentimiento y abundancia que suele conocerse como Estados Unidos. En estos tiempos, desde que el terrorismo aceleró su ritmo global...

Me mortificó que hablara de terrorismo; era un tema tan fácil, tan barato y válido para cualquier situación... Bastaba con invocar el espectro del terrorismo y todo el mundo obedecía al instinto de ponerse serio. Apretaban los labios. La gente inclinaba levemente la cabeza. ¿No se le podía haber ocurrido algo más original? Joe siguió de esa guisa, citando a Rilke, Saul Bellow y *Las flores del mal* de Baudelaire. Su discurso predecible deambuló por la guerra contra el terrorismo —a través de las ventosas cuevas de Afganistán y de Oriente Medio—, y se enroscó para dar la vuelta al mundo, hasta que llegó de vuelta a casa. Ya casi estaba. Entonces Joe se detuvo y luego sus ojos se dirigieron sutilmente a mí mientras decía:

—Quisiera decir unas palabras sobre Joan, mi esposa.

Todos miraron con diligencia hacia arriba, inclinando la cabeza hacia mí.

—Joan, mi esposa —repitió Joe—, es en verdad mi mejor mitad.

«No —pensé—. No me hagas esto. Te pedí que no lo hicieras.»

—Ella ha hecho posible que yo encontrara en mí la quietud necesaria, pero también el ruido necesario, para escribir mis novelas —dijo—. Sin ella, estoy seguro de que no estaría aquí esta noche. Al contrario, estaría en mi casa mirando fijamente una hoja de papel en blanco, con la boca abierta de estupefacción.

Sonó una risa indulgente; claro que habría estado aquí igualmente, pensaba la audiencia. Y sin embargo, qué admirable era que el ganador del Premio Helsinki fuera tan generoso con su mujer, que la reconociera de aquel modo mientras permanecía en el escenario para aceptar aquel premio a una larga y dura tarea en la cadena de montaje de la ficción. Él se había dedicado a partir la roca y ahí estaba yo, secándole el sudor de la frente, ofreciéndole refrescos. Había terminado casi postrado del calor y la tensión de ser novelista, y sin embargo yo siempre estuve allí, lista para quitarle la camisa sucia y darle otra limpia, para

ayudarle a meter los brazos en las mangas, para abrochársela yo misma, para animarlo cuando necesitara aliento, acostada a su lado por las noches para decirle «tú puedes hacerlo», incluso cuando tuviera los tobillos destrozados y cayera rendido, llorando. Tú puedes, decíamos las esposas, tú puedes hacerlo, y cuando finalmente lo hacían, quedábamos felices como las madres cuando sus bebés dan el primer paso, tembloroso, y se sueltan de los muebles para siempre.

Aquellos finlandeses de buena voluntad me miraban a mí, esa gente que le había dado a mi marido un talón por el valor de 525.000 dólares. Nos dieron sus marcos y luego miraban hacia arriba y me sonreían, asentían y apreciaban los encantos y los sutiles dones de una esposa.

Todo el mundo sabe cómo permanecen las mujeres al pie del cañón, cómo inventan planes en sus sueños, recetas, ideas para un mundo mejor, y luego los pierden cuando se acercan a la cuna en plena noche, o de camino al supermercado, o en el baño. Los pierden mientras alisan el sendero por el que sus maridos y sus hijos trotarán serenamente toda su vida.

Bone podría decir que ellas lo escogen. Toman la decisión de ser ese tipo de esposa, ese tipo de madre. Ya no las obliga nadie; eso se terminó. En Estados Unidos hemos tenido el movimiento de la mujer, hemos tenido a Betty Friedan, y a Gloria Steinem con sus gafas de aviadora y el paréntesis congelado de su melena. Ahora estamos en un mundo nuevo por completo. Las mujeres son poderosas. Valerian Qaanaaq se plantará probablemente en este mismo escenario dentro de un par de años, con un vestido tradicional inuit y reflexionará sobre su infancia en el famoso iglú de barro y nieve.

Es cierto que algunas mujeres no toman esa opción. Tienen una vida totalmente distinta: Lee, la periodista a la que conocí en Vietnam; Brenda, la prostituta. O inventan una opción que consiste en una educación sofisticada para los hijos, o en un marido a quien no le importa quedarse en casa todo el día con los niños. Un marido que da de mamar, quizá. O a lo mejor algunas de esas mujeres ni siquiera desean tener hijos, y un campo infinito de trabajo se abre ante sus vidas. Y de vez en cuando el mundo responde a lo grande y las acepta, les da una llave, una corona. Sí que sucede, sí. Pero normalmente, no.

Pareces amargada, diría Bone.

Porque lo estoy, le contestaría.

Todo el mundo necesita una esposa; incluso las esposas necesitan esposas. Las esposas cuidan, sostienen. Sus oídos son dos instrumentos gemelos de sensibilidad, satélites que captan el más leve chirrido de la insatisfacción. Las esposas traemos el caldo, los clips para los papeles, nos traemos a nosotras mismas, con nuestros cuerpos cálidos, maleables. Sabemos exactamente qué decir a los hombres que, por alguna razón, encuentran enormes dificultades para cuidar de sí mismos, o de quien sea.

«Oye –decimos–. Todo saldrá bien.»

Y luego, como si nuestras vidas dependieran de ello, nos aseguramos de que así sea.

Capítulo sexto

BORRACHOS; JOE Y YO ESTÁBAMOS BORRACHOS hasta ese punto que se permite, o incluso se espera, tras los momentos de grandes triunfos deslumbrantes. Cualquiera que nos hubiese visto en el banquete de la Ópera habría pensado, por la manera en que Joe se apoyaba en quien hablase con él, inclinaba la cabeza y se palmeaba las rodillas, que éramos dos finlandeses más. Finlandeses borrachos esforzándonos por olvidar el medio año de oscuridad cerrada; finlandeses felices; finlandeses despreocupados. Joe había recibido su premio, había hecho sus comentarios y habíamos pasado la noche en el banquete, circulando entre los demás, rodeados por ellos, conociendo no solo a las luminarias de los países escandinavos sino también a los grupos de novelistas, periodistas y editores importados de Londres, París, Roma. Bajo los altos techos del atrio de la Ópera se habían instalado mesas extremadamente largas, cubiertas con manteles, y la acústica amplificaba el parloteo excitado y políglota. Hubo brindis en varios idiomas, sin intérpretes, y Joe y yo sonreíamos y alzábamos el vaso al mismo tiempo que todos los demás, sin llegar a saber de verdad por qué brindábamos, a qué causa nos sumábamos, de qué nos reíamos con tanto ánimo.

El presidente y su mujer se fueron pronto. Alguien comentó de pasada que a Kristian le gustaba ver Sky TV cada noche y luego acostarse directamente, que nunca se apartaba de esa estricta rutina, ni siquiera una vez al año en beneficio del ganador del Premio Helsinki. Me habría gustado decirle a su mujer: «¿Por qué no te quedas tú sola?», pero ya era demasiado tarde, habían desaparecido, habían bajado ya las escaleras de mármol, acaso para montar en un carro tirado por renos.

Algunas horas después también Joe y yo nos fuimos, acompañados por dos docenas de agradables editores, escritores y dignatarios que suplicaban a Joe que

no pusiera fin a la noche todavía, que la dejara durar un poco más, aquella noche especial que, como las noches de Pascua, era distinta de todas las demás noches finlandesas. Pascua, una fiesta de la que pocos de ellos sabrían algo. («Sí, sí, esa noche en la que los judíos se reclinan, ¿no?») Eran encantadores y alegres, querían hablar de novelas norteamericanas y de geopolítica con Joe, querían seguir hablando de terrorismo, un mal que no había atacado aquel objetivo pequeño del norte. En una serie de limusinas nos dirigimos a una brasería clásica y muy antigua, en medio de la ciudad; habían avisado a los dueños que iríamos y estaba todo preparado, porque cuando llegamos nos encontramos las salas festoneadas de flores y adornos y montañas de hielo bien iluminadas en las que descansaban las cigalas, aunque ninguno de nosotros comió demasiado porque el banquete había sido de una abundancia vergonzosa, con bloques de foie, aves de caza enteras para cada uno y una selección geométrica de quesos.

Algunos miembros de la Academia Finlandesa se dedicaban ahora a enseñarle pacientemente a Joe los primeros versos del *Kalevala* en inglés y en finlandés. Con los brazos echados sobre los hombros de quien tuvieran al lado, recitaban arrastrando las sílabas. Joe estaba en medio de la multitud, resplandeciente, pícaro, alzando la voz más que todos los demás. Había comido demasiado; yo le había visto engullir los sólidos bloques de grasas saturadas y de carne animal con su piel tostada, y luego un queso tras otro, seguidos por los mejores vinos del mundo, procedentes de unas botellas que alguien sacaba de las profundidades de una bodega nórdica. Le había visto tragarse todo eso con la boca tan abierta que se podía apreciar toda su historia dental, la plata y el oro de los empastes y el largo y oscuro pasillo de la garganta que llegaba hasta su corazón imperfecto, con válvula de segunda mano.

Ya casi habíamos terminado, pensé mientras liquidaba un trago más y lo miraba. Toda nuestra transacción estaba casi completa, el infinito intercambio de fluidos, de información vital, la procreación, los coches comprados, las vacaciones, los premios ganados en países remotos. Ganar aquel premio. El esfuerzo que había costado todo; por Dios, menudo esfuerzo. Tenía que decirle: «Ya basta. Ya está bien. Suéltame ya, no me hagas despertar cada día a tu lado durante otra década para ver tu cara satisfecha, y esa barriga bien alimentada que te impide la visión de tu propio pene, curvado a la espera.»

—Me voy al hotel —le susurré—. Ya me he cansado. Ya está bien por esta noche.

Él estaba contándole a toda la mesa una historia sobre su infancia en Brooklyn; oí mencionar la expresión «pecho de ternera» y luego el traductor le explicó a todo el mundo en finlandés qué era eso y en ese momento supe que quería largarme. Había oído demasiadas veces todas las historias de Joe, todos sus cuentos, ya fueran desnudos o adornados.

Joe se dio la vuelta.

—¿Estás segura? —me preguntó.

Le dije que sí, que estaba cansada, que me llevaría el chófer, que él podía quedarse, cosa que por supuesto hizo. Todo el mundo me deseó buenas noches con vehemencia, todos aquellos amigos nuevos a los que nunca volvería a ver, los hombres y las mujeres elegantes de aquel país adorable y valiente. Valiente, pensé, por su ubicación tan alejada del resto del mundo al que parcialmente imitaba, alejada del horror, de las emociones fáciles. Valiente por saber que pronto llegaría la hora de pasar el invierno entero durmiendo, solo para despertarse de nuevo como los osos cuando la rotación de la tierra lo acercara de nuevo a la luz del sol.

Me tumbé en el asiento trasero de la limusina y el chófer arrancó hacia el hotel Inter-Continental. Eran más de las tres de la madrugada y circulamos despacio por delante del puerto, donde un viejo y robusto trasatlántico ruso —el Constantin Simonov, según leí en su costado— permanecía atracado junto a otro noruego, más elegante. Recuerdo que miré aquellos dos barcos enormes y que escuché con educación mientras el chofer me contaba algo de la historia del paseo marítimo, pero luego sucumbí a mi borrachera, y sentí la cabeza como si fuera una coctelera llena de diversos licores finlandeses. Me tumbé en el asiento, alcé los pies y pensé en los placeres de abandonar sola una fiesta. A menudo, la condición de gemelo siamés que proporciona el matrimonio te obliga a esperar en salas que preferirías abandonar, pero esa noche yo había salido por mi cuenta. Él era mi otra mitad y yo quería que quedáramos separados.

—¿De verdad lo vas a dejar? —preguntó una voz.

Era una mujer que hablaba desde la coctelera borracha de mi cabeza. Podía verla sin tener que preocuparme siquiera de abrir los ojos. Era alguien a quien no había visto en los últimos 40 años: Elaine Mozell, la novelista que había dado

aquella conferencia en el Smith. Tenía la misma pinta, con su melena espesa, su cara roja. Era la misma, un fantasma congelado, y todavía estaba borracha, aunque yo lo estaba más.

–Sí –le dije–. De verdad.

–¿Has conseguido lo que querías? –preguntó.

–No estoy segura de qué quería –dijo otra voz, que rápidamente se reveló como la de mi madre, flotando en la cercanía–. Ese hombre era judío –añadió–. Ese fue su primer error.

El pelo de mi madre todavía apestaba a salón de belleza, incluso dieciocho años después de morir. O sea que en el más allá también hay salones de belleza en los que las almas virtuosas y perdidas se sientan bajo unos conos invertidos y pierden la mirada en el vacío mientras el calor aplicado a la cabeza les derrite los pensamientos.

–Quería estar a su lado –dijo otra persona, y vi que era la pobre Tosha Bresner, la suicida.

Era una mujer pequeñita, escuálida, y sus manos seguían dándole forma a unas masas de patata húmeda, huevo y cebolla, pasándose de una mano a la otra las bolitas.

–¿Y quién no? Era su oportunidad de estar con un gran hombre. De ser su apoyo –explicó Elaine.

–No, de eso nada –dije a aquella hilera de rostros–. No lo habéis entendido.

–Podía haberlo hecho de otra manera –llegó una voz nueva, con mucho acento, mandona, que pertenecía a la novelista Valerian Qaanaaq, vestida con todo su atuendo inuit–. Al fin y al cabo, yo misma lo hice. Y no tuve ninguna ayuda en absoluto. ¿Creéis que mi familia esperaba que me convirtiera en escritora? No os engañéis. Y sin embargo, lo conseguí.

Los espectros se quedaron esperando; flotaban en el espacio, querían oír lo que yo dijera en mi defensa.

Tuve que pensar en los primeros tiempos, en una imagen de archivo en la que aparezco a los 19 años, sentada en mi cubículo de la biblioteca de la Universidad del Smith, escribiendo cuentos. El profesor J. Castleman, doctor, había provocado en mí ese deseo, lo había extraído por su forma de hablar de libros, por su forma de reverenciar la literatura, por su adoración de «Los muertos»,

aquella obra maestra, pequeña y perfecta.

–Bueno, supongo que hace mucho tiempo sí pensé en ser escritora –les confesé.

–¿Y lo conseguiste? –preguntó Elaine.

–Yo sí –canturreó Valeria Qaanaaq, como si se lo hubieran preguntado a ella.

–Te avisé de que no te aceptarían, ¿verdad? –dijo Elaine Mozell.

–Sí. Pero a lo mejor es que fui débil –contesté.

–Ah, no, no lo fuiste –intervino Tosha–. Yo te admiraba. Parecías tan valiente. Yo nunca pude hacer ni la mitad de las cosas que hacías tú, ni decir lo que decías. A mí me daba miedo, pero a ti no.

–A mí también me daba miedo –le dije.

–No, tú solo eras realista –dijo Elaine–. Sabías que no podías conseguir lo que tenían ellos. Querías su musculatura. Querías ser importante. Asegurarte de que tu voz siguiera sonando desde el otro lado de la tumba. Charlando y charlando en ese infierno al que acuden cierto tipo de escritores cuando dejan este mundo. Se trata de lo siguiente: en cuanto entran en el infierno, se convierten también en sus dueños.

–Él es judío –dijo mi madre.

–Un novelista grande y gordo –dijo Elaine Mozell–. El hombre que se lo quedó todo.

–¡Es mi niño! –gritó una nueva voz y vi que se trataba de la madre de Joe. Revoloteaba por encima de las demás con su vestido de flores, enorme y luminosa, con la cara sonrosada de placer–. No es más que eso, un niño. ¿Por qué sois tan duras con él? Deberíais perdonárselo todo. Al fin y al cabo, ¿qué otra opción os queda?

En el vestíbulo del hotel, dos conserjes se cuadraron como si fuera una hora razonable del día, en vez de aquellas horas muertas de la noche. Inclinaron la cabeza mientras yo cruzaba las enormes dimensiones de la sala con mi abrigo de noche, de gris plateado, y mis tacones, mientras me esforzaba por parecer digna, grácil y majestuosa en vez de simplemente borracha.

–¿Lo ha pasado bien esta noche, señora Castleman? –preguntó uno de ellos–. Hemos visto los actos por la televisión.

–Muy agradable –contesté–. Gracias. Bueno, buenas noches.

Me quedé un momento hurgando en el bolsito en busca de la llave del ascensor. Mientras lo removía todo, pensé que al subir hundiría las yemas de los dedos en un potecito de crema facial y, ante un espejo que cubría toda la pared en uno de aquellos baños de impresionante grandeza, me quitaría el maquillaje que me había aplicado escrupulosamente apenas unas horas antes. No habría nadie a mi lado para bajarme la cremallera; no estaría Joe para ponerme la mano en el cogote y bajar desde allí, provocando aquel sonido de la cremallera que parecía por sí mismo el llanto lejano de una mujer camuflado bajo los acordes de una cítara.

Sin Joe. De ahora en adelante, cuando nos separásemos para siempre, tendría que bajar yo misma la cremallera, aprender a doblar el codo en el ángulo adecuado, como solía hacer, y luego cambiar de mano a media altura para bajarla hasta la rabadilla, el culo, y luego desprenderme del vestido.

Nuestra suite estaba preparada para la noche como si, aparentemente, hubiera trabajado en ella un ejército de sirvientas para azotar con sus brazos la colcha y aplanarla de tal modo que parecía una capa de arena del desierto. Después de desnudarme, retiré la colcha, destrozando así aquel efecto, y me quedé dormida de inmediato.

A las cinco de la madrugada oí que Joe metía su tarjeta en la ranura de la puerta y el clic silencioso que le concedía acceso. Entró tambaleándose, con el esmoquin retorcido, la faja echada al brazo, como esas servilletas que llevan los camareros. Parecía colocado y feliz y seguía llevando al cuello la medalla. Entró en el dormitorio, se quitó primero la medalla, luego la camisa y después la camiseta.

–¿Estás despierta, Joan? –preguntó.

–Sí –contesté, y me deslicé sobre el colchón para quedar sentada y con el cogote apoyado en la cabecera.

–Estoy borracho –dijo, como si hiciera falta–. Y he comido demasiado, como un perro. Estos finlandeses no hacían más que darme de comer. Por dios, me encantan los finlandeses; están completamente minusvalorados. ¡Y el *Kalevala* es maravilloso! Uno de los miembros del Parlamento, el tipo ese de la barbita roja, no hacía más que recitarlo y nos hemos puesto todos a llorar como críos, yo el

primero. En mi próximo libro habrá un personaje finlandés. Seguro.

–Basta, Joe –dije–. No paras de hablar, y ya es demasiado.

–Perdón –contestó–. Es difícil parar, ya sabes, apagar la radio. –Meneó la cabeza–. Me voy a meter en la sauna.

Entonces se quitó el resto de ropa y se fue al otro lado del vestíbulo de la suite para entrar en la sauna. Oí que se abría la puerta, y luego entró. Lo seguí hasta aquel cubículo minúsculo, miré por el cuadrado de cristal oscuro y lo vi tumbado sobre la madera, bajo una toalla, ya medio dormido. Abrí la puerta y me metí en el calor con la bata puesta, que casi se volvió líquida al instante.

–Joe.

Abrió un ojo para mirarme y dijo:

–¿Qué, Joan? ¿Qué pasa?

Inspiré, exhalé y le dije:

–Tengo que decirte algo. No hay momento bueno para decirlo.

–Pues dilo –contestó, al tiempo que se sentaba.

–De acuerdo. Cuando volvamos a Nueva York, quiero la separación. Ya lo he pensado bien.

–Ah, vaya –contestó–. Esperas a que mi cuerpo esté a un millón de grados para decírmelo. Esperas hasta el momento en que no pueda hacer nada porque estoy frito.

Eché un poco más de agua al carbón, que empezó a sisear.

–Mira, intenta imaginar mi situación. Quiero tener otra oportunidad en la vida –le dije–. Tengo sesenta y cuatro años. Casi soy una anciana. Puedo ir a donde quiera por la mitad de precio, y quiero ir sola. Por favor, no te pongas furioso, ni destrozado, ni impresionado, no adoptes ninguna de las actitudes que podrías adoptar perfectamente. Por una vez, intenta pensar y límitate a escuchar.

–¿Así que esta es tu manera de felicitar-me? –dijo–. Pues ¿sabes qué? A la mierda.

–Felicitar-te. ¿Y por qué debería felicitar-te? –le pregunté–. ¿No te han felicitado bastante ya los demás?

Guardó silencio un momento.

–No te olvides de que da la casualidad de que yo te abrí las puertas del mundo –dijo.

Pero no, no era cierto; era yo quien lo había llevado a él hasta allí, yo le había abierto las puertas. Yo le había arreglado la vida al joven escritor que no tenía talento, al autor de «Sin leche los domingos».

–Lo que pasa es que últimamente me he dado cuenta de que estoy harta de ti – dije.

–Por eso estabas tan fría –contestó.

–Lo que me sorprende es haber aguantado tanto –le expliqué–. Si lo piensas con realismo, me tendría que haber ido hace años. –Joe estaba rojo y empapado. Se llevó una mano a la cabeza. Llevaba tanto tiempo mirándolo sin parar; se había convertido en un hábito, una vocación, pero ahora podía dejar de mirarlo–. Cuando lleguemos a casa –seguí hablando–, quiero ir a ver a Ed Mandelman para empezar el proceso.

–Casi nunca te quejabas de lo que teníamos –dijo–. Solías estar contenta.

–Hace mucho de eso.

–Sí, y estabas encantada –añadió–. Me decías que era muy emocionante. Formar parte de todo esto. Luego te hiciste mayor y de repente nada te parecía aceptable. Te convertiste en una de esas viejas que se quejan en los restaurantes: «Llévese este plato a la cocina. No lo quiero». Es por el premio –siguió hablando–. Creo que ha sido por eso. El premio te ha empujado. El hecho de que cuando me muera pueda ser que alguien me recuerde y piense en mí dos minutos, por mucho que mi hijo me odie y mis hijas crean que las he decepcionado y mi mujer me diga que está harta de mí.

–¿Nunca te preguntas por qué? –le dije–. Tú crees que todo esto simplemente te ocurre, ¿no?, como si solo fueras un espectador inocente.

–No, nunca he dicho eso.

–Siempre has mantenido la distancia con tus hijos –le dije–. Incluso ahora. Su padre gana el Premio Helsinki, pero ni siquiera tiene ganas de que estén aquí con él.

–¿Nunca se te ha ocurrido que yo pudiera no desear que lo vieran, o al menos ver cómo lo veían?

–No –contesté–. No se me ha ocurrido.

–Bueno, pues tal vez se te debería ocurrir.

–Eres un completo misterio para mí, Joe –le dije–. Nunca consigo entender

cómo puedes hacer las cosas que haces.

–Ya lo veo –dijo Joe. Se tumbó boca arriba y cerró los ojos un momento–. Me gustaría recordarte que nadie te obligó a acompañarme toda la vida, Joan –añadió.

–¿Qué entiendes por obligar? –contesté–. Tú eras quien eras; exigías cosas. Y yo no tenía nada, estaba deslumbrada por ti. En el fondo, yo era patética. –Él no intentó discutirlo y, por alguna razón, yo añadí–: Me tomé una copa con Nathaniel Bone.

Joe me miró fijamente y luego asintió.

–Ya entiendo. Él empezó a convencerte, ¿verdad? «Déjalo, Joan. Ten una vida propia. Te iría mejor. Ese marido tuyo es un cerdo, no me dio su bendición, no me autorizó a escribir su biografía.»

–No dijo nada de eso –contesté.

El calor de la sauna se había apoderado de mí. Creí que me iba a desmayar, o a derretir, a descomponer. Al fin me senté en el banco de madera, al otro lado de Joe, los dos con la cara roja y furiosos e implacables en aquel cuartito. Eché agua sobre la pila de ascuas y me quedé mirando mientras una nube de vapor se interponía entre nosotros.

–Tú –me había dicho Joe aquella tarde de 1956 en el Waverly Arms–. A leer.

Había llevado mi mano hasta el montón de páginas que había escrito aquel día mientras yo estaba en casa de mis padres. Yo había emitido los arrullos de placer y sorpresa apropiados y luego me había sentado en la cama para leer las primeras veintiuna páginas de *La nuez* que él había escrito frenéticamente. Él llegó a sentarse delante de mí para mirarme mientras leía.

–Joe, me estás poniendo nerviosa –le dije–. Para, por favor.

Pero solo lo hacía para ganar tiempo, pues aunque solo llevaba tres minutos leyendo ya me estaba entrando el pánico.

Terminé por echarlo y se fue a pasear a solas por el Village, deambulando por la calle Bleecker y parándose en una tienda de discos, donde se metió en una cabina para escuchar a Django Reinhardt. Al final no pudo aguantar más –necesitaba saber mi opinión– y volvió al hotel.

–¿Y? –preguntó nada más entrar en la habitación.

Yo había terminado un rato antes. Las páginas estaban ya boca abajo y yo estaba fumando. Pensé en las cartas de rechazo que, según me había contado, le habían enviado las revistas literarias, incluso las minúsculas que no importaban a nadie. «Vuélvalo a intentar», le decían, como si le quedara todo el tiempo del mundo para seguir intentándolo, como si hubiera alguien dispuesto a mantenerlo económicamente mientras él lo intentaba una y otra vez.

–Mira –le dije, casi llorando–. Me has pedido que sea sincera y lo voy a ser. – Sin embargo, luego, al pensarlo, me di cuenta de que, de hecho, nunca me había pedido específicamente que fuera sincera; yo había dado por hecho que me lo pedía. Esperé un momento y luego añadí–: Lo siento mucho, de verdad. Pero para mí, simplemente no funciona. –Entrecerré los ojos e incliné la cabeza, como si de repente me dolieran las muelas–. No sé por qué, no llega a tener vida – añadí en voz baja–. Y eso que yo lo deseaba más que nada, o sea, por Dios, es la historia del principio de nuestra relación, a mí debería decirme más cosas que a nadie, ¿no? ¿No debería hacerme revivir todas las sensaciones que he experimentado? Por ejemplo la parte en la que Susan va a casa del profesor Mukherjee para dar de comer a su gato y luego ella y Michael Denbold se van a la cama. Iba pensando: «No tengo ni idea de quién es esta gente». O sea que, bueno, sin ánimo de ofender, Joe, no has conseguido que parezcan reales.

Se desplomó a mi lado.

–¿Y lo que dijiste de «Sin leche los domingos?» –preguntó, enfadado–. No era tan distinto. Y ese cuento te gustó.

Bajé la mirada y tiré de la manta pesada.

–Era mentira –murmuré–. Lo siento, de verdad. No sabía qué hacer.

–Ah, qué mierda –dijo Joe. Entonces se levantó y añadió–: Esto no va a funcionar.

–¿El qué?

–Todo esto, esta relación contigo. Esta vida. No puedo hacerlo, simplemente no puedo.

–Joe –le dije–, solo que no me guste tu novela no significa...

–¡Claro que sí! –exclamó–. ¿Qué se supone que voy a hacer? ¿Convertirme en tu amito de casa? ¿Quedarme aquí sentado y lavar la ropa y cocinar cordero mientras tú te conviertes en la escritora del momento?

Creo recordar que en ese instante me puse a llorar.

–Nuestra relación no tiene nada que ver con la escritura –le dije–. Tenemos otras cosas, otras maneras de...

–Bah, cállate, Joan –dijo Joe–. Cállate. Cuando más hablas, más lo estropeas.

–Escúchame, Joe –le dije–. He abandonado la universidad por ti. Sé que hago bien. Piensa en lo que se siente.

–Ya no me acuerdo –dijo con petulancia.

Sacó un paquete de cigarrillos y se fumó uno tras otro para calmarse. Al parecer, se dio cuenta de que no necesitaba romper conmigo esa misma noche; podía tomarse más tiempo para pensar, para aclararse. ¿Adónde iba a ir? ¿De vuelta a Northampton con Carol, su esposa rabiosa, y con la niña, llorona y roja como una remolacha? ¿A una universidad que ya no lo aceptaba?

Al cabo de un rato cogió las páginas malditas, me las pasó y dijo:

–Vale. Ya me has humillado. Explícame qué está mal. Lo soportaré.

–¿De verdad?

–De verdad.

Nos sentamos juntos con las páginas esparcidas ante nosotros y le señalé la obvia falta de elegancia de ciertas frases, las oportunidades desaprovechadas en otras. Descubrí que era capaz de verlo todo con claridad, como si los pasajes erróneos estuvieran subrayados por alguna estudiante muy cualificada. Yo misma había sido esa estudiante, me había dedicado a leer novelas para mis clases de literatura y a ver el tejido del texto, el arte y los matices y la astucia para imponer significados. «¿Cuál es la intención del autor?» Esa era la pregunta que hacíamos siempre, aunque en realidad no tenía sentido. Nadie podía saberlo; nadie podía meterse en los cerebros laberínticos y densamente cargados de los novelistas del siglo XIX que leíamos. Incluso si lo hubiésemos sabido, tampoco importaba porque el libro se convertía en cuerpo, cerebro y entrañas del autor. Y entonces hasta el autor –o, solo de vez en cuando, la autora, como las Brontë con sus gorritos, o Austen con su aguda observación social– se convertía en el pellejo, en la carcasa seca que ya no servía para nada.

Los libros sobrevivían si tenían la calidad suficiente. Si hablaban con voz suficientemente alta. Al final, ¿qué más daba quién los hubiera escrito? A mí me gustaban como objetos, como joyeros, como joyas. Y quería convertir el

manuscrito de Joe en algo que también pudiera amar, así que empecé con cuidado.

–Bueno, si fuera yo –dije–, lo haría así. Claro que tú no eres yo, o sea que tómate la libertad de ignorarlo, por favor.

Seguí hablando y apliqué el lápiz a las páginas y empecé a tachar amablemente algunas palabras y sustituirlas por otras que, nada más aparecer, resultaban obviamente mejores, como si fueran un antídoto evidente a sus errores de elección. Seguí tachando tantas palabras que las páginas parecían una larga sábana negra. Luego, después de terminar, mecanografié la nueva versión en la máquina de Joe; por Dios, pensaba, incluso tecleando era mejor que él. Me quedé allí sentada, trabajando como una secretaria aventajada, tecleando aquellas palabras que me llegaban como si las dictara un jefe invisible. Me limité a escribirlas como si las hubiera vivido; no se diferenciaba mucho de las historias que había escrito en las clases de Joe en el Smith, y sin embargo ahora las escenas duraban más, podía elaborar los diálogos tanto como quisiera, podía ser morosa en la descripción, sin dejar de ser sobria en todo momento porque sabía que menos es más. Me lo había enseñado el profesor Castleman. Al terminar le pasé el manuscrito en silencio, pero estaba emocionada y reprimía mi propio placer, mi orgullo y mi vanidad, que parecían a punto de derramarse si no tenía cuidado.

Luego, aquella misma noche, cuando ya estábamos los dos más calmados, salimos a pasear por el barrio y nos paramos en una pastelería italiana muy iluminada a comernos aquellos pastelitos cuadrados de castaña que nos encantaban a los dos.

–Me siento muy desconcertado con toda mi vida –dijo él–. Si no puedo escribir una novela decente, si no consigo publicarla, estoy jodido, Joanie.

–No, no lo estás.

–Sí que lo estoy.

Me contó que siempre había querido ser escritor, desde que era un huerfanito y se metía en la biblioteca pública de Brooklyn para huir de aquel piso de mujeres dominantes y se agazapaba entre las estanterías para leer novelas. Mientras hablaba de eso estuvo a punto de ponerse a llorar. Se dio la vuelta, apretó la boca y trató de mantener la compostura.

–Mi padre estaba presente cada día y luego dejó de estarlo de repente. Eso fue todo.

Dijo que en ese momento necesitaba mi ayuda. ¿Estaba dispuesta a dársela? Sería solo para aquella novela; él me contaría cosas del mundo que había presenciado, o aprendido, o simplemente intuido, y yo las escribiría; su cabeza y su vida rebosaban de experiencias.

–Después de este libro –dijo– te tocará a ti. Escribirás una novela. Será asombrosa.

Para mí tenía sentido; podía ayudarlo solo esa vez, podía guiarlo a lo largo de todo el libro y no estaría tan mal. Le daría un curso de urgencia sobre cómo hacerlo y luego ya nunca me necesitaría tanto y así podría dedicarme a escribir mis propias novelas, tal como él mismo acababa de afirmar. Él sería novelista y sería mío y los dos podríamos abandonar el Waverly Arms para mudarnos a un sitio mejor.

En la casa que había abandonado en Northampton, Joe tenía montones de novelas favoritas; era capaz de citar con los ojos cerrados a aquellos hombres brillantes y arrebatados como James Joyce, cuya lectura lo volvía enfermo de amor. Pero no podía formar parte de aquella fraternidad, de aquellos hombres encerrados en elegantes ejemplares de bolsillo, listos para llegar a cualquier parte bajo los brazos de los estudiantes de la universidad, y de los soñadores amantes de la literatura. Solo tenía la pinta, la actitud, la reverencia y el deseo de ser un gran escritor, pero eso no significaba nada sin lo que él mismo llamaba «los ingredientes». Si seguía intentándolo solo, se iba a pasar la vida publicando cuentos en *Caryatid* y demás revistas parecidas, minúsculas, impresas en papel barato en algún sótano. «Vuélvalo a intentar. Vuélvalo a intentar», exclamaban las cartas de rechazo con voces burlonas de ratoncillo.

Sería solo un libro, *La nuez*. Y yo le daría forma, trabajaría cada noche al volver de Bower & Leeds. Era un acto de nobleza por mi parte, y nos rescataría. Ninguno de los dos quería una vida de rutina adormecida, una academia somnolienta, una vida de marido y mujer escuchando las canciones de *South Pacific* mientras nos vestíamos para ir a una fiesta de la facultad en una noche de nieve. Esa era la vida que él ya había tenido, y cuyo fin había visto llegar. Incluso yo misma podía escribir sobre eso si hacía falta. Las primeras novelas siempre

eran autobiográficas, al menos en parte, y esa agotaría prácticamente todo el tema del primer matrimonio de Joe y del triángulo que habíamos formado Joe, yo y la rechazada Carol.

–Solo esta vez –repitió.

«Solo esta vez» no significa nada. *La nuez* fue demasiado grande, y todo quedó demasiado bonito, nos abrió tanto la vida, Joe quedó tan feliz y calmado, y además estaban las palabras de advertencia de Elaine Mozell. En esa época, quién quería esforzarse y luchar para convertirse en escritora en un mundo que apenas tenía en cuenta a las mujeres, salvo en el caso extremadamente excepcional de que fueran brillantes y guapas y cercanas a hombres importantes, como fue el caso de Mary McCarthy; o, más a menudo, cuando parecían vacías y nulas, o cuando parecían deliciosas y se paseaban ante los demás con su ropita interior escasa y festoneada. Las mujeres eran deslumbrantes, eran poseíbles, y cuando se convertían en escritoras también lo que escribían se podía poseer: miniaturas muertas que se centraban en un rincón concreto del mundo, pero por lo general no en el mundo entero. Quien dominaba el mundo eran los hombres; Joe podía hacerlo sin sentirse amenazado, sin dejarme nunca, y yo también obtendría un disfrute extraordinario mientras lo presenciaba todo, mientras me dejaba llevar por el camino. Era sumisa, no tenía valor, no era una pionera. Era tímida. Quería cosas, pero me daba vergüenza quererlas. Era una chica y no podía desprenderme de esa sensación por mucho que la despreciara. Estamos hablando de 1950, y luego vino 1960 y para entonces Joe y yo ya lo teníamos todo en marcha; teníamos un ritmo que funcionaba, un estilo, una forma de vivir juntos.

Conseguimos criar a los niños, sobre todo con la ayuda de niñeras. Yo tenía que desprenderme de ellos cada dos por tres, como le ocurre a todas las madres que trabajan, y se me partía el corazón. Mis hijos lloraban mientras se los llevaba en brazos una niñera, y me llamaban con sus brazos abiertos y desesperados, como si se los llevaran a la silla eléctrica. Tuvimos toda la ayuda que nos hizo falta, aunque a menudo Joe y yo nos teníamos que encerrar en la habitación mientras los críos aporreaban la puerta porque necesitaban algo.

–Concéntrate, Joanie –solía decir él–. Aún nos queda mucho trabajo.

Joe me daba tramas y anécdotas y me disciplinaba, me hacía quedar con él en la habitación. Él se tumbaba en la cama y yo me sentaba a la máquina de

escribir. Nos lanzábamos las ideas; él me contaba historias del campamento militar durante la guerra de Corea y de la casa en que se había criado, de las mujeres que lo rodeaban, de su madre, grande y floreada, y de su abuela y sus tías, y a veces yo me metía en la cama y me tumbaba encima de él y le decía que estaba agotada, abrumada, que no sabía qué era ser hombre, que me sentía perdida, pero Joe siempre me contestaba que él sería mi guía.

–¿Y yo qué se supone que soy? –le preguntaba.

–Bueno, digamos que eres mi intérprete.

Al principio, yo siempre escribía despacio, apenas una o dos páginas cada día al volver de Bower & Leeds. Eso irritaba a Joe.

–Ya sé que no tengo derecho a protestar –empezaba su queja.

–En eso sí que tienes razón –le contestaba yo, riéndome un poco.

–Pero podrías intentar engrasar un poco la maquinaria, por decirlo así –me pedía.

–¿Engrasar la maquinaria? Menuda frase hecha. Suerte que no eres tú el que se dedica a escribir –le contestaba.

Se plantaba detrás de mí y me masajeaba los hombros. Una vez yo entendía la dirección que iba a tomar el libro –después de hablarlo con Joe en la cama por la noche y de sentarme a pensar la solución para algún problema de la trama–, la escritura se volvía más rápida y más libre y conseguía sacar unas cuantas páginas de un tirón. A esas alturas ya había dejado el trabajo; no hacía más que escribir. Mi metabolismo estaba en pleno funcionamiento y no necesitaba parar a descansar, ni a comer siquiera, con demasiada frecuencia. Joe hacía café para los dos, salía corriendo a comprar cigarrillos y esperaba feliz hasta que yo terminaba un borrador. Entonces se lo pasaba y él mecanografiaba ritualmente la copia final, se sentaba y picoteaba un poco por todo el texto para hacer sobre todo cambios insustanciales, pero así alcanzaba una cierta familiaridad con el texto y llegaba a conocerlo lo suficiente para sentir que era suyo.

El primer libro me lo dedicó a mí. «A Joan, musa extraordinaria», había escrito, aunque más adelante, en plan de broma, yo lo sustituí por: «A Joan, musa extraordinaria, con cariño de Joan», cosa que no le hizo ninguna gracia. Arrancó la página como quien destruye una prueba.

Meses después, cuando alguno de sus manuscritos ya estaba en producción, yo

desaparecía por completo y dejaba que Joe revisara las pruebas de imprenta con su lápiz rojo. Él lo hacía encantado, con las páginas desperdigadas a su alrededor mientras Mozart sonaba en el tocadiscos; igual de feliz se mostraba cuando Hal Wellman llamaba para comentar los textos de las solapas. Los textos de las solapas sí que se le daban bien. Era perfecto para escribir párrafos concisos y descriptivos.

Durante los primeros años, cuando salían las críticas yo corría para leerlas primero y luego se las pasaba a él. Aullábamos; chillábamos de placer. Nuestros amigos se alegraban por Joe, aunque Laura Sonnengard parecía levemente desconcertada.

–Un poquito sí que le ayudas, ¿no? –me preguntó una vez.

–Bueno, supongo que en cierto modo sí –le contesté–. O sea, le doy bastante apoyo. ¿Por qué?

–Es que parece... tan poco propio de él –me dijo–. Es muy reflexivo, sin ánimo de ofender. Ya sabes que me parece un tipo maravilloso.

Y nuestros hijos tuvieron también sus sospechas, cada uno a su manera. Las chicas lo llevaban en silencio por lo general, aunque Alice se inquietaba de tanto en tanto.

–Por Dios, mamá, prácticamente le estás haciendo el trabajo a papá –me dijo una vez en la adolescencia.

–Yo solo corrijo, Alice –le contesté, animada.

–Bah, no digas gilipolleces, mamá. Lo sabes mejor que yo. Se me ha disparado el detector de gilipolleces. ¡Tííííí! ¡Tííííí! ¡Tííííí!

Tenía ya la edad suficiente para empezar a despertarse del sueño del ensimismamiento adolescente y darse cuenta de algunas de las cosas que pasaban a su alrededor, aunque también era una edad propia para que su interés en cualquier cosa que no la afectara directamente a ella o a sus amigas fuera muy reducido.

–A mí me parece que en realidad eres tú la que levanta todo el peso, mamá – siguió diciendo Alice–, mientras él se sienta a cortarse las uñas de los pies y a comerse sus Sno-Balls.

Mi trino de risa resultó excesivo.

–Menuda idea de bombero –le dije–. Yo me dedico sobre todo a apoyar a tu

padre en su profesión. ¿Cómo se te ocurre? ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

Me miró y se encogió de hombros.

–Tú serías capaz.

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–No tengo ni idea –contestó.

–Bueno, pues eso es simplemente falso, señorita –le dije–. Tu padre tiene muchísimo talento.

A Susannah, por su parte, parecía no importarle en absoluto; mostraba muy poco interés real por las novelas de su padre y le habría dado lo mismo si las llegan a escribir doce monos con un doctorado del Taller de Escritores de Iowa. Ella permanecía ajena a todo eso, lo felicitaba cuando salían sus libros y rara vez mostraba el menor interés por ninguna novela en concreto. Creo que no las leyó aunque fingía haberlo hecho.

David, en cambio, se sumergía intensamente en la ficción; tanto que, de joven, si leía una novela antes de acostarse tenía pesadillas violentas y se despertaba gritando y aterrado. Nunca se enfrentó abiertamente a mí por las obras de Joe aunque al final terminó por salir el asunto igualmente aquella noche en que yo estaba con mi grupo de lectura en casa de Lois Ackerman. Aquella noche tan, tan terrible. Yo estaba sentada con las demás mujeres hablando tan tranquila de literatura mientras en casa David, que se había instalado allí por la inundación de su apartamento, bajaba en silencio las escaleras hasta el salón, donde Joe se había sentado a escuchar jazz. De repente apareció un cuchillo de la carne junto al cuello de Joe. Joe se echó atrás.

–No te muevas, gordo asqueroso –le dijo David desde detrás.

–David –dijo Joe, con un susurro en la voz–. ¿Qué quieres de mí?

–Quiero que admitas lo que has hecho –dijo David.

Así, de repente. ¿A qué venía eso?

–¿Qué crees que he hecho?

–Ya lo sabes.

–Si no he llegado a ser un padre perfecto, te pido perdón.

–Lo que le has hecho a mamá –precisó Joe.

–Tu madre está bien. Está con su grupo de lectura.

–No está bien –insistió David–. La has tratado como a una esclava durante

todos estos años.

–Bah, déjame en paz –dijo Joe–. No sé ni de qué hablas. Tu madre está contenta.

–Ella cree que está contenta. Es evidente que la has engañado.

En ese momento Joe se puso a llorar un poco.

–Te quiero, David –le dijo–. Solíamos ir de excursión, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas del monte Cardigan, y de aquel arroyo que encontramos con cientos de pececitos, y tú los querías contar? –No logró conmovier a David–. Te propongo una cosa –siguió Joe–. Vamos a llamar a tu madre ahora mismo a su grupo de lectura y le pedimos que venga, ¿de acuerdo?

–Bien –dijo David.

O sea que me llamaron a casa de Lois Ackerman y, aunque yo todavía no sabía nada, me asusté y me fui corriendo a casa de inmediato. Llegué enseguida y me encontré a David y Joe caminando arriba y abajo por el salón, mirándose con desconfianza mutua, David tenía todavía el cuchillo de la carne, aunque ya no lo blandía contra el cuello de Joe. Joe representaba el papel de padre bueno y levemente impotente, un hombre tranquilo y complaciente.

–Cariño, ¿qué ha pasado? –le pregunté a David.

Parecía enfermo y sudoroso, aquel niño al que una vez llevamos hasta Wesleyan con una furgoneta llena de cosas, su baúl y las sábanas extralargas y la nevera pequeña que supuestamente debía llenar de coca cola, cerveza y manteca de cacahuete y otras cosas propias de un muchacho de instituto, aunque siempre permaneció vacía, con la puerta abierta de par en par como una caja fuerte desvalijada.

–Pregúntaselo a él –dijo David.

–Me quiere matar –estalló Joe–. Me ha puesto ese cuchillo en el cuello.

–Dame el cuchillo –le dije a mi hijo–. Es un buen cuchillo de carne. Tiene que estar en el cajón. –Estaba improvisando. Para mi propio asombro, me lo dio–. Gracias –le dije–. Y ahora, ¿podemos sentarnos todos?

Así que nos sentamos en el salón de casa, bajo la hilera de láminas de Audubon, desde las cuales nos miraban los pájaros sin vernos, y David dijo:

–Siempre he sabido que papá es un monstruo con una polla enorme. Es como si te hubiera convertido en su puta sirvienta.

–No pienso quedarme aquí escuchando esa basura –dijo Joe–. Porque es una estupidez, ¿vale? Es una estupidez absoluta y clamorosa. –Yo no dije ni palabra–. Tómate la libertad de intervenir cuando quieras, Joan –añadió.

–De acuerdo. Es una estupidez –dije, y David me miró con los ojos fruncidos. Quería oír la verdad y confiaba en que yo se la dijera, así que yo incliné un poco la cabeza y él pareció relajarse un poco–. Una absoluta tontería. No soy la sirvienta de tu padre. Soy su esposa. Su socia. Como cualquier otra pareja.

Aquellas palabras eran ridículas; solo con decirlas me avergonzaba. Sin embargo, ¿qué se suponía que iba a hacer? ¿Confesar? ¿Darle una justificación a David? No podía hacerlo; tenía que ser su madre. Ya era un hombre, pero todavía inmaduro y frágil. Necesitaba protección contra sus propios miedos. Quería que yo los negara.

–¿No le escribes sus libros? –dijo David.

–No –le contesté–. Por supuesto que no.

–No te creo –dijo David, pero parecía inseguro. No me quitaba los ojos de encima, en busca de guía.

–No te puedo obligar a creerme –le dije con suavidad–. Lo que tú creas depende de ti.

Me miraba como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Entonces tomé su cabeza entre mis manos, aquella cabeza llena de estilizadas imágenes de cómics en los que todo salía enmarcado y los diálogos tenían su bocadillo, y la apreté contra mí, sobre mi hombro, en el nacimiento de mi pecho, la amplia curva que las mujeres usamos para consolar de igual modo a los niños y a los hombres.

–Yo estoy bien, David. De verdad –le dije–. Nadie me controla.

David no entendía que, durante mis primeros años con Joe, todo había sido más que soportable. Había sido divertido. Las críticas me emocionaban. Yo tenía un talento secreto, y el secreto se sumaba al placer. Joe era cariñoso y amoroso conmigo y como estábamos juntos durante la gestación de cada novela él creía ser de verdad, en cierto sentido, el autor único. Debió de encontrar la manera de creérselo, porque si no su vida habría sido espantosa. Con el tiempo, resultó que algunas noches Joe se ponía a caminar de un lado a otro de la casa, fumando e inquieto, y me decía:

–Qué mal me siento con esto que nos está pasando.

Nunca lo nombraba directamente, siempre era una alusión indirecta, como si hubiera micrófonos en la casa, y yo terminaba calmándolo y así me olvidaba de que era yo, y no él, quien necesitaba alguien que le diera seguridad.

Caímos en eso; pasó despacio y rápido a la vez y al cabo de un tiempo ya no nos parecía extraño haber pasado tantos años juntos en aquellas habitaciones: yo ante la máquina de escribir y él en la cama; luego, más adelante, yo delante del Macintosh con su carita sonriente y él en el aparato de ejercicios, intentando desesperadamente contraer sus blandos abdominales.

Pero hubo algunas grietas. Él empezó a ser infiel de modo obvio; no contraía el abdomen para mí, sino para otras mujeres. Sus traiciones habían empezado pronto, no mucho después de que saliera el primer libro, y yo a la vez lo supe y no lo supe, porque cuando pensaba en lo que había hecho por él sentía que debía de haber una cierta reciprocidad.

Sin embargo, ahí va la lista parcial de las mujeres de Joe:

Melinda, la niñera.

Brenda, la prostituta simpática, pero triste.

Varias mujeres que acudían a las conferencias de Joe por todo el país.

Merry Cheslin.

Dos editoras que, casualmente, las dos se llamaban Jennifer.

Algunas lectoras ardientes que de vez en cuando le enviaban cartas y peregrinaban para verlo.

La jovencita que trabajaba en el colmado exótico de Chinatown.

La productora de cine que convirtió *Horas adicionales* en una birria de película en 1976, protagonizada por James Caan y Jacqueline Bisset.

Siempre que pude, lo ignoré. Nunca se me ocurrió decirle: «Bueno, esta es tu parte del trato: contrólate».

Contrólate. Pero estos hombres no pueden controlarse, ¿verdad? O a lo mejor es que sí pueden, pero nosotras no se lo exigimos. Cada pocos años yo trataba de obligarlo, me enfrentaba a él y le planteaba exigencias, y él contestaba con vaguedades, excusas o tal vez desafíos, insistía en que me lo había inventado todo, y al llegar a ese momento yo decidía que sería mejor olvidarse del asunto. ¿Y si se iba? Yo sabía que no era eso lo que quería, de modo que no había razón

para arengarlo, puesto que parecía incapaz de cambiar.

–Tendrías que buscarte un amante –me sugirió mi amiga Laura.

Después de divorciarse se había acostado con un montón de hombres y se lo había pasado de muerte hasta que un urbanista le contagió un herpes. Pero a mí no me interesaba: Joe ya era más de lo que me sentía capaz de manejar.

La mayor parte de los hombres que conozco de esa generación han hecho el amor con mujeres que no eran sus esposas; era una exigencia, al menos en la época en que ellos se casaron. Si eras hombre, trabajabas muchísimo, con el cuello doblado en posiciones nada naturales encima de un teclado. Así que necesitabas el relajo, la recreación, la noción de la mujer como el ping-pong, o el póquer, las mujeres como una zambullida en un río. Lo sentimos, mujeres, pero se trata de algo que nunca entenderéis, así que nosotros, los maridos, no vamos a hacer ni el esfuerzo de explicároslo. Dejados en paz. A largo plazo, el daño causado al matrimonio será insignificante en comparación con el que se produciría si nos controláramos, si nos obligáramos a reprimir nuestras necesidades explosivas.

Él me contaba detalles para las novelas, historias sexuales de gran interés, y fingíamos que todo eran fantasías de un hombre imaginativo e inquieto.

–¿Y si resultara –decía sobre un personaje– que el marido tiene un lío con la joven del colmado de Chinatown? Con la que le vende anisitos.

–Vale –contestaba yo–. Cuéntame.

Así me contaba el porqué y el cómo y lo que debía de sentir aquel personaje, aquel varón defectuoso que nos estábamos inventando, y luego yo lo interpretaba para él sin juzgarlo, lo convertía todo en una tormenta de lenguaje que venía de algún lugar –a saber de dónde; de mi historia, de mi educación, de mi sistema nervioso central, del lóbulo de mi cerebro que se encargaba de la imaginación–, mientras permanecía sentada con cara de póquer ante su escritorio.

Él se sentaba en la cama, me miraba teclear y asentía como si escuchara jazz mientras el clic clac de las teclas se disparaba a toda velocidad. Me quería tanto y en todo momento. Su gratitud se intuía a cualquier hora del día, al menos durante un ratito. Yo era su otra mitad, su mejor mitad, y no ha pasado un solo día en todos estos años sin que me lo recuerde.

Tal vez las paredes de la suite presidencial del hotel Inter-Continental de Helsinki sean muy gruesas, pero no tanto como para contener la discusión que Joe y yo tuvimos dentro de aquellas habitaciones gigantescas. Otros residentes debieron de oírnos pelear de madrugada, aunque lo más probable es que ninguno de ellos entendiera lo que estaba oyendo, pues eran palabras dichas en un inglés rápido y angustiado.

Habíamos salido de la sauna y estábamos de nuevo los dos en la cama, aún con la piel rosa y recalentada, él con una toalla, yo con mi bata empapada.

—Si todo esto te hacía tan desgraciada, tanto como para irte —dijo Joe—, me lo tendrías que haber dicho. «Ya no aguanto más.» Y yo habría hecho algo.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué habrías hecho?

—No lo sé —contestó—. Pero estamos casados. ¿Eso no cuenta? Tenemos hijos, unos nietos adorables, propiedades y planes de pensiones y declaraciones de patrimonio y amigos de toda la vida que pronto se nos empezarán a morir de uno en uno y, entonces, ¿dónde estarás? ¿Dónde estarás, Joan? ¿Viviendo sola en un pisito? ¿Serás valiente? ¿Es eso lo que quieres para ti? Porque me cuesta mucho creer que lo sea. —Estaba suplicando, cosa que apenas le había visto hacer durante tantos años, y me sorprendió—. Todo matrimonio se compone de dos personas que hacen un pacto —continuó, en un tono más suave—. Yo pacté, tú pactaste. Vale, tal vez no fuera un pacto igualitario.

—No lo era —le dije—. Era el mejor pacto del mundo y yo me lo tragué. Tenía que haber escrito mi propia obra, haberle dedicado tiempo, tenía que haber esperado un poco y ver cómo empezaban a cambiar las cosas en el mundo. Pero tampoco es que hayan cambiado tanto. Todo el mundo sigue fascinado por la vida interior de los hombres. Las mujeres están fascinadas. Los hombres ganan sin mover una mano. Tienen el control. Echa un vistazo. Enciende la tele; están en el Congreso, con sus pésimas corbatas y con esa manera de peinarse de lado para disimular la calva.

—Joan —dijo Joe—. No soy tan mala persona.

—No, no lo eres. Eres un bebé enorme, eso es lo que eres.

Asintió.

—Estoy seguro de que eso es cierto. —Luego meneó la cabeza y dijo en voz bajita—: Pero no me quiero quedar solo en esta etapa de la vida. Ni siquiera me

atrevo a pensar en lo que sería eso.

Sin embargo, yo sabía que podía cuidar de sí mismo, aunque tal vez significara que se alimentaría permanentemente de jamón de lata y de Sno-Balls y estofados cargados de licor, además de los banquetes a los que lo invitaba su editor, su agente, o los comités que dan los premios. No necesitaba mi presencia física, corporal, porque siempre habría mujeres jóvenes revoloteando por ahí que se acercarían asombradas a su cuerpo relleno. A mí me necesitaba ante el ordenador, con la cabeza gacha, tecleando.

–Ya está bien, Joe –dije, para mi propia sorpresa–. Te acostumbrarás a vivir solo. Hasta yo me he acostumbrado. –Y luego, con menos rabia, añadí–: No te va a pasar nada.

Se sentó en la cama y luego se tumbó para descansar la cabeza en la almohada, como si empezara a ceder a la idea de que lo iba a abandonar de verdad cuando volviéramos a casa, de que no se trataba de una representación.

–Bueno, déjame preguntarte una cosa –dijo al fin–. ¿Qué le dijiste exactamente a Nathaniel Bone?

–No le dije nada que pueda darte miedo –le aseguré.

–Ah, qué bien –dijo–. Si te he de ser sincero, creía que probablemente le habrías dicho algo de lo que te arrepentirías.

Guardamos silencio y yo me pregunté de qué servía abandonar a Joe. ¿Se daría cuenta de algo? A lo mejor no volvía a publicar una novela; ¿y qué? Ya había publicado bastante: ahora mismo Helsinki lo honraba y le decía: «Has hecho un buen trabajo; ahora eres libre para desvanecerte con aplomo». Al fin, tal vez entendiera que era la mejor opción. Recibir más agasajos del mundo sería demasiado codicioso. Incluso entonces, me di cuenta de que debía estar un poco avergonzado. Quizá se refería a eso al pedirme que pensara por qué no había tenido ganas de que Alice y Susannah vinieran a Finlandia. Aquel premio era muy grande, demasiado grande, y no se habría atrevido a mirarlas a la cara. Habría sentido vergüenza.

A lo mejor siempre había estado avergonzado. Pero eso no había cambiado nada hasta entonces y tal vez tampoco lo hiciera en adelante. Él quería seguir adelante, siempre adelante, conmigo a su lado.

–¿Sabes qué? Creo que, de hecho, se lo he de contar a Bone –dije al cabo de un

rato.

–¿Qué? –dijo Joe–. Joan, no te olvides de que soy un anciano. No soy tu enemigo. Solo soy yo.

Pensé en Joe cuando era un hombre joven, delgado, con sus rizos morenos y la mata de pelo en el pecho, y una vez más me asombró que se hubiera hinchado y cambiado de aquella manera, y que yo hubiera contribuido a que eso sucediera. Se había vuelto blando como una Sno-Ball, igual que yo, y habíamos tenido una buena vida blanda juntos y ahora casi se había terminado.

–Sí, probablemente Bone debería saberlo todo –le dije a Joe.

Me levanté y fui al vestidor, con su armario gigantesco. Decidí que me iba a vestir y me iría a ver a Nathaniel, lo despertaría en la habitación del hotel y empezaría a hablar antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Estaba sacando un sujetador de un cajón cuando la mano de Joe se posó en mi hombro y me dio la vuelta.

–Venga, esto es una locura –dijo–. No nos hagas pasar por esto. Sabes que solo me estás montando un espectáculo. Y funciona muy bien.

–Para –le dije mientras me ponía el sujetador. Al cerrar el broche me temblaban las manos–. Bone está en la sexta planta, me dio el número de su habitación, y me voy a sentar con él a tomar una copa y le diré que saque el cuaderno y entonces se lo voy a contar todo porque no quiero ser esta persona a la que tanto odio. Soy una buena escritora, Joe, buena de verdad. ¿Sabes una cosa? Incluso he ganado el Premio Helsinki.

Fue demasiado para él. Cuando me moví para pasar a su lado me empujó hacia el armario. La madera clara tembló, pero no cedió; en aquella habitación todo estaba hecho para la realeza, para gente que necesitaba muebles espesos como árboles. Le devolví el empujón con suavidad, como una chica, pensé, con las dos manos.

Cayó en la cama y de repente levantó los hombros de una manera extraña y apretó la mandíbula y dijo:

–Mierda, Joan.

Era igual que cuando tuvo el infarto en el Cracked Crab, las mismas palabras prietas, el mismo *staccato*.

–Joe –dije entonces–, ¿estás bien? –No contestó–. ¡Socorro! –grité hacia la

parte exterior de la habitación—. ¡Que alguien me ayude!

Pero mi voz sonaba flojita y la suite era una fortaleza.

–Bueno, vale, bueno –le dije, me dije, aterrada.

Luego llamé a recepción y oí el tono de los teléfonos europeos, que suena como un arrullo. Di unos gritos por teléfono; la persona que contestó se comportó con calmada seguridad y supe que los servicios médicos se presentarían instantáneamente y que administrarían los primeros auxilios a Joe, insuflándole sus alientos fríos de nieve, y me arrodillé a su lado igual que había hecho mucho antes Lev Bresner en aquella marisquería, apliqué las manos y apreté con fuerza, apoyé mi boca en la suya y soplé como una loca.

En situaciones de urgencia, los hombres y las mujeres levantan la barbilla, meten un dedo para comprobar que estén libres las vías respiratorias y luego soplan con fuerza, tratando de recordar la secuencia establecida por los manuales de primeros auxilios, como si hubieran de adivinar un código secreto. Yo no recordaba nada de lo que había aprendido hacía tanto tiempo, así que me limité a apretar y a echarle aire y más aire.

Era como si estuviéramos conversando con un lenguaje alternativo, un extraño ritual, como los esquimales cuando se saludan frotándose la nariz, al menos según las leyendas infantiles. Mis propias hijas solían hacerlo entre ellas; se ponían de pie sin dejar espacio libre, juntaban las puntas de las narices y movían las cabezas de lado a lado para sentir aquel contacto, la emoción que acompañaba a cualquier mínimo contacto entre dos cuerpos. Después de tantos años, me acuclillé encima de Joe Castleman, sobre su cabeza reclinada, nuestras bocas juntas, marido y mujer despidiéndose al fin.

Capítulo séptimo

MORIR EN UN PAÍS EXTRANJERO se parece mucho a nacer: la confusión, el lenguaje sin sentido, la actividad, el lío, la luz temblorosa que emana de quien sufre la crisis en el centro del escenario. Los infatigables finlandeses se esforzaban y se esforzaban y, aunque Joe no respondía en absoluto, yo le sostenía la mano y le decía insistentemente que iba a vivir. Alguien le puso una máscara de oxígeno en la cara y sus ojos oscuros hicieron un fundido y yo intenté tirar de él para que volviera a mí, conservarlo, aguantarlo allí.

La muerte no se decretó en la habitación del hotel, sino más tarde, en una sala de urgencias del cercano hospital de Loviso, donde un joven médico, que a mí me recordaba a un personaje menor de alguna obra de Ibsen, se quitó los auriculares del estetoscopio, que temblaron como hojas de palma, y dijo:

–Señora Castleman, debo decirle que se ha terminado.

Me quedé golpeada e impresionada, se me partió la voz y, apoyada en el estrecho pecho de aquel hombre, sollocé. Él no intentó detenerme, pero al cabo de un rato bien largo dejé de llorar yo sola. Joe yacía en la camilla rodeado de cables arqueados, todavía conectados a él. Era Gulliver, pasivo, profundamente dormido, fuera de lugar, gigantesco, y su visión resultaba insufrible. Espantoso. Un hombre muerto no es nada: desaparece todo, todo lo que creías que era. Al final, llegaron dos enfermeras y le quitaron los cables en silencio; oí el ruidito de succión que hacían las ventosas de goma al desengancharse. Me senté en una silla dura al lado de Joe; me aterraba tocarlo porque ahora su cuerpo parecía erosionado, lleno de círculos rosados como garabatos infantiles por todas partes. Permanecimos incómodos unos cuantos minutos, resignados y penosamente solos, juntos, como habíamos estado tan a menudo durante los últimos años de nuestro matrimonio.

Al día siguiente, después de terminar todo el papeleo de la muerte, después de llorar hasta casi no poder ni abrir los ojos, después de haber logrado al fin dormir un poco por la noche, impulsada por las minúsculas píldoras azules que me había dado el médico del hospital, abandoné Finlandia para siempre. El cuerpo de Joe yacía en un ataúd provisional y austero inmovilizado en la bodega de carga y yo llevaba en la mano un paquete de pañuelos de papel, húmedos y arrugados. Unos cuantos representantes de la Academia Finlandesa, atónitos, me habían acompañado al aeropuerto de Helsinki-Vantaa, aunque les dije que no hacía falta porque la delegación de la editorial y la agencia de Joe también venían. A todo el mundo parecía darle miedo hablar conmigo. El agente de Joe, Irwin Clay, apenas podía mirarme a los ojos. Me metieron en la sala VIP y lo prepararon todo para que pudiera embarcar pronto para no encontrarme con los diversos periodistas que había por allí, recogiendo información. Cuando me despedí de la gente de la academia, Teuvo Halonen se echó a llorar de un modo espontáneo y tuvieron que llevárselo para que no me impresionara más.

A mi lado, en el avión, iba una mujer de la academia, llamada Kirsti Salonen, algo triste y de carrillos caídos, cuya función consistía en acompañarme de vuelta a Nueva York, a pesar de que yo había insistido en que estaba bien. Si hubiese querido compañía, me habría sentado con Irwin, pero la academia había insistido en enviar a alguien y, por alguna razón, me sentía agradecida. La señora Salonen me acariciaba las manos y me susurraba comentarios solícitos y maternales. Habló con amabilidad de lo importante que era portarme bien conmigo misma y, a medida que pasara el tiempo, dejar que los demás hicieran cosas buenas por mí. En algún momento se puso a hablar también de Dios, y de lo mucho que me convenía dormir un poco.

–Señora Salonen, ¿puedo hacerle una pregunta personal? –dije de repente. Ella asintió—. ¿Está casada?

–Ah, sí –dijo–. Mi marido y yo acabamos de celebrar nuestro vigésimo séptimo aniversario. –Metió una mano en el bolso y sacó una foto de un hombre larguirucho con camisa de manga corta y una pluma en el bolsillo–. Eric es ingeniero químico –siguió hablando la señora Salonen–. Es un hombre tranquilo, le gusta mucho la vida. Tenemos una casa de fin de semana en Turku y la disfrutamos mucho.

Habría querido preguntarle: «¿Quiere ser mi esposa? ¿Quiere cuidar de mí a partir de ahora, igual que sin duda cuida de Eric, el ingeniero químico?».

Durante la mayor parte del tiempo, he sido una buena esposa. Joe tuvo una vida cómoda y segura, estuvo bien rodeado, se la pasó siempre hablando por ahí, gesticulando, haciendo cosas innombrables con las mujeres, devorando comidas sabrosas, bebiendo, leyendo, dejando esparcidos boca abajo por toda la casa sus libros, con los lomos partidos de tanto amor. A última hora de la noche, o durante el día, me contaba historias que le habían sucedido, o ideas que se le habían ocurrido y yo las descartaba, o las guardaba para usarlas cuando llegara el momento, dejaba que una anécdota hirviera y se enfriara luego hasta convertirse en algo reconocible, pero nuevo. Algo que entonces sería mío, pero también parcialmente suyo. No era justo, desde luego; nunca fue justo, ya desde el principio. Yo no había pedido justicia.

Ahora, a dormir; no quería otra cosa. El vuelo era largo, y recliné el asiento y pensé en Joe de niño, en el funeral de su padre. Tal vez cuando murió su padre algo se colapsó dentro de Joe y nunca se pudo recuperar. O tal vez eso fuera solo una excusa, pues muchos niños huérfanos de padre al madurar son capaces de escribir prosas poderosas y urgentes, a menudo en torno a la pérdida. Joe no podía hacerlo: no tenía la habilidad natural y nadie podía implantársela como si fuera un microchip, una válvula de cerdo, un milagro.

De pronto volvió a aparecer la azafata morena, la misma mujer que nos había atendido a Joe y a mí en el vuelo de ida, la del busto pujante, la que se había inclinado sobre él con su enorme superficie de carne olorosa y su cesta de galletitas saladas y había llamado brevemente su atención. Si llega a estar allí cuando Joe se estaba muriendo, ¿lo habría salvado? Él siempre se había concentrado mucho en las mujeres, aunque al mismo tiempo carecía de interés por ellas, una disparidad que le provocaba una especie de erección aburrida, como un absurdo globo de aire caliente, la necesidad de poseer a una mujer seguida de inmediato por la necesidad de estar en otro lugar, de salir al mundo, de pasear por ahí y pensar en las cosas sencillas que gustan a los hombres como Joe: el gusto de un filete poco hecho con una montaña de cebolla frita, el olor musgoso de un whisky de malta, la prosa perfecta de una novela corta escrita por un genio en Dublín casi cien años antes.

–Señora Castleman, lamento su pérdida –me dijo la azafata, mientras se agachaba, esta vez con una bandeja de canapés, y le di las gracias.

Kirsti Salonen y yo masticamos aquella pasta blanda en silencio. Nos pusieron delante la cena y también nos la comimos, nos bebimos el vino y nos recostamos de nuevo en los asientos para pasar el vuelo.

Pasaron las horas y finalmente llegó el momento clásico de todo vuelo intercontinental, en el que los viajeros caen en una especie de sueño ligero, moviendo los ojos tras los párpados, sin que ningún sueño llegue a penetrar ese aire, infinitamente respirado, que circula sobre las cabezas, ya estén caídas o reclinadas. La señora Salonen dormía a mi lado, con la cabeza ligeramente caída, como si fuéramos una pareja, dos amantes que cruzaran el Atlántico. Si se hubiera dado cuenta de lo cerca de mí que estaba, le habría dado vergüenza; se habría apartado excusándose en murmullos, pero yo habría percibido que incluso bajo la espesa capa de la formalidad hay a menudo un movimiento que se parece al amor.

Si Joe estuviera vivo, habría permanecido despierto a mi lado. Aburrido e inquieto, moviendo los dedos sobre el brazo del asiento, grueso y carnoso. Yo habría echado alguna cabezada mientras él permanecía alerta como un centinela. Pensé en cómo nos había leído en voz alta el final de «Los muertos» el día que lo conocí, en su clase del Smith, un texto tan memorable que silenciaba por un momento a quien lo leyera o lo escuchara. ¿Quién era capaz de escribir algo así? Ninguna de nosotras; ninguna podía siquiera intentarlo. Nos habíamos limitado a menear las cabezas, maravilladas. Luego, un día nos pusimos a hablar, pasamos a la acción, nos acostamos en la cama del profesor Tanaka y empezamos una nueva vida. Esa vida nos había traído velozmente hasta allí, al punto más alto, al punto más bajo, al final.

Ahora las luces estaban apagadas en todas las filas de asientos, salvo en la mía, que enviaba su rayito amarillo hacia mí y hacia el perfil de la melena de Kirsti Salonen. Estaba casi dormida y de repente me di cuenta de que, de pie a mi lado, alguien me estaba diciendo algo:

–Joan.

Alcé la mirada y me llevé la sorpresa de ver a Nathaniel Bone. A él también se le había terminado el viaje e iba de regreso a casa.

–Nathaniel –lo saludé–. No sabía que venías en este avión.

–Sí, voy atrás del todo. En la bodega –susurró–. Espero que no te moleste que haya venido. Tal vez quieras estar sola.

–No pasa nada –contesté.

–Oye, siento lo de Joe, por Dios. Te iba a escribir una carta de pésame al llegar a casa. Ya la había empezado a redactar mentalmente.

–Gracias –le dije.

A mi lado, mi compañera se movió y abrió los ojos un instante.

Me volví hacia Nathaniel.

–Aquí no podemos hablar –le dije–. Quizá deberíamos ir a tu asiento.

Asintió encantado y yo me levanté y lo seguí por el pasillo, tras pasar entre las cortinas de Marimekko, azules como el hielo, que separaban a los pasajeros de primera clase del morro de aquel vuelo de Finnair, del grupo más numeroso que reposaba en la clase business. Al parecer eran todos hombres de negocios, con las corbatas sueltas y echadas a un lado, las cabezas caídas de perfil, los ojos cerrados, los ordenadores descansando en las bandejas o cerrados sobre el regazo como objetos transitorios. Luego seguimos andando hasta la siguiente cortina y nos sumimos en el aire de pésimo aliento de la clase turista, aquella cabina larga y enorme con sus bolsillos de oscuridad y de luz, familias enteras sentadas de cuatro en cuatro, boquiabiertas con sus bolsas de patatas, sus crujidos, sus cuerpos volteándose como sobre una parrilla bajo los cuadraditos inútiles de las mantas, algún bebé que aullaba mientras su madre, agotada de trabajar, lo mecía y le cantaba una nana finlandesa. Incluso el pasillo estaba lleno de restos como si hubiera habido una tormenta de viento. Pisé un periódico y luego un zapato de mujer.

En la penúltima fila, el compañero de asiento de Nathaniel dormía cruzado sobre el asiento vacío; como el del otro lado del pasillo estaba ocupado, nos quedamos de pie al fondo del avión, junto a los baños y los carritos metálicos de las bebidas.

–¿Quién te va a recoger en el aeropuerto? –preguntó.

–Mis hijas.

Había llamado a Susannah y Alice desde el hospital y sus voces, incluso desde tan lejos y con el acompañamiento del inevitable zumbido transoceánico, me

habían sonado fúnebres. Destrozadas. «Oh, no, mamá», había dicho Susannah, sollozando. «Ay, por Dios –había dicho Alice–. Papá.»

A David le había tenido que dejar un mensaje en el contestador con las noticias. (Para mí era un milagro incluso que tuviera contestador.) No me gustaba contárselo así, pero quería que se enterase por mí, y no por cualquier otra persona. Aún no había devuelto la llamada. No sabía cómo iba a reaccionar, si se mostraría indiferente, o simplón, o equilibrado o tal vez incluso desconsolado. La verdad es que no lo podía predecir.

–No tendrás que volver sola a Weathermill –me estaba diciendo Nathaniel–. Eso está bien.

–Ya lo sé –dije.

Imaginé cómo llegaría Alice para dar órdenes por toda la casa, y Susannah me haría enseguida un bote de mermelada de limón que yo no iba a probar nunca y que terminaría apelmazándose al fondo de la despensa. Pero al menos mis dos hijas estarían allí por la noche, durmiendo en las habitaciones en que se criaron. Ahora, esas mujeres mayores tan crecidas que ya no cabían en sus camas de niñas, abandonarían por un breve tiempo a sus propias familias para ayudar a su madre, viuda, a encontrar el camino, y también para ayudarse a sí mismas a pasar el desconcierto y el tosco dolor de la pérdida de un padre.

Por la noche, cuando no fuera capaz de dormir, deambularía como Joe por la casa y me pararía ante las puertas de sus habitaciones. Escucharía su respiración y eso tal vez me calmaría un poco. Todavía eran mis niñas, mis hijas, mías y de Joe, junto con todo lo demás que teníamos: el enorme rastrillo de cosas que habíamos reunido, todas sumadas, el despliegue asombroso que habíamos amasado al cabo de los años, como cualquier otra pareja.

–Fui a la librería de la Academia, tal como te había dicho –me estaba diciendo Nathaniel en tono suave–. No apareciste y me sorprendió. Luego oí que alguien hablaba de Joe Castleman y decía que estaba muerto y pensé: «No puede ser». Volví corriendo al hotel y le pregunté al conserje si era cierto lo que había oído sobre el señor Castleman y me dijo que sí. No me lo podía creer. Todavía no puedo.

Pensé que Bone parecía al mismo tiempo sincero y poco convincente y recordé que a Joe nunca le había caído bien y a mí tampoco. Se insinuaba, siempre

estaba por ahí, era como un gato en el escaparate de una librería, frotando todos los libros con su cola mientras se paseaba. Joe había sido sensato al seguir su instinto cuando decidió, tantos años antes, no darle nada.

Ahora Bone estaba esperando para ver qué le contaba. Yo no quería contarle nada. Lo que Joe y yo habíamos hecho juntos era asunto mío, no suyo. No quería convertir aquella información en un regalo; no quería que se largara con ella. Era mía y yo haría con ella lo que quisiera, pero todavía no. Joe acababa de morir y ahora estaba sola; aún sentía el bofetón, pero me esperaba el resto de la vida.

Yo sabía que el talento no se borraba de la faz de la tierra, no se dividía en partículas que salieran volando y se evaporasen. El talento tenía larga vida; tal vez por fin pudiera usarlo. Podía usar partes de lo que había visto y compartido con Joe, sacar de aquello algo horrible, o bello, algún amor o algún lamento, y tal vez incluso firmarlo con mi nombre.

—Aquello que me dijiste el otro día en el Golden Onion —le dije a Nathaniel—. Lo de Joe y yo. Aquello de que antes de mí no parecía que él tuviera talento...

Bone asintió y su mano grande tembló levemente, como si sintiera el impulso, propio de cualquier periodista, de sacar el cuaderno. Pero se detuvo y en vez de eso se pasó una mano por el pelo.

—Sí —me dijo.

—Bueno, te quiero decir que lo que insinuabas no es cierto.

—¿No? —De pronto su voz se volvió más llana y me miró con dureza.

—No —insistí—. No lo es. En caso contrario, sería fantástico —añadí—. Ojalá pudiera decir que yo escribía así. —Él no dejaba de mirarme y meneaba la cabeza—. Supongo que, en cierto modo, el otro día jugué contigo. Lo siento.

—Ah —dijo él, desplomándose, encerrándose en sí mismo—. Ya veo.

Luego se encogió de hombros, absorbió la decepción de golpe, dispuesto a pasar a otra cosa. Aunque no había logrado lo que quería, sí había estado presente en Finlandia cuando murió Castleman, y él imaginaba que eso sería un logro extraordinario. Daría cuerpo a las últimas escenas de su manuscrito a partir de las palabras de algunos personajes secundarios de la historia: enfermeras con sus extrañas cofias con forma de pastel, sirvientas asustadas del hotel, el joven médico parecido a un personaje de Ibsen, que tal vez le proporcionara una

descripción física de Joe en sus últimos momentos; la boca flácida, la impotencia de un hombre mayor con un corazón frágil.

Nathaniel Bone se las arreglaría, pensé: seguiría adelante, adelante, sin perderse, encontrando siempre alguien que le pasara información, que le diera un trato especial, que le concediera el acceso, siempre tendría permiso para deambular por el mundo. En realidad, al fin y al cabo, ya no necesitaba nada más de mí y sin embargo seguíamos ahí, de modo que pensé que debía decirle algo más antes de volver a mi asiento.

–Oye –le dije–. Si quieres te ayudaré con los archivos. Tal vez puedas publicar un par de cartas.

–Vale, perfecto –dijo, pero el tono de su voz era neutro y probablemente estaba ya pensando en otra cosa: en lo extraño y sorprendente que había resultado aquel viaje, o en volver a poner en su reloj la hora de Nueva York, o en la larga y cálida espalda de una mujer apretada contra él.

–Y te voy a decir otra cosa –añadí.

En torno a nosotros la gente se removía en los asientos como los perros en sus camitas, en busca, una y otra vez, de la comodidad. Otra azafata, una rubia, opaca, inaccesible, pasó junto a nosotros por el estrecho hueco, cargada con un ovillo de auriculares por el largo pasillo. El avión tembló, se inclinó un poco y luego se elevó un poco más sobre el mundo.

–Joe era un escritor maravilloso –le dije–. Y siempre lo echaré de menos.

Notas

¹ Alusión irónica a una canción infantil popular cuya letra dice así: *Tom, Tom, the piper's son, / Stole a pig, and away did run! The pig was eat, And Tom was beat, / And Tom went crying / Down the street.* En castellano: «Tom, Tom, el hijo del gaitero, robó un cerdo y se escapó. Se comieron el cerdo, pegaron a Tom y Tom bajó llorando por la calle». [N. del T.]

Créditos

ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *The Wife*

© Meg Wolitzer, 2003

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción total o parcial bajo cualquier formato, para todo el mundo

© de la traducción: Enrique de Hériz

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

diseño: Pepe & James

Primera edición: octubre de 2018

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-487-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños grandes gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es